

Presentación

Derivas y apropiaciones del guevarismo en América Latina (1967-1988)

En noviembre de 2017, en el marco de la conmemoración del asesinato del Che Guevara (09/10/1967), tuvo lugar, en la Universidad de Stanford (EEUU), la Conferencia Internacional *Quincuagésimo aniversario de la Campaña del Che en Bolivia*, organizada por el Centro de Estudios Latinoamericanos y la Institución Hoover, ambas unidades académicas de la prestigiosa universidad.

La Institución Hoover alberga una de las colecciones más importantes de la experiencia del Che en Bolivia, la "Colección Burgos-Debray", de modo que la realización de la Conferencia se orientaba, también, a dar a conocer este valioso acervo documental a los investigadores interesados en la materia.

Siete historiadores latinoamericanos, estudiosos de los movimientos revolucionarios y las izquierdas armadas, fueron invitados para exponer en la Conferencia sobre sus temas de investigación. Antonio Mitre (Universidad Federal de Minas Gerais), disertó sobre las características generales de las guerrillas latinoamericanas en los sesenta; Herbert Klein, director de los Archivos Hoover, sobre la política intervencionista de EEUU y los regímenes militares del Cono Sur; Jean Rodriguez Sales (UNICAMP), se refirió al impacto de la Revolución Cubana en la izquierda brasileña; Gustavo Rodriguez Ostria, el reconocido historiador boliviano, ofreció una meticulosa reconstrucción de los avatares del ELN de Bolivia tras el fusilamiento del Che; Igor Goicovich (Universidad de Santiago de Chile) analizó la influencia del pensamiento guevarista en la definiciones de la línea política del MIR chileno; Aldo Marchesi (UdelaR), la recepción, en clave política y emocional, de la muerte del Che; Vera Carnovale (CeDInCI-CONICET) expuso en torno a las diversas dimensiones del legado guevarista en la izquierda armada argentina, y Vania Markarian (UdelaR), sobre los usos y apropiaciones del guevarismo en la militancia comunista uruguaya.

Políticas de la Memoria, se complace en publicar aquí estas exposiciones que, en conjunto, ilustran no sólo el contexto de emergencia de las guerrillas latinoamericanas de los sesenta y sus características, sino también, y quizás fundamentalmente, las múltiples y variadas derivas y apropiaciones del guevarismo en América Latina.

Consideraciones generales sobre las guerrillas de los años sesenta y setenta en América Latina

Antonio Mitre*

La tarea de introducir el tema de la guerrilla de los años sesenta y setenta en América Latina representa un desafío que trasciende el ámbito académico.¹ Y es que volver sobre esas décadas, encerradas en el cuadrilátero de la Guerra Fría, tensio-na, en la gente de mi generación, una cuerda autobiográfica que hace que ese tramo de historia comparezca a la conciencia con la fuerza de lo que se vivió personalmente. No sólo porque se respiró la atmósfera de pavor de los estados de sitio y toques de queda, o porque se perdió un familiar o un amigo en el pandemonio de la violencia política que campeó esos “años de plomo” —sea con el propósito de alumbrar la revolución o de abortarla— sino también porque, más allá de las conflagraciones armadas y vicisitudes regionales, se trató de un tiempo axial durante el cual se moldearon varias de las características culturales y sociales que hoy están presentes en nuestras sociedades. Por tanto, asomarse a esa época, no muy distante cronológicamente, pero que, sin internet ni celular en su cotidiano nos da la impresión de pertenecer a un pasado remoto, puede ser aleccionador ahora que el espíritu maniqueo y la política del miedo han vuelto a reconfigurarse en nuestras democracias.

Comenzaré elaborando algunas ideas generales en torno al tema de la guerrilla, que en la historiografía latinoamericana aparece como un fenómeno endémico que estuvo presente, con mayor o menor fuerza, en todas las épocas, y que denota, en distinta medida, la precaria constitución del Estado, vale decir, la incapacidad de integrar, proteger y representar a toda su población y hacer valer sus leyes e instituciones en todo el territorio nacional. En razón de ese déficit de legitimidad doméstica, el Estado fue desafiado intermitentemente por grupos insurgentes de distinta índole, forma y contenido. Sobre el trasfondo de esa pauta estructural, la fase guerrillera de los años sesenta y setenta del siglo pasado acusa ciertos elementos distintivos, tales como el número elevado, la amplitud y simultaneidad de los brotes insurgentes en varios países de América Latina, su común referencia a la Revolución Cubana, y la conexión supranacional existente entre varias de las organizaciones guerrilleras, el reverso de la articulación que se advierte con relación a los regímenes militares de esa época. A lo largo de dicha trayectoria, el vocablo “guerrilla” conservó, en el imaginario social, la connotación de lucha popular y anticolonial de que se impregnó en los albores del período republicano al referirse a los grupos irregulares que lucharon por la independencia. Y aunque siempre hubo guerrillas de signo contrario, esa acepción altruista, casi romántica, prevaleció por mucho tiempo sobre otras dimensiones, algunas escabrosas y censurables. Hoy, en razón del conocimiento adquirido, y de nuevas formas de conceptualizar la violencia política y sus secuelas, la voz “guerrilla” ha perdido el aura de otrora y es objeto de disquisiciones más ponderadas y respaldadas empíricamente.

* Profesor de la Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil, en el Departamento de Ciência Política.

1 Quiero agradecer a Herbert Klein, mentor y amigo de muchos años, que, cuando se le ocurrió la feliz idea de realizar este evento alusivo al “Quincuagésimo aniversario de la campaña del Che en Bolivia”, cuya trayectoria es indisoluble de la Revolución Cubana, me convidó para que lo organizáramos juntos, aunque el peso mayor recayó sobre su persona.



En efecto, el número de trabajos académicos que se han publicado recientemente sobre las guerrillas latinoamericanas de los años sesenta y setenta es considerable, y hoy ya es posible realizar análisis comparativos que se concentren no solamente en las proezas de las figuras más conspicuas y emblemáticas de las organizaciones guerrilleras, o en las querellas ideológicas entre grupos y facciones, sino también en el origen y trayectoria social de sus militancias de base. El sondeo de una parte pequeña de esa producción, deja en el lector desarmado algunas impresiones persistentes. En primer lugar, que el análisis global de tales acontecimientos es una tarea compleja, puesto que exige que se tome en cuenta al menos tres registros que se entrelazan necesariamente. Por un lado, la trayectoria de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el contexto de la Guerra Fría y el papel que ambas potencias tuvieron, sea como paradigmas de las sociedades capitalista y socialista, respectivamente, sea como participantes en la política de la región. Por otra parte, la dinámica interna de la Revolución Cubana con sus objetivos estratégicos y apoyo activo a los grupos guerrilleros. Y, finalmente, las condiciones sociopolíticas vigentes dentro del país en que se dio la guerrilla.

Otra constatación, archiconocida pero que no deja de sorprender hasta hoy, se refiere a la influencia amplia que la Revolución Cubana tuvo en las historias nacionales de varios países de la región al punto de constituirse, más allá de una simple referencia contextual, en un componente insoslayable de sus respectivas dinámicas socio-políticas. Y ni qué decir de su impacto sobre las izquierdas latinoamericanas para las cuales la isla se convirtió en una suerte de Meca hacia donde peregrinaban dirigentes de partidos y facciones para ser ungidos de legitimidad revolucionaria.

Algo parecido sucedió también en el campo intelectual, en las artes y la literatura que tuvieron en las instituciones culturales cubanas (**Casa de las Américas**) y revistas (**Pensamiento Crítico**) un espacio de congregación e intercambio de ideas. Al alcanzar tamaña proyección, Cuba reiteraba una condición de antiguas raíces y que se refiere a que el Caribe, ese *Mare Nostrum*, fue desde la Colonia, no sólo plataforma de experimentación y correa de transmisión de instituciones económicas, culturales e ideológicas que tendían a reverberar hacia el sur, sino también el tablero americano donde las potencias mundiales se enfrentaban o medían fuerzas en memorables pulseadas como las que protagonizaron España y Holanda en la época moderna, España, Estados Unidos e Inglaterra en el siglo XIX, y los contendores de la Guerra Fría en el siglo XX. El otro resorte tuvo que ver, sin duda, con el carácter de la propia Revolución Cubana, la cual, descalificando en la práctica las tesis ortodoxas de los partidos comunistas, consiguió implantar un régimen socialista que materializaba con éxito varias aspiraciones vigentes en la agenda de los países de la región hacía mucho tiempo: reforma agraria, lucha contra el imperalismo y las desigualdades sociales, y un discurso latinoamericanista de largas raíces en la región. En la misma dirección, cabe apuntar que la experiencia cubana fue, de alguna forma, el canto de cisne de un ciclo largo en que la idea de revolución, oriunda del siglo XVIII, contempló un horizonte universal.

En todo caso, los estudios sobre las guerrillas muestran que el impacto de la Revolución Cubana y las lecturas que de la misma hicieron distintos partidos y grupos de izquierda, particularmente con relación a las ideas de Guevara, variaron bastante de un país a otro y involucraron filtros y adaptaciones de todo tipo. Y es natural que así fuese porque el proceso de asimilación de la experiencia cubana se dio en sociedades que, si bien compartían la misma condición de subdesarrollo y dependencia, acusaban enormes diferencias en el grado de modernización e industrialización, en la distribución de su población rural y urbana, en la amplitud de sus clases medias, en la cultura política, sobre todo de los partidos de izquierda, en el tipo de régimen vigente, civil o militar, democrático, populista o dictatorial. Prestar atención a esos contextos nacionales ayuda a entender los alcances y las limitaciones de la influencia cubana y a vislumbrar algunas paradojas.

Es el caso, por ejemplo, de la extraordinaria resonancia que tuvo en la izquierda uruguaya el pensamiento del Che, particularmente el arraigo de la idea del hombre nuevo, un hecho a todas luces inusitado, habida cuenta que ese país acusaba condiciones poco propicias para la eclosión de una insurgencia revolucionaria "a la cubana", tratándose de una sociedad sin masas campesinas, de carácter predominantemente urbano y de larga tradición democrática. Es probable que el origen de la atracción que ejerció el pensamiento guevarista sobre la izquierda uruguaya radicase, más allá del plano socioeconómico, en el campo cultural y, en ese ámbito, vale la pena observar que por lo menos desde el **Ariel**, de Rodó, y a lo largo de la primera mitad del siglo XX, la intelectualidad de ese país había sido un surtidor de pensamiento latinoamericanista y generador de un discurso humanista de resistencia contra el avance avasallador del sistema de valores norteamericano, sobre todo después de la Segunda Guerra. Situación muy distinta a la de Brasil, país con extenso campesinado tradicional, endeble identidad latinoamericana, y una intelectualidad propensa históricamente a una cierta "nordomanía". Del mismo

modo, para entender por qué la fuerte presencia de campesinado en Bolivia no redundó ni en el más mínimo movimiento de apoyo a la guerrilla del Che en 1967, será necesario tomar en cuenta que la población campesina de ese país era, a esa altura, una capa social más bien conservadora, la cual ya se había liberado de su antigua condición servil y se hallaba atada al gobierno de turno por el pacto militar campesino, y era, sobre todo, propietaria de sus parcelas de tierras, gracias precisamente a una revolución que tuvo lugar siete años antes que la cubana. Además, claro, de la ancestral desconfianza que el mundo indígena nutrió históricamente con relación a la población blanca, peor aún tratándose de extranjeros barbudos.

Otra conclusión que se saca de la bibliografía reciente sobre las guerrillas de los años sesenta y setenta es que muchas de las interpretaciones o alegaciones que, durante algún tiempo, se pensó que fuesen producto de la imaginación extraviada de una izquierda inclinada a urdir tesis conspirativas y a ver la mano ubicua de la CIA y del gobierno norteamericano en la tesis de los golpes de estado y en los reveses de las guerrillas de aquella época, se revelaron correctas, o al menos plausibles en sumo grado, a medida que materiales clasificados de los servicios de inteligencia fueron abiertos para consulta pública. Es decir, las brujas no existen, pero que las hubo, las hubo, y ellas, como el dinosaurio del cuento corto de Augusto Monterroso, todavía están allí, en ambos lados del tablero, decidiendo las partidas.

En un diapasón más sociológico, mucho se ha dicho sobre el espíritu de rebelión juvenil que trasuntaban los movimientos guerrilleros de los años sesenta, e inclusive la propia Revolución Cubana. Sin entrar en el espinoso problema de las causas, lo cierto es que para las personas de clase media urbana que llegaron a la juventud por aquellos años, la casa que sus padres y abuelos habitaron secularmente, con sus normas y valores, se volvió inhóspita, y el hábito de mandar y obedecer, sea en el ámbito político o doméstico, fue perdiendo la naturalidad de otrora.

En Estados Unidos, empantanado cada vez más en la Guerra del Vietnam, esa suerte de ruptura generacional plasmó en la famosa frase de Jack Weinberg: *"Don't trust anyone over thirty"*, que muy luego encontró su complemento musical en la consigna hedonista de Jim Morrison *"We want the world and we want it now"*.

En América Latina, la rebelión juvenil de los años sesenta, con variantes locales, se nutrió de diferentes filones domésticos e internacionales, y se dio sobre todo en círculos intelectuales, movimientos estudiantiles y grupos de profesionales. El carácter juvenil de la propia Revolución Cubana fue identificado por Sartre cuando viajó a la Isla en marzo de 1960, y comparó la nueva situación con la que vio en su primera visita en 1949:

El mayor escándalo de la Revolución Cubana —decía el filósofo francés— no es haber desapropiado las tierras, sino haber puesto chiquillos en el poder. En esta isla, el ímpetu demográfico ha roto el equilibrio y ha reducido a los viejos a la condición de minoría. Durante mucho tiempo los cargos y empleos fueron ocupados por los viejos que se agarraban a ellos de tal forma que los recién llegados mal conseguían levantar la cabeza. Todas las salidas eran obstruidas, los últimos empleos tomados de asalto por los hermanos más viejos. En seguida se cerraban las puertas: imposible cualquier oportunidad... Hoy, el proceso marcha en sentido de los punteros del reloj: para tener trabajo o mandar es preciso no haber vivido mucho... Sobre la población muy civilizada y un poco debilitada de la isla se ha abatido una nueva barbarie, la juventud que avanza disfrazada. Es preciso buscar en todos los dominios las consecuencias de ese acontecimiento histórico.²

También en el Cono Sur el factor demográfico, asociado al estrechamiento del horizonte de ascenso social para los jóvenes de clase media, fue propuesto ya en aquella época para explicar la radicalización política sobre todo en círculos universitarios, movimientos estudiantiles, varios de cuyos miembros ingresaron a la guerrilla. De todas formas, vale recordar que la variable generacional fue una entre otras, y no necesariamente la más decisiva.

2 Estos pensamientos se encuentran en el capítulo XI del libro de Jean-Paul Sartre, **Furacão sobre Cuba**, Rio de Janeiro, Editora do Autor, 1960, (2ª ed.), pp. 114-136.

Un campo promisor para la investigación de ese asunto es el análisis comparativo de las organizaciones no sólo comunistas, sino también de aquellas vinculadas a la Iglesia Católica como la Juventud Obrera Católica, la Juventud de Estudiantes Católicos, y la Juventud Universitaria Católica que fueron una fuente importante de militancia guerrillera, notoriamente en Bolivia, Argentina y Colombia. A los componentes de franja etaria y de extracción social de esas agrupaciones se sumaba un discurso que hacía de la lucha contra la explotación y las injusticias sociales una tarea moral impostergable que el buen cristiano debía proponerse aquí y ahora, independientemente de las condiciones “objetivas” estipuladas por los partidos comunistas. A través de jornadas de reflexión y retiros espirituales, sectores del clero, minoritarios, sin duda, pero de considerable influencia, diseminaron ese mensaje, el cual, mezclado o no con el marxismo o con el existencialismo de época (Camus y Sartre, sobre todo), hizo de la acción un imperativo categórico, forjando entre muchos jóvenes un sentimiento de urgencia que se canalizó hacia la guerrilla, y que, en algunos casos, se revistió de un manto sacrificial de simbología cristológica, sobre todo entre los que pasaron directamente del seminario a la lucha armada.

En Bolivia, la novela **Los fundadores del alba**, de Renato Prada Oropeza, escrita cuando aún se desarrollaba la guerrilla del Che, captó esa experiencia. Esa obra que, como se sabe, ganó el premio Casa de las Américas en 1969, muestra, a través de su principal protagonista, Javier, los dilemas de conciencia que suscitaba el tránsito de una vida contemplativa de seminarista a una vida activa de revolucionario en la guerrilla. La novela es significativa, no tanto por aludir a la guerrilla del Che, sino más bien porque enfoca el conflicto moral que varios jóvenes del país, socializados en instituciones católicas, experimentaban desde mucho antes. La guerrilla de Ñankaguazú no hizo sino agudizar esa tensión latente, y estimuló a que algunos de esos jóvenes se incorporasen a la guerrilla guevarista de Teoponte (1970), la cual refleja, de manera ejemplar, el amasijo de idealismo y desvarío de que estuvieron hechas las organizaciones guerrilleras de esa época.

Y así, con esa referencia, volvemos al punto de partida: la campaña del Che en Bolivia, país en el que ingresó clandestinamente en 1966, para establecer un foco guerrillero, cuando ocupaba la presidencia de la nación René Barrientos Ortuño, un militar de enorme popularidad entre el campesinado indígena y que asumió el poder, primero vía golpe de Estado el 4 de noviembre de 1964, y por la vía electoral en 1966.

Para caracterizar brevemente la situación sociopolítica de Bolivia en los momentos previos a la guerrilla basta decir que, durante su gestión, Barrientos consolidó el giro conservador que había realizado el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), partido que estuvo al frente de la Revolución de 1952, y que implantó la reforma agraria, el voto universal, la nacionalización de la gran minería, y extendió la educación pública. El desplazamiento hacia la derecha, que ocurrió sobre todo durante la segunda presidencia de Estenssoro (1960-1964), llevó a la recomposición de las bases sociales de apoyo al régimen, el cual, por un lado, fortaleció sus alianzas con la población indígena y los sindicatos y dirigentes campesinos, y, por otro, combatió las tendencias socialistas alojadas en los partidos, sindicatos y movimientos vinculados a la clase obrera, sobre todo la Federación Sindical de Trabajadores Mineros que aspiraba a radicalizar el proceso iniciado en 1952. Al mismo tiempo, los lazos entre el régimen del MNR y el gobierno de los Estados Unidos, bastante maltrechos desde la formación del partido, fueron reconstituidos gradualmente. El acercamiento trajo ventajas para ambas partes. Para las autoridades norteamericanas abrió la oportunidad de mostrar, en el auge de la Guerra Fría, que Estados Unidos era capaz de convivir con gobiernos reformistas y no sólo con los regímenes oligárquicos y reaccionarios. Para el gobierno de Bolivia significó asistencia económica, a tal punto que, al comenzar la década del sesenta, el país llegó a ser el mayor receptor de ayuda extranjera *per capita* en el mundo. El proyecto de modernización conservadora de Barrientos representó la continuidad de esa tendencia y contempló, en el plano económico, la distribución de tierras, el repliegue de las políticas nacionalistas y la promoción de inversiones extranjeras, sobre todo en minería y petróleo, y, en el plano político, el alineamiento con las directrices emanadas de los Estados Unidos. Concomitantemente, se acentuó el discurso anti-comunista y se fortalecieron las bases materiales del ejército boliviano, socializado en la Doctrina de Seguridad Nacional y en las tácticas de contrainsurgencia. Apoyado en una coalición de partidos de centro-derecha y sobre todo en el pacto militar campesino, Barrientos reprimió duramente los sindicatos y las huelgas mineras: una piedra en el zapato del gobierno. Es emblemática, en tal sentido, la masacre de San Juan que tuvo lugar en los campamentos mineros de Siglo XX y Catavi en junio de 1967, justamente cuando los enfrentamientos del ejército con la guerrilla de Guevara se hacían más frecuentes e intensos. Como se sabe, con la ayuda militar y el servicio de inteligencia del gobierno de Estados Unidos, la guerrilla de Ñankaguazú fracasó, el Che fue capturado y un día después ejecutado en La Higuera, el 9 de octubre de 1967.

En Bolivia, como en la mayor parte de América Latina, a la muerte del Che le siguió una fase en la cual recrudescieron los regímenes militares, de variada índole, así como la represión y el exilio como dispositivo de exclusión política. Una década más tarde, con el inicio de la tercera ola democrática, un gran número de exilados políticos, entre ellos varios ex-guerrilleros, volvieron a sus países y, reintegrados a partidos de izquierda, alcanzaron el gobierno, por ejemplo en Uruguay, Ecuador, Bolivia, Chile y Brasil, y desde allí retomaron el discurso socialista, promovieron la identidad y la integración latinoamericana, e intensificaron vínculos con el régimen cubano, aunque sin echar por la borda varias de las reformas realizadas durante los gobiernos neoliberales que les antecedieron. Esos fueron algunos de los desenlaces inesperados de ese ciclo fascinante que comenzó con la Revolución Cubana.

Pero lo que nadie habría podido imaginar es que cuarenta años después de la muerte del Che, su figura sería incorporada oficialmente al panteón de los héroes de la liberación nacional, justamente en Bolivia, y nada menos que por un presidente indígena, Evo Morales, quien en su discurso de posesión, en 2006, estableció una conexión discursiva explícita de su movimiento —el MAS— y la obra del Che, afirmando que la revolución democrática y cultural que se iniciaba en Bolivia era el resultado de la lucha anticolonialista de los pueblos y de líderes indígenas como Tupac Katari y de revolucionarios como Ernesto Che Guevara.

Sin duda, un pronunciamiento temerario para quien comenzaba su mandato, sobre todo si se considera que el ejército boliviano, de larga tradición golpista, había interpretado su actuación en Ñankaguazú como la defensa de la soberanía nacional contra fuerzas invasoras. La sustentación de esa voltereta exegética por parte del gobierno de Morales envolvió cambios de orden institucional, material e ideológico dentro de las FFAA de Bolivia que culminaron simbólicamente con la creación, en 2016, de la Escuela Militar Antiimperialista, idealizada como la antítesis de la Escuela de las Américas, establecida por Estados Unidos en Panamá el siglo pasado.

Recientemente, el gobierno boliviano inauguró el Centro Cultural Ernesto Che Guevara, justamente en Vallegrande, donde fueron hallados, en 1997, sus restos y el de seis de sus compañeros en una fosa común. Y prepara para octubre de 2017 un evento magno en memoria del quincuagésimo aniversario de la muerte del ilustre guerrillero. Una vuelta más que da la rueda de la Fortuna para recordarnos que ninguna historia concluye definitivamente.

La Seguridad Nacional y la destrucción de regímenes democráticos en América Latina

Herbert S. Klein*

Apenas terminaba la Segunda Guerra Mundial cuando empezó la Guerra Fría. Aunque la preocupación principal de Estados Unidos era “contener” la expansión rusa en Europa del Este, también se proponía eliminar los partidos comunistas en los países de Europa occidental y mediterránea. Desde 1948 el Departamento de Estado advertía que el comunismo podría extenderse desde Francia e Italia hacia América Latina.¹ En 1949 caía derrocado el gobierno nacionalista chino y se instalaba un estado comunista en el país más poblado del mundo. A principios de 1950, Estados Unidos se encontraba inmerso en una ola de pánico rojo desatada por el Senador Joseph McCarthy y sus campañas de caza de brujas contra intelectuales de izquierda y activistas políticos del gobierno, de las universidades, de los sindicatos y de los medios. Los liberales en el Departamento de Estado fueron despedidos y los diplomáticos se volvieron más sensibles a la amenaza “bolchevique” en todo el mundo.

Fue en este contexto que Estados Unidos abandonó la posición no intervencionista del período de Franklin D. Roosevelt y su “política del Buen Vecino”, y retomó la intervención sistemática, y a menudo violenta, en casi todos los países de América Latina, durante las siguientes cuatro décadas. Lo único que veían los diplomáticos norteamericanos eran comunistas en todas partes, y en especial, en los florecientes regímenes democráticos. En 1947 la embajada estadounidense en Guatemala se volvió contra del gobierno reformista de Juan José Arévalo (1945-1951) que había aprobado leyes de reforma agraria y en apoyo a la sindicalización, leyes que afectaban las operaciones de la United Fruit Company en ese país. Los funcionarios de la embajada local declaraban que los comunistas estaban involucrados directamente y que “una porción sospechosamente grande de las reformas propuestas por el actual gobierno revolucionario, parecen motivadas, en parte, por un esfuerzo calculado de promover la lucha de clases.”²

Así, las primeras reformas sociales y económicas en América Latina, en especial las que afectaban a las empresas estadounidenses, podían considerarse una *penetración comunista*, con independencia de si los miembros del Partido Comunista estaban o no involucrados.

Cuando Eisenhower fue electo a finales de 1952, los moderados impulsos que podrían haber existido bajo el mandato de Truman se abandonaron por completo. El gobierno republicano de Eisenhower acusó a los demócratas de “perder China” y de mirar a los comunistas de todo el mundo. En 1953, el nuevo presidente envió a su hermano Milton Eisenhower a una

* Columbia University- Stanford University.

1 Lars Schoultz, **Beneath the United States: a history of US policy toward Latin America**, Cambridge, Harvard University Press, 1998, p. 334.

2 Citado en Shoulz, *op. cit.*, p. 338.

misión de investigación en América Latina que llegó a la conclusión de que Guatemala, bajo el gobierno reformista y electo en forma democrática de Jacobo Árbenz (1951-1954), “había, de hecho, sucumbido a la infiltración comunista”.³ Rápidamente, los políticos republicanos y demócratas exigieron el derrocamiento del flamante régimen de Árbenz, y Adolf Berle, un destacado consejero democrático de Roosevelt que se convertiría en el siguiente embajador en Brasil, dijo en un comité del Congreso de los Estados Unidos que la respuesta a la “amenaza” de Guatemala no era la intervención inmediata, sino que debía ser la “organización de un contramovimiento capaz de usar la fuerza si fuera necesaria, basado en la cooperación con la vecina república”.⁴

De hecho, en las tres décadas posteriores, esta política se convirtió en una de las principales de la CIA en las intervenciones que siguieron en Centroamérica. Otra fue el control sobre los militares a través de programas de entrenamiento cooperativo en bases americanas en la zona del Canal de Panamá y en los Estados Unidos, y el estímulo, con apoyo financiero, para derribar a sus propios gobiernos democráticos.⁵ Y si todos estos programas fracasaban, entonces la intervención militar directa tendría lugar, aunque restringida, sobre todo, a las repúblicas del Caribe y América Central.

En marzo de 1954, Estados Unidos se preparó para derrocar mediante la fuerza al gobierno legalmente elegido de Guatemala, haciendo que 17 de las 21 repúblicas americanas firmaran una “Declaración de Solidaridad para la Preservación de los estados americanos contra... el Comunismo” que supuestamente otorgaba una sanción oficial a la invasión.⁶ El gobierno norteamericano no podía mostrar pruebas de una penetración comunista en Guatemala; simplemente no aceptaba un gobierno reformista y argumentó una teoría dominó; esto es, si un gobierno en esos países pobres se volvía reformista, entonces todos los demás harían lo mismo y, eventualmente, todos caerían en la esfera de influencia soviética. Por añadidura, para garantizar que ningún partido comunista pudiera funcionar en América, Estados Unidos incitó a las repúblicas americanas a declararlos ilegales y remover a sus miembros de los cargos de gobierno. A mediados de 1950, Estados Unidos había logrado que 14 países americanos prohibieran al Partido Comunista.⁷

Pero la eliminación de los partidos comunistas fue sólo la primera de una serie de actos anti reformistas. EEUU apeló, también, a la intervención directa e indirecta para garantizar la “estabilidad” de los gobiernos pro norteamericanos. La intervención directa incluyó el envío de marines cuando otras alternativas no eran viables, y la provisión de armas a insurgentes capaces de derrocar al gobierno que estuviera protegido por su propio ejército. Esta segunda opción fue puesta en práctica en Guatemala en junio de 1954 cuando un ejército organizado por la CIA invadió el país desde la amigable Honduras y destituyó al gobierno, estableciendo un clásico régimen autoritario que fue inmediatamente reconocido por Estados Unidos.⁸ Este fue el primer acto de lo que se convertiría en una política a largo plazo de promoción de dictadores en reemplazo de gobiernos reformistas en América Latina durante la Guerra Fría; una política que varió muy poco en gobiernos republicanos y demócratas, excepto durante el mandato de Jimmy Carter (1977-1981) —que sólo temporariamente redujo el apoyo incondicional a los gobiernos autoritarios con una campaña de protección a los derechos humanos.⁹ Este interregno permitió un período de florecimiento de opciones democráticas por sobre las soluciones autoritarias. Pero la llegada de Henry Kissinger al poder durante las presidencias de Richard Nixon y Ford, y la de Jeanne Kirkpatrick durante la de Ronald

3 Milton Eisenhower, “Report to the President”, **Department of State Bulletin**, Vol. 23, November, 1953, p. 698.

4 Citado en Shoulz, *op. cit.*, p. 339.

5 Para 1974 la Escuela de las Américas en el Canal de Panamá había entrenado 30.000 oficiales latinoamericanos. Los cursos eran dictados en español y en portugués y daban especial “énfasis al adoctrinamiento anticomunista y pro-americano”. El entrenamiento de los oficiales de mayor rango tenía lugar en los EEUU, en las mismas escuelas militares superiores destinadas a los cuerpos de oficiales norteamericanos. En total, entre 1950 y 1970, EEUU entrenó alrededor de 41.000 militares latinoamericanos en Panamá o EEUU. Para más detalles sobre la asistencia y el entrenamiento militar en este período, ver: Alain Rouquié, **The Military and the State in Latin America**, Berkeley, University of California Press, 1982, pp.128-150, y tabla 5, p. 135.

6 Shoulz, *op. cit.*, p. 340

7 Peter Smith, **Talons of the Eagle, Latin America, the United States, and the World**, 4^a ed., New York, Oxford University Press, 2012, p.129.

8 Vale la pena señalar que los regímenes autoritarios resultantes que siguieron a la invasión fueron ferozmente anticomunistas, antidemocráticos y perpetuadores de una guerra civil masiva y cruenta “de casi cuatro décadas que causó 250,000 muertos y 50,000 detenidos-desaparecidos”, **El País**, 2 de julio de 2014, disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/07/02/actualidad/14-04-316341_759707.html. Sobre esta Guerra genocida, impulsada por la derecha y los militares en el período posterior a 1954, ver: Greg Grandin, **The last colonial massacre: Latin America in the Cold War**, Chicago, University of Chicago Press, 2011.

9 La decisión de Carter de no apoyar activamente a los regímenes militares fue crucial para que las fuerzas democráticas pudieran organizarse y expulsar a los militares. Pero realmente tuvo poco impacto en la ayuda estadounidense que aún fluía principalmente a los regímenes más represivos. Ver: Lars Schoultz, “U.S. Foreign Policy and Human Rights Violations in Latin America: A Comparative Analysis of Foreign Aid Distributions”, **Comparative Politics**, Vol. 13, n° 2, Enero 1981, pp. 149-170.

Reagan, condujo a una forma de intervención aún más cruda en los años siguientes. Incluso cuando ya había terminado la Guerra Fría, Estados Unidos no podía abstenerse de su política intervencionista, como demostrarían los casos de República Dominicana y Panamá.

Claramente representativo de lo que vendría, el gobierno de Eisenhower apoyó activamente las dictaduras de Batista en Cuba, Trujillo en la República Dominicana, Castillo Armas en Guatemala y Somoza en Nicaragua. Pero cada uno de estos gobiernos fue atacado o derrocado en los años siguientes, y en 1959 Fidel Castro llegó al poder en Cuba. En marzo de 1960 Eisenhower aprobó la aplicación de la solución guatemalteca en la isla. Esta política fue respaldada aún con más fuerza por la administración demócrata de John F. Kennedy, que hizo que la CIA equipara a un ejército de invasión en la ahora amigable Guatemala, lo que condujo a la invasión fallida de Bahía de los Cochinos en 1961.

Pero tampoco era ésa la única área de preocupación. Durante esta década, la CIA y el ejército intervinieron sistemáticamente en América del Sur. En 1961, la Guayana Británica se preparaba para independizarse cuando Cheddi Jagan llegó al poder. Aunque Inglaterra se opuso a Jagan en los '50, finalmente aceptó su legitimidad en los '60 y le permitió gobernar. Pero Estados Unidos se negó a aceptar esta decisión y en 1963 financió una huelga nacional masiva contra el gobierno; finalmente Kennedy convenció a los ingleses para que intervinieran otra vez y forzaran nuevas elecciones que terminaron en la caída del gobierno.¹⁰

Aunque en 1961 también se propuso un compromiso concomitante con una mayor ayuda extranjera para América Latina con la "Alianza para el Progreso", se asumía que esta iniciativa pondría fin a la atracción que ejercía el comunismo en las naciones más pobres del hemisferio y, más que conducir a una mayor participación democrática, crearía estabilidad.¹¹ De hecho, parte de esta ayuda fue en forma de asistencia militar y policial a los regímenes autoritarios.

Todos estos acontecimientos y procesos sentaron las bases para la mayor intervención hasta el momento, el derrocamiento del gobierno democrático de Brasil en 1964, promovido por la administración de Johnson y sus asesores liberales de la Guerra Fría. Ya en julio de 1962, el embajador estadounidense en Brasil, Lincoln Gordon, un profesor liberal de Economía de Harvard, había afirmado ante el presidente Kennedy que "...una de nuestras tareas más importantes es fortalecer la columna vertebral del Ejército [brasileño]. Dejar en claro, de manera discreta, que no somos necesariamente hostiles a cualquier tipo de acción militar..."¹² En diciembre 1962, Robert Kennedy fue enviado a Brasil para hablar con el presidente Goulart. El norteamericano hizo hincapié en que Estados Unidos tenía "serias dudas" sobre Brasil, dadas las "señales de infiltración comunista o nacionalista de extrema izquierda en puestos del gobierno civil" y la resistencia de Goulart a "las políticas e intereses americanos como regla general."¹³ Tan extrema se volvió la oposición a Goulart y el temor a que un golpe de derecha no tuviera éxito, que el embajador Gordon propuso un plan de contingencia que sugería "un gran énfasis en la intervención armada de los Estados Unidos". Eso fue el mismo día de noviembre de 1963 en que asesinaron a Kennedy en Dallas.¹⁴ Sin embargo, en aquel momento, el Asesor de Seguridad Nacional, George McBundy, y el nuevo gobierno de Johnson siguieron apoyando un golpe militar interno como la mejor solución. La hostilidad de los gobiernos de Kennedy y Johnson era tan virulenta que, si el golpe fracasaba, estaban dispuestos a contemplar la intervención militar total, la cual sería la mayor invasión realizada por Estados Unidos en el hemisferio occidental.¹⁵ El 27 de marzo de 1964, el Consejo de Seguridad Nacional recibió un memo del embajador Gordon solicitando el envío encubierto de armamentos y combustible,

10 Michael Grow, **US presidents and Latin American interventions: pursuing regime change in the Cold War**, University Press of Kansas, 2008, cap. 3.

11 Peter Smith, *op. cit.*, pp. 136-137.

12 Timothy Naftali (ed.), **The Presidential Recordings of John F. Kennedy**, Vol. 1, 30 de julio-agosto de 1962; New York, W.W. Norton, 2001, p. 18. Ver, también: James G. Hershberg y Peter Kornbluh, "Brazil Marks 50th Anniversary of Military Coup," National Security Archive Electronic Briefing, libro n° 465, subido el 2 de abril de 2014, 16 páginas, disponible en: <http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB465/1/>

13 Hershberg and Kornbluth, *op. cit.*, pp. 4-5.

14 *Ibid.*, p. 14.

15 Gaddis Smith, **The last years of the Monroe Doctrine, 1945-1993**, New York, Macmillan, 1995, p. 121. Es indudable que Goulart enfrentó grandes conflictos por sus diversas reformas y políticas; pero es cuestionable que hubiera sido derrocado sin una interferencia estadounidense importante y sistemática. Esta es la conclusión a la que se llegó en la mejor encuesta del período Goulart. Ver: Luiz Alberto Moniz Bandeira, **O governo João Goulart: as lutas sociais no Brasil, 1961-1964**, 7th ed., Brasília, Editora Universidade de Brasília, 2001, pp. 173-184 y 201-205.

y el emplazamiento de un grupo de trabajo de la Armada cerca de la costa de Brasil, en apoyo a un golpe planificado.¹⁶ El 30 de marzo, antes de que el golpe tuviera lugar, el agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Brasil, Vernon Walters, informó al Jefe de Estado Mayor Conjunto, después de encontrarse con los más destacados generales golpistas, que “se decidió pasar a la acción esta semana”.¹⁷

Mientras que las intervenciones militares previas en Brasil habían sido, fundamentalmente, de interés doméstico, la revuelta militar de abril de 1964 adquirió gran preocupación internacional para al menos uno de los jugadores de la Guerra Fría. Para Estados Unidos, esta revuelta era una parte esencial de su política latinoamericana y Goulart era otro Jacobo Árbenz, es decir, otro líder populista que promovía la reforma social y económica y, por ende, la “lucha de clases”.

Esta célebre política de Estados Unidos no pasó desapercibida entre los militares brasileños sino que fortaleció su posición de que esta intervención debería marcar una gran diferencia con las anteriores. Los militares ya no actuarían como un árbitro que equilibra las fuerzas democráticas y controla los “excesos” —como había sucedido en la República— sino que tomarían el gobierno para “modernizar” el país y destruir la penetración comunista desmovilizando los partidos de izquierda y los sindicatos.¹⁸ Aceptaban el modelo de desarrollo estatal basado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) como objetivo viable, pero veían al proceso democrático como un impedimento amenazante e innecesario para esa misma política. Y, aunque Estados Unidos también estaba interesado en promover la libertad de mercado, estaba dispuesto a subordinar esta demanda a cambio de un régimen autoritario pro-Occidente.

El compromiso de los militares con la ideología nacionalista de industrialización estatal se vinculaba estrechamente con la creación en 1948 de la *Escola Superior de Guerra*. Siguiendo el modelo de US National War College que se había creado dos años antes y del más antiguo Institute des Hautes Études de la Défense Nationale de Francia, fundado en 1936, su objetivo era reunir a oficiales de las tres fuerzas junto con un grupo selecto de expertos civiles para discutir temas nacionales y de estrategia y proponer soluciones.¹⁹ En muchos sentidos, se parecía al Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) de Perú, creado en la misma época. Los dos temas básicos eran: la seguridad nacional —pero en este caso, al estilo anti-comunista clásico— y el desarrollo nacional influenciado, fundamentalmente, por las ideas brasileñas sobre el capitalismo de Estado que se remontaban a Vargas.

Conservadores y anti-comunistas, los oficiales que enseñaban en la escuela y sus graduados fueron figuras clave del golpe de 1964. De hecho, los graduados de la ESG tuvieron una gran participación entre los golpistas: según Stepan, el 60% de los generales involucrados asistieron a la ESG.²⁰ En consecuencia, al igual que en el ejército peruano, los generales brasileños tenían un plan muy elaborado para promover el desarrollo del Brasil y, de hecho, crearon un gran sector industrial, modernizaron la agricultura e incluso pusieron en marcha iniciativas importantes de bienestar social. Con estas medidas

16 Hershberg and Kornbluth, *op. cit.*, pp. 16-17.

17 *Ibid.*, p. 17.

18 Este poder “moderador” del ejército se usó activamente para controlar al gobierno en el período de 1945-1964. Ver: Alfred C. Stepan, **The military in politics: changing patterns in Brazil**, Princeton, Princeton University Press, 1971, cap. 5; Thomas E. Skidmore, **Politics in Brazil, 1930-1964: an experiment in democracy**, New York, Oxford University Press, 1967 y Thomas E. Skidmore, **The politics of military rule in Brazil, 1964-1985**, Oxford University Press, 1988, cap. 1. Sobre las diferentes facciones e ideologías que surgieron entre los líderes militares durante este período, ver: José Pedro Kunhavalik, **Os Militares e o Conceito de Nacionalismo: disputas retóricas na década de 1950 e início dos anos 1960**, Tesis de Doctorado en Sociología, Universidade Federal de Santa Catarina, 2009.

19 En las primeras etapas de la escuela, una proporción considerable de los materiales didácticos utilizados eran traducciones de documentos militares de los Estados Unidos, especialmente sobre Seguridad Nacional y Geopolítica. Ver: Eduardo Munhoz Svartman, **Guardiões da Nação: Formação profissional, experiências compartilhadas e engajamento político dos generais de 1964**, Porto Alegre, Tesis de Doctorado, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2006, p. 183. Esto fue parte de una interacción constante entre los oficiales brasileños y el establecimiento militar de Estados Unidos, que incluyó la formación de cientos de oficiales brasileños en escuelas militares en América del Norte y otros cientos en la Zona del Canal de Panamá. Más aún, Estados Unidos se convirtió en la mayor fuente de armamentos brasileños en este período. Desde la década de 1950 hasta la década de 1980, Estados Unidos suministró la mayor parte de las importaciones de armas de Brasil para los tres servicios. Pero el creciente desencanto con la presión de los Estados Unidos sobre las armas nucleares y los derechos humanos bajo Carter llevó a Geisel a poner fin al Acuerdo Militar de 1952. Desde entonces, la producción nacional y los proveedores europeos han reemplazado la posición dominante de los Estados Unidos. Eduardo Munhoz Svartman, “Brazil–United States Military relations during the Cold War: Political Dynamic and Arms transfers”, **Brazilian Political Science Review**, Vol. 5, n° 2, 2012, pp. 75-93.

20 Sobre el origen y fundación de la escuela y la historia de sus fundadores, ver: Francisco César Alves Ferraz, **À sombra dos carvalhos: Escola Superior de Guerra e política no Brasil, 1948-1955**, Londrina, Editora Uel, 1997, pp.21-33; y Alfred Stepan, *op. cit.*, pp. 174-178; 184. Sobre los vínculos entre los oficiales y la elite, ver: Elio Gaspari, **A Ditadura Envergonhada**, São Paulo, Companhia das Letras, 2002, y René Armand Dreifuss, **1964, A Conquista do Estado: Ação política, poder e golpe de Classe**, 5ª ed., Petrópolis, Vozes, 1987.

esperaban evitar que la izquierda tomara el poder. También consideraban que esas grandes transformaciones sólo podrían llevarse a cabo bajo un régimen autoritario, libre del obstáculo de las presiones populares. Esto significaba exprimir salarios, controlar a los sindicatos y destruir cualquier posible presión popular. Este era un gobierno que, tan tempranamente como los setenta, prometía el regreso controlado al gobierno democrático, algo que finalmente no sucedió sino hasta 1985.

Con el éxito del golpe brasileño, Estados Unidos quedó envalentonado para ensayar otras grandes intervenciones de estado en nombre del anti-comunismo, a la par de sus tradicionales intervenciones automáticas en América Central y el Caribe. Johnson envió los marines a la República Dominicana para impedir el regreso al poder de Juan Bosch, elegido democráticamente un año después del golpe brasileño. Luego vino el derrocamiento de Salvador Allende patrocinado por la CIA en 1973.²¹ Con Chile y Brasil en manos de regímenes militares, los gobiernos democráticos de la región se volvieron aún más frágiles.

Ya en junio de 1966 los militares habían derrocado el gobierno democrático de Arturo Illia, dando inicio a lo que serían, con una breve pausa peronista, casi dos décadas de dominio militar que incluyó asesinatos en masa durante la llamada "guerra sucia". En 1970 fue el turno del gobierno boliviano, derrocado por los militares liderados por Hugo Banzer. Y luego, en 1973, el gobierno conservador electo en Uruguay entregó el poder a una junta militar, renunciando a todas las instituciones democráticas. La única excepción a este patrón de regímenes militares conservadores fue el establecimiento, en 1968, del gobierno militar nacionalista de Juan Velasco Alvarado en Perú.

Lo que llama la atención en este particular período de dominio autoritario en el Cono Sur es el nivel inusualmente alto de matanzas, tortura y violencia en nombre de la seguridad nacional, y la íntima cooperación —que facilitó los asesinatos tras las fronteras— entre los militares de las distintas naciones y los lazos cercanos con Estados Unidos. Los líderes políticos civiles del centro y de la izquierda fueron sistemáticamente perseguidos, exiliados o asesinados. Se eliminaron las elecciones libres, la prensa fue censurada y controlada. Este tipo de violencia estatal sistemática fue la norma en gran parte de América Central tras la caída de Arbenz en 1953. Los militares guatemaltecos atacaron grupos de campesinos mayas, incluso durante los períodos democráticos; los militares salvadoreños también llevaron a cabo campañas de asesinatos masivos desde que asumieron el poder en 1972, alcanzando un pico a principios de los '80. La caída del régimen de Somoza en 1979 que condujo a los Sandinistas al poder derivó, a su vez, en la creación de un contra ejército nicaragüense (la "contra") respaldado por Estados Unidos, que resultó un factor clave en la prolongación de la violencia y en la destrucción de la economía de Nicaragua hasta 1987.²² Este tipo de violencia estatal sistemática contra los ciudadanos era poco común en las sociedades más avanzadas y menos campesinas de América del Sur, lo cual cambiaría con el nuevo estilo de gobiernos militares que se impusieron en el hemisferio sur en los '60 y '70.

El interregno militar duró dos décadas o más en las naciones centro y suramericanas y produjo un movimiento masivo de refugiados políticos. En 1977 sólo quedaban tres gobiernos democráticos en América Latina —Costa Rica, Venezuela y Colombia.²³ En la mayoría de los casos, estos nuevos regímenes autoritarios duraron hasta los ochenta (Perú, Brasil, Argentina y Uruguay) o hasta 1990, como en Chile. Fue un período en el que el temor a un movimiento revolucionario al estilo cubano, o a la lucha de clases, o incluso a un cambio social y económico moderado llevaba a los gobiernos a niveles de asesinato de civiles patrocinados por el Estado poco frecuentes para América del Sur. Estos asesinatos no se circunscribían a campesinos y obreros, sino que alcanzaban, también, a estudiantes e intelectuales de las clases media y alta, grupos formalmente excluidos de estas campañas de terror llevadas a cabo por el Estado. De hecho, estos regímenes fueron tan violentos que provocaron una profunda reflexión en los partidos progresistas y radicales de América Latina. Los derechos humanos, antes ridiculizados como valores burgueses, se convirtieron en una ideología aglutinante que uniría a la izquierda y la derecha.²⁴ A menudo, este replanteo de las relaciones básicas con el Estado condujo, en el período post militar, a

21 A diferencia del caso brasileño, en el que todos sectores del gobierno de los Estados Unidos apoyaron la intervención, el gobierno de Nixon, contaminado por el Watergate y la guerra de Vietnam, mantuvo a la CIA y la embajada de los EEUU desinformadas de sus actividades, y trató directamente con los líderes golpistas a través de su misión naval, que proporcionó un fuerte apoyo de los Estados Unidos, directamente de Nixon y Kissinger. Para la última investigación sobre este asunto, ver: Jonathan Halam, **The Nixon administration and the death of Allende's Chile: a case of assisted suicide**, London, Verso, 2005, cap. 7.

22 Una útil investigación sobre los conflictos centroamericanos puede encontrarse en: Peter Smith, op. cit., pp.168-175.

23 Michael Reid, **Forgotten Continent: the battle for Latin America's soul**, New Haven, Yale University Press, 2007, pp. 120-121.

24 Sobre las transformaciones de la ideología de izquierda en este período, ver, por ejemplo, Vania Markarian, **Left in Transformation: Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Network, 1967-1984**, London: Routledge, 2013. [Hay edición castellana: **Idos y recién**

poderosas coaliciones —previamente impensables— de partidos comunistas, socialistas y demócrata cristianos. En los últimos años de los '80, estas coaliciones ganaron elecciones y plebiscitos que llevaron al fin de los regímenes militares y condujeron a poderosos movimientos democráticos que consolidaron el gobierno democrático en la mayoría de los estados latinoamericanos hasta hoy.

Aunque todos los regímenes militares de los '60 hasta los '80 fueron anti-democráticos y violentos, no todos siguieron el mismo patrón. Los dos casos más extremos en términos de violencia fueron Argentina y Chile. En el primero, los militares llevaron a cabo, deliberadamente, la llamada "guerra sucia" con el fin de aniquilar a los grupos contestatarios y de izquierda del país. Entre 1976-1983 los partidos e instituciones democráticas fueron reprimidos, y se estima que alrededor 30.000 personas fueron asesinadas.²⁵ Un sistema de terror estatal, altamente organizado y completamente controlado por los generales de la Junta, se volvió la norma a medida que los militares adoptaban la tortura indiscriminada, las matanzas y los secuestros para silenciar toda expresión política contestataria y progresista.²⁶ Los militares argentinos explicitaban en su lenguaje la intención y la "necesidad" de "limpiar" la sociedad.²⁷ Si bien los movimientos guerrilleros más importantes habían sido eliminados hacia 1976, fue en ese año cuando la verdadera "guerra sucia" empezó, y duró hasta 1982. La Doctrina de Seguridad Nacional promovía la idea de desarrollo económico al igual que la eliminación de potenciales movimientos de izquierda, pero esto no fue un tema central para los militares; la economía quedó en manos de las clases tradicionales que la condujeron a su antojo sin ningún esfuerzo importante por modernizarla.²⁸

En el otro extremo, estaba la franca dictadura establecida por los militares bajo Pinochet en Chile. Este régimen, igualmente apoyado por la clase alta y partes de la Iglesia, también recibió apoyo y finanzas masivas de los Estados Unidos y mató aproximadamente a unas 3,000 o más personas; en tanto varios miles más fueron forzadas al exilio. Si bien la mitad de los muertos fueron asesinados en los primeros años del régimen, los asesinatos, las torturas y los encarcelamientos continuaron hasta el final del gobierno de Pinochet; en tanto que la represión aumentó en los años de crisis económica de 1982-1983.²⁹ Se ha estimado que, finalmente, unas 60.000 personas fueron encarceladas en Chile, en comparación con 30.000 en Argentina y 25.000 en Brasil.³⁰ Además, el régimen fue implacable en su persecución de líderes de izquierda, siendo un activo miembro del Plan Condor, lo cual lo llevó a romper relaciones diplomáticas con países tan distintos como México, Colombia y Gran Bretaña.³¹

En Chile, el Ejército, con un apoyo muy activo de los Estados Unidos, se alió con los elementos conservadores de las clases altas y la élite empresarial para derrocar a la administración socialista liderada por Salvador Allende, que estaba impulsan-

llegados, La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1967-1984), Montevideo, Ed. La Vasija/ UDELAR/ Correo del Maestro, 2006. N. de T.]

- 25 En su análisis sobre los regímenes burocrático-autoritarios, O' Donnell ubica la instalación de este régimen en Argentina con el golpe de Estado de Juan C. Onganía, en junio de 1966. Ver: Guillermo O'Donnell, "Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State," *Latin American Research Review*, Vol. 13, n° 1, 1978, p.7. [Ver también: *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982. N. de T.]
- 26 La Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (CONADEP) documentó 9.000 desapariciones, mientras que la cifra estimada y esgrimida por las organizaciones de derechos humanos es de 30.000. Un análisis pormenorizado sobre la maquinaria de tortura y exterminio sistemático puede verse en: Marcos Navarro y Vicente Palmero, *La dictadura militar, 1976-1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003. El propio general Videla admitió, finalmente, entre 7000 y 8000 "desaparecidos" en su última defensa oral ante la Justicia. Ver el informe Reuters en: <http://www.reuters.com/article/2012/04/14/us-argentina-dictator-idUSBRE83DOCK20120414>.
- 27 Sobre la extraordinaria ideología de los militares en este período, ver el estudio clásico de Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, New York, Oxford University Press, 2011.
- 28 Como varios autores han señalado, los intentos modestos del régimen militar argentino por una reforma económica liberal fueron totalmente infructuosos, ya que la mayoría de los oficiales militares siguieron siendo proteccionistas y estatistas y se opusieron a tales cambios. Una serie de ministros económicos liberales intentaron abrir la economía, pero en 1983 había más empresas estatales que en 1976. Además, las políticas económicas del gobierno militar aumentaron la inflación y la deuda del Estado y continuaron el grave declive económico que había comenzado bajo el gobierno de Onganía. Ver: Glen Biglaiser, *Guardians of the nation? Economists, generals, and economic reform in Latin America*, Indiana, University of Notre Dame Press, 2002, pp. 102-106; Jerry Dávila, *Dictatorship in South America*, Chichester, West Sussex, Wiley-Blackwell, 2013, cap. 5; y Navarro and Palermo, *op. cit.*, cap 4.
- 29 Carlos Huneeus, *The Pinochet Regime*, Colo, Lynne Reinner, 2007, pp. 4-5.
- 30 Estas figuras comparativas provienen del *dossier* organizado por el periódico de San Pablo, *Folha*, 23/03/ 2014, disponible en: <http://arte.folha.uol.com.br/especiais/2014/03/23/o-golpe-e-a-ditadura-militar/o-acerto-de-contas.html>. Un estimado de 500 personas fueron asesinadas o desaparecidas durante el régimen militar de Brasil. Ver: <http://www.desaparecidospoliticos.org.br/pagina.php?id=221>
- 31 Los conflictos con naciones extranjeras que incluso podrían haber simpatizado con Chile se debieron a la despiadada caza de sus nacionales o a la negación de medidas de seguridad para con los refugiados en las embajadas locales. Ver: Heraldo Muñoz, "Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno," *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 44, n° 2, abril-junio de 1982, pp. 581-583.

do activamente la nacionalización de la industria y una mayor redistribución del ingreso.³² La dictadura resultante tuvo, así, una sólida base civil de partidarios activos. En lugar de experimentar las cambiantes alianzas entre varias facciones militares —comunes al régimen argentino y que conducirían a constantes cambios presidenciales— el gobierno chileno estuvo dominado por un solo hombre a lo largo de los diecisiete años de gobierno militar, e incluso más, en tanto Pinochet siguió siendo jefe del Ejército hasta 1998, ocho años después del retorno de la democracia. Aunque los militares no tenían un plan social coherente, más allá de eliminar a toda la oposición liberal y de izquierda y de que eran, en su mayoría, proteccionistas en asuntos económicos, Pinochet decidió apoyar, solo, una radical reorganización neoliberal de la economía nacional basada en las ideas de la llamada Escuela de Economía de Chicago.³³ De hecho, fue un grupo selecto de jóvenes graduados de la Universidad Católica, todos ellos doctorados en economía en la Universidad de Chicago, quien llevó adelante este programa bajo su administración.³⁴ El régimen no sólo estaba totalmente comprometido con las soluciones de mercado y una economía desregulada —que se llevaría a cabo a costa de los ingresos de los trabajadores—, sino que sus ideas en relación con la privatización de la educación y el bienestar social se convirtieron en el modelo de lo que más tarde se llamaría el Consenso de Washington.³⁵ Además, para la ideología del mercado libre, una dictadura autoritaria crea, por su propia naturaleza, un capitalismo de amigos, ya que los partidarios son favorecidos por sobre otros actores económicos y se proporciona información crucial a unos pocos seleccionados —lo cual también conduce a la corrupción sistemática. Como lo demostró la riqueza acumulada por el general Pinochet, los oficiales aprovecharon su nuevo poder para enriquecerse.³⁶ Las privatizaciones carecían totalmente de transparencia, lo cual significaba que sólo los partidarios del régimen podían acceder a ellas con préstamos estatales, al tiempo que no se crearon agencias reguladoras para controlar los nuevos mercados liberalizados.³⁷

Si bien muchos regímenes militares aplicaron shocks ortodoxos para reducir la inflación a costa del bienestar y los salarios, los cambios estructurales promulgados por el régimen de Pinochet fueron exclusivos de Chile. La mayoría de los estados latinoamericanos no abrieron sus mercados al capital extranjero y al libre comercio hasta unas décadas más tarde, y pocos llevaron a cabo los extremos de la privatización —en áreas como el bienestar social y la educación— que se llevaron a cabo en Chile; aún después de su promoción por parte del Banco Mundial y los Estados Unidos. La dictadura chilena fue, en su base política, marcadamente diferente de otros regímenes militares. En Argentina, los militares gobernaron sobre una población pasiva que estaba acostumbrada a golpes de Estado periódicos desde la década de 1930. Mientras que la “guerra sucia” generó apoyos entusiastas en la extrema derecha, hubo una suerte de aceptación resignada por parte de una abrumadora mayoría de la población. En el caso de Brasil, hubo un cambio constante de grupos de apoyo y opositores, de

32 La revisión estándar de la crisis del régimen de Allende y los orígenes de la revuelta militar se presenta en: Arturo Valenzuela, **The breakdown of democratic regimes, Chile**, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978. Aunque el autor dice poco acerca del rol de los EEUU en el golpe, sí da cuenta de la planificación militar del golpe entre julio y septiembre de 1973, a través de incesantes redadas militares —no controladas por el gobierno de Allende— en busca de un arsenal obrero de armas supuestamente obrero, y la presión sistemática para obligar a todos los generales y almirantes liberales a pasar a retiro, (Valenzuela, *op. cit.*, pp. 101-105).

33 Si había alguna coherencia en el pensamiento militar respecto de la economía, ésta era un compromiso con el control estatal de la industria nacional. Como Biglaiser ha notado, la mayoría de los principales oficiales de todos estos regímenes militares de la Guerra Fría eran proteccionistas y estaban comprometidos con un fuerte control estatal sobre la economía por razones institucionales: querían una industria nacional de armas y también empleos lucrativos en la industria estatal para sus partidarios subalternos, ver: Biglaiser, *op. cit.*, p.11. De hecho, esta posición fue apoyada por el jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, quien finalmente fue expulsado por Pinochet. Ver: Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, “Estatismo y neoliberalismo: un contrapunto militar, Chile 1973-1979,” en **Historia**, Santiago, Vol. 34, 2001, pp. 167-226. Pero cuán limitado fue el pensamiento militar chileno en términos de reformas económicas o sociales, puede verse en la colección de documentos de ideología y planificación militar presentados en: Augusto Varas and Felipe Agüero, **El proyecto político militar**, Santiago, FLACSO, 1984.

34 Sobre los orígenes sociales de este grupo, ver: Carlos Huneeus, “Technocrats and Politicians in an Authoritarian Regime. The ‘ODEPLAN Boys’ and the ‘Gremialists’ in Pinochet’s Chile”, **Journal of Latin American Studies**, Vol. 32, n° 2, mayo 2000, pp. 461-501. Sobre su prevailecimiento dentro del gobierno de Pinochet, y su coherencia ideológica que los aisló de los grupos de presión tanto militar como civil, ver: Biglaiser, *op. cit.*, pp. 95-100.

35 Sobre estas reformas económicas ver: Alejandro Foxley, “The Neoconservative Economic Experiment in Chile,” en J. Samuel Valenzuela and Arturo Valenzuela (eds.), **Military Rule in Chile**, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986; y Ricardo Ffrench-Davis, **Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de política económica en Chile**, Santiago de Chile, JC Sáez Editor, 2003. Para el informe influyente del Banco Mundial que respalda estos cambios y los promueve para el resto del mundo, ver: World Bank, **Averting the Old Age Crisis: Policies to Protect the Old and Promote Growth**, Oxford and New York, Oxford University Press, 1994.

36 **New York Times**, “The Pinochet Money Trail,” 12/12/ 2004.

37 Carlos Huneeus, **The Pinochet Regime**, *op. cit.*, pp. 15, 282 y 338. Vale la pena señalar que los militares no le permitieron a Pinochet privatizar la vital industria minera del cobre.

modo que los militares se vieron obligados a diseñar políticas que pudieran captar un apoyo más popular más allá de su base original de elite y derechas. En el caso chileno, el apoyo dado a Pinochet fue incondicional por parte de casi la mitad de la población. Este apoyo de las clases medias y altas duró hasta el siglo XXI y formó la base de un régimen muy poderoso y cohesivo que, incluso al final, obtuvo el 43% del voto popular en el referéndum de 1988.³⁸ Pero éste definitivamente no fue un régimen populista del estilo de Juan Domingo Perón en Argentina o Velasco Alvarado en Perú; el gobierno de Pinochet, contento con la minoría de la población que sostuvo activamente su régimen, no hizo ningún llamado al apoyo popular.

Pinochet también fue inusual entre todos los regímenes militares puesto que era una dictadura, no calificada, de un solo hombre. Él llevó a cabo una reorganización del comando militar, aboliendo la junta de promociones y apelaciones, y tomando en sus propias manos los poderes que a esa institución correspondían. Luego, procedió a violar los estándares tradicionales de promoción y jubilación profesional y nombró a los leales por sobre los oficiales de más alto rango, permitiendo a otros mantener su puesto más allá de la edad de jubilación habitual. De este modo, controlaba completamente al Ejército e hizo que los otros jefes de servicio dependieran de su buena voluntad. También amplió el número de generales —de 24 en el momento del golpe a 53 para fines de la década de 1980— e incrementó enormemente el cuerpo de oficiales de rango medio, mientras que el jefe del Ejército siguió siendo el jefe del Consejo de Gobierno de la Junta Militar, así como presidente de la república.³⁹

Todo esto estaba en marcado contraste con los regímenes militares de Brasil, Argentina y Uruguay, que mantenían la jubilación en su lugar, rotaban a los oficiales dentro y fuera del poder en un calendario bien definido y, de alguna manera, garantizaban que no hubiera un gobierno dictatorial de un solo hombre como en Chile. Brasil llegó al extremo de tener designaciones “presidenciales” fijas, y los generales uruguayos nunca nombraron a uno de los suyos como presidente.

El último de los principales gobiernos militares establecidos en los sesenta en América del Sur fue el del General Juan Velasco Alvarado en Perú, en octubre de 1968. A diferencia de todas las demás intervenciones militares en América del Sur, los militares peruanos iniciaron el derrocamiento de un gobierno electo por su cuenta e iniciativa y continuaron gobernando sin intervención de Estados Unidos. Tuvo también otras características distintivas. Fue esencialmente una revolución de coroneles, dirigida por un general radical, que no hizo ningún esfuerzo por destruir a los sindicatos ni encarcelar a nadie, y aunque odiaba el APRA y era oficialmente anticomunista, advirtió que no usaría esto como herramienta para impedir el cambio social y económico.⁴⁰ A pesar de llevar a cabo una importante reforma agraria, promover sistemáticamente la movilización política de campesinos y trabajadores, unirse a las coaliciones del Tercer Mundo en la era de la Guerra Fría y confiscar propiedades estadounidenses, era un régimen oficialmente anticomunista en medio de regímenes más radicalizados de la región; y, en consecuencia, fue ignorado por Washington.⁴¹

La experiencia de Velasco, sin embargo, tenía mucho en común con el régimen chileno y aún más con el brasileño, ya que los militares aspiraban a establecer un modelo de desarrollo autoritario. A diferencia de otros gobiernos militares del período de la Guerra Fría, no se involucró en la violencia estatal contra la población. No hubo asesinatos sistemáticos, desapariciones, encarcelamientos u otros aspectos típicos de los regímenes represivos de la región en este período de interregno militar. Por añadidura, con la excepción de los regímenes militares bolivianos, fue el único gobierno militar que llevó a cabo una reforma agraria masiva y fundamental, y que transformó profundamente la economía y la sociedad.

38 El plebiscito tuvo una tasa de participación de votantes del 92%, la más alta en la historia chilena. Ver: Patricio Navia, “Participación electoral en Chile, 1988-2001”, *Revista de Ciencia Política*, Santiago de Chile, vol. XXIV, n°1, 2004, p. 91. Para los resultados del sufragio ver: Huneus, *op. cit.*, p. 420. Gran parte de este apoyo popular finalmente terminó en 2004 con las revelaciones sobre los millones ilegales de Pinochet en el Riggs Bank de Washington DC y en otros. Ver: *New York Times*, “The Pinochet Money Trail,” 12/12/2004.

39 Ver: Huneus, *op. cit.*, pp. 80-83; y Genaro Arriagada Herrera, “The Legal and Institutional Framework of the Armed Forces in Chile”, in Valenzuela and Valenzuela (eds.), *op. cit.*, pp. 117-143. Las pensiones militares tampoco fueron privatizadas por los Chicago Boys, por lo que, de hecho, al final del régimen, costaban un muy significativo 1.5% del PIB anual. (Huneus, *op. cit.*, p. 333).

40 Ver: Alain Rouquié, *op. cit.*, pp. 312-313.

41 Peter Smith, *op. cit.*, p. 176. La otra excepción fue la toma del poder en Bolivia en la Revolución de 1952 por parte del MNR. Definido por el Departamento de Estado como un movimiento pro-fascista y pro-peronista, el gobierno del MNR fue inicialmente ignorado por los Estados Unidos, que eventualmente apoyaron al régimen reformista con ayuda masiva. A su vez, Estados Unidos tuvo poca influencia sobre los regímenes militares que siguieron a la caída del MNR. De hecho, algunos de los oficiales de izquierda que llegaron al poder participaron de la captura y el asesinato del Che Guevara en 1967. Ver: Herbert S. Klein, *A Concise History of Bolivia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, cap. 8.

En las elecciones de 1962, el Ejército había intervenido entre los candidatos en competencia para forzar la elección del líder de Acción Popular, Fernando Belaunde Terry, por temor a la posible elección del detestado Haya de la Torre y su partido, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Pero el Ejército se frustró con el gobierno reformista de Belaunde. Tuvo que luchar contra un campesinado cada vez más movilizado y contra varios movimientos guerrilleros de inspiración guevarista, y finalmente se convenció de que debían emprenderse reformas sociales y económicas profundas para evitar más conflictos sociales.

En 1967, los principales generales se convencieron de que la estructura oligárquica de la nación podía romperse más con un moderno gobierno reformista autoritario que con uno democrático y pluralista; y decidieron tomar el control directo.⁴² Muchos de estos oficiales habían sido educados en el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM). Fundado en 1950, el CAEM ofrecía un curso de un año sobre problemas económicos y políticos para oficiales superiores de élite. A diferencia de la Escuela Superior de Guerra (ESG) de Brasil, enviaba a sus estudiantes a estudiar Economía a la ECLA de Chile y a otros programas de capacitación en el extranjero. Dos tercios de los ministros del primer régimen militar revolucionario eran graduados de la CAEM, incluido el jefe de las Fuerzas Armadas. Como en el caso de la ESG de Brasil, también asistieron estudiantes civiles a estas escuelas.⁴³ Incluso la Seguridad Nacional se definió en la CAEM en los más amplios términos “como la necesidad de garantizar un orden que conduzca al bienestar nacional, es decir, el bienestar de todos los peruanos, no sólo de las clases sociales dominantes”.⁴⁴ De hecho, su plan de estudios ha sido denominado como “un enfoque militar de las ciencias sociales”.⁴⁵ El shock para el Ejército fue la campaña de guerrillas de 1965-1966, que fácilmente reprimieron. Pero a partir de esta experiencia, se convencieron de que sólo una reforma básica podría evitar que se produjeran nuevas rebeliones rurales. Creían que el Perú había entrado en un período de lo que Einaudi llamó “insurgencia latente” y, a partir de la experiencia de la derrota de Francia en Indochina y de Estados Unidos en Vietnam, se dieron cuenta de que el Perú tendría que resolver solo sus propios problemas.

Fue precisamente el dilema de cómo controlar estos procesos lo que llevó a los militares peruanos a comprometerse con la reforma agraria y la industrialización, con vistas a resolver lo que entendían era la debilidad del Perú que lo exponía a la subversión comunista. Al mismo tiempo, los militares expulsaron a la misión militar de los EEUU de 1969, a pesar de que Perú había sido el segundo mayor receptor latinoamericano de ayuda militar de los EEUU después de Brasil en los años cincuenta y sesenta.⁴⁶ No obstante, compartían una certeza básica común a todos los regímenes de la era, y probablemente inherente a cualquier gobierno militar de derecha o izquierda. Al igual que toda la ingeniería social radical o conservadora que se intentó en esta era de regímenes militares, tenía que ser una “movilización” de arriba hacia abajo diseñada para anticipar y reducir el conflicto. Incluso en el intento radical de los militares peruanos de movilizar a campesinos y trabajadores, hubo una “negativa a reconocer la legitimidad del conflicto social y la voluntad de imponer un tipo de colectivismo autoritario bajo el cual el conflicto ya no se produciría”.⁴⁷ También, los oficiales dejaron en claro que por más radicales que fueran estas necesarias políticas, se llevarían a cabo dentro de un modelo “occidental y cristiano”.⁴⁸

42 Para un estudio de los conflictos políticos del primer régimen de Belaunde, ver: Henry Pease García, **El ocaso del poder oligárquico: lucha política en la escena oficial (1968-1975)**, Lima, DESCO, 1977, cap. 1; y Carlos Contreras y Marcos Cueto, **Historia del Perú Contemporáneo**, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1999, cap. 8. Para los planes de reforma, ver: Lisa L. North, “Ideological Orientations of Peru’s military Rulers,” in Cynthia McClintock and Abraham L. Lowenthal (eds.), **The Peruvian Experiment Reconsidered**, Princeton, Princeton University Press, 1983, pp. 245-274; and Julio Cotler, “Crisis política y populismo militar en el Perú”, en **Revista Mexicana de Sociología**, Vol. 32, n° 3-4, mayo-junio de 1970.

43 La investigación modelo de la escuela y su enseñanza es Jorge Rodríguez Beruff, **Los militares y el Poder. Un ensayo sobre la doctrina militar en el Perú 1948-1968**, Caracas, Mosca Azul editores, 1993. Ver también: Luigi R. Einaudi, “Revolution from within? Military rule in Peru since 1968”, en **Studies in Comparative International Development**, Vol. 8, n°1, 1973, pp. 71-87. Los datos de asistencia se encuentran en: Jorge Rodríguez Beruff, *op. cit.*, table 10, p. 51.

44 Luigi Einaudi, *op. cit.*, p. 76.

45 Carlos A. Astiz y José Z. García, “The Peruvian Military: Achievement Orientation, Training, and Political Tendencies,” en **The Western Political Quarterly**, Vol. 25, n° 4, dic. 1972, p. 677. Ver también: Luigi R. Einaudi y Alfred C. Stepan, **Latin American Institutional development: changing military perspectives in Peru and Brazil**, Santa Monica, Rand Corporation, abril de 1971.

46 Dirk Kruijt, “Perú: relaciones entre civiles y militares”, en Dirk Kruijt y Edelberto Torres-Rivas (coords.), **América Latina: militares y sociedad II**, San José de Costa Rica, FLACSO, 1991, p. 34.

47 George D E. Philip, **The rise and fall of the Peruvian military radicals, 1968-1976**, London, Athlone Press, 1978, pp. 77-78.

48 Como ha señalado Julio Cotler, el gobierno de las Fuerzas Armadas realizaría muchas de las demandas de los partidos progresistas de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial. Cfr. Cotler, “Crisis política y populismo militar en el Perú”, pág. 763.

El ejército peruano, al igual que su homólogo de Brasil, convirtió al Estado en un participante importante en la economía nacional. De hecho, fue mucho más allá que los brasileños en el sector financiero. Los bancos se nacionalizaron en 1970 y el Estado comenzó a establecer industrias pesadas y a hacerse cargo de minas, fábricas y, en gran medida, de la economía exportadora. El capitalismo de Estado se convirtió, entonces, en el modelo dominante de la economía nacional y duró mucho más allá de la caída del régimen militar.⁴⁹ Aparte de la distribución masiva de la tierra, el gobierno creó SINAMOS para promover las cooperativas de campesinos y trabajadores y otras organizaciones autónomas de base. Todas las haciendas confiscadas se convirtieron en cooperativas autónomas y el régimen estableció una confederación sindical agraria nacional diseñada para controlar a los campesinos movilizados y los trabajadores rurales que tanto habían agitado la escena nacional en los años anteriores.⁵⁰

A excepción de su falta de violencia estatal sistemática, el experimento de Velasco fue el más cercano a la experiencia militar brasileña, ya que buena parte de la clase de oficiales creía que la reforma social y económica era esencial para modernizar el país. En el caso de Chile, fueron los asesores civiles más que los militares los que produjeron cambios sociales y económicos y, de hecho, sólo una figura militar estaba dispuesta a comprometerse con esta reforma: el dictador. También se debe enfatizar que todos estos militares reformistas tenían como objetivo básico de estas reformas, anticipar —y esencialmente neutralizar— la protesta popular y cualquier posible reforma desde abajo.

El régimen cívico-militar de Uruguay, que se extendió desde 1973 hasta 1985, fue una extraña alternativa a los otros regímenes autoritarios del período. Uruguay, al igual que Perú, Argentina y Brasil, experimentó un importante movimiento guerrillero en los años sesenta y principios de los setenta. La versión uruguaya era conocida como los Tupamaros o Movimiento Liberación Nacional (MNL-T), fundado en 1960. Los Tupamaros propusieron la lucha armada urbana como la única manera de alcanzar la revolución socialista.⁵¹ De hecho, se estimó que en 1969 hubo más violencia armada contra el gobierno uruguayo que en cualquier otro país de América Latina en ese año. Inicialmente, los Tupamaros tuvieron un gran apoyo popular, hasta el asesinato del asesor de la policía estadounidense, Dan Mitrone, en agosto de 1970, que llevó a muchos uruguayos a rechazar la violencia armada. Aunque fue la Policía quien se ocupó principalmente de los Tupamaros hasta 1971, ese año el Ejército se hizo cargo.⁵² En pocos meses, el movimiento fue destruido y, a principios de 1972, el Ejército declaró que el movimiento guerrillero había sido eliminado.⁵³ Pero los oficiales, tras haber probado un mayor poder, decidieron tomar el control del gobierno al año siguiente.⁵⁴ En abril de 1972, el Congreso declaró el estado de emergencia permanente y revocó todas las libertades civiles; meses más tarde, en febrero de 1973, el Ejército encabezó una rebelión abierta contra el nuevo Ministro de Defensa y forzó su retiro. Incapaz de montar una oposición seria, el presidente Juan María Bordaberry aceptó que los oficiales se involucraran directamente en el gobierno nacional. En este mismo período tuvo lugar un cambio profundo en la organización política tradicional uruguaya. A los partidos tradicionales, Colorado y Blanco, se sumaba en 1971 el Frente Amplio, una coalición de partidos de izquierdas que reunía desde comunistas hasta demócratas cristianos, incluyendo disidentes de los tradicionales Partido Colorado y Partido Blanco. Ese año, el Frente Amplio participó en las elecciones presidenciales y legislativas, recibiendo un significativo 18% de los votos presidenciales y obteniendo 5 bancas de senadores y 18 de diputados en el Congreso.⁵⁵ Sin embargo, en junio, el presidente y los militares pidieron la expulsión

49 Ver: E. V. K. Fitzgerald, **The political economy of Peru, 1956-78: Economic development and the restructuring of capital**, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, cap. 6; Augusto Alvarez Rodrich, "Del Estado empresario al Estado regulador," en Julio Cotler (ed.), **Perú 1964-1994. Economía, Sociedad y Política**, Lima, IEP, 1995), pp. 72-75; y Luis Abugattás, **Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial: la experiencia peruana**, Santiago de Chile, CEPAL, Serie Reformas Económicas n° 48, 1999).

50 Sobre estas reformas, ver: Cynthia McClintock, **Peasant cooperatives and political change in Peru**, Princeton, Princeton University Press, 1981; y José Matos Mar & José Manuel Mejía, **La reforma agraria en el Perú**, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1980.

51 Alfonso Lessa, **La revolución imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX**, Montevideo, Fin de Siglo, 2003, p. 24.

52 Alfonso Lessa, *op. cit.*, p. 21.

53 Sin embargo, a pesar del encarcelamiento, la tortura, los asesinatos y el confinamiento solitario de sus líderes en diferentes prisiones del país, el MNL sobrevivió, y en el período post autoritario reorientó su ideología y se unió al Frente Amplio. En 2010 eligió a uno de sus líderes fundadores, José Mujica, como presidente. Sobre los cambios experimentados por el partido en la era post-autoritaria, ver: Adolfo Garcé, "Ideologías políticas y adaptación partidaria: el caso del MLN-Tupamaros (1985-2009)", en **Revista de Ciencia Política**, Santiago, Vol. 31, n°1, 2011, pp. 117-137.

54 Charles Guy Gillespie, **Negotiating Democracy, Politicians and Generals in Uruguay**, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 40-42. Sobre la historia de Tupamaros y el MLN, ver: Alain Labrousse, **Una historia de los Tupamaros de Sendic a Mujica**, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2009. Tanto Gillespie como Labrousse se refieren a las acciones de Tupamaros comprendidas entre 1962 y 1970 como el período de "Robin Hood", el más celebrado popularmente; pero después de 1970, la organización perdió su atractivo para la mayoría de los uruguayos...

55 Ananda Simões Fernandes, **Quando o inimigo ultrapassa a fronteira: as conexões repressivas entre a ditadura civil-militar brasileira eo**

del Senado de uno de los miembros electos del nuevo partido, lo que el Congreso se negó a hacer. El resultado fue que el 27 de junio Bordaberry disolvió el Congreso y así comenzaron, formalmente, unos once años de gobierno autoritario civil-militar. Se impuso una severa censura, se cerraron numerosos periódicos, y finalmente se produjo un uso sistemático y continuado de la tortura y el encarcelamiento masivo. En este violento período, el Ejército abandonó cualquier postura reformista seria o cualquier vestigio de norma democrática. En 1976 los oficiales decidieron reemplazar a Bordaberry con otro presidente civil pasivo. La razón principal de su expulsión fue su propuesta de abolir los dos partidos políticos tradicionales —por entonces suspendidos— y dirigir un régimen autoritario directo. Los oficiales se negaron a tomar tal medida y permanecieron comprometidos con un papel tutelar, preparándose para la eventual re-democratización del país, aunque con las esperadas restricciones habituales y largos años de preparación.⁵⁶ Al mismo tiempo, el golpe argentino de ese año le permitió a Uruguay crear con Argentina, Chile, Brasil, Paraguay y Bolivia un frente unido de regímenes militares, conocido como Plan Cóndor, dedicado a la búsqueda transfronteriza sistemática de exiliados revolucionarios y líderes progresistas.⁵⁷ Aunque el régimen no adoptó en forma sistemática los escuadrones de la muerte argentinos y chilenos, en 1976 tenía la mayor población de reclusos per cápita en América del Sur.⁵⁸

Pero si los asesinatos fueron moderados, el ataque masivo al empleo de trabajadores de centro y de izquierda en el gobierno fue incluso más extremo que en la mayoría de los otros regímenes autoritarios. Adoptando las normas militares brasileñas de gobierno, los generales uruguayos emitieron muchas de las llamadas leyes institucionales que modificaron la constitución básica del país. En 1977 se firmó el decreto institucional AI-7, que clasificó a todos los ciudadanos uruguayos en tres clases según su actividad política pasada. En lo sucesivo, a todas las personas clasificadas B y C se les impidió ocupar cargos gubernamentales, lo que implicó el despido de 10.000 trabajadores estatales. Cualesquiera que fueran las tendencias progresistas “peruanas” que aún perduraran en el comando militar, fueron eliminadas ese año con el nuevo Acta Orgánica Militar, con la que los generales conservadores adoptaron un plan de jubilación al estilo de Pinochet que les permitió obviar los requisitos habituales de carrera. El resultado fue el pase a retiro forzado de 450 oficiales y subalternos. Finalmente, con el Acta Institucional AI-8 de ese año, el ejército destruyó la independencia del Poder Judicial.⁵⁹

La incorporación progresiva de empresarios y personal técnico en las sucesivas administraciones militares impulsó una política más neoliberal, pero el Ejército permanecía reacio a abrir por completo la economía, y si bien hubo un crecimiento económico hasta la crisis de la deuda mexicana de 1982, este crecimiento estuvo acompañado por un aumento de la deuda pública, una significativa e incontrolada inflación, y una disminución de salarios reales en una evolución no muy diferente a la de las otras economías autoritarias regionales del período.⁶⁰

Aunque el Ejército propuso una “apertura” muy lenta, permitió a los partidos tradicionales reorganizarse y elegir a nuevos conductores en 1982, lo cual llevó a que los líderes de la oposición ganaran control. Al año siguiente, hubo protestas populares organizadas y comenzó a formarse una importante coalición de partidos de oposición, legales e ilegales, contra el régimen que, a su vez, abandonó lentamente su campaña de violencia, permitiendo paulatinamente el retorno limitado de exiliados y la liberación de presos políticos. Finalmente, en 1984 tuvo lugar otro plebiscito, seguido de las elecciones presidenciales formales, y el fin del gobierno militar.⁶¹

Uruguai (1964-1973), Porto Alegre, Tesis de Maestría, Historia Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2009, p. 222. Se ha informado que los militares brasileños eran especialmente hostiles al nuevo Frente Amplio y que se involucraron significativamente con la policía y los militares uruguayos a fin de sabotear la campaña electoral del nuevo partido.

56 Como advierte Gillespie: “Mientras que Bordaberry quería un régimen autoritario institucionalizado, los militares preferían la ambigüedad de una solución autoritaria”, Gillespie, *op. cit.*, p. 54.

57 Virginia Martínez, **Tiempos de Dictadura 1973/1985**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2005, pp. 13-14, 31, 61. Sobre el Plan Condor, ver: J. Patrice McSherry, **Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America**, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2005. Sobre los distintos movimientos guerrilleros nacionales e internacionales, que operaban en estas naciones durante este período, ver: Aldo Marchesi, **Geographies of Armed Protest: Transnational Cold War, Latin Americanism and the New Left in the Southern Cone (1964-1976)**, New York, NYU, 2013.

58 Gillespie, *op. cit.*, p. 30.

59 Sobre la expansión progresiva del poder militar en la compleja evolución del régimen, ver: Carlos Demasi, “La evolución del campo político en la Dictadura,” en Carlos Demasi (*et. al.*), **La dictadura cívico militar: Uruguay, 1973-1985**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009, pp. 15-116; y Virginia Martínez, *op. cit.*, p. 87.

60 Jaime Yaffe, “Proceso económico y política económica durante la dictadura (1973-1984),” en Demasi (*et. al.*), *op. cit.*, p. 168.

61 Virginia Martínez, *op. cit.*, pp. 132, 167, 181-182, 205-206. Sobre los militares durante la transición, ver: Demasi, “La evolución del campo político,” p.112. Julio María Sanguinetti ganó con el 31% de los votos, obteniendo la victoria tanto en áreas rurales como rurales. Miguel Alcántara Sáez and Ismael Crespo Martínez, **Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)**, Madrid, CEDEAL, 1992, pp. 119-157.

El caso del régimen militar en Bolivia reflejó mucho de los procesos que tuvieron lugar en Chile y Argentina, pero se desarrolló de manera muy diferente debido tanto a la evolución previa de la política y la sociedad bolivianas como a la naturaleza del *establishment* militar, mucho menos jerárquica y organizada que la de otros militares nacionales. Bolivia había experimentado una revolución social y económica en 1952 impulsada por un poderoso partido político que derrotó al Ejército en la revolución y lo reconstruyó bajo la tutela del victorioso Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Ese partido, comprometido con una economía controlada por el Estado y con la Reforma Agraria, creó una empresa minera estatal, la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), que se hizo cargo de todas las minas principales y procedió a romper efectivamente los latifundios de la región de las tierras altas y distribuir esas tierras a los *ayllus*, o las comunidades indígenas. Otorgó el sufragio universal a todos los ciudadanos, incluidos los analfabetos y los sindicatos de campesinos armados. Si bien la respuesta de los Estados Unidos podría haber sido su declaración habitual de que se trataba de un posible régimen comunista, el hecho de que, por un lado, creyeran que Víctor Paz Estenssoro, jefe del partido y líder de la Revolución Nacional de 1952, era tanto un fascista como un ideólogo peronista, y, por el otro, que Estados Unidos tenía inversiones mínimas en el país, implicó que el régimen escapara de ser etiquetado como una amenaza para los Estados Unidos. Dada la crisis económica desencadenada por la nacionalización y la reforma agraria, Paz Estenssoro se volvió rápidamente pro-estadounidense en su política exterior y recibió alimentos de primera necesidad y apoyo económico de los EEUU.⁶²

Durante la mayor parte del período comprendido entre 1952 y mediados de los sesenta, Bolivia fue gobernada por Víctor Paz Estenssoro, elegido para su cuarto y último mandato en 1964. La elección de ese año le dio a Paz Estenssoro la victoria, pero se enfrentaba a la izquierda y el centro de su antiguo MNR, y al partido de la Falange como principal fuerza opositora y todavía enemiga implacable de Paz. Dadas las condiciones, era inevitable que el Ejército fuera alentado a regresar al poder. Así, en noviembre de 1964, el Ejército derrocó a Paz Estenssoro en un golpe de Estado relativamente incruento y puso el gobierno en manos de una junta encabezada por el vicepresidente general René Barrientos. Así, el Ejército retornaba a la política nacional, y seguiría siendo la fuerza dominante del gobierno nacional hasta 1982.

Durante los siguientes dieciocho años, diversos grupos e instituciones de la sociedad lucharían por dominar las fuerzas que se habían desatado en el período de la Revolución Nacional. Los oficiales militares más jóvenes que habían llegado al poder bajo el MNR, hostiles a la política democrática y al trabajo organizado, debían crear una compleja alianza con los campesinos. Estos oficiales justificaban la legitimidad de los gobiernos autoritarios militares como la única solución para la modernización, una ideología prevaleciente en todo el continente americano en este período.

Pero la institución militar en sí era bastante laxa. Los oficiales principales a menudo violaban las reglas de promoción y estaban más divididos por el conflicto ideológico que la mayoría de los otros ejércitos regionales, debido a su reciente renacimiento y la fuerte influencia de las reformas que habían llevado a cabo los gobiernos del MNR. En contraste con las organizaciones militares de Chile, Argentina y Brasil, más tradicionales y más firmemente jerárquicas, la clase de oficiales bolivianos era mucho más impredecible. En consecuencia, la era de regímenes militares estuvo caracterizada por cambios radicales de perspectiva, por cambios abruptos de régimen y por la aparición constante de nuevas e inesperadas personalidades. Sin embargo, a pesar de todos los cambios rápidos y a menudo aparentemente aleatorios, existían una serie de acuerdos básicos que rara vez se modificaban. Estas coaliciones se basaron en la aceptación por parte del Ejército de las reformas sociales y económicas básicas de la Revolución Nacional y, sobre todo, en un compromiso firme con la Reforma Agraria y la movilización del campesinado. Ni siquiera el régimen de Velasco Alvarado en Perú estaba tan atado a la base campesina como los oficiales bolivianos. Fue su reconocimiento y aceptación activa del campesinado lo que calificaría a estos nuevos regímenes militares como semi-populistas, esencialmente basados en una alianza de campesinos y militares, alianza no explicitada con frecuencia pero, de todos modos, en pleno funcionamiento. Estas características se expresaron

62 Sobre los orígenes y evolución de la Revolución Nacional de 1952 y sus reformas, ver: Herbert S. Klein, **Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952**, Cambridge, Cambridge University Press, 1969. Una buena evaluación de la Revolución Nacional puede encontrarse en: Merilee S. Grindle y Pilar Domingo, **Proclaiming Revolution, Bolivia in Comparative Perspective**, Cambridge, David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University, 2003; y para la evolución ideológica del partido, de la promoción del socialismo de Estado al neoliberalismo, ver: Eduardo Arze Cuadros, **Bolivia, El Programa del MNR y La Revolución Nacional, del Movimiento de Reforma Universitaria al caso del modelo neoliberal, 1928-2002**, La Paz, Plural, 2002.

claramente en el primero de estos regímenes, el de René Barrientos, que estableció la mayoría de las normas básicas que dominarían a los gobiernos militares en los años siguientes.⁶³

El régimen de Barrientos mostró rápidamente su implacable hostilidad hacia los trabajadores organizados y la izquierda. Buscó su apoyo urbano en una nueva coalición gubernamental entre demócratas cristianos y falangistas; pero desde un principio dio apoyo incondicional a las reformas revolucionarias que afectaban a los campesinos, tales como la Reforma Agraria y el sufragio universal. Uno de los primeros actos del nuevo régimen —apoyado por cada régimen militar posterior, de izquierda y derecha— fue declarar su apoyo inquebrantable a la Reforma Agraria y aumentar rápidamente la distribución de títulos de propiedad. También brindó asistencia completa a los programas de asistencia social, a la educación rural y a los sindicatos campesinos, que conservaron sus armas y recibieron protección. De hecho, el régimen de Barrientos se convirtió en el más popular en el campo después del de Víctor Paz Estenssoro. El resultado fue un régimen militar urbano, populista, conservador y antiobrero, aliado con el campesinado indio; una coalición poderosa que sólo la corrupción desenfundada y la inestabilidad del propio ejército volvieron inviable.

El régimen de Barrientos logró dismantelar el sindicato minero (FSTMB), dio de baja a unos 6.000 mineros de la empresa estatal de minería COMIBOL e incluso masacró a mineros en huelga la noche de San Juan, en junio de 1967, en las minas Catavi-Siglo XX. Barrientos logró temporalmente decapitar el movimiento sindical, pero no erradicó su poder potencial. El movimiento obrero boliviano se había radicalizado en la década de 1940 y resistió con éxito las repetidas intervenciones y represiones que la sucesión de regímenes militares intentó después de 1964. El uso casi constante de tropas en las minas logró aislar y controlar temporalmente al movimiento obrero, otrora todo poderoso. Sin embargo, a pesar de la aparente desintegración de la oposición legal de izquierda, la hostilidad de los trabajadores hacia el régimen no disminuyó, y por primera vez desde 1952, el gobierno de La Paz comenzó a experimentar problemas con la rebelión armada.

Si bien varios grupos guerrilleros pequeños de base intelectual, en su mayoría urbanos, comenzaron a operar durante el período Barrientos, el caso más importante de rebelión provino de una fuente totalmente externa a la escena nacional. En marzo de 1966, el revolucionario argentino Che Guevara llegaba a Bolivia. Al establecer un campamento base en la provincia de Santa Cruz, el Che no logró comunicarse ni trabajar con los mineros. En marzo de 1967, un año después de su llegada, el Che y su grupo en Ñancahuazú tuvieron el primer enfrentamiento con el Ejército boliviano. Con el fuerte apoyo de los Estados Unidos, Barrientos y su Jefe de Estado Mayor, el General Alfredo Ovando, aplastaron a los rebeldes. En abril, Regis Debray, el filósofo y escritor francés que acompañaba al Che, fue capturado, y en octubre, lo serían los rebeldes y el Che sería ejecutado. Así, Barrientos pudo sobrevivir a la oposición armada de la izquierda e incluso retener un vasto apoyo popular entre el campesinado y la clase media. No hay duda de que cuando murió en un accidente aéreo en abril de 1969, todavía tenía el control total de la nación. A pesar de la corrupción del régimen, Barrientos demostró ser un político tan consumado que seguramente hubiera podido ganar un segundo mandato en elecciones abiertas.

La casta militar que apoyaba a Barrientos era incapaz de mantener su posición ideológica y política. Permanecieron divididos y corruptos; a pesar de su pasado y su experiencia en común, sus preferencias políticas diferían ampliamente, por lo que no había ninguna garantía de que sus historias pasadas fueran una guía para sus posiciones políticas futuras. Todo esto se hizo evidente en los regímenes que reemplazaron a Barrientos. Desde 1969 hasta 1982, surgió un régimen militar tras otro, con políticas que se extendieron desde la extrema izquierda (Torres) hasta el reformismo (Ovando y Barrientos) y la derecha reaccionaria (Banzer, Meza). Las políticas gubernamentales dependieron completamente de las personalidades e ideas de los oficiales individuales que detentaban el poder y no reflejaban, en absoluto, una posición coherente del Ejército. En este período, en la mayoría de los estados principales de Sudamérica, el Ejército presentaba una personalidad corporativa y una política común hacia el mundo civil; no fue éste el caso de Bolivia. Finalmente, la renuncia forzada de la última junta militar en septiembre de 1982 y la decisión de convocar al Congreso que había sido elegido en 1980, puso fin a la era del régimen autoritario militar en Bolivia.

63 Una muy buena investigación sobre este período es la de James Dunkerley, **Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia, 1952-82**, London: Verso, 1984. Ver, también: Klein, *op. cit.*, caps. 8 y 9.

Así, hubo similitudes entre la mayoría de los regímenes militares sudamericanos: supresión de congresos, partidos y medios de comunicación, y aplicación de la violencia estatal orientada a la desmovilización de la sociedad. Todos estos regímenes constituyeron la respuesta autoritaria a las nuevas demandas y el nuevo poder de campesinos y campesinos sin tierra, del movimiento obrero industrial y de la expansión de las clases medias urbanas. Al igual que los Estados Unidos, asumieron que estas demandas conducirían inevitablemente a regímenes socialistas o comunistas; de modo que fueron apoyados por las clases altas tradicionales que ya no aceptaban el sistema democrático y estaban dispuestas a acudir a los militares en defensa de sus propios intereses económicos.

Aunque la “amenaza” percibida fuera más o menos inmediata o más o menos intensa en cada país en los años anteriores a los golpes, una vez en el poder, los militares sudamericanos dieron una respuesta común: casi todos respondieron con una violencia despiadada que a menudo no tenía relación alguna con la “amenaza” original. No importa cuán profesionales fueran: “tan pronto como los militares definieron a sus compatriotas como enemigos contra los cuales se debía librar una guerra total, toda medida represiva concebible se convirtió en justificable.”⁶⁴ Con la excepción de Perú, todos estos regímenes experimentaron, en un momento u otro, períodos de violencia descontrolada patrocinada por el Estado contra sus ciudadanos, con variados niveles de asesinatos, torturas, encarcelamientos y exilios. En contraste con el “teatro” latinoamericano de protestas y conflictos anterior a la década de 1960, ninguna clase o grupo estaba ahora exento de la violencia estatal; y las habituales instituciones paliativas como la familia, las amistades y la clase resultaron poco efectivas frente a este terror estatal que a menudo no conocía límites, como lo demuestra el asesinato argentino de mujeres embarazadas y la apropiación de sus hijos.

Pero estos gobiernos autoritarios diferían en cómo responder a estas nuevas demandas sociales y económicas de cambio. Algunos, simplemente reprimieron a todas las organizaciones y partidos que propugnaran la transformación social y trataron de hacer retroceder las agujas del reloj, destruyendo las asociaciones, partidos e instituciones de la sociedad civil y matando o encarcelando a revolucionarios, liberales o progresistas que pudieran promover el cambio. Esto quedó claramente ejemplificado en la experiencia argentina y uruguaya. En otros, se pensaba que sólo los militares podían modernizar y desarrollar la sociedad y, por tanto, se negaba la necesidad de una reforma social profunda, ya que se suponía que las poblaciones serían más ricas, mejor educadas y, en consecuencia, ya no aceptarían soluciones radicales. Los casos clásicos de esta alternativa fueron Brasil y Perú, cuya clase técnica tenía una larga historia en el estudio de estos problemas y en la formulación de ideas sobre lo que los militares debían hacer para promover dicho cambio. Y luego estuvo la experiencia chilena, con su intento de modernizar la sociedad a través de una reforma neoliberal que se llevó a cabo bajo un dictador aliado con tecnócratas civiles conservadores y en la que la clase de oficiales aportó muy poco. El caso de Bolivia, aunque compartió los feroces aspectos antidemocráticos, también constituye un caso aparte. Allí, el Ejército contaba con una clase de oficiales más nueva, de orígenes menos tradicionales y más humildes que los militares de otros estados. Además, todavía estaba comprometido con la reforma agraria y basaba su apoyo, únicamente, no en la clase alta ni en la Iglesia, sino en un campesinado amerindio recientemente emancipado y organizado en poderosos sindicatos rurales y *ayllus* o gobiernos comunitarios. En muchos sentidos, el ejército boliviano reflejaba mejor la naturaleza especial de la sociedad boliviana posterior a 1952 que los ejércitos más altamente estructurados de los países económicamente más avanzados de la región.

Finalmente, vale la pena señalar que, por más que los partidos políticos de centro izquierda y derecha estuvieran divididos antes de que estos regímenes autoritarios llegaran al poder, los niveles históricamente inusuales y nuevos de violencia estatal que promovieron forzaron, finalmente, una reevaluación básica de todas las partes en torno a las negociaciones democráticas. En la izquierda, el tema de los derechos humanos devino en tema de preocupación y la lucha armada fue rechazada como experimento fallido. Para los partidos del centro, la neutralidad dejó de ser una posibilidad en tanto los regímenes mataron a miembros de la clase media y alta. Por su parte, los partidos de la derecha se dieron cuenta, finalmente, de que no podían confiar en que los militares protegieran sus intereses. Los regímenes militares dividieron a la élite en partidarios y no partidarios; y alentaron un capitalismo de amigos y economías nada transparentes con campos de juego desnivelados.

64 Arturo Valenzuela, *op. cit.*, p. 109.



Así, el impacto final de todos estos regímenes militares fue un importante fortalecimiento del proceso democrático en América Latina. No es casual que en la segunda década del siglo XXI dos líderes guerrilleros se convirtieran en presidentes en Brasil y Uruguay y que un socialista torturado por el régimen de Pinochet fuera elegido presidente de Chile por dos términos.

[Traducción del inglés: Vera Carnovale (CeDInCI/UNSAM-CONICET)]



Graffiti de Karl Marx en la Av. Alberto Carnevali frente a las Residencias Domingo Salazar.

Fotografía de David Hernández. Mérida, Venezuela, 2009.

Disponible en: <https://www.flickr.com/photos/davidhdz/3291791838/in/faves-56545576@N02/>

O impacto da Revolução Cubana sobre a esquerda brasileira (1959-1974)

Jean Rodrigues Sales*

A revolução e o Brasil

A vitória da Revolução Cubana causou grande debate político e intelectual no Brasil.¹ Para alguns autores, o evento pode ser visto como um divisor de águas na história das esquerdas brasileiras. Marco Aurélio Garcia, ao comentar a trajetória do conceito de revolução no país, vê no reflexo dessa revolução na década de 1960 o marco que delimitaria a passagem de um primeiro momento, marcado pelo impacto da Revolução Russa, para uma segunda fase, identificada pelo surgimento de novas organizações de esquerda influenciadas, em grande parte, pelos valores e pela teoria da revolução cubana.²

Em meio a um ambiente de impasse econômico e de rearticulação política, a Revolução Cubana colocaria questões importantes para a esquerda comunista brasileira. Ainda segundo Garcia, ela reabriu para a esquerda latino-americana três temas que estavam cristalizados em seu pensamento, tendo recebido até então pouca contestação. O primeiro deles diz respeito à atualidade do socialismo nos países do continente, uma vez que, até os anos 1960, a ideia hegemônica era a de que a revolução seria antiimperialista, antifeudal, nacional e democrática, e na qual a burguesia nacional desempenharia um papel revolucionário. Em segundo lugar, a experiência cubana questionava a ideia que tomara força no comunismo internacional, sobretudo a partir de 1957, sobre as possibilidades da transição pacífica ao socialismo. Por fim, o fato de ter sido dirigida não por um partido comunista, mas sim pelo Movimento 26 de julho, de Fidel Castro, colocava na ordem do dia a discussão sobre o papel da vanguarda revolucionária.³

* Doutor em História pela UNICAMP. É professor da graduação e do Programa de Pós-graduação em História da Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro (UFRRJ). E-mail: jeanrodrigues5@yahoo.com.br

1 Este artigo apresenta de forma resumida discussões que fizemos em **A luta armada contra a ditadura militar. A esquerda brasileira e a influência da Revolução Cubana**, São Paulo, Editora da Fundação Perseu Abramo, 2007.

2 Marco Aurélio Garcia, "As esquerdas no Brasil e o conceito de Revolução: trajetórias", em Ângela Araújo (org.), **Trabalho, cultura e cidadania**, São Paulo, Scritta, 1997, p. 37-47.

3 *Ibidem*.

As questões suscitadas incidiram diretamente no debate sobre a revolução brasileira nos anos 1960, particularmente em sua perspectiva de esquerda. Assim, o processo de luta político-ideológico aberto no interior das esquerdas brasileiras, que vai ser responsável pelo surgimento dos grupos revolucionários no período, está vinculado, ainda que de maneira nem sempre perceptível, à revolução cubana e seus desdobramentos na América Latina.⁴ Nesse caminho, entendemos a influência da Revolução Cubana como um dos elementos que caracterizaram as definições políticas e ideológicas da esquerda brasileira nos anos 1960. Seja pelo apoio e filiação a muitos aspectos do projeto revolucionário cubano (caso da Nova Esquerda), seja pela crítica à aspiração cubana de irradiar seu modelo revolucionário para o continente (como pode se ver nos casos do Partido Comunista Brasileiro —PCB— e do Partido Comunista do Brasil —PC do B—), seja ainda pela tentativa de adequar o foquismo⁵ à realidade brasileira (como foi o caso de muitas organizações da esquerda revolucionária após o golpe militar de 1964). Em todos os casos, a discussão em torno do significado da experiência cubana aparece como um problema fundamental para a definição de sua identidade política.

Ao entender a influência do modelo revolucionário cubano como um dos elementos definidores do projeto político da esquerda comunista na década de 1960 (seja pela afirmação ou negação dessa influência), partimos do pressuposto de que as referências feitas pelas organizações a este modelo não se tratam de mera retórica. Compreendemos que essas referências impregnavam a própria linha política das organizações e, nesse sentido, também a sua prática. Dessa forma, a questão principal é desvendar como se deu historicamente as relações e a influência da Revolução Cubana sobre as organizações comunistas brasileiras, particularmente sobre o seu projeto político. Assim, mesmo considerando os aspectos mais amplos que essa relação possa comportar, a prioridade neste artigo é o entendimento de sua incidência no debate ideológico e na elaboração da linha política das organizações comunistas brasileiras.

Nesse sentido, vale adiantar, acreditamos que essa influência aparece de diversas maneiras, menos como tentativa de cópia mecânica do que aconteceu em Cuba. Nenhuma das organizações em tela, nem mesmo aquelas que são normalmente apontadas como tipicamente foquistas, jamais admitiram que queriam transplantar para o Brasil a experiência cubana. Entretanto, isso não significa dizer que, em muitos aspectos e de formas variadas, tais organizações não tenham se inspirado no processo revolucionário cubano.

Entre as formas que essa influência assumiu, está a de uma inspiração política ampla, servindo para fortalecer bandeiras socialistas e antiburocráticas, sobretudo antes do golpe de 1964. Neste caso, dois exemplos importantes são os da Organização Revolucionária Marxista Política Operária (ORM-POLOP) e da Ação Popular (AP) que, ao surgirem no início dos anos 1960, se apoderaram dessas bandeiras para elaborar os seus programas políticos e, ao mesmo tempo, criticarem o PCB. Duas outras características da influência de Cuba sobre os comunistas brasileiros são as da interferência no debate ideológico das organizações no encaminhamento de suas estratégias políticas e na tentativa dessas organizações adaptarem as ideias centrais do foquismo à realidade política e geográfica brasileira. Houve ainda uma ligação direta com a Revolução Cubana que se deu através dos militantes brasileiros que fizeram treinamento guerrilheiro em Cuba.

A atração pelas ideias cubanas, e pelo foquismo em particular, não se dava ao acaso. Entre outros motivos, deve-se destacar que a teoria do foco guerrilheiro partia do pressuposto de que as condições objetivas estavam prontas para o desencadeamento do processo revolucionário nos países da América Latina e que, portanto, conforme os ensinamentos marxistas, faltariam apenas as condições subjetivas. Estas, por sua vez, poderiam ser criadas pela ação dos guerrilheiros. Além disso, ele subordinava o fator político ao fator militar, fazia uma crítica ácida ao burocratismo e à corrupção que tomara conta de muitos partidos comunistas latino-americanos e propunha que o foco guerrilheiro se responsabilizaria pelo início da luta,

4 Jean Rodrigues Sales, **A luta armada contra a ditadura militar. A esquerda brasileira e a influência da Revolução Cubana**, São Paulo, Editora da Fundação Perseu Abramo, 2007.

5 Para os objetivos deste artigo, amparado nos documentos das organizações comunistas do período, empregamos o termo de forma ampla, como era utilizado entre as esquerdas nos anos 1960, caracterizando, de uma forma geral, movimentos que, influenciados pela Revolução Cubana, acreditavam ser possível fazer uma revolução socialista através de guerrilhas e sem a presença de um partido comunista. Ver a esse respeito, primeiramente, a obra do próprio Régis Debray (**Revolução na revolução**, São Paulo, Centro Editorial Latino Americano, s/d) e de Che Guevara (**A guerra de guerrilhas**, São Paulo, Edições Populares, 1981).

surgindo a partir dele o embrião do partido revolucionário.⁶ Essas ideias, particularmente após o golpe de 64, foram ao encontro de muitas das aspirações da esquerda revolucionária brasileira.

Com essa configuração a Revolução Cubana chegou às esquerdas brasileiras. É certo que a apreciação e as leituras que faziam da revolução em Cuba variaram de acordo com as modificações que passavam a política nacional, os grupos comunistas e a própria política externa cubana. Entretanto, de uma forma geral, havia duas leituras sobre a vitória da revolução em Cuba. Uma “suave”, comandada pelo PCB e pelos nacionalistas em geral, “ressaltando as rupturas com o imperialismo e com o latifúndio como plataforma nacional, democrática e popular”; outra radical, dos grupos da esquerda revolucionária, que “colocavam ênfase no caráter socialista que assumiu rapidamente o processo revolucionário cubano e a estratégia armada como caminho de resolução da questão do poder na sociedade”.⁷

Ainda é necessário ressaltar que para o Movimento Estudantil de uma forma geral, e particularmente em suas lideranças, o exemplo cubano mostrava o horizonte da luta armada para aqueles jovens que ingressavam na Nova Esquerda e que não queriam repetir, em sua avaliação, o mesmo erro que o PCB cometera ao não se preparar para uma resposta eficaz ao golpe civil-militar de 1964. Essa questão é importante pelo fato o setor estudantil ter sido, na segunda metade da década de 1960, o grande fornecedor de militantes para as organizações da esquerda revolucionária. Disso decorre a necessidade de considerar que a Revolução Cubana, ao mesmo tempo em que causava discussões no interior das organizações, também influenciava diretamente o setor que mais fornecia militantes para os grupos revolucionários.

Uma revolução, diversas interpretações

Uma primeira conclusão a que chegamos diz respeito ao relacionamento da ortodoxia comunista brasileira com a Revolução Cubana. Diferente do que se tem visto na historiografia sobre o PCB e o PC do B, pudemos perceber que a questão cubana esteve presente no debate ideológico dos dois partidos no decorrer dos anos 1960. Dessa forma, não se pode reduzir a dimensão internacional do PCB a seu relacionamento com a URSS, nem a do PC do B a seu alinhamento político à China.

No caso do PCB, a Revolução Cubana foi imediatamente saudada como a corporificação no continente da teoria apregoada há décadas pelos comunistas. Ou seja, Cuba teria conhecido uma revolução democrático-burguesa que logo teria passado para fase socialista, processo no qual o Partido Comunista Cubano teria desempenhado um papel fundamental. Essa apreciação do significado do processo revolucionário cubano, que com dificuldade tentava esconder os aspectos heterodoxos da revolução em Cuba, logo foi questionada por setores partidários. Inicialmente de forma sutil, mas logo ganhando força, sobretudo com a crise aberta em suas fileiras após o golpe de 1964.

Com a chegada dos militares ao poder em abril de 1964, amplos setores do PCB responsabilizaram a política partidária pela derrota dos movimentos sociais diante dos militares e passaram a buscar novos caminhos de atuação. Nesse momento, o modelo revolucionário cubano foi visto por muitos militantes como um exemplo que poderia servir ao Brasil, principalmente no que concerne à utilização da luta armada contra a ditadura militar. A discussão que tomou conta do partido levou à saída de centenas de militantes que deram origem a muitas das organizações da Esquerda Revolucionária brasileira, as quais tinham em comum uma clara influência do foquismo na elaboração de seus projetos políticos.

O PC do B, por sua vez, que naquele momento era aliado dos chineses, enxergava na Revolução Cubana um exemplo da falência da política dos partidos comunistas ligados a Moscou. Alegava que os revolucionários cubanos tinham demonstrado

6 Cfr. Jacob Gorender, **Combate nas trevas**, São Paulo, Ática, 1998, p.89.

7 Emir Sader, “Cuba no Brasil: influências da revolução cubana na esquerda brasileira”, em Daniel Aarão Reis Filho, **História do marxismo no Brasil**, vol. I, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1991, p. 176.

definitivamente que a revolução não aconteceria na América Latina sem o uso da violência e que a aliança com a burguesia nacional era absolutamente desnecessária. Apesar disso, após o golpe ele também sofreu cisões que tiveram em sua origem as discussões sobre a luta armada contra a ditadura. A cisão sofrida pelo partido, que deu origem ao Partido Comunista do Brasil–Ala Vermelha (PC do B-AV), buscou no ideário cubano a inspiração para a luta armada, ainda que complementada com elementos do maoísmo.

Como podemos perceber, a Revolução Cubana esteve no centro do debate que originou a Nova Esquerda brasileira, na medida em que contribuiu para engrossar a crítica ao modelo tradicional de partido comunista, levando a cisões no PCB e no PC do B. Mas a sua importância não se resume a isso. Ao mesmo tempo em que a influência fazia sentir no interior da esquerda tradicional, ela desempenhava um papel marcante na estruturação de grupos como a AP e ORM-POLOP, os quais tiveram trajetórias independentes do comunismo tradicional.

A Ação Popular

A Ação Popular foi criada em uma série de três reuniões entre 1962 e 1963, e teve como base principalmente setores da Juventude Universitária Católica (JUC) que se encontravam em Minas Gerais, com figuras significativas como Herbert José de Souza (Betinho) e Vinícius Carneira Brant. No Rio de Janeiro, com a presença de Aldo Arantes, primeiro membro do grupo jucista a ocupar a presidência da UNE; e na Bahia, a partir da presença Haroldo Lima, Paulo Mendes, entre outros. Além desses estados, houve apoio para a criação da AP em muitos outros lugares, em grande parte pelo respaldo conseguido pela JUC durante a *greve do 1/3* e da UNE-Volante.

A primeira reunião aconteceu em São Paulo, no início de 1962, e aprovou um documento intitulado **Estatuto Ideológico**, que defendia o “socialismo” e a “revolução brasileira”. A segunda reunião aconteceu em junho de 1962, em Belo Horizonte, momento em que foi adotado o nome Ação Popular. A terceira aconteceu em fevereiro de 1963, na cidade da Salvador. Esta última reunião se constituiu no I Congresso da AP e reuniu um considerável número de participantes, aprovando seu o Documento-Base, que serviria como programa ideológico para a AP, pelo menos oficialmente, até por volta de 1968.⁸

Socialismo com humanismo

Chama a atenção no início dos anos 1960 a original proposta política feita pela a AP que tinha como horizonte um socialismo que era diferente do que existia na URSS, e voltava-se para a libertação do homem. Nesse sentido, a proposta de socialismo da AP, anterior à sua adesão ao maoísmo, antecipou, em vários aspectos, muitas discussões que surgiriam nas décadas de setenta e oitenta sobre as possibilidades de um socialismo com democracia no Brasil. Essa ideologia própria, que se propunha diferenciar-se do marxismo e do idealismo, não impedia que a AP se orientasse em busca do socialismo, constituindo-se em um “movimento revolucionário que se propõe a formar quadros que possam participar de uma transformação radical da estrutura da sociedade brasileira em sua passagem do capitalismo para o socialismo.”⁹

A perspectiva era de uma revolução socialista, ainda que na análise da sociedade brasileira a AP apontasse a existência de um setor arcaico e feudal no campo, que coexistia com um setor capitalista. Talvez possamos conjecturar que essa opção pela revolução imediatamente socialista esteja ligada ao impacto causado pelo exemplo cubano no continente americano. Do mesmo modo, as ideias oriundas de Cuba, bem como de outras experiências revolucionárias no Terceiro Mundo, talvez tenham levado a organização a não descartar a possibilidade do uso da violência revolucionária. Nas palavras da AP:

8 Haroldo Lima & Aldo Arantes, **História da Ação Popular: da JUC ao PC do B**, São Paulo, Alfa-Omega, 1984, pp. 35-36.

9 Marco Aurélio Garcia, “AP, do cristianismo ao marxismo-leninismo”, em **Em Tempo**, São Paulo, 1979.

não nos cabe antecipar a forma pela qual se dará a concretização desse processo revolucionário. No entanto, pode-se dizer que a história não registra quebra de estruturas sem violência revolucionária gerada por essas mesmas estruturas, que produzem, em última análise, essa consequência.¹⁰

Ainda no **Documento Base**, a AP, ao analisar as experiências socialistas até então existentes, destaca a Revolução Cubana como um exemplo da complexidade do “mundo socialista em gestação”, que não se confundindo com o bloco “político-militar soviético”, podendo comportar experiências e orientações ideológicas distintas. Nesse sentido, não passa despercebido à AP que “a Revolução Cubana teve um princípio empírico e não ideológico. O caráter marxista-leninista da revolução seria firmado a posteriori, apenas em 1961, diante da conjuntura internacional.”¹¹ Nos parece perfeitamente possível afirmar que na medida em que a AP ressaltava o caráter original da revolução feita pelos cubanos, ela estava ao mesmo tempo justificando a sua proposta de socialismo, que se pretendia independente tanto da tradição de esquerda brasileira como de correntes comunistas internacionais.

Essas conjecturas, pouco usuais, é verdade, ao tratar da influência cubana ainda antes de 1964 na AP, baseiam-se principalmente na presença das ideias cubanas na sociedade brasileira em geral, e no movimento estudantil universitário em particular, setor a partir do qual originou-se a AP. É o caso, por exemplo, da própria JUC, que foi influenciada pela revolução cubana em seu processo de radicalização política no final dos anos cinquenta e início da década seguinte.¹²

O impacto do golpe e a atração pelo foquismo

Toda a mobilização popular do início dos anos 1960, que parecia enfim anunciar uma maior democratização do país, desmoronou sob os tanques que saíram dos quartéis no último dia do mês de março de 1964. A derrota do que parece ter sido o maior movimento de massas da história brasileira marcou profundamente os atores que participaram de seus acontecimentos. A culpa recaiu sobre o PCB, então o partido mais importante entre os grupos de esquerda, e que estava profundamente identificado com a política de João Goulart. A partir das discussões sobre os erros cometidos e os novos caminhos a serem trilhados, a esquerda brasileira se dividiu em enorme número de grupos, que caminhariam, em muitos casos, para a luta armada contra a ditadura militar.

No caso da AP, também as discussões feitas após o golpe modificaram sensivelmente a organização, que reavaliaria criticamente suas posições políticas e ideológicas anteriores. A mudança de rumo da AP apareceria em sua prática —parte de sua direção chegou a se articular com Leonel Brizola, então no exílio uruguaio, em sua tentativa de fazer resistência armada ao regime militar—¹³ e, principalmente, em suas concepções ideológicas, com a aprovação da Resolução Política de 1965.

Na Resolução, mesmo afirmando a continuidade com as ideias anteriores, passou-se a enfatizar a necessidade da luta armada revolucionária, com nítida influência foquista. Neste caminho, o documento fez uma série de críticas ao **Documento Base**, como a imprecisão em relação aos objetivos estratégicos e, em consequência, à tática da AP. Segundo a Resolução

o **Documento Base** encaminhava para o modelo estratégico de infiltração gradual no poder estabelecido e de radicalização progressiva, através das lutas de massa e ideológicas, tudo conduzindo a uma grave crise decisiva do poder, ou seja, a um desfecho revolucionário. Só que, não prevendo para esse desfecho nenhuma saída, sua estratégia conduzia a um impasse, do que já estamos colhendo frutos antecipados com a ditadura militar implantada no país.¹⁴

10 Daniel Aarão Reis Filho & Jair ferreira de Sá (orgs.). **Imagens da revolução. Documentos políticos das organizações clandestinas de esquerda dos anos 1961-1971**, Rio de Janeiro, Marco Zero, 1985, p. 36.

11 *Ibidem*, p. 38.

12 Haroldo Lima & Aldo Arantes, **História da Ação Popular: da JUC ao PC do B**, São Paulo, Alfa-Omega, 1984, p. 27.

13 Sobre as articulações de líderes da AP com Brizola no Uruguai ver Herbert José de Souza, “Depoimento”, em Pedro Cavalcante & Jovelino Ramos (orgs.). **Memórias do exílio**, São Paulo: Livramento, 1978.

14 O documento “Uma política revolucionária para o Brasil (Resolução Política de 1965)” pode ser consultado no Fundo Duarte Pereira Pacheco (FDPPP) no Arquivo Edgard Leuenroth (AEL), na UNICAMP.

As características da Resolução que têm nítida inspiração foquistas são inúmeras, sobretudo no que se refere ao caminho da luta armada para se chegar a “Revolução Socialista de Libertação Nacional”, conceito eclético que revela diversas influências e incertezas na elaboração na nova política revolucionária da AP. Um primeiro ponto que deve ser ressaltado é que no balanço da “perspectiva histórica latino-americana” a AP reafirma como objetivo político a “revolução socialista”, e afirma como estratégia a “luta insurrecional”.¹⁵

A AP acabou não aderindo completamente ao foquismo, tendo adotado uma perspectiva influenciada pela Revolução Chinesa que acabou levando-a a aderir ao PC do B. Nesse processo, porém, muitos de seus militantes acabaram deixando a organização e vários deles adotado práticas políticas claramente influenciados pelo foquismo.

Organização Revolucionária Marxista – Política Operária (ORM- POLOP)

Quando o Congresso de fundação foi instalado na cidade de Jundiaí, interior de São Paulo, em 1961, a POLOP contava com cerca de 20 delegados representando aproximadamente 100 militantes oriundos de diversos grupos e setores sociais. Entre seus fundadores estavam membros oriundos da Juventude Socialista, da Guanabara; da Liga Socialista; da Juventude trabalhista, de Minas Gerais; do Partido Socialista Brasileiro (PSB), e de muitos militantes independentes. As suas influências, segundo Marco Aurélio Garcia (1979), vinham principalmente de Talheiner, dirigente do Partido Comunista Alemão nos anos 20 e Bukharin, bolchevique morto por Stalin nos anos 30. Havia ainda uma herança do Partido Obrero de Unificação Marxista (POUM), que atuou na Guerra Civil Espanhola e era forte crítico do stalinismo.

O que unia essa diversidade de tendências, segundo Teothônio dos Santos, um dos seus líderes e fundadores, era, antes de tudo, a crítica à linha política adotada pelo PCB em 1958, que propunha uma aliança com a burguesia para completar as tarefas democrático-burguesas no país. Ao contrário disso, os jovens intelectuais da POLOP partiam de uma análise segundo a qual o capitalismo estava plenamente desenvolvido no país e a luta contra os elementos pré-capitalistas da sociedade, como a estrutura agrária, “contra o imperialismo e pela implantação da democracia não poderiam se dar nos marcos de um capitalismo democrático, tal como o PCB e o ISEB defendiam.”¹⁶ Nesse caminho, a revolução socialista aparecia como necessidade inadiável para resolução do problema da classe trabalhadora. A estratégia revolucionária, por sua vez, retomava claramente o modelo bolchevique de revolução e propunha a insurreição de massas liderada pela classe operária como caminho para se chegar ao socialismo. Ruy Mauro Marini, um dos fundadores da organização, resume a proposta inicial da POLOP:

Nossa concepção estratégica geral era a de que a evolução seria violenta, com a tomada do poder concretizada por uma insurreição proletária urbana. A base do poder armado seria constituída pelas camadas inferiores das forças armadas burguesas, fracionadas horizontalmente no quadro de aguçamento da crise institucional¹⁷

Para a implementação de tal programa, a POLOP apontaria a necessidade da criação de um verdadeiro partido operário que aplicasse construtivamente o marxismo, uma vez que a “velha esquerda” se mostrara incapaz de fazê-lo. O novo partido deveria surgir da nova geração revolucionária, que demonstrava a sua existência em atuações na crise política, nas universidades, nas fábricas e nas ruas, tomando as iniciativas “de luta anti-imperialistas, que propaga as ideias da revolução cubana e que defende os precários direitos democráticos quando ameaçados por golpes de direita”.¹⁸

15 *Ibidem*, p. 33.

16 Dênis de Moraes, **A esquerda e o golpe de 1964**, Rio de Janeiro, Espaço e Tempo, 1988, 342.

17 Leogevidlo Pereira Leal, **Política Operária: a quebra do monopólio político teórico e ideológico do reformismo na esquerda brasileira**, Dissertação de Mestrado, Niterói, UFF, 1992, p. 32.

18 “O nome e o programa”, em **Política Operária**, nº 1, janeiro de 1962. (Trata-se do primeiro número do jornal da organização, que circulou como boletim antes da formação oficial do grupo, depois como jornal mensal, a depois como revista. Circularia ainda como jornal semanal de janeiro a abril de 1964 e, clandestinamente, até 1984. Cfr. Leogevidlo Pereira Leal, **Política Operária: a quebra do monopólio político teórico e ideológico do reformismo na esquerda brasileira**, Dissertação de Mestrado, Niterói, UFF, 1992, p. 35.

Cuba: anti-imperialismo e revolução

Um dos fundadores da POLOP aponta o caso cubano como um marco histórico que cerca a origem do grupo.¹⁹ Além disso, desde antes de seu surgimento, seus principais ideólogos já refletiam sobre os caminhos da revolução em Cuba estavam preocupados em entender o processo revolucionário cubano e o papel de Cuba no cenário político latino-americano e da guerra fria.²⁰ Neste caminho, entre novembro e dezembro de 1960, Ruy Mauro Marini escreveu uma série de três artigos para o jornal O Metropolitano sobre a Revolução Cubana, ressaltando que Cuba teria demonstrado que “anti-imperialismo e revolução social nada mais são que aspectos de uma só realidade”.²¹

O documento de convocação de seu Congresso de fundação afirmava que o “exemplo de Cuba indica hoje os rumos da revolução na América Latina”. Além disso, se o anti-imperialismo latente no hemisfério havia encontrado o seu auge na Guatemala, em Cuba ele reapareceu de forma muito mais radical, na medida em que foi um movimento que nasceu da classe média, mas estava tomando medidas “que ultrapassavam os métodos tradicionais da pequena-burguesia latino-americana e, no campo externo, aceita ajuda material do mudo socialista para sobreviver.”²² Enfim, no primeiro número do jornal Política operária, a organização afirmava que Cuba preocupava o imperialismo porque tinha destruído algumas teses correntes, como a da onipotência ianque e do desenvolvimento burguês, “pois mostrou que o subdesenvolvimento econômico ainda não implica em subdesenvolvimento político”. Além disso, ela continuava a dar aos trabalhadores aulas práticas de luta de classes.²³

No que diz respeito aos aspectos mais polêmicos da estratégia revolucionária cubana, como a utilização da guerra de guerrilhas, a POLOP os trataria com bastante cautela. Em abril de 1962, foi publicado um artigo no jornal Política operária, no qual ao mesmo tempo em que se analisa o livro recém lançado no Brasil de Che Guevara, Guerra de guerrilhas, nos serve também para verificar o posicionamento da organização sobre a guerrilha e foquismo no período que antecede o golpe militar de 1964.

O artigo começa lembrando que a Revolução Cubana, entre outras coisas, trouxe ensinamentos sobre a estratégia e a tática da insurreição no continente americano, embora seu aproveitamento ainda estivesse apenas no início. Entre as principais contribuições da experiência cubana à dinâmica dos movimentos sociais, estão aquelas apontadas por Guevara em seu escrito: 1) As forças populares podem ganhar uma guerra contra o exército regular; 2) Nem sempre se faz necessário esperar que se deem todas as condições para a revolução, o foco insurrecional pode criá-las; 3) Na América subdesenvolvida, o terreno da luta armada deve ser fundamentalmente o campo.²⁴

As contribuições da Revolução Cubana apresentadas acima, sempre segundo a POLOP, deveriam ser examinadas com cautela para evitar interpretações equivocadas, uma vez que o próprio Che Guevara advertia que em países onde existissem governos representativos não se poderia iniciar a luta guerrilheira. Além disso, devia-se lembrar das condições cubanas no momento em que eclodiu a revolução: Cuba não tinha passado por um processo de industrialização; toda a sua economia girava em torno do açúcar; as classes dominantes foram incapazes de minimizar os problemas sociais através de reformas, recorrendo à ditadura de Batista. Além disso, por viver praticamente do açúcar, a guerrilha pôde desestabilizar o país ao atacar a produção de cana-de-açúcar e, no final, o ditador Batista foi abandonado por todas as classes.²⁵

Para a POLOP, as condições apontadas acima dificilmente se repetiriam, “em futuro próximo”, na América Latina. Tal impossibilidade, segundo a organização, se devia, em primeiro lugar, à criação de fatos consumados pela revolução cubana, o que seria facilmente detectado em outro movimento e qualquer revolução nos países da América Central levaria a intervenção

19 *Ibidem*, p. 129.

20 Ver a esse respeito os artigos: “Kruchtchiov e a defesa da revolução cubana”, em **Política Operária**, Boletim nº 4, 1962 e “Coexistência pacífica e guerra de classe”, em **Política Operária**, Boletim nº 5, 1962.

21 Ruy Mauro Marini, “A verdadeira face da revolução”, em **O metropolitano**, 25/12/1960.

22 Apud Leogevidlo Pereira Leal, **Política Operária: a quebra do monopólio político teórico e ideológico do reformismo na esquerda brasileira**, Dissertação de Mestrado, Niterói, UFF, 1992, p. 158.

23 “Terceiro aniversário da evolução cubana”, em **Política Operária**, nº 1, janeiro de 1962. Sobre o apoio da POLOP a Revolução Cubana, ver ainda no mesmo jornal o artigo “Moção de solidariedade a Cuba de Fidel Castro”.

24 “A propósito da ‘Guerra de guerrilhas’”, em **Política Operária**, nº 2, abril de 1962.

25 *Ibidem*.

dos EUA. Enfim, a POLOP lembra que em muitos países do continente as burguesias estariam se dispondo a resolver o problema agrário para eliminar a tensão revolucionária, o que retiraria nestes países o papel preponderante que a guerrilha teve em Cuba.²⁶

A POLOP concluiria a sua análise sobre a guerra de guerrilha afirmando que sociedades mais complexas eram mais sensíveis à conjuntura econômica capitalista, não sendo preponderantes apenas as questões estritamente nacionais. Lembraria ainda que em países como Brasil, Argentina e Chile, as possibilidades legais, às quais se refere Guevara, não estavam esgotadas. Deste modo, a revolução em Cuba, apesar da importante contribuição, não bastaria para enfrentar os problemas da luta revolucionária em países mais desenvolvidos, sendo, portanto, essencial considerar os aspectos nacionais para não cair no erro da transplantação mecânica da experiência cubana.²⁷

O impacto do golpe: insurreição urbana e foco revolucionário

“Até o golpe, éramos contra o foco guerrilheiro. Com o golpe o assumimos teórica e praticamente como propagandístico e catalisador”. Assim resume Ruy Mauro Marini a aproximação da POLOP das ideias foquistas. Para ele, o propósito era erguer uma bandeira que fosse capaz de “reagrupar forças do movimento operário em dispersão e catalisar o descontentamento com o golpe, inclusive no interior das forças armadas para depois fracioná-las horizontalmente.” Ainda para Marini, essa concepção do foco se mantinha dentro da “estratégia geral da insurreição”.²⁸

A explicação de Marini resume a avaliação que a POLOP fez após o golpe de 1964 de que era possível articular a sua proposta de insurreição urbana com a ideia do foco revolucionário. Entretanto, a nosso ver, tanto em sua prática, quanto em suas elaborações teóricas, a organização vai se aproximando cada vez mais da ideia clássica do foquismo e, por consequência, se afastando de sua estratégia original.

A aproximação e aceitação por parte da POLOP da teoria clássica do foco, ou seja, de que um grupo de militantes, ao iniciar a guerrilha pode impulsionar o processo revolucionário, se deu no decorrer de 1967. Podemos perceber essa gradual adesão ao foquismo, em primeiro lugar, na mudança da tônica sobre a questão em sua imprensa periódica, e, em seguida, em seus próprios documentos programáticos. Nesse caminho, a organização, em abril, ao comentar o episódio que envolveu a chamada “guerrilha do Caparaó”, afirmava a sua “simpatia” pela decisão dos participantes de derrubar a ditadura, e “desencanto” pela falta “de maior decisão e firmeza dos primeiros lutadores presos”.²⁹ Em maio, apontava que “quando a voz de Cuba se estende novamente pelo continente, as guerrilhas obtêm vitórias na Bolívia, Venezuela e Guatemala, que ainda no Brasil a experiência de Caparaó mostra que é possível enfrentar as forças da reação”, sendo necessário estender a agitação e organização das massas contra a ditadura.³⁰ Em julho, ressaltava o papel fundamental da OLAS, principalmente por desmascarar os revisionistas e impulsionar a luta revolucionária.³¹

No mesmo caminho, em setembro de 1967 a POLOP realizou seu IV Congresso, no qual foi apresentado o documento Programa socialista para o Brasil, sintetizando discussões que estavam em curso desde o golpe de 1964. Um dos temas fundamentais do documento era exatamente o papel da luta armada, em sua forma de guerra de guerrilha, na estratégia revolucionária da organização. Aqui, a POLOP demonstraria definitivamente que pretendia unir insurreição de massas e foquismo em sua luta política, o que viria, certamente, com uma forte influência da experiência cubana. O último parágrafo

26 *Ibidem.*

27 *Ibidem.*

28 Apud Leogevildo Pereira Leal, **Política Operária: a quebra do monopólio político teórico e ideológico do reformismo na esquerda brasileira**, Dissertação de Mestrado, Niterói, UFF, 1992, p. 214.

29 “A guerrilha no Brasil”, em **Política Operária**, (Informe Nacional n° 59), 8 de abril de 1967. (Coleção D.A. R. F. Dossiê 20, caixa 11. doc. 14. APERJ. Rio de Janeiro).

30 “Ação da esquerda”, em **Política Operária**, (Informe Nacional n° 61), 21 de maio de 1967. (Coleção D.A. R. F. Dossiê 20, caixa 11. doc. 15. APERJ. Rio de Janeiro).

31 “A revolução latino-americana e a conferência da OLAS”, **Política Operária**, (Informe Nacional n° 65) 22 de julho de 1967. (Coleção D.A. R. F. Dossiê 20, caixa 11. doc. 19. APERJ. Rio de Janeiro).

do documento não deixa dúvida sobre o papel desempenhado pelas ideias cubanas nas discussões e na elaboração do projeto político da POLOP:

A primeira tarefa política do foco guerrilheiro há de ser, desta maneira, a de colocar claramente no cenário político do país uma nova liderança, uma alternativa revolucionária ao poder das dominantes. O fato consumado do foco de guerrilha elevará o nível da luta, apressará a unificação das forças da esquerda revolucionária e a continuação do partido revolucionário da classe operária. Da instalação do foco até a insurreição do proletariado da cidade, haverá um caminho prolongado, mas será um caminho só, com um objetivo traçado: a Revolução dos trabalhadores brasileiros no caminho do socialismo. Será essa a nossa contribuição decisiva para a construção de uma nova sociedade no mundo, liberta para sempre da exploração do homem pelo homem. Ao mobilizar os operários sob a bandeira da luta de classes ouvir-se-á, também, dos rincões deste país, o brado da guerra: PROLETARIOS DE TODOS OS PAISES, UNI-VOS!³²

A definição da POLOP a respeito da luta armada foi um dos temas mais controversos das discussões de seu IV Congresso. Enquanto alguns achavam insuficientes os preparativos efetivos para o desencadeamento da guerrilha, outras defendiam a necessidade do trabalho junto aos sindicatos, abandonando o projeto guerrilheiro. No final, por motivos diferentes, um número grande de militantes era contrário à adoção do Programa socialista para o Brasil. Contra o projeto, na interpretação de Eder Sader, havia uma proposta de libertação nacional, por parte do grupo do Rio de Janeiro e outra voltada para uma revolução democrático-burguesa, oriunda de militantes de Minas Gerais. Um terceiro projeto teria sido apresentado pelo grupo de São Paulo, "recém ganho pelo foquismo", que apresentou um conjunto de teses "que se limitavam a transcrever as posições da OLAS (realizada em agosto), logrando com isso aglutinar as outras tendências de oposição".³³

O resultado da votação final não podia ser mais revelador do enfraquecimento do poder da direção da POLOP. Os defensores do Programa Socialista para o Brasil venceram por 16 votos a 14. A estreita margem foi o primeiro passo para as cisões que a organização viria a sofrer nos meses seguintes. Neste caso, a influência do foquismo no debate interno é inegável, o que pode ser percebido pela própria discussão congressual e, principalmente, no caminho que os militantes descontentes seguiram após saírem da organização. De fato, excetuando uma parte do núcleo dirigente que manteve a defesa do Programa Socialista para o Brasil, a maioria dos militantes criou organizações que propunham a luta armada como tarefa imediata. Por exemplo, membros egressos da POLOP estão presentes na fundação de duas organizações que estão entre as mais representativas do foquismo no Brasil. São os casos do Comando de Libertação Nacional (COLINA), formado basicamente pelos militantes oriundos de Minas Gerais e da Vanguarda Popular Revolucionária (VPR), criada por militantes paulistas.

As Ligas Camponesas e os campos de treinamento guerrilheiro

Usualmente quando se trata da influência cubana sobre as esquerdas brasileiras, se pensa imediatamente na luta armada contra o regime militar na segunda metade dos anos 1960 e início dos anos 1970. A predominância dessa temática se justifica pela vinculação patente de muitos grupos da Esquerda Revolucionária com os cubanos. Entretanto, vale lembrar que as ideias cubanas já circulavam e influenciavam as esquerdas brasileiras desde antes do golpe. Além das questões que já tratamos acima, como nos casos da AP e da POLOP, a história das Ligas Camponesas pode ser tomada como um exemplo da forma de influência das ideias cubanas sobre setores da esquerda brasileira antes de 1964.

Inicialmente, as Ligas Camponesas, que surgiram no interior de Pernambuco por volta de 1955, tinham como objetivo principal promover a assistência entre os seus associados e lutar pela promoção de uma reforma agrária no país. A mudança

32 "Programa socialista para o Brasil, setembro de 1967", em Daniel Aarão Reis Filho & Jair Ferreira de Sá (orgs.). **Imagens da revolução. Documentos políticos das organizações clandestinas de esquerda dos anos 1961-1971**, Rio de Janeiro, Marco Zero, 1985, p. 116.

33 Raul Villa (Éder Sader), "Para um balanço da P.O.", em **Brasil Socialista**, n° 7, outubro de 1976, p. 15.

em suas propostas pode ser identificada entre 1961 e 1962, quando muitos de seus membros fizeram viagens a Cuba. Os dirigentes das Ligas criaram vínculos importantes com Fidel Castro, o que possibilitou ao grupo brasileiro se tornar pioneiro no envio de militantes para fazer treinamento guerrilheiro na ilha de Fidel.

As trajetórias de Francisco Julião e Clodomir de Moraes são os maiores exemplos da influência da Revolução Cubana nas Ligas Camponesas. Julião, como principal representante do movimento na segunda metade dos anos cinquenta, defendia um projeto de reformas que se adequava às leis vigentes no país. Porém, entre 1960 e 1961 percebemos claramente a mudança de suas propostas, nas quais a experiência cubana, principalmente no que diz respeito ao papel dos camponeses e da questão agrária no processo revolucionário, aparecem como elementos fundamentais de seu novo posicionamento político.

Em 1961, veio ao Rio de Janeiro Luis Felipe Carneal, membro do Comitê Central do Partido Popular Socialista de Cuba. A seu pedido, foi até Recife e convidou as Ligas Camponesas a enviar uma delegação para as comemorações do 26 de julho e para a fundação da Associação Nacional de Agricultores Cubanos (ANAC). As Ligas enviaram cerca de 80 membros, entre os quais estavam os que participaram do treinamento guerrilheiro em Cuba. Além destes, também foram na viagem dirigentes do PCB, elevando o número da delegação para cerca de 115 pessoas.³⁴ Seja pelo fato de Fidel Castro acreditar que as Ligas eram o movimento que mais chance tinha de fazer uma revolução no Brasil, seja pelas demonstrações que seus membros deram na tentativa de invasão de Playa Giron, quando entregaram uma lista de cinco mil camponeses brasileiros dispostos a pegarem em armas para defender Cuba, o fato é que, naquele momento, a organização de Francisco Julião recebia um tratamento diferenciado no país de Fidel Castro.

Segundo Clodomir Santos de Moraes, o seu grupo foi o primeiro entre os brasileiros a treinar em Cuba. Mesmo entre os países da América Latina, aparentemente somente os venezuelanos haviam estado lá anteriormente. Até mesmo por ser o primeiro, o treinamento não aconteceu da forma que se esperava. Em primeiro lugar, para o caso brasileiro, não haveria consenso entre Fidel Castro e Che Guevara para se dar treinamento aos militantes. Guevara se mostrara contrário em função das relações cordiais que o governo brasileiro mantinha com Cuba. Fidel, por sua vez, teve que usar o seu prestígio pessoal para que o treinamento acontecesse. Em segundo lugar, não havia, naquele momento, qualquer preparação, programa ou estrutura prévia para que o curso acontecesse adequadamente, tendo sido feito de forma improvisada.³⁵

Após este “curso” realizado em Cuba, ainda outros militantes voltaram àquele país, mas apenas para apreender alguns aspectos específicos úteis à guerrilha, como foi caso de Pedro Porfírio, que lá foi para aprender a fabricar bombas de plástico. Com essa viagem, o grupo decidiu que o treinamento guerrilheiro deveria ser feito no Brasil e, com ajuda de setores cubanos, voltaram e deram início imediato dos chamados campos de treinamento das Ligas Camponesas.

O dispositivo militar e os campos de treinamento guerrilheiro.

Segundo a versão de Clodomir de Moraes,³⁶ a motivação para a criação dos “focos de resistência guerrilheira” veio com a invasão da Baía dos Porcos, em abril de 1961. A ideia era a de que o exemplo da tentativa de invasão de Cuba pelos EUA colocava em perigo qualquer governo amigo dos cubanos no continente, inclusive o de João Goulart. Além da ameaça externa, era de se considerar que em sete anos o Brasil havia passado por pelo menos sete tentativas de golpes contra o

34 Entrevista de Clodomir Santos de Moraes ao autor.

35 *Ibidem*. Sobre a falta de estrutura para a realização dos cursos, vale lembrar que ainda em 1965, quando membros do MNR foram fazer treinamento em Cuba não havia uma estrutura preparada, e os militantes brasileiros acabaram ajudando a construir a escola. Pela leitura do livro de Rollemberg, somente os militantes que foram posteriormente a Cuba (da ALN, do MR-8 e da VPR) encontraram uma estrutura mais adequada, ainda que em muitos aspectos precária. Cfr. Denise Rollemberg, **O apoio de Cuba à luta armada no Brasil: o treinamento guerrilheiro**, Rio de Janeiro, MAUAD, 2001.

36 A versão de Clodomir Moraes sobre a questão dos campos de treinamento guerrilheiro pode ser vista principalmente em um pequeno texto que escreveu, provavelmente no final dos anos sessenta, sobre a história das Ligas. A primeira edição é de 1970 e foi publicada em inglês (Cfr. Clodomir Santos de Moraes, **Peasant leagues in Brazil, en** Rodolfo Stavenhagen, **Agrarian problems and peasant movements in Latin America**, New York, Anchor Books, 1970); a segunda edição foi publicada em Honduras, em espanhol, em 1976. Somente em 1997 o texto foi traduzido para o português (Cfr. Clodomir Santos de Moraes, **História das Ligas Camponesas do Brasil**, Brasília, Edições Iattermund, 1997). Utilizamos também a entrevista que ele nos concedeu e, ainda, a entrevista concedida a Dênis Moraes (Cfr. Dênis de Moraes, **A esquerda e o golpe de 1964**, Rio de Janeiro, Espaço e Tempo, 1988).

regime representativo. Por fim, havia os enormes suprimentos de carabinas e fuzis automáticos (25 mil armas) proporcionados pelo governador Adhemar de Barros, do estado de São Paulo, para que os latifundiários se defendessem da Reforma Agrária. Todos esses elementos fizeram com que os dirigentes das Ligas abandonassem o plano de organização camponesa a longo prazo e passassem a preparar a resistência guerrilheira.

A concepção geral do dispositivo militar ficou sob a responsabilidade de Clodomir Santos de Moraes, que tinha o papel ainda de ligação entre o “setor armado” e o setor “de massas” ou “político” das Ligas camponesas, sendo que este último era liderado por Francisco Julião.³⁷ Pela própria natureza das atividades, a atuação do setor armado era feita de forma absolutamente clandestina e autônoma em relação ao restante do movimento. O que não significa dizer, como fizeram alguns autores, que o setor político, ou mais especificamente Francisco Julião, não soubesse da existência dos preparativos para o treinamento guerrilheiro. Na verdade, por motivos de segurança, as atividades eram compartimentadas e, neste caso, Julião era responsável pelo proselitismo político junto às massas, não lhe cabendo participar de decisões que diziam respeito à guerrilha.³⁸

No que diz respeito ao treinamento guerrilheiro propriamente dito, quase nada foi feito. O que conseguiram, de fato, foi o que tinham realmente experiência e prática política: a organização dos camponeses em associações, a exemplo das Ligas Camponesas. Como admite o próprio Clodomir Santos de Moraes:

Os homens das Ligas que fundaram os campos de treinamento de guerrilhas, desprovidos de preparação adequada, pouco puderam transmitir da arte militar aos seus companheiros. Em um ano, à espera de uma voz de comando que nunca chegou, os futuros guerrilheiros tiveram que enfrentar todas as naturais consequências de um longo período de isolamento; da falta de atividade prometida; da ausência de um programa armado bem definido e, ainda mais, da falta de uma sólida unidade dos organismos dirigentes, fatores estes que destroem moral, política, ideológica e organicamente a qualquer grupo de combatentes.³⁹

Foi nesta situação que, em novembro de 1962, o grupo de Dianópolis viu chegar durante a noite um grupo do exército na fazenda, causando a fuga dos militantes que lá se encontravam. As versões sobre a dissolução dos campos são controversas. Para alguns, como o próprio Clodomir, as autoridades já sabiam o que se passava na região e vinham a tempo vigiando as atividades do grupo. Já no livro autobiográfico de Flávio Tavares, que nos anos sessenta teve ligações políticas com Leonel Brizola e com a chamada Guerrilha do Caparaó, é relatado que a descoberta teria se dado completamente ao acaso. Em sua versão, o tenente responsável foi alertado dos constantes carregamentos de “geladeiras” que chegavam as fazendas, e cogitava que se tratasse de armas que estariam sendo contrabandeadas pelos latifundiários de Goiás, que se preparavam para se opor aos planos de reforma agrária de Jango. Ao chegar na fazenda, o que o exército encontrou

foi algumas armas e muitas, muitas bandeiras cubanas, retratos e textos de discursos de Fidel Castro e do deputado pernambucano Francisco Julião, manuais de instrução de combatente, além de planos de implantação de outros futuros focos de sabotagem e uma minuciosa descrição dos fundos financeiros enviados por Cuba para montar o acampamento e todo o esquema de sublevação armada das Ligas Camponesas noutros pontos do país.⁴⁰

O caso dos campos de treinamento guerrilheiro trouxe à tona um tema que acarretaria problemas para a diplomacia cubana e brasileira. Entre os materiais apreendidos pelo exército em Dianópolis, estavam documentos que mostravam claras ligações entre Cuba e os campos de treinamento guerrilheiro ainda no período do governo João Goulart. Os papéis apareceram quando um diplomata cubano veio ao Brasil e recebeu os tais documentos do governo brasileiro, que fizera um gesto conciliatório diante das graves implicações da participação cubana em um plano de guerrilha contra um país que mantinha relações diplomáticas com a ilha de Fidel Casto. De volta ao seu país, o ministro cubano morreu em um desastre de avião

37 Sobre a autonomia do setor armado, ver: Clodomir Santos de Moraes, **História das Ligas Camponesas do Brasil**, Brasília, Edições lattermund, 1997; Fernando Antônio Azevedo, **As Ligas camponesas**, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982 e Joseph Page, **A revolução que nunca houve: o nordeste do Brasil -1955-1964**, Rio de Janeiro, Record, 1972.

38 Entrevista de Clodomir Santos de Moraes ao autor.

39 Clodomir Santos de Moraes, **História das Ligas Camponesas do Brasil**, Brasília, Edições lattermund, 1997, p. 41.

40 Flávio Tavares, **Memórias do esquecimento**, São Paulo, Globo, 1999, pp. 77-18.

perto de Lima, no Peru. Os documentos que o cubano transportava, entretanto, caíram nas mãos das autoridades policiais, e foram divulgados pela imprensa, inclusive no Brasil.⁴¹

Entre outras informações, os documentos assinados por líderes do campo de treinamento guerrilheiro, Tarzan de Castro e Carlos Montarroyo, demonstravam uma série de divergências destes com a liderança de Clodomir Moraes. Por exemplo, um problema que incomodava seria o fato de Clodomir enviar para fazer treinamento em Cuba “boêmios da cidade”, enquanto deixava de lado “companheiros que já estavam nos dispositivos militares há quase dez meses”. Além disso, denunciava ao governo cubano que o dinheiro que este enviava ao Brasil estava sendo aplicado de forma “irresponsável e mentirosa” pelo esquema guerrilheiro.⁴²

Outro tema polêmico que envolve a queda dos campos de treinamento é o da implicação do governo cubano no apoio financeiro à guerrilha no Brasil, ainda mais com a apreensão dos documentos citados acima. O que está fora de dúvida é que houve apoio do governo cubano, na medida em que propiciou os cursos de treinamento em seu país. Em relação aos recursos financeiros, segundo Clodomir de Moraes, vieram não exatamente do governo de Cuba, mas da Associação Nacional dos Agricultores Cubanos, com a qual as Ligas mantiveram contato desde 1961, quando participaram de sua inauguração. A ANAC teria se constituído em importante fonte financeira para as Ligas, que recebiam ainda recursos da Federação Sindical Mundial e de outras organizações de trabalhadores de países socialistas.⁴³

Em seu livro sobre o treinamento guerrilheiro em Cuba, Denise Rollemberg demonstra que enquanto havia um setor do Estado cubano que estava sintonizado com a realidade das derrotas das tentativas de implantação de focos, e a redefinição do apoio às guerrilhas no continente, havia outro setor afinado com o mito da vanguarda, que eram os que estavam envolvidos com a exportação da revolução.⁴⁴ Neste sentido, nos parece plausível a versão de Clodomir sobre a origem dos recursos financeiros das Ligas, que viriam da ANAC e não do governo cubano. De qualquer forma, é difícil imaginar que se pudesse agir em Cuba sem que o aparato do Estado não fizesse pelo menos vistas grossas às operações financeiras envolvendo o Brasil.

Por fim, vale registrar que, para além das divergências da cúpula do movimento, havia um evidente sentimento favorável a Cuba e a guerrilha na base camponesa, o que não significa dizer que existia, de fato, o objetivo de se fazer uma revolução através de uma guerrilha, tal como aconteceu em Cuba. Exemplar nesse sentido é o caso da militante Elizabeth Teixeira, esposa de João Pedro Teixeira, líder camponês assassinado, que relatou o desejo de muitos camponeses no Nordeste brasileiro em pegar em armas. A explicação para esse posicionamento dos camponeses passa certamente pelas campanhas em favor de Cuba, pela adoção de palavras de ordem pró-cubanas em manifestações das Ligas de Sapé, como “Viva a Cuba!, Viva A Fidel!, Viva as Ligas Camponesas!” (acrescentaríamos aqui os discursos de Julião sobre a revolução cubana), pela visita de Célia Guevara, mãe de Che Guevara, à Sapé;⁴⁵ pela difícil luta a favor da reforma agrária diante da crescente violência praticada pelos latifundiários, que tiraram a vida de seu próprio marido e tentaram matar seu filho. Diante dessa situação de radicalização das lutas no campo, segundo Elizabeth, ela e seus companheiros defendiam aspectos do que havia acontecido em Cuba: apoiavam uma guerrilha que realizasse uma reforma agrária no país.⁴⁶ Em outras palavras, para setores dos camponeses brasileiros, o exemplo cubano ganhava relevo sobretudo no que dizia respeito à luta pela terra e na defesa contra a violência dos latifundiários.

41 *Ibidem*, p. 78.

42 Os documentos foram publicados sob o título “Agentes de Fidel relatam atividades e pedem recursos para fazer subversão”, em **Correio da Manhã**, 29/01/1963.

43 Entrevista de Clodomir Santos de Moraes ao autor.

44 Denise Rollemberg, **O apoio de Cuba à luta armada no Brasil: o treinamento guerrilheiro**, Rio de Janeiro, MAUAD, 2001, p. 18.

45 Sobre a visita, ver: “D. Célia Guevara fala aos camponeses de Sapé”, em **Novos Rumos**, 16 a 22/06/1961.

46 Entrevista de Elizabeth Teixeira ao autor.

O golpe de 1964 e a eclosão da luta armada

O golpe civil-militar de 1964 representou um momento de inflexão para as esquerdas brasileiras, sobretudo para os comunistas, causando um amplo debate entre as organizações sobre as causas da derrota do movimento popular e, principalmente, o caminho que deveria ser seguido na nova situação política aberta com a chegada dos generais ao poder. Nesse momento, é de se destacar que praticamente todas as organizações comunistas que existiam no período anterior a 1964 sofreram cisões a partir de discussões em torno do tema da definição de uma nova estratégia política.

Assim, o PCB sofreu diversas cisões que deram origem a grupos como a Ação Libertadora Nacional (ALN), Partido Comunista Brasileiro Revolucionário (PCBR), Movimento Revolucionário 8 de Outubro (MR-8), entre outras. Do PC do B saíram militantes que criaram o Partido Comunista do Brasil –Ala Vermelha (PC do B-AV) e o Partido Comunista Revolucionário (PCR). A AP teve pelo menos duas divisões importantes, a primeira deu origem ao Partido Revolucionário dos Trabalhadores (PRT) e a segunda a Ação Popular Marxista Leninista (AP-ML). Da ORM-POLOP, por sua vez, saíram militantes que criaram o Comando de Libertação Nacional (COLINA), a Vanguarda Popular Revolucionária (VPR) e o Partido Operário Comunista (POC).

Nas cisões e na definição do novo caminho de luta diante da instauração da ditadura militar, a temática da Revolução Cubana ganhou destaque. Pode-se afirmar que todos os grupos que pegaram em armas contra a ditadura militar na segunda metade dos anos 1960 dialogaram com as ideias cubanas. Nesse diálogo, alguns se aproximavam mais das ideias que emergiam de Cuba, outros menos, mas todos trataram do tema na definição de sua estratégia política, principalmente no que diz respeito ao caminho armado. Além disso, é perceptível que os mesmos grupos que, antes de 1964, simpatizavam com a Revolução Cubana, mas não propunham que seu modelo fosse implementado no Brasil, após o golpe passam a enxergar na luta armada um caminho viável para derrotar a guerrilha recém implantada.

Conclusões

A Revolução Cubana representou um momento importante na história da América Latina. Talvez nem o mais otimista militante de esquerda, nem o mais pessimista dos conservadores do continente imaginassem que a ditadura de Fulgencio Batista seria destruída da forma como foi, e tampouco que o grupo 26 de Julho, liderado por Fidel Castro, chegaria e permaneceria no poder. Menos ainda se esperava que o regime cubano assumiria um caráter socialista e não seria esmagado pelos vizinhos norte-americanos. Foi um evento espetacular que ganhou espaço no centro das discussões geopolíticas da guerra fria e atraiu o interesse dos mais variados setores sociais.

No Brasil não foi diferente. Muitos contra, outros a favor, mas toda a imprensa e a crônica política estavam empenhadas em entender o que se passava em Cuba e quais consequências poderiam haver para o Brasil. Comitês de Solidariedades foram criados para apoiar Cuba diante das ameaças dos EUA. Muitos livros foram publicados no período para explicar e entender o processo revolucionário cubano. A intelectualidade progressista discutia os caminhos da Revolução Cubana e da chamada Revolução Brasileira nos conturbados anos 1960.

No entanto, certamente foi entre as esquerdas que o tema da Revolução Cubana ganhou maior destaque. O que se pretendeu neste artigo foi contribuir para o entendimento da história do comunismo no Brasil através da compreensão do papel que o impacto causado pela experiência cubana teve no debate ideológico e nas formulações políticas das organizações comunistas no país nos anos sessenta e setenta.

Nesse sentido, entendemos que a Revolução Cubana foi um dos principais temas que estiveram em pauta na definição da estratégia política das organizações comunistas no decorrer dos anos 1960 e 1970. Certamente não foi uma relação estanque e sofreu mudanças decorrentes dos processos políticos cubano e brasileiro, além do próprio debate entre as organizações. A mais visível dessas modificações aconteceu com o golpe de 1964, quando houve uma profunda discussão entre os comunistas, que fizeram mudanças substanciais em suas propostas e práticas políticas. Nesse momento, também a percepção do significado e dos ensinamentos da Revolução Cubana se modificaram.

Uma primeira conclusão diz respeito ao relacionamento da ortodoxia comunista brasileira com a Revolução Cubana. Diferente do que se tem visto na historiografia sobre o PCB e o PC do B, pudemos perceber que a questão cubana esteve presente no debate ideológico dos dois partidos no decorrer dos anos sessenta. Dessa forma, não se pode reduzir a dimensão internacional do PCB a seu relacionamento com a URSS, nem a do PC do B a seu alinhamento político à China.

No caso do PCB, a revolução cubana foi imediatamente saudada como a corporificação no continente da teoria apregoada há décadas pelos comunistas. Para o partido, a América Latina teria conhecido uma revolução democrático-burguesa que logo teria passado para fase socialista, processo no qual o Partido Comunista Cubano teria desempenhado um papel fundamental. Essa apreciação do significado do processo revolucionário cubano, que com dificuldade tentava esconder os aspectos heterodoxos da revolução cubana, logo foi questionado por setores partidários. Inicialmente de forma sutil, mas logo ganhando grande força, sobretudo após o golpe de 1964.

O PC do B, por sua vez, via na Revolução Cubana um exemplo da falência da política dos partidos comunistas ligados a Moscou, principalmente no que diz respeito ao uso da violência e a aliança com a burguesia nacional. Apesar disso, após o golpe ele também sofreu cisões que tiveram em sua origem as discussões sobre a luta armada contra a ditadura. A cisão sofrida pelo partido, que deu origem ao Partido Comunista do Brasil– Ala Vermelha (PC do B-AV), foi buscar no ideário cubano a inspiração para a luta armada, ainda que complementada com elementos do maoísmo.

Além dos debates no PCB e PC do B, a questão cubana teve um papel importante na estruturação de grupos como a AP e ORM-POLOP. No primeiro caso, o exemplo cubano serviu para justificar a proposta heterodoxa de socialismo feita pela AP, que procurava se distanciar do socialismo real, propondo um socialismo com humanismo. No caso da ORM-POLOP, a revolução cubana serviu para fortalecer a sua proposta de uma revolução imediatamente socialista, que contrastava com a bandeira da revolução por etapas empunhada pelo PCB e PC do B. Após o golpe, entretanto, principalmente a ORM-POLOP, sofreria cisões que tinham na origem a atração exercida pelo foquismo.

Após o golpe de 1964, a influência da Revolução Cubana sobre a esquerda revolucionária a partir dos casos da ALN, PCB, MR-8, PC do B-AV e COLINA. A ideia central que procuramos destacar foi a de que as concepções cubanas desempenharam um papel importante na elaboração do projeto político da esquerda revolucionária. Uns mais do que outros, mas todos os grupos dessa esquerda dialogaram com as propostas de Che Guevara e Régis Debray. É perceptível como esses grupos procuraram, sem sucesso, adaptar o foquismo à realidade brasileira.

Por fim, destacamos o caso das Ligas Camponesas, que mesmo não sendo uma organização comunista sofreu forte influência da Revolução Cubana. A relação com Cuba fez o grupo sofrer uma verdadeira mutação política, abandonando a bandeira da reforma agrária dentro da lei e passando a se aproximar de uma proposta de transformação da estrutura agrária do país. O agrupamento foi responsável ainda pela implantação de campos de treinamento guerrilheiro no interior de Goiás com clara inspiração na luta guerrilheira empreendida pelos cubanos.

A partir das discussões que fizemos no decorrer do artigo, a conclusão geral é que dificilmente seria possível tratar da história das organizações comunistas brasileiras nos anos sessenta sem se destacar o papel desempenhado pela influência da Revolução Cubana. Pouco importa se de fato os grupos analisados, por mais que tenham se aproximado das ideias cubanas, tenham conseguido implantar uma guerrilha rural. O importante é que os comunistas brasileiros, seja através da crítica ou da adesão, discutiram intensamente o projeto revolucionário cubano e procuraram, de formas diferenciadas, utilizar as contribuições oriundas de Cuba para a elaboração de seus projetos políticos nos anos sessenta e setenta.

Resumen

El objetivo principal de este texto es analizar la influencia de la Revolución Cubana sobre las izquierdas comunistas brasileñas en el período de 1959 a 1974. Se trata de entender en qué medida las ideas del foquismo y la guerra de guerrillas influenciaron el debate ideológico de los comunistas brasileños y cuáles fueron sus desdoblamientos para sus formulaciones teóricas y su práctica política. La conclusión general es que diversos aspectos del ideario revolucionario cubano estuvieron presentes en el surgimiento de la izquierda revolucionaria brasileña, en el debate respecto de la lucha armada contra la dictadura militar y en la adopción de la bandera del socialismo por una parte de esa izquierda.

Palabras Clave

Revolución Cubana; Guerra de guerrillas; Comunismo brasileño

Abstract

The main objective of the present thesis is to analyze the relationships between the Brazilian communist leftist movements and the Cuban revolution between 1959 and 1974. We aim at understanding how far the ideas of the foquismo and the guerilla war influenced the ideological debate of the Brazilian communists and the consequences for its theoretical formulations and the political practice. The general conclusion is that the Cuban revolutionary process was mainly present in the debate on the definition of the armed resistance to the military dictatorship and the adoption of socialism by a part of that leftist movement.

Key-words

Cuban Revolution; Guerrilla Warfare; Brazilian Communism.

El legado del Che

Del Ejército de Liberación Nacional al Partido Revolucionario de los Trabajadores en Bolivia (1967-1977)

Gustavo Rodríguez Ostría*

Introducción

En 1962, Cuba decidió defender su revolución, buscando crear bajo su patrocinio una línea de defensa con guerrillas extendidas por todo el continente que operara como un cinturón de defensa. La lucha armada rural fue promovida como el mejor método —sino el único— método de toma del poder, contrapuesto al gradualismo o al pactismo de los partidos comunistas, que, a los ojos isleños, demoraban la lucha en espera de que se dieran las “condiciones objetivas” para la revolución. Bolivia, desde entonces, fue escenario privilegiado de la nueva doctrina: en 1963, sirvió de lugar de paso y santuario para las guerrillas que Cuba esperaba asentar en Perú y Argentina; cuatro años más tarde, como es suficientemente sabido, fue el centro de operaciones del Che, dejando un legado que se expandió por el Cono Sur del continente americano: el “foquismo”.

Tras el asesinato del Che (9 de octubre de 1967) emergieron, sin embargo, otras variantes de lucha armada que, tomando la inspiración guevarista, la modificaron. Así, privilegiaron la lucha urbana y no la rural o buscaron otra relación entre lo militar y lo político, subordinando lo primero a lo segundo, a diferencia de la receta guevarista.

En estas páginas se muestra cómo los herederos y las herederas del Che afrontaron en Bolivia las contingencias teóricas y prácticas de remontar la derrota de Ñancahuazú e iniciar una discusión —o cerrarla— para aproximarse a las nuevas condiciones políticas locales y continentales. Asimismo, se trata de establecer y de analizar las mutaciones, las continuidades y las contradicciones en la historia del Ejército de Liberación Nacional (ELN), y de su sucesor, el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (PRT-B), en la álgida década comprendida entre 1967 y 1977.

El interés puesto en este escrito es contribuir al aún incompleto debate historiográfico y político sobre la guerra de guerrillas, desde el mismo núcleo geográfico que le dio validez o se la quitó. Incidiremos, de acuerdo a la temática del libro, en cómo la realidad agraria e indígena de Bolivia fue abordada por el ELN y su posterior derivación en PRT-B, entre 1967 y 1977. Este punto cobra importancia puesto que los analistas y historiadores de la guerrilla de 1967, inciden que una de las razones de la derrota de Ernesto Guevara y su posterior asesinato el 9 de octubre de 1967, se relaciona con el escaso apoyo que gozó de los sectores rurales bolivianos, que prefirieron actuar como ojos del Estado delatando, salvo escasas excepciones, el paso guerrillero y retaceando su apoyo en alimentos y combatientes. Este texto, conviene dejarlo en claro, expresa únicamente el pensamiento del autor y no representa el punto de vista de las instituciones a las que pertenece.

* Historiador boliviano.

1. Los orígenes

El Ejército de Liberación Nacional (ELN) fue fundado por Guevara el 25 de marzo de 1967, según consta en su famoso **Diario**. Dos días antes, la columna guerrillera había emboscado y sometido a tropas del Ejército, y se vivían momentos eufóricos en el campamento. Nada hacía presagiar lo que sobrevendría después. Durante los meses subsecuentes, el ELN fue la guerrilla en armas, con altibajos, victorias y derrotas. En las ciudades, apenas pudo armar una pequeña estructura, a la larga inoperante, que no pudo o no supo coadyuvar las acciones en el monte. En número, no superaba la docena, sin experiencia en trabajo clandestino. En el campamento e incluso mientras se desplazaba en el monte, los guerrilleros recibían, en un error de geografía humana, clases de quechua y aymara, aunque no de guaraní, predominante en la zona donde inicialmente se instaló la guerrilla. De hecho, Ñacaguasú, "cabeza grande", es de ese origen lingüístico.

El flamante ELN produjo un quinteto de comunicados, fijando posiciones, de los que solamente uno llegó al público; el resto permaneció guardado en la mochila del Che, hasta su captura el 8 de octubre de ese año. Uno de ellos, que luego se perderá en la vorágine de la guerra y que no tendrá una secuencia posterior, se refiere al rol no solamente campesino sino indígena, aunque esta palabra no figure en su léxico. El documento al que se hace referencia fue escrito seguramente luego de las jornadas del 23 de marzo y el Che se lo confió a Regis Debray, Dantón, para transportarlo fuera del campamento; éste a su vez se lo entregó al misterioso inglés Andrew Roth. Aunque Debray no está completamente seguro, es muy posible que Roth lo llevara cuando fue capturado en Muyupampa el 20 de abril, junto a Debray y Ciro Bustos. Una copia no sabemos si preliminar reapareció años más tarde. En 1988, fue publicado por el **Bolivian Times**, un periódico en inglés en La Paz, Bolivia. Pertenecía a los documentos que portaba el Che en su mochila, y fue sustraído por el piloto del helicóptero que condujo su cadáver el 9 de octubre de 1967 hasta Vallegrande, el ahora general Jaime Niño de Guzmán. En el documento se planteaba, entre otros objetivos, la:

- a) Democratización de la vida del país con participación activa de los núcleos étnicos más importantes en las grandes decisiones de gobierno; b) Culturización y tecnificación del pueblo boliviano utilizando en la primera etapa alfabetización las lenguas vernáculas.¹

Sin embargo, además del comunicado, que no carece para nada de relevancia por la aproximación a la presencia indígena y no solamente campesina, no hay evidencias que en los meses posteriores la guerrilla levantara propuestas con esta orientación en las escasas intervenciones que desplegó para arengar a pobladores y pobladoras rurales con quienes se toparon en la parte final de su campaña. Sus palabras, o al menos aquellos registros que se conservan de ellas, hablan más bien de los reclamos a sus escépticos oyentes por no comprender la entrega y sacrificio de guerrillera, así como una promesa que bienes materiales como escuelas, salud y caminos que abundarían en las áreas rurales en un futuro gobierno socialista.

El 25 de septiembre de 1967 el Che y sus hombres arribaron a Tranca Mayu, una quebrada a 1.800 metros sobre el nivel del mar. La mayoría de los campesinos, como en otras oportunidades, desaparecieron, aunque algunos y algunas regresaron al ser convocados. Ñato, campesino del oriente boliviano, intentó, convencerlos del sentido de la lucha armada que desplegaban en favor de la clase trabajadora. La guerrilla se había mantenido por mucho tiempo escondiéndose y con la voz embargada; de modo que ahora que la palabra estaba autorizada, se la usaba al máximo. El guerrillero boliviano habló con un lugareño.

Algún día ha de saber comprender que estos grandes sacrificios que estamos haciendo es por ustedes y para sus hijos para que tengan conocimiento del mundo y no sigan la misma suerte de sus padres. Nosotros los combatientes no gozaremos del triunfo o talvez no lleguemos a verlo porque así es la vida y en la guerra. ²

1 Cfr: http://www.la-razon.com/nacional/Captura-Che_Guevara-batalla-punado-libros_0_2139986035.html

2 Relato de León (Antonio Domínguez Flores) guerrillero capturado el 30 de septiembre de 1967, realizado en prisión en 1967, p. 104. Versión dactiloscopiada en poder del autor. El original manuscrito se halla en la serie "Guerrilla-1967" en el Archivo Histórico Militar de las Fuerzas

Inti, Álvaro Peredo, por su parte, el 22 de septiembre arengó en la escuela del pequeño poblado de Alto Seco. El boliviano discursó “a un grupo de 15 asombrados y callados campesinos explicándoles el alcance de nuestra revolución”, retrató el Che en su diario ese día. Según una testiga, proclamó:

Nosotros hemos venido a luchar por la liberación de los campesinos para que no les cobren tantos impuestos y les coloquen en el lugar que les corresponde, puesto que ustedes son el sostén de la patria. ¿Qué sería de Bolivia si el campesino no produce?³

Según testimonios que acopió el enviado del matutino católico **Presencia** de La Paz, el guerrillero boliviano enfatizó: “Aquí no tienen agua, no hay luz eléctrica. Están abandonados como todos los bolivianos. Por eso luchamos nosotros.”⁴ El 26 de septiembre, Jaime Arana Campero, Chapaco, boliviano a punto de cumplir 29 años, se alzó de pronto en medio de la polvorienta calle de pequeño poblado de Abra del Picacho, a tres kilómetros de La Higuera, que estaba de fiesta para celebrar a la virgen de las Mercades. Dio un emotivo discurso de contenido revolucionario. Sus palabras tenían una carga de reproche y una dosis de angustia y desencanto; nadie se había sumado a sus filas, pese a que ellos representaban, a costa de sus propias vidas, un futuro revolucionario y un orden justo que el guerrillero esbozó buscando sacudir a los y las presentes y convocarlos a sumárseles a su lucha.

[Los] campesinos, [...] todavía son inocentes de nuestros grandes sacrificios, es por eso que donde pueden inmediatamente nos delatan al Ejército, pero nosotros sabremos hacerles comprender, y para esos estamos empuñando los fusiles. Y al cabo, ustedes se darán cuenta de los que es la lucha [por el] bienestar de ustedes, los campesinos, y todo el pueblo boliviano. Y la esperanza del mañana y el crecimiento de nuestras fuerzas guerrilleras son ustedes, los trabajadores del campo en combinación con los obreros de la ciudad. Yo quiero decirles que ustedes, cuando se den cuenta de todo y tengan experiencia, tomarán el poder político dando punto final a esta revolución que estamos iniciando para nunca más dejarse derrotar por la burguesía, amante de la desgracia dominada por el imperialismo norteamericano [...]. Pero si ustedes, en lugar de ayudarnos, más bien nos entregan al Ejército nunca van a gozar de las riquezas naturales de su país, no obstante que Bolivia es uno de los países más ricos del mundo.⁵

En todos los casos la interpelación al público se realizó a campesinos y campesinas como productores explotados aludiendo a sus necesidades más sentidas. El lenguaje es de clase, con rasgos marxistas. Se aludió a la explotación y el atraso, pero no a la discriminación ni a la potencia subversiva étnica. No hay tampoco recursos ni interpelaciones a la identidad comunitaria como factor de gobierno, como aparece esbozado en el aludido pronunciamiento del Che en abril.

2. Una nueva guerrilla en Bolivia

Tras el asesinato del Che el 9 de octubre de 1967, parte de la izquierda armada latinoamericana realizó, aunque no con la profundidad requerida, un recuento de la frustrada experiencia. Sin abandonar su admiración por Guevara ni renunciar a la lucha armada, se adentraron en lo que podría denominarse un “proceso nacionalizador de su estrategia”. Ese giro condujo a la revalorización de la lucha urbana. El peso de Guevara era allí inmenso e intenso. Desafiar sus conclusiones y su preferencia geográfica fue como retar a un dios y su palabra sagrada, pero en la iglesia armada boliviana solo cabían feligreses, no herejes. En efecto, la presencia guevarista en Bolivia, el ELN, no concluyó tras el asesinato del Che, sino que se prolongó durante los años posteriores.

Armadas de Bolivia, La Paz.

3 Testimonio de Justa Pérez, en Cupull, Adys y Froilán González, **De Nancahuazú a la Higuera**, La Habana, Editora Política, 1992, p. 368.

4 **Presencia**, La Paz, 4 de octubre de 1967. La noticia confunde a Coco con Inti.

5 Relato de León, *op. cit.*, p. 107.

El ELN desafió a la izquierda boliviana que estaba entrenada para actuar al interior de las organizaciones sindicales y partidarias urbanas; se apartó notoriamente de esa tradición y se basó en un reducido núcleo de cuadros herméticos, compartimentados, seguros de representar la vanguardia social. Esa continuidad trascendió la mera atracción por el guevarismo —un habitus entre la izquierda armada latinoamericana en esos años— y fue, por el contrario, mucho más densa y compleja: involucró territorios, recursos, armas y sobre todo hombres y mujeres que provenían de la época de Guevara y que decidieron reponer la guerrilla en Bolivia en los mismos marcos concebidos en el contexto argentino. A la muerte del Che, el casi inexistente ELN quedó en manos de Álvaro Peredo Leigue, más conocido como Inti.⁶

La determinación de restaurar la guerrilla en Bolivia fue apoyada en Cuba poco después de que el Che muriera. Una de las tareas iniciales consistió en restablecer antiguos contactos con organizaciones políticas bolivianas, afines a la lucha armada, para incrementar así el núcleo de posibles colaboradores, bebiendo de varias fuentes políticas y geográficas, al igual que aprovechando las nuevas subjetividades políticas que se abrieron particularmente entre sectores estudiantiles de clase media pero también entre trabajadores y campesinos tras la muerte del Che, y en gran parte a causa de ésta.

Es significativo, en ese sentido, en atención al pensamiento predominante en Cuba, que los trotskistas del Partido Obrero Revolucionario (Combate), integrantes del Secretariado Unificado (SU), al mando de Hugo González, visitaran La Habana a inicios de 1968 y convinieran —por invitación isleña— sumarse al relanzamiento de la guerrilla bajo el mando de Inti. Ese año, enviaron al menos una decena de sus militantes a recibir entrenamiento en Cuba.

Por otra parte, desde Chile —país concebido por el Che como una “retaguardia” o un “santuario”— también llegaron importantes refuerzos procedentes del Partido Socialista (PS). Muchos de ellos estaban en entrenamiento militar o participaban en redes logísticas de apoyo cuando Guevara fue asesinado en Bolivia. El mando estaba a cargo de Elmo Catalán, Ricardo, un periodista de 36 años, muy cercano a los senadores socialistas de Chile, Carlos Altamirano y Salvador Allende, futuro presidente de ese país.⁷

En la estructura geográfica, Chile sería sólo un santuario desde donde ingresarían combatientes y vituallas hacia Bolivia, a cargo de miembros del PS. En Argentina, con el concurso de distintos grupos reconcentrados en el ELN, que reconocían el mando de Inti, se conformó un centro de reclutamiento y de operaciones que probablemente incluía abrir una guerrilla en el norte fronterizo con Bolivia, según demandara el curso de las futuras operaciones en este país. El núcleo de los integrantes de la organización lo constituían militantes entrenados en Cuba entre 1966 y 1967 con vistas a integrarse a las filas del Che. Sin embargo, su asesinato los dejó varados en la Isla. En su mayoría, retornaron a Argentina los primeros meses de 1968. A mediados de ese año, Antonio, joven de 22 años, por solicitud cubana viajó a La Habana para restablecer contacto y planificar las acciones en Bolivia.⁸

Inti se había negado a abandonar Bolivia junto con los sobrevivientes cubanos de la columna de Guevara que salieron rumbo a Chile, en febrero de 1968. El boliviano permaneció desafiante a la represión tratando de reorganizar filas y de establecer contactos. Recién en mayo decidió salir del país. Llegó a Cuba el 2 de agosto, previa parada en Chile para reponer fuerzas, concertar el apoyo de militantes del PSs y conversar con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), a cuya dirección intentó comprometer sin éxito. Una vez en La Habana, con el apoyo de Manuel Piñero, Barbarroja, responsable de las operaciones militares cubanas en el exterior, y el visto bueno de Fidel Castro, se inició la planificación de una nueva guerrilla en Bolivia. En la isla, se concentraron entre 60 y 70 hombres procedentes en su mayoría de Bolivia, aunque no faltaron chilenos y un puñado de argentinos y de otras nacionalidades. Un frente de alistamiento importante se gestó entre los comunistas bolivianos, tanto en su vertiente maoísta (Partido Comunista Boliviano-Marxista Leninista, PC-ML) como en la vertiente pro soviética (Partido Comunista de Bolivia, PCB), disidentes frente a la actitud de sus direcciones respecto al Che. Muchos fueron reclutados en Bolivia, recurriendo a los contactos de la época guevarista; otros se integraron en

6 Voz quechua que significa “Sol”.

7 De aquí en adelante, nombrado como S. Allende para diferenciarlo de Beatriz Allende, su hija, a quien posteriormente se la mencionará como B. Allende.

8 Información reconstruida en base a testimonios de integrantes del ELN ofrecidos al autor. Por solicitud de los testimoniantes, se se mantienen sus nombres en reserva.

la Europa socialista. Desde Argentina, también llegaron bolivianos integrantes de Siglo XX, una agrupación política y de reflexión constituida por universitarios bolivianos de la Universidad de La Plata, pertenecientes a distintas tendencias de izquierda. Sin embargo, varios de los que habían decidido integrar el ELN, tras la muerte del Che, presentaban antecedentes de militancia comunista, tanto en el PC boliviano como en la Federación Juvenil Comunista de Argentina. La prioridad, por tanto, estuvo marcada hacia sectores de origen o inclinación marxista, a los que se consideraba con una trayectoria de disciplina y de militancia que los hacía más propensos a aceptar la estructura vertical guerrillera.

Esta variopinta gama de cuadros y militantes comunistas, socialistas, trotskistas, maoístas e independientes se reunió en Cuba, donde desde septiembre de 1968 inició su entrenamiento en Baracoa, zona oriental de la isla, en la que se montó un campamento siguiendo las enseñanzas guevaristas. Su número alcanzó aproximadamente a unos 80 integrantes, la mayor parte bolivianos, seguidos de una veintena de chilenos y un quinteto de argentinos y de otras nacionalidades; los cubanos sumaban unos siete u ocho. Inti asumió la jefatura, aunque convivió muy poco con sus hombres en el campamento. La parte militar y física quedó bajo el comando de los cubanos Harry Villegas, Pombo, y Dariel Alarcón, Benigno, sobrevivientes de la guerrilla del Che. El debate y las lecturas doctrinales fueron escasos y controlados. De hecho, cualquier mínima disidencia fue refutada de manera rápida.

Como era habitual en el adiestramiento cubano, se dio énfasis al entrenamiento —marchas, cartografía, arme y desarme, emboscadas, etc. Una vez concluida esa fase, los integrantes fueron trasladados, poco antes de la navidad de 1968, al célebre Punto Cero, donde continuaron, aunque con menor intensidad, su instrucción —karate, explosivos, etc. Paralelamente, un grupo mucho más pequeño, y con clara predominancia femenina, se entrenó para la guerrilla urbana —chequeo, contrachequeo, escritura invisible, etc.— y en comunicaciones cifradas. Beatriz Allende,⁹ Tati, la hija del futuro presidente, se contó entre las participantes.

3. Retorno y descalabro

A principios de 1969, Inti regresó a Santiago de Chile, donde se refugió mientras aguardaba el desplazamiento de su escuadra hacia la misma latitud, como paso intermedio hacia Bolivia. En Chile, la operación estuvo dirigida por Arnoldo Camú, Agustín, y B. Allende. El desplazamiento suponía usar rutas y pasos fronterizos escondidos, sólo conocidos por arrieros y contrabandistas. Hasta mayo de 1969, buena parte de los cuadros militares —entre 30 y 40— ya estaba en Bolivia. Inti ingresó el 9 de ese mes. Desde su refugio en La Paz, se desplazó hacia otras regiones en busca de contactos, a fin de organizar su estructura militar. El 5 de septiembre de ese año, Inti hizo público un mensaje con el siguiente anuncio: “La batalla iniciada en Ñancahuazú, e interrumpida brevemente, ha vuelto a comenzar”.¹⁰ Se trataba de una oferta que tendría dificultades en culminar e Inti sabía que estaba en aprietos.

El prometido apoyo cubano —para su desazón y preocupación— se cortó, mientras que la Policía y la inteligencia boliviana comenzaron a dar certeros golpes al ELN a partir del 14 de julio. Los cubanos, cuyo aporte logístico fue vital en la fase organizativa, decidieron no continuar. Probablemente por las presiones soviéticas, la escasa seguridad que constataron en la infraestructura boliviana y la posibilidad de cambios en la coyuntura política boliviana tras la muerte del presidente constitucional Gral. René Barrientos, en abril de 1969, decidieron parar en seco su colaboración y no enviaron a sus hombres hacia Bolivia. Incluso retuvieron por varios meses a gran parte del grupo entrenado en Baracoa, al que finalmente, y a regañadientes, dejaron salir de Cuba a fines de 1969. En los hechos, a partir de entonces, las relaciones con el ELN boliviano se congelaron y no se restablecieron sino hasta 1972.

Entre tanto, en Argentina, el ELN estaba en alza tras incendiar, la noche del 26 de junio de 1969, 14 supermercados pertenecientes a Nelson Rockefeller, el influyente potentado estadounidense. Realizaba entrenamientos militares en la zona cordillerana de San Juan. Uno de sus instructores era Marcelo Verd, caracterizado por su ojo de vidrio y su gran capacidad

9 De aquí en adelante, nombrada como B. Allende.

10 Álvaro Peredo, “Mensaje del ‘Inti’ Peredo” en **Hoy**, La Paz, 5 de septiembre de 1969.

militar. La situación comenzó a modificarse tras el intento fallido de copar y asaltar la sucursal de la localidad de Quilmes del Banco de la Provincia de Buenos Aires, el 10 de agosto de ese año. A raíz del frustrado operativo, varios integrantes resultaron apresados o perseguidos.¹¹

Casi un mes más tarde, el 9 de septiembre, en circunstancias aún no establecidas, Inti fue asesinado en La Paz por los organismos de seguridad. Todo apunta que fue atrapado herido vivo y luego muerto brutalmente en la prisión de Achocalla. A su caída, que sacudió de raíz al ELN, se sumó el advenimiento del Gobierno militar nacionalista del Gral. Alfredo Ovando, el 26 de septiembre de ese año de 1969, generando un nuevo debate en la acosada y mermada fuerza guerrillera, sobre todo tras la nacionalización de la petrolera estadounidense Gulf Oil, el 17 de octubre, y el cese de la represión política y sindical. Varios cuadros del ELN dudaron de la conveniencia de enfrentarse a un Gobierno que gozaba de apoyo popular y se retiraron de la organización; no más de una decena permaneció fiel. La sumatoria de todos esos acontecimientos produjo una crisis de proporciones considerables en la organización guerrillera. La militancia, ya golpeada, amenazó con el desbande, salvo en los núcleos más duros.

Por su parte, el grupo argentino, que operaba principalmente en Buenos Aires, decidió retacear su concurso a Bolivia. Las grandes movilizaciones de masas, como el denominado Cordobazo, una insurrección popular que duró tres días, iniciada el 29 de mayo de 1969, habían sembrado dudas sobre la efectividad del foco a la manera guevarista. Además, la escalada social los convocaba a participar del proceso en su país y no en la vecina aunque políticamente lejana Bolivia.

La crisis se ahondó cuando a fines de ese año, el ELN decidió designar a Osvaldo Peredo, Chato, médico y hermano menor de Inti, como su jefe. En realidad, se trató de una suscepción dinástica destinada a usar como propaganda el peso simbólico del apellido Peredo. Empero, la militancia argentina no observó en el nuevo responsable la capacidad militar ni el liderazgo para conducir una próxima acción de armas. Así, tras enviar a varios emisarios hasta Bolivia, decidieron no continuar bajo su dirección. Al año siguiente, una buena parte pasó a formar las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), a la cabeza de Carlos Olmedo. Verd, y militantes de ambos sexos procedentes del ELN, se sumaron a sus filas.¹² Aquella separación ahondó aún más el grave aprieto interno en Bolivia del ELN. Su Estado Mayor quedó cuestionado y lleno de dudas sobre su porvenir y el de la organización. Los “políticos” se enfrentaron a los “militaristas”, demandando una cautelosa retirada hacia el santuario chileno, hasta recobrar fuerzas. Perdieron. Esta vez, el pequeño núcleo de apóstoles decidió continuar, como se hizo alusión, bajo la jefatura de Chato. Sin embargo, el hermano menor de Inti no contaba con experiencia política ni con una trayectoria militar destacada equivalente a la de Inti.

4. Política, guerra y democracia

El ELN proclamaba su lucha sin tregua por el socialismo, cuya construcción se aproximaría a la experiencia cubana. Con economía planificada, industrialización pesada y agricultura mecanizada, junto al desarrollo de la educación universal y de la cultura de masas —con acceso gratuito—, se proponía labrar el crisol, apenas enunciado, para forjar al hombre nuevo y liberarlo de la explotación del capital.¹³ Si en la construcción discursiva sobre el futuro deseado el ELN era parco, en la crítica de la sociedad existente no desechaba calificativos denigratorios. Ciertamente, como el resto de las organizaciones de izquierda, armada o no, leyéndola en clave marxista, en una mirada instrumental, el ELN desdeñaba profundamente la

11 Un relato del guevarismo en Argentina puede ser encontrado en Tito Drago, **Cara y cruz. El Che y Fidel**, Málaga, Sepha, pp. 193-209. Tito Drago integró las filas del ELN.

12 Testimonios recogidos por el autor entre 2007 y 2013 de varios integrantes del ELN, que bajo conducción de Inti operaban en Argentina y se preparaban para venir a una guerrilla en Bolivia: Lili, Carlos, Silvia, Catastra, Jorge Lewinger, Ricardo Rodrigo, Daniel Alcoba, Alfredo Hellman, Tito Drago y su compañera, Lito y su hermano. Casi todos y todas habían recibido entrenamiento en Cuba entre 1966 y 1967.

13 ELN, **Ideario político del Ejército de Liberación Nacional**. [Versión dactiloscopiada], 1968, pp. 10-21.

legitimidad de la democracia liberal y burguesa en Bolivia. La misma que, por otra parte, con su escabrosa y fraudulenta historia institucional, impedía que se la defendiera y legitimara. La guerrilla en ciernes podía presentarla como la mascarada oportunista de las élites dominantes:

Son estos “ingenuos” del “libre juego” democrático los que se conforman con limosnas otorgadas como paliativos. Son artistas remendones del sistema y especialistas en adormecer al pueblo, induciéndoles a creer en ficticias libertades democráticas otorgadas por el enemigo.¹⁴

La política de las armas es, ante todo, la identificación del enemigo y el descubrimiento del *nosotros* en franca oposición a los *otros*. Dado que la diferencia construye un principio de oposición y, a la vez, de complemento, la percepción que un grupo desarrolla de sí mismo con relación a los otros constituye un elemento capital de cohesión al mismo tiempo que sirve para distinguirlo del resto.

A la luz de la experiencia cubana, el ELN definió, al igual que toda la izquierda armada latinoamericana, el capitalismo internacional y las oligarquías criollas como sus adversarios principales.¹⁵ La guerra, en ese marco, no podía ser llevada a medias tintas, en busca de negociar o de presionar por míseras e inocuas reformas, sino con el propósito de destruir y eliminar totalmente al enemigo. Para la guerrilla, el gradualismo y el reformismo de los comunistas, así como la ambivalencia de otros partidos de izquierda, terminaron por realizar un adormecedor trabajo sucio para el imperialismo. Proclamaron también la caducidad —que se suponía era irreversible— del nacionalismo reformista, fuese de rostro civil o militar. No habían, pues, vueltas ni retrocesos: “La guerrilla [daría] golpe tras golpe al ejército regular desmoralizándolo hasta derrotarlo y destruirlo completamente y, con él, al régimen que sustenta[ba]”.¹⁶ A partir de esa visión dual, la sociedad estaba dividida entre los combatientes —los *nuestros*— y los enemigos —los *otros*. El paradigma amigo-enemigo excluía cualquier posibilidad de negociación. Todas las metas eran últimas: “Guerra absoluta”, como la denominó Karl von Clausewitz en su obra **Vom Kriege (De la guerra)**, publicada en 1832, a un año de su muerte.¹⁷

Para el alemán, con una diferencia de no menor significado, la guerra representaba la continuación de la política por otros medios, mientras que para el ELN devenía en la única política posible.¹⁸ En contundente aseveración, Chato sentenció en cambio: “La frase de Lenin y Clausewitz ‘la guerra es nada más que la continuación de la política por otros medios’, para la mayoría de nuestros países hay que invertirla algo: la continuación de la política por otros medios es nada más que la guerra”.¹⁹

En esa lógica, el aparato político debía subordinarse al aparato militar y el proyecto político, a la violencia armada.²⁰ Los partidos marxistas y comunistas bolivianos separaban las condiciones objetivas —maduración de la situación revolucionaria— de las subjetivas —organización y conciencia de clase. Tal distinción resultaba irrelevante para el ELN, que asumía a pie juntillas, que “no hay que esperar siempre que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas”, como alentaba el Che en **La guerra de guerrillas**. Ciertamente, el ELN creía validar su postura argumentando que operaba en medio de la crisis generalizada del sistema capitalista/imperialista, faltando solamente la chispa para el estallido, aquella que encendería por medio de la acción armada.

El internacionalismo y la escala continental de la lucha armada se mantuvieron como principio rector y herencia del Che. Así, Bolivia “liberada [sería una] gran base operativa estratégica [y] escuela guerrillera de formación de cuadros”, desde donde, “cuando se haya alcanzado un poderío respetable”, se desprenderían columnas móviles guerrilleras de carácter

14 Osvaldo Peredo, entrevista por Carlos María Gutiérrez, reproducida en Los Tiempos, Cochabamba, 15 de febrero de 1970.

15 Cfr. Igor Goicovich, “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986”. **Palimpsesto**, vol. 1, n° 1. Disponible en: <http://www.palimpsestousach.cl/revista-1/dossier-revista-1/teoria-de-la-violencia-y-estrategia-de-poder-en-el-movimiento-de-izquierda-revolucionaria-1967-1986/>

16 Álvaro Peredo, “Volveremos a las montañas”, en **El Diario**, La Paz, 19 de julio.

17 Ver: José Fernández, **Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón**, Buenos Aires, EDHASA, 2005.

18 Cfr. Eduardo Pizarro, **Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada**, Bogotá, TM / IEPRI, 1996, pp. 66-68.

19 Osvaldo Peredo, “Respuesta de Chato Peredo a Régis Debray”, en Régis Debray, **Escritos de prisión**. México, SigloXXI. La carta fue escrita por Chato a principios de mayo de 1970.

20 Cfr. Pizarro, *op. cit.*, pág. 67.

multinacional para “continentalizar” la lucha armada hasta la toma del poder en Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile y Perú.²¹ Pero la proliferación de organizaciones armadas en los países vecinos, no muy afectas a responder a un mando y a una estrategia única, como había ocurrido en vida del Che, obligó a una revisión de esa estrategia, que se hizo más profunda tras la muerte de Inti. La apuesta por una dimensión continental, sin negarla, se achicó con liderazgos locales, sobre todo en la primera mitad de 1970, durante la fase final de preparación de la guerrilla. La denominada “nacionalización” implicó la personalización de la lucha armada en la figura de combatientes bolivianos, entre ellos Chato. Supuso también estrategias de poder y conquista en los límites del propio territorio boliviano. En ese derrotero, reivindicaban —sin la mínima crítica— el credo guevarista para Bolivia.

La derrota del Che no eliminó el apego del ELN al foquismo. A sus ojos, los factores que la provocaron nacieron de errores, traiciones y desfases, internos y externos, pero nunca fueron intrínsecos a su filosofía y a su metodología político-militar; por tanto, eran subsanables, previa corrección táctica. Según el relato de Chato: “el pueblo espera anhelante el resurgimiento de un “foco” que sea la continuación del que nació en Ñancahuazú [...] A nuestro juicio el “foco” guerrillero sigue teniendo vigencia. Su derrota transitoria no significó su desaparecimiento”.²²

5. La “orga”

¿Quién se encargaría de convocar y de conducir esa vigilia de armas? Lectores —aunque ni profusos ni **necesariamente críticos**— de Guevara y de Régis Debray, cuyas obras se difundieron en el seno de la organización, el ELN no consideraba imprescindible contar con un partido de vanguardia:

No se trata de rechazar al partido como forma de organización del proletariado; nosotros aspiramos a la formación de un partido de vanguardia que será el conductor de la Revolución Socialista. Pero las actuales necesidades prescinden de los métodos y las formas de los partidos tradicionales y exigen una organización política con estructura fundamentalmente militar.²³

La posibilidad de conjugar lo político con lo militar, presente en otras organizaciones armadas latinoamericanas, en Argentina, Chile y Uruguay fue descartada totalmente. Para sepultar esa opción, Inti había despotricado en julio de 1969 en los siguientes términos: “Conozco a los que hablan del brazo armado y del brazo político. Eso equivale a convertir al sector que lucha en las montañas en un grupo de presión que opera a directivas políticas que se emiten en la ciudad”.²⁴

Si bien se desestimaba la organización de tipo leninista, se retomaba su propuesta sobre una estructura con marcas conspirativas, preparada para el trabajo ilegal y las actividades clandestinas. De hecho, el ELN era concebido como una entidad estrictamente militar —“un partido en verde olivo”, como fue definido con Debray. Internamente, se configuraba con métodos, culturas y valores propios de ese tipo de organizaciones; es decir, en torno a símbolos marciales como el honor, el heroísmo, el coraje y una sociabilidad que exaltaba la pureza, el culto a las armas y los rituales de la muerte. En su cúspide, se ubicaba un reducido cuerpo de elegidos —el Estado Mayor—, que comandaba de manera vertical y centrípeta a una élite disciplinada, y se encargaba de producir la revolución desde fuera de las masas.²⁵ Más abajo estaban las bases. La estructura organizativa distinguía entre militantes, simpatizantes y colaboradores —hombres y mujeres—, según el grado de compromiso. Entre los militantes estaban los juramentados, es decir, los cuadros militares que gozaban del privilegio de portar armas. Cada cual tenía su alias, una manera de romper con el pasado y de volver a nacer de incógnito, que era

21 ELN, **Ideario político del Ejército de Liberación Nacional**, 1968, pp. 28-31.

22 Álvaro Peredo, **Mi campaña junto al Che**, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1970, pp. 89-93.

23 ELN, **Volvimos a las montañas**, La Paz, [c. julio 1970], p. 6.

24 Álvaro Peredo, Entrevista por Augusto Olivares, en **Punto Final**, n° 88, Santiago de Chile, 30 de septiembre de 1969.

25 Para una comparación muy útil con dos organizaciones armadas chilenas, ver: “La cultura rebelde. Soportes, construcción y continuidad de la rebeldía (MIR y FPMR, 1983-1993)”, Tesis de licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Humanidades. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile, 2005.

escogido en la pila bautismal de la organización, en el cuadro de honor de muertos y de mártires. Se trataba de un nuevo (re)nacimiento bajo el amparo de un personaje inventado. Sin embargo, para no perder del todo la pertenencia familiar, se tomaba el nombre del hermano o de la hermana, de la madre o del padre y también de algún héroe revolucionario, de la compañera o del compañero desaparecido o del protagonista de algún sueño no cumplido. No obstante, los apodos y los diminutivos donosos se imponían, no pocas veces, sobre los secos nombres de guerra.²⁶

El ELN consideraba innecesario contar con frentes de masas u organismos con cobertura legal que hicieran política en las calles o en las tribunas; buscaba, más bien, nutrirse de cuadros selectos que operaran en y desde la clandestinidad. La voluntad mesiánica y el heroísmo de ese pequeño y decidido núcleo de combatientes, monte arriba, sería más que suficiente para quemar etapas al establecer el socialismo, como pregonaba el Che, con imaginación utópica y misión providencial construida sobre bases subjetivas, pero también sobre la lectura de los signos de una época por esa militancia que, en su singularidad, se sentía parte del colectivo revolucionario internacionalista. La desafiante presencia de Cuba triunfante y los procesos contestatarios en países vecinos y en Vietnam, que enfrentaba al coloso yanqui, seducían y aseguraban que la desigualdad militar podía ser superada por la voluntad y la conciencia. Pero Lenin, según se sabe, no ahorra epítetos para descalificar el romanticismo estéril (el “blanquismo”) de quienes sólo con su heroica decisión pretendían sustituir la movilización social.²⁷

El combatiente devenía en la pieza maestra para la estrategia orgánica. Se forjaba en la lucha haciendo tabula rasa con su vida anterior y sus placeres mundanos. El guerrillero “sacerdote” y “asceta”, que pretendía el Che,²⁸ sepultaba su individualismo y su pasado para vivir en lo grupal y lo colectivo; el “nos” del “hombre nuevo”, subsumía al “yo” capitalista y liberal. La lógica colectivista predominante, la mezquindad, el liberalismo o la indisciplina se condenaban y se sancionaban asumiendo que tales debilidades abrían las puertas a la delación. El acatamiento heroico, cuando no el sometimiento, la humildad, el ascetismo, la heroicidad, el amor a los pobres y el odio a los opresores, forjarían el arquetipo del llamado “hombre nuevo”. La emulación de las virtudes revolucionarias se premiaba y se ponderaba. Los ritos de iniciación, las (auto)penitencias y las traumáticas sesiones de crítica y autocritica servían para el control partidario y la expurgación. La desobediencia no era tolerada. El mando observaba constantemente para extirpar de raíz cualquier signo de disidencia, proceso de “disciplinamiento” que asfixió el disenso y terminó ahogando otras formas de hacer política que no tuvieran que ver con la lógica militarista de la guerra.

Círculo de vengadores, iniciados y puros, la militancia de más confianza ingresaba al “clandestinaje”, lo que suponía “romper” con su familia “burguesa” y sus hábitos cotidianos; se trataba de una prueba suprema de compromiso revolucionario que no siempre era aceptada de buen grado. Ocultos, como una secta del cristianismo primitivo, se guarnecían en las llamadas “casas de seguridad”, las catacumbas urbanas. Cada refugio, que se cambiaba frecuentemente, estaba pensado como un cuartel militar clandestino y un pequeño arsenal, camuflado en berretines (escondites), por precaución. Allí, dormían vestidos, para facilitar la huida, y vigilaban con el arma en ristre las 24 horas. Estudiaban poco; en cambio, entrenaban y vivían bajo las normas de la compartimentación. Para orientar su vida interna, disponían de un tocos manual interno, pero ningún estatuto o reglamento que normara la conducta a seguir, lo que permitía cierto margen de libertad individual. No todo era siempre rígido en la vida cotidiana; la complicidad festiva se colaba muchas veces y las risas estallaban. La reclusión colectiva permitía que se forjaran lazos de camaradería; un sólo cuerpo de hermandad que perduraba pese a las vicisitudes de la vida tras la derrota.

Un territorio subterráneo envolvía y protegía a la organización. Por seguridad, cada cual debía conocer únicamente la parcela que le correspondía; práctica que no siempre era posible en las ciudades pequeñas y con reclutamiento en círculos de

26 Acerca de situaciones similares en Argentina, ver: Mariana Tello, “El ‘nombre de guerra’. La actividad clandestina y las representaciones sobre la persona en las experiencias de la lucha armada de los 70”, en *Estudios*, n° 16, otoño 2005, pp. 109-128.

27 Ver: Muniz Ferreira, “Carlos Marighella: revolução e antinomias”, en Cistiane Nova y Jorge Nóvoa (orgs.) **Carlos Marighella: O homem por trás do mito**, São Paulo, unesp, 1999, pp. 221-225. Marighella, ex comunista, fue uno de los principales organizadores de la guerrilla urbana en Brasil. Murió en manos de la Policía en 1969.

28 Las raíces, sin embargo, son más antiguas. En su **Catecismo Revolucionario**, escrito en 1869, Sergéi Nechayev, anarquista ruso, entre las “Reglas en las que debe inspirarse el revolucionario” afirmaba que: “El revolucionario es un hombre que hace el sacrificio de su vida. No tiene ni negocios ni intereses personales, ni sentimientos ni afectos, ni propiedad, ni tampoco un nombre. En él todo está absorbido por un solo interés exclusivo, un solo pensamiento, solamente una pasión: La Revolución”.

enamorados, familiares y amistades, con vínculos e historias precedentes. A veces, para reducir los riesgos, asistían a las reuniones encapuchados. Se usaban claves, códigos y seudónimos. Se prohibían y se sancionaban los contactos horizontales, entre células. No se permitía ningún lujo, por ética espartana y por no llamar la atención. Se vivía en medio de privaciones: comida frugal, ropa de uso colectivo y anónimos tonos grises. Para sostener al pequeño núcleo de revolucionarios profesionales y conformar una reserva para el monte y los malos tiempos, se acudía a las contribuciones, en dinero y en especie, procedentes generalmente de simpatizantes de la clase media.

6. Nuevos sujetos revolucionarios

El nuevo Estado Mayor guerrillero destinó también la primera mitad de 1970 a preparar su logística para ingresar a la montaña. Así, en casas operativas, militantes y simpatizantes mujeres confeccionaban uniformes, mochilas y hamacas, mientras que los varones daban a los nuevos reclutas un precario entrenamiento que no pasaba de unas cuantas marchas, sin mucha exigencia, y prácticas de “tiro en seco”. Otra tarea encomendada a cada combatiente fue procurarse armamento. No existía un arma oficial, de modo que, como en los ejércitos medievales, cada quien concurrió llevando lo que pudo, generando un desequilibrio: mientras que la jefatura portaba un M-1 o Garand, la tropa se conformaba con viejos Máuser e, incluso, con un antiquísimo Winchester.

Una vez que se decidió que la guerrilla continuaría en Bolivia, pese a las adversas condiciones, el nuevo mando del ELN se impuso otras dos tareas capitales para proseguir con su propósito de alzarse en el monte: conseguir recursos monetarios e incrementar su base social de apoyo. En el primer caso, fueron poco exitosos y mostraron más voluntad que pericia operativa. Suplió su déficit la colaboración del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), que le traspasó unas 9.000 libras esterlinas del botín que obtuvo el 4 de abril de 1970 de los empresarios Mailhos.²⁹ Camú y un militante tupamaro las transportaron hasta Chile, cosidas y ocultas en sus pantalones. La Policía sospechó del tupamaro y lo arrestó con su valioso cargamento. El resto llegó a manos de militantes socialistas quienes, según se dice, las comercializaron en Centroamérica. El dinero resultante fue a las arcas del ELN en Bolivia.

Su segundo objetivo fue cumplido con creces. Tal como había ocurrido tras la muerte del Che, el asesinato de Inti sacudió a los sectores de las clases medias que pugnaban por situarse en medio de una sociedad que se radicalizaba y en la que los partidos tradicionales de la izquierda parecían no dar respuesta decididamente antisistémica. El reclutamiento se liberalizó y la selección se hizo menos rigurosa; en algunos casos, simplemente se improvisó en aceptar como prueba la voluntad del solicitante. Varios dirigentes estudiantiles de origen comunista se sumaron al ELN. Un quiebre más significativo, que contribuyó a impregnar la leyenda de la guerrilla, otorgándole un carácter que nunca tuvo, ocurrió cuando se produjo la convergencia del ELN y de grupos cristianos. Como en otras latitudes, los efectos del Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), de la Conferencia de Medellín (1968) y de la emergencia de los Sacerdotes del Tercer Mundo (1967-1968) en Argentina crearon nuevas sensibilidades entre hombres y mujeres integrantes de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), de la Congregación Mariana y del Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Hasta fines de 1969, la organización armada estableció vínculos con segmentos cristianos de ambos sexos afiliados a la Congregación Mariana, así como con otros grupos de reflexión, pero su colaboración aún era secundaria. Ésta se hizo más patente y significativa cuando comenzaron a participar jóvenes militantes de ambos sexos. Necesitado de conformar su presencia, más que por contar con combatientes preparados, pues la mayoría no tuvo ningún entrenamiento militar, el ELN procuró su ingreso. Militantes del centrista PDC se sumaron a las filas foquistas, alentados por la teología de la liberación, la teoría de la dependencia y la seguridad de que la utopía del reino de Dios era de este mundo. La política y la religión se entrecruzaron y decenas de jóvenes cristianos se aproximaron al ELN: asumida como otra religión o un cuerpo místico de lucha y fraternidad.

29 Cfr. Samuel Blixen, **Sendic**. Montevideo, Trilce, 2000, pág. 192; y Silvia Dutrénit, **El Uruguay en el exilio: gente, circunstancias, escenarios**, Montevideo, Trilce, 2006, pág. 38.

El área rural, territorial y poblacionalmente mayoritaria en Bolivia, se postuló nuevamente como el teatro de la inevitable confrontación con el sistema. Para el ELN, en la montaña, tierra de expurgación y de utopías, los pesados ejércitos regulares fueron casi inservibles, pues sufrían el permanente asedio de la movilidad guerrillera. Ajenos a su entorno cultural, desconocían que la montaña es, en la ancestral mirada indígena, el espacio de unificación ritual y de definición estratégica para el combate. Por tanto, al ser morada de los apus, las achachilas y las apachetas, es preciso rendirles ofrenda para salvar la confrontación. En contrapartida, el área urbana aglomeración plagada de peligros morales y estratégicos fue secundarizada como una reserva:

la ciudad no debe dirigir la guerrilla. [...] La experiencia ha demostrado que la ciudad es el peor enemigo, porque es donde se concentran todos los medios del aparato represivo. Es decir: actuando en la ciudad estaríamos actuando en el terreno del enemigo.³⁰

Dicha apelación discursiva no significaba ceder ante el protagonismo campesino e indígena; por otra parte, actores contestatarios casi inexistentes de forma independiente en la Bolivia de 1968-1970. Al contrario, para el conjunto de la izquierda boliviana los habitantes rurales eran percibidos como seres receptivos, incapaces de actividad política autónoma, que debían esperar la luz redentora introducida desde fuera por la guerrilla. Al llevar el ELN la misión de trasladar la confrontación al área rural, parecía obvio que debiera contar en sus filas a habitantes de esa zona. Tratando de reparar las condiciones en las que el Che libró su campaña y en las que ningún campesino indígena se incorporó a sus filas, el ELN buscó una relación previa con este sector, principalmente aquellos que tenían una militancia en el PCB. El caso es que varios campesinos marcharon en las columnas de combate en Teoponte e incluso un par integró el quintento del Estado Mayor: Estanislao Vilka Colque (Alejandro) y Luis Barriga Luna (Martín). El primero estuvo involucrado en la fuga de los tres cubanos sobrevivientes de la guerrilla del Che en los albores de 1968 y el segundo vivía en Cuba desde 1964. Ambos había militado en el PCB y recibido entrenamiento militar en Cuba. Vilka reclutó además a su hermano Herminio y a su primo Eloy Mollo Mamani (Dulio). Todos eran originarios de Sabaya, Oruro, localidad por la cual pasó en febrero de 1968 el trío de cubanos en repliegue. Del mismo poblado era Evaristo Bustos (Dante), dirigente de los colonizadores de Alto Beni. En la columna participaron, además, Filiberto Parra (Jacobo), Carlos Aguedo Cortés Rueda (Juanito), Clemente Fernández Fuentes (Nelson) y Benito Mamani (Popilo). Los hermanos Ricardo y Francisco Imaca Rivera (Marcos y Kolla, respectivamente), completan el cuadro de la presencia campesina. Once de un total de 67, el resto, en una buena proporción, procedía de clases medias y sectores estudiantiles, aunque también había un puñado de obreros.

Del grupo nombrado, Kolla era quien tenía una larga historia previa. Quechua, nació en Sacaba, Cochabamba, el 10 de octubre de 1932. Fue Secretario de Milicias de la emblemática Central Campesina del Morro, en Sacaba, a una docena de kilómetros de la ciudad de Cochabamba. A mediados de los años sesenta viajó a la URSS posiblemente a un curso de formación política. En ese entonces militaba en el Partido Revolucionario de Izquierda Nacional (PRIN), a cuya cabeza se hallaba el importante sindicalista Juan Lechín Oquendo. En su carta de despedida, Kolla se mueve en dos universos discursivos, el campesino y el indígena. Su narrativa se remonta a las rebeliones anticoloniales de Tupac Amaru y Tupac Katari, pero a la par reconoce las guerrillas de tarijeño Moto Méndez y otros similares. Era común en el ELN, postular que ellos protagonizaron la Primera Independencia luego traicionada y que ahora correspondía la Segunda Independencia, la verdadera, que adveniría bajo su liderazgo militar. No podía dejar de enjuiciar el proceso abierto en abril de 1952, del que era a la vez protagonista y resultado. Para Kolla la revolución se frustró, pese a que obreros y campesinos derrotaron al Ejército y tomaron las instituciones del Estado, porque carecían de un instrumento militar y político propio. El clientelismo se convirtió entonces en la nefasta relación entre los dirigentes campesinos y el poder, incluso los partidos de "izquierda oportunista". En términos personales esta verdad le fue revelada con el asesinato del Che y lo condujo al ELN, un "ejército campesino guerrillero", en su expresión. No menciona la palabra indígena, aunque sí una "América India", que incluye a "todos los campesinos". Kolla, atrapado en las coordenadas culturales del proceso nacionalista y homegenizador de 1952, no establece una distinción entre campesino e indígena, o indígena campesino. Empero es imposible saber, cómo y dónde a partir de sus intuiciones se habría desarrollado su pensamiento. Atrapado por el Ejército, fue fusilado un 15 de septiembre en Pajonal Vilaque.³¹

30 Osvaldo Peredo, entrevista por Carlos María Gutiérrez, *op. cit.*

31 La carta de despedida de Francisco Imaca, fue publicada por el ELN en **Volvimos a las montañas**, *op. cit.*, pp. 40-42.

7. Teoponte, lucha y muerte

Chato y el Estado Mayor del ELN, que parecían inmunes a las mutaciones del entorno político externo e interno, decidieron no detenerse. Durante el primer semestre de clandestinidad de 1970, dejando más huellas de lo que pensaban y asumían, prepararon su ingreso al monte. En las casas operativas se confeccionaban uniformes, hamacas y botiquines. También se tomaban muestras de sangre y de placas dentales a los potenciales combatientes, por si luego había que identificar sus restos. Se daba un entrenamiento de ciudad, pobre y sucedáneo, a jóvenes que en un par de meses se trasladarían a un medio hostil. Se eligió la zona de Teoponte, topónimo en idioma indígena leco que alude a una flor roja que abunda en la zona.

En 1966, el Che había pensado asentarse en las proximidades de ese sitio. Incluso envió a Debray, en septiembre de ese año, a explorar el área. Los planos, las fotos y los informes que el francés recolectó —pero que al parecer el Che no vio o no dio importancia en su prisa por salir hacia Bolivia— sirvieron para la decisión tomada en Cuba en 1968. Entre 1969 y 1970, se realizaron nuevas exploraciones. Enclavada a poco más de un centenar y medio de kilómetros de La Paz, sede del Gobierno boliviano, contrastaba con la zona en la que Guevara tuvo que dar batalla. Si para el Che Bolivia no era un fin, sino un medio a sacrificar al desatarse una conflagración continental, para el ELN la toma del poder en la dimensión local era una condición primera, luego vendría la brega en escala continental. Fue así que al amanecer del 18 de julio de 1970, trepados en camión, los combatientes abandonaron La Paz. La mayoría desconocía su destino final. Avanzaron cantando por caminos de tierra y entreverados, disfrazados de alfabetizadores. A la llamada guerrilla de Teoponte, que duró del 19 de julio al 2 de noviembre de ese año, se la presenta generalmente como una súbita irrupción protagonizada por universitarios de origen cristiano que, sin preparación ni armamento adecuado, fueron rápidamente derrotados y muertos por las patrullas del Ejército boliviano. Sin embargo, detrás existe un largo proceso de organización, de transformaciones en las subjetividades de toda una generación, con sus éxitos y sus fracasos. Puesto que se tiene la deslucida y difundida impresión de que ese grupo humano simplemente decidió un día cualquiera “subir a la montaña”, más dispuesto a morir que a vencer, no se hacen esfuerzos para descubrir las conexiones ni los registros históricos con los protagonistas de la guerrilla de Ñancahuazú y las de éstos con la de Teoponte. La mayor parte de la bibliografía disponible sobre la guerrilla del Che en Bolivia, que es mucha y de calidad diversa, se detiene el 9 de octubre de 1967, tras explorar el asesinato de Guevara en manos del Ejército boliviano, en el paupérrimo caserío de La Higuera. Sólo algunas fuentes, escasas y débiles, se aventuran a seguir los pasos de los sobrevivientes de la encerrona del día precedente hasta su evasión hacia Cuba en marzo de 1968.

Tal parece que, salvo la evidente marca de las concepciones foquistas en ambas guerrillas, éstas pertenecen a dos horizontes, personajes y cronologías muy distintos. Sin embargo, y por el contrario, en este escrito se sostiene que la actividad guerrillera del ELN no concluyó en octubre de 1967, sino que se reinició al año siguiente, culminando en la operación iniciada el 18 de julio. El proyecto del ELN era sustituir al capitalismo por el socialismo, mediante un proceso violento y prolongado de escala continental. El protagonista, en apelección guevarista, sería el “hombre nuevo”, decidido a la violencia y el sacrificio, entregado a la lucha y actuando fuera de la corrupta institucionalidad burguesa.³²

Al amanecer del 19 de julio de 1970, la guerrilla, al mando de Chato Peredo, alias Fernando y Jorge Ruiz Paz, Omar, tomó el poblado minero de Teoponte, a unos 160 kilómetros al norte de La Paz, rodeado de un bosque alto y ríos, y con una geografía de elevaciones ondulantes. Se había propuesto encarar tres fases. La primera consistió en una caminata por terreno despoblado, con el objetivo de cohesionar el grupo y ambientar a quienes no tenían experiencia en la vida de la selva, situación que alcanzaba al menos a dos tercios de la columna, en su mayoría integrada por estudiantes y universitarios bolivianos de clase media.³³ La segunda, de enfrentamiento y combates “con el enemigo”, tuvo la finalidad de probar

32 En el archivo del autor existe un documento de 88 páginas tamaño oficio, titulado **Ideario político del Ejército de Liberación Nacional**. No se conoce si se trata de un texto oficial o sólo para discusión, por lo que no lo analizamos. Se presume, sin confirmación alguna, que fue esbozado por el chileno Elmo Catalán en 1969. En cuanto a la cuestión campesina se postula la mecanización del agro, el desarrollo productivo, escuelas y hospitales.

33 Del total de 67 guerrilleros, todos varones, 53 eran bolivianos. El mayor de todos bordeaba los 37 años y el menor aún no había cumplido los

la capacidad de fuego de la tropa. Finalmente, la tercera fue prevista para el ingreso a la zona de operaciones, establecida en las proximidades de las cercanas poblaciones mineras auríferas de Caranavi y Tipuani. En ella, se esperaba una mayor recepción que entre las comunidades campesinas y de jornaleros mineros. La guerrilla nunca alcanzó esta fase; fue derrotada apenas concluyó la primera fase. Uno de los contratiempos de inicio fue afrontado cuando se tuvo que abandonar el pesado generador del equipo de radio, dejando a la columna totalmente incomunicada con la red urbana, que no supo qué ocurrió con la guerrilla hasta que ésta se acabó. Sin embargo, la primera fase se cumplió con relativa tranquilidad, salvo por un inesperado combate con la fuerza militar y nueve abandonos en la columna, entre ellos el del argentino Ricardo Puente, Diego, quien había participado en los atentados en el Gran Buenos Aires a la cadena de supermercados Minimax, pertenecientes a la familia Rockefeller, en 1969.

La segunda fase comenzó a mediados de agosto de 1970, una vez que la columna abandonó La Esperanza, un pequeño y pobre poblado campesino a orillas del río Anten. Para entonces, en gran medida por el tiempo que imprudentemente empleó la guerrilla durante su caminata, la estrategia militar había logrado desplegarse totalmente. El mando guerrillero había subestimado al Ejército. No tomó en cuenta que rápidamente asumiría la experiencia de la guerrilla contra el Che y unificaría la dirección bajo el mando del Cnel. Constantino Valencia, quien se había destacado en las operaciones contra Guevara. Dispuso, igualmente, que las patrullas se movieran conservando una distancia prudente entre sus integrantes, para no ofertar un inocente y continuo blanco, y que los oficiales usaran seudónimos. También impidió totalmente el ingreso de la prensa, a fin de que su información no filtrara orientaciones a la guerrilla, tal como ocurrió en la época del Che. Al principio, la tropa militar rehusó el combate con la guerrilla, esperando que el cansancio y el hambre hicieran su parte. Sin embargo, una vez que recibió el refuerzo de tropas especializada en antiguerrilla, la atacó con fuerza y decisión. Dos combates sellaron la suerte de la guerrilla. El primero se produjo en las proximidades de Chocopani, el 28 de agosto de ese año. La guerrilla avanzaba lentamente, pues debía cargar a Jorge Fernández, Felipe, un estadounidense de padres republicanos-españoles que tenía el pie fracturado. Sin prever que las fuerza militares se encontraban muy cerca, el mando permitió, mientras decidían dónde dejar a Felipe, que varios guerrilleros se dirigieran a una choza campesina cercana para procurarse víveres. Cuando el tiroteo empezó, fueron los primeros en caer presos o muertos. Bajo ráfagas de ametralladoras Browning P. 30, la columna guerrillera intentó retirarse desordenadamente. Confundida, una parte de ella quiso trepar por la lodosa ladera de un pequeño cerro, ofreciendo de ese modo un blanco ideal. Casiano, el popular cantautor de protesta Benjo Cruz (Benjamín Inda Cordeiro), cayó herido. Había estudiado medicina en la Universidad de La Plata, donde integró el grupo Siglo xx, organizado por estudiantes bolivianos.

El mando guerrillero dejó a dos compañeros para cuidar a Felipe y a otros tres, dos de ellos médicos, para hacer lo propio con Casiano. Sumados los siete a los cuatro caídos en el primer momento de la refriega, la columna perdió ese día a 11 de sus integrantes, quedando reducida a 46; dos habían desertado entre La Esperanza y el combate de Chocopani. Cabizbajos y con el miedo carcomiéndoles las entrañas, continuaron rumbo al Sur en pos de alcanzar su teatro de operaciones. El Ejército no pensaba sin embargo en darles descanso. Alertados por campesinos, que colaboraban frecuentemente con ellos, les dieron nuevamente alcance cuando la guerrilla se aprestaba a cruzar el río Chimate. Al atardecer del 1 de septiembre de 1970, las tropas atacaron a la columna del ELN, ocasionándole una fractura irreparable. Una parte, al mando de Chato, logró cruzar las caudalosas aguas bajo fuego de morteros y de aviación. Otros 13, a la cabeza de Estanislao Wilka, Alejandro, el mismo que en febrero de 1968 sacó hacia Chile a tres cubanos que subsistieron de la columna del Che, se extraviaron y acabaron en la otra orilla, la del Sur. En la confusión reinante, cuatro guerrilleros quedaron a la deriva y nunca más se juntaron con sus compañeros. Tampoco lograron contactarse los grupos de Alejandro y de Chato. En rigor, allí acabó la guerrilla de Teoponte, a menos de un mes y medio de su augural inicio. El grupo comandado por Alejandro, posiblemente tratando de alejarse de la presencia amenazante del Ejército, para eludirlo, se fraccionó en cuatro pequeños grupos. La estratagema no dio resultados. El Ejército copó las rutas y los centros poblados; además, contaba con la colaboración campesina que, con frecuencia, delataba a los guerrilleros. En menos de un mes, todos resultaron muertos; la mayor parte, luego de ser capturada, fue fusilada.

En el grupo del norte, la suerte también fue descaradamente adversa. La marcha de los 28 combatientes estuvo plagada de hambre, desertiones y muerte. La guerrilla carecía de depósitos de aprovisionamiento, de modo que dependía de la

18. De los 14 extranjeros, ocho eran chilenos.

alimentación que podía cazar u obtener de los campesinos. En ninguno de los dos frentes obtuvo réditos, de manera que el hambre se convirtió en una proverbial compañera. Para mediados de septiembre, tuvieron que conformarse con hongos y algo de fruta silvestre; muchas veces, inclusive, tuvieron que engañar el estómago con una sopa de hierbas o simplemente con sueños de futuros banquetes. En esas condiciones, los abandonos por desconfianza en el futuro de la columna o por agotamiento físico se hicieron frecuentes. La presencia del Ejército, que contaba en la zona con alrededor de mil hombres organizados en tres círculos de seguridad, indujo a nuevos combates. El 13 de septiembre de 1970, la maltrecha guerrilla se dio modos de emboscar a una patrulla, causándole una baja. Sin embargo, luego descuidaron la guardia, de modo que el Ejército pudo tomar venganza matando a dos guerrilleros. La columna de Chato quedó reducida a 14 combatientes, la mitad exacta que cruzó el río Chimate el primer día de ese mes. “Resulta lamentable tanto esfuerzo y esperanza puesta en nosotros [...] estamos prácticamente diezmados y, lo que es más grave, aislados. No hay capacidad de combate”, confesó su conductor en su Diario, el 13 de septiembre de 1970.³⁴

A partir de allí, la idea de constituir una vanguardia y una fuerza combatiente dejó de ser el motor del grupo, que solamente trató de sobrevivir. Al finalizar septiembre de ese año, luego de pasar largos periodos de hambruna, Chato y otros tres salieron en busca de contactos y alimentos. La conciencia de la derrota, el hambre y el desequilibrio emocional hicieron de esa fase la más dura de la guerrilla. Las relaciones internas llegaron a tensos extremos. El 26 de septiembre, Chato disparó contra dos de sus compañeros, un chileno y un boliviano, acusándolos de desertión y robo de una lata de sardina; pero, en rigor, porque a sus ojos habían vulnerado los códigos de honor, virilidad y heroísmo guerrillero. La frontera entre amigo-enemigo lucía débil e incierta en la húmeda selva boliviana. El 13 de octubre, el menor de los hermanos Peredo fue capturado en Tipuani, aunque antes pudo enviar ayuda al famélico resto de sus compañeros. La colaboración de los trabajadores mineros, de algunos contactos del ELN y de varios campesinos, en parte facilitada por el ascenso al poder del izquierdista Gral. Juan José Torres, el 7 de octubre, logró rescatar a seis de ellos, que lograron salir hacia La Paz el 4 de noviembre. Al día siguiente, junto a Chato y a otro sobreviviente, se asilaron en Chile.

La visibilidad de la derrota frenó en seco el ingreso al monte de una segunda columna guerrillera que, ignorante de las adversas condiciones, se preparaba en La Paz para dar alcance a sus compañeros. La noticia de que se combatía bajo las banderas del Che había producido una conmoción en las filas universitarias, por lo que decenas de integrantes de organizaciones políticas, hombres y mujeres sin militancia previa, habían buscado incorporarse al ELN. Fue el momento de su mayor apogeo. Entre militantes dentro y fuera del monte, simpatizantes y colaboradores, sumaban algo más de un millar. Los sobrevivientes llegaron a Santiago de Chile cuando el frenesí del juramento presidencial de S. Allende aún no se había disipado. Con la nueva correlación de fuerzas, las perspectivas políticas de los integrantes chilenos del ELN —y también militantes del socialismo gobernante— se modificaron. En una reunión, posiblemente celebrada a fines de diciembre de 1970, comunicaron a sus compañeros que no los acompañarían en su retorno a Bolivia, que el “eslabón más débil” era ahora Chile y que no veían conveniente luchar en Bolivia, sino en su propio país y con su proceso político. Dijeron que podían colaborar, pero no sumarse a sus fuerzas; de hecho, sólo un puñado decidió seguir apegado al ELN y a su proyecto en Bolivia. Hubo, además, otro reducido contingente de nuevas mujeres y hombres chilenos que optaron por sumarse a la vía armada que les proponía el ELN, atraídos por las acciones en Bolivia y descreídos de una revolución en democracia en su país.³⁵

Gran parte de la militancia chilena de ambos sexos siguieron su propio derrotero. En enero de 1971, libres del peso boliviano, alcanzaron la mayoría en la nueva dirección del PS, en el XIII Congreso de la colectividad, celebrado en La Serena. Se formó así una estructura militar subterránea. Al frente quedó Camú, quien se había desempañado como jefe del ELN en Chile. Por otra parte, varios de los ex combatientes en Bolivia colaboraron en la formación de la seguridad de S. Allende, en el llamado Grupo de Amigos Personales (GAP).

Chato y Jorge Ruiz, Omar, segundo comandante del ELN, permanecieron en Chile. Desde allí organizaron el ajusticiamiento —en Hamburgo, Alemania— de Roberto Quintanilla, responsable de dirigir la amputación de las manos del Che y de

34 El Diario de Chato fue publicado en enero de 1971. Se reprodujo en el libro de Hugo Assmann (comp), **Teoponte. Una Experiencia Guerrillera**, Oruro, CEDI, 1971, pp.127-149. Sufrió cortes, modificaciones y censuras internas antes de ver la luz pública.

35 Información obtenida por vía electrónica a partir de los testimonios de los chilenos Ramón Molinet y Fermín Montes, ofrecidos al autor en noviembre de 2010.

conducir a la tropa en el momento de la muerte de Inti. Su ejecutora, el 1 de abril, fue la bella y decidida Monika Ertl, “La Imilla”.³⁶ Fue un acto de venganza y de visibilización política para dejar en claro que el ELN aún existía y que tenía tanto la osadía como la capacidad para alcanzar un blanco en otro continente.

En Bolivia, la polarización política crecía y las fuerzas populares tomaban la iniciativa, aunque desordenada. En su balance del desastre de Teoponte publicado en abril de 1971, el ELN siguió considerando válida el método de guerrilla rural, aunque agregó a su espectro de acción la guerrilla urbana afirmando que la lucha armada debiera llevarse en “TODOS los ámbitos posibles”.³⁷ El ELN, comenzó a cambiar, así, a su táctica. Asumiendo las lecciones de Teoponte, trasladó militantes de ambos sexos a las zonas potencialmente activas para una nueva guerrilla. Éstos, camuflados de estudiantes universitarios, empezaron a contactarse con los pobladores. Enfrentaron también acciones urbanas tanto de propaganda como directas. Carentes de fondos, a las 20:30 del 4 de mayo de 1971, secuestraron a Jonny von Berger, de 66 años, ciudadano alemán y propietario de la empresa La Papelera. Obtuvieron un rescate estimado en 50.000 dólares. Casi un mes más tarde, raptaron al suizo Alfredo Kuser Kappeler, gerente técnico de la empresa fundidora Volcán. Su mayor reto fue político. Tuvieron que fijar posiciones frente a la Asamblea del Pueblo, un intento de poder paralelo al que concurrían sindicatos obreros, una escasa delegación campesina y partidos políticos considerados de izquierda, pero no el ELN, que se mantenía independiente. Además de atender el convulso frente externo, el ELN debía “no quitar ojo” al frente interno. Un grupo de importantes militantes que retornó de Cuba criticó acremente la conducción militar de Teoponte, la selección improvisada de combatientes —sobre todo de la “pequeña burguesía”— y reclamó un mayor acercamiento a las “masas” obreras. Chato y Omar tuvieron que volver clandestina y precipitadamente, en junio de ese año, para enfrentar los cuestionamientos. Se destacaba por su virulencia Enrique Ortega, Víctor Guerra, un ex militante comunista y de reclamos obreristas. El Estado Mayor logró parar los cuestionamientos, pero las brechas no cerraron del todo.

Las acciones urbanas coincidieron con una ofensiva popular y de izquierda ante las indefiniciones y dubitativas del gobierno militar de izquierda del general Juan José Torres, que había tomado el gobierno el 7 de octubre de 1970. Desde el 1 de mayo de 1971 se impulsó la Asamblea Popular un intento de organizar una suerte de doble poder y un contrapeso a los militares y los sectores empresariales y políticos de derecha, que empezaría a funcionar el 22 de junio. El grueso de los partidos de izquierda, aunque con visiones distintas, apostó a la Asamblea, lo propio hicieron las entidades sindicales conducidas por la poderosa Central Obrera Boliviana (COB). El ELN no se sumó a las entidades que contaban con representación en el órgano popular y más bien estableció una distancia crítica frente a lo que consideraba las “ilusiones” del reformismo y el nacionalismo revolucionario. Señaló, en contraposición, la necesidad de que se convirtiera en un vehículo para la organización política y militar de los sectores populares; y siguió afirmando el camino de la acción directa y armada.³⁸

8. Bajo la dictadura de Banzer

La política boliviana dio un giro cuando advino un pronunciamiento militar de derecha. Durante el golpe militar del Cnel. Hugo Banzer, el 21 de agosto de 1971, contra el Gral. Torres, una columna de medio centenar de miembros del ELN, armados y con brazaletes rojos como distintivo, combatió inútilmente en La Paz contra las fuerzas castrenses, ampliamente superiores. El ELN fue sin duda la fracción de la izquierda que hizo la mayor y mejor organizada resistencia al golpe militar en curso, combatiendo en el cerro de Lakakota y zonas aledañas. Con la derrota, se hundieron nuevamente en las sombras los refugiados en casas de seguridad, aunque tratando de articular la resistencia junto con otras fuerzas de izquierda. La represión subsecuente no logró detener el debate interno, aunque lo aminoró frente a la amenaza de un adversario externo. Víctor Guerra continuó con sus críticas a la dirección y acumuló una pequeña fuerza a su alrededor. Entre ellos estaba el veinteañero Jorge Balvian, Coquito o El Colorado, hijo de un refugiado ruso blanco asentado en Bolivia, luego de su lucha contra el poder soviético, considerado como una promesa revolucionaria por su entrega y dedicación.

36 Cfr. Jürgen Schreiber, **La mujer que vengó al Che Guevara. La historia de Monika Ertl**, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010.

37 “Teoponte, nuestra experiencia guerrillera” en Boris Ríos Brito y otros, **Ejército de Liberación Nacional (ELN). Documentos y escritos (1966-1990)**, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia-CIS, La Paz, 2017, pp. 212-223.

38 Boris Ríos Brito, *op. cit.*, pp. 232-238.

El ELN mantuvo su dirección y sus principales cuadros en Bolivia suponiendo quizá que la derrota sería transitoria. El asilo o la huida no fueron una consigna ni una práctica. Las fuerzas gubernamentales, empeñadas en organizar su Gobierno y servicios de inteligencia, no lograron de inicio éxitos destacables en su afán de desbaratar al ELN; salvo por la caída de su pequeña célula en Santa Cruz, a fines de 1971. La situación se modificó a principios de 1972. La dictadura había reforzado sus estructuras represivas y centró su mirada en el ELN. El 25 de enero, por Decreto Supremo n° 10108, creó la Dirección de Orden Político (DOP) —dependiente de la Dirección de Investigación Nacional (DIN)—, encargada “del mantenimiento del Orden Político y la paz pública, previendo las actividades político-delictivas, que atenten contra la seguridad interna y estabilidad del Gobierno” (Artículo 3). Tal instancia se anotó un primer éxito cuando el 3 de marzo capturó a Coquito en una calle del centro de La Paz. El joven prisionero comenzó a hablar; conocía refugios y militantes. Su testimonio dio rápidos resultados y Víctor Guerra fue capturado cerca del 12 de marzo. El 14 de ese mes cayó Ivo Stambuk, Silencioso. El 22, en Cochabamba, apresaron a Osvaldo Ukaski, Viejo Javier, y a su compañera María Elena Spaltro, Sol. En la refriega murió Cecilia Avila, Alicia, quien fuera compañera de Néstor Paz, caído en Teoponte. En otro refugio de esa ciudad, las balas alcanzaron a Oscar Núñez, Alberto, el segundo al mando de Cochabamba.

Hasta principios de abril de 1972, el DOP había allanado 17 “casas de seguridad” en La Paz y tres en Cochabamba. La “Operación Limpieza”, dirigida por el ministro de Gobierno, Cnel. Mario Adett Zamora, siguió sumando éxitos, desabarrantado al ELN. El 3 de ese mes fue abatido en una escaramuza Félix Melgar, Julio, mientras Loyola Guzmán, su compañera —importante cuadro urbano en la época de Che— y otros dos militantes, un hombre y una mujer, cayeron presos. A poco de la razia apresaron a Daniel Cuentas, Danny, estudiante de medicina que se sumó a sus captores y empezó a perseguir y a torturar a sus ex camaradas. Una vez que La Paz y Cochabamba fueron “barridas”, la inteligencia gubernamental se centró en Oruro. Varios militantes fueron detenidos entre el 7 y el 8 de abril. El 11 fue capturado en vía pública Guillermo Dávalos, Jalisco, responsable de la regional de la zona minera. Con al menos medio centenar de integrantes, entre muertos y detenidos, sabiéndose sañudamente perseguida, la dirección guerrillera decidió preservar sus cuadros y replegarse a Chile, donde tendría refugio y colaboración de sus amigos socialistas; la retirada fue costosa. El 16 de mayo, en un convento de las monjas Lauritas, en Achacachi, un guerrillero fue abatido y una mujer, Ofelia Fuentes (Laura), fue detenida y su compañero sentimental y de militancia, el estudiante chileno de medicina, Alberto Crovetto,³⁹ fue capturado y luego asesinado en la cárcel de Chonchocoro. Cerca de la frontera, ese mismo día o el anterior, atraparon y mataron a Lisímaco Gutiérrez, El Viejo, integrante de la dirección guerrillera. Su acompañante, Pedro Morant, fue detenido y luego torturado hasta la muerte. Chato, Luis Faustino Stamponi, Miseria, y sus respectivas compañeras lograron pasar incólumes y llegar a Santiago. Otro puñado más afortunado salió sin contratiempos por Argentina o Perú.

En Bolivia, al frente de la organización, quedaron el Gordo Carlos, el argentino Oscar Pérez Betancur —quien había pertenecido años atrás a la guerrilla de Masetti—,⁴⁰ Javier Ukaski, que había logrado huir de la prisión, y la bella y decidida Mónica Ertl, “La Imilla”. El primero no logró evadir por mucho tiempo el rastillaje militar: lo apresaron el 21 de mayo. En los días posteriores, el Gobierno militar de Banzer tomó la determinación de eliminar a la cúpula del ELN. Entre fines de mayo y junio de ese año, al menos una docena de sus militantes más importantes fue asesinada en distintas cárceles o lugares de detención. En los meses sucesivos, las capturas continuaron, incluyendo a un grupo de chilenos que llegó a Bolivia para reforzar las actividades del golpeado ELN. La organización quedó prácticamente desmantelada.

En el Chile de Allende, el ELN montó una base operativa y reinició contacto con otras fuerzas políticas en el exilio que habían conformado el Frente Revolucionario Antimperialista (FRA), en noviembre de 1971. El conglomerado de diversas tendencias no logró grandes consensos políticos ni capacidad operativa. El ELN criticaba ácremente su decisión de no instalarse en Bolivia y reclamaba una posición más decidida respecto a la lucha armada. A fin de año, incapaz de superar su confrontación ideológica interna y con organizaciones partidarias paralizadas, el FRA se extinguió. Entre tanto, en el ELN sentía el descontento de la militancia con el Estado Mayor y su conducción. Por ello, tratando de parar la crítica, organizó una instancia intermedia de dirección que si bien contuvo el debate no logró detenerlo, pues siguió a hurtadillas y en corrillos de la militancia.

39 Quien esto escribe, realizó por varios años una búsqueda para identificar al que conocían en el ELN como Samuel. Lo hizo y luego comunicó a su familia los pormenores de su muerte en Bolivia.

40 Oscar Pérez Betancur, había militado previamente en Palabra Obrera, agrupación trotskista.

En una fecha no determinada del segundo semestre de 1972, Chato viajó a Cuba para restablecer las relaciones prácticamente congeladas desde hacía un par de años; se entrevistó con Castro. El programa exacto de la reunión y sus conclusiones permanecen secretos, pero se sabe que se hizo un balance del desastre de Teoponte y de la situación boliviana. Castro se comprometió a proporcionar entrenamiento militar al ELN, en la perspectiva de relanzar la guerrilla en Bolivia. Los primeros cuadros salieron rumbo a La Habana en diciembre de 1972; a principios de 1973, llegó el resto. La migración se mantuvo durante todo el año, aunque sólo en pequeños grupos de rezagados. No pocos procedían de Lima, donde el ELN había empezado a organizar un centro operativo con redes que alcanzaban Arequipa y la ciudad fronteriza Puno, y que servía para trasladar mensajes, vituallas y militantes.

El debate interno se postergó ante la perspectiva de ingresar nuevamente a la lucha. Reuniendo todas sus fuerzas, entre hombres y mujeres, se pudo concentrar cerca de 60 militares en Cuba. Una parte, de 30 a 40, todos varones, recibió entrenamiento rural en la Cordillera de los Órganos; la otra, una veintena, la mayoría mujeres, fue entrenada para acciones urbanas. Se trató de un clásico adiestramiento, sacado del libreto cubano. Para los rurales, que dormirían en hamacas y a la intemperie, por ser un grupo en movimiento permanente que sólo al principio se emplazaba en un lugar fijo, el entrenamiento era en marchas agotadoras —cargados de pesadas mochilas, parte ineludible de la agenda—, sumadas a disparos con todo tipo de armas, saltos desde alturas y ataques por sorpresa en horas de la madrugada, para mantenerlos alertas. El jefe militar era Dariel Alarcón, Benigno, sobreviviente de las guerrillas del Che en Bolivia. Simultáneamente, la sección urbana recibía clases de chequeo y contrachequeo, criptografía, mensajes secretos, operaciones de radio y, también, arme y desarme de armas, así como de disparo al infinito. Este grupo vivía en barrancones, en Punto Cero, campo de entrenamiento a un costado de la ruta entre La Habana y la playa de Varadero.⁴¹

Mientras el entrenamiento isleño se desarrollaba, el 12 de mayo de 1973, la policía política abatió en un barrio periurbano de La Paz a Ertl y Ukaski. El ELN quedó sin dirección y prácticamente sin cuadros en Bolivia. Pese a la debacle, el plan, que consistía en reagrupar fuerzas en Chile y desde allí desplazarse hacia Bolivia, estableciendo un foco en un lugar selvático, hasta ahora desconocido, perduraba. Sin embargo, el golpe militar de Augusto Pinochet, el 11 de septiembre de ese año, lo frustró. La noticia alcanzó al sector que entrenaba en la selva rural, cuando se aprestaba a celebrar el fin de su entrenamiento, saboreando un marrano cocinado a la cubana. La sección urbana en cambio ya estaba en su mayoría en Santiago; una parte de la dirección del ELN, como Jorge Ruiz y Stamponi, también. No combatieron en apoyo a S. Allende. Una buena parte alcanzó refugios en embajadas europeas o se esfumó subrepticamente hacia Argentina o Perú. El resto, aquél que no tuvo tiempo de retornar a Chile o Argentina, quedó varado en Cuba.

9. La Junta de Coordinación Revolucionaria y el Ejército de Liberación Nacional

Hasta 1973, el ELN había mantenido contactos esporádicos con otras organizaciones armadas del Cono Sur. El internacionalismo era, sin embargo, una herencia que venía de la era del Che y que también se había implementado durante el alzamiento de Teoponte, en el cual participaron, además de bolivianos y bolivianas, cuadros procedentes de Chile y Argentina, principalmente, pero también de Brasil, Colombia y Cuba. En la preparación y la ejecución de la guerrilla de Teoponte (1970), los fondos proporcionados por los Tupamaros fueron decisivos. Militantes del MIR se sumaron a sus filas, aunque la organización chilena no lo hizo. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de la Argentina, por su parte, prestó un limitado concurso logístico. Los contactos fueron retomados y profundizados ese año en Chile y Argentina. En junio, su dirección participó en la segunda reunión de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), celebrada en Rosario (Argentina); la primera se realizó en Chile a fines de 1972, en la que se consideró la posibilidad de incorporar al ELN.⁴² Hasta ese momento, los vínculos de los bolivianos, que fueron muy bien recibidos en la Escuela Internacional de Cuadros, fueron bilaterales.

41 Información basada en testimonios de Uni, Dardo y Rebeca, seudónimos de integrantes del ELN, ofrecidos al autor en noviembre de 2010 y de María en el 2016. Los dos primeros condujeron el grupo rural, en tanto que las dos mujeres formaron parte del grupo urbano.

42 Para una historia de la JCR, ver: Aldo Marchesi, "Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)" en **Sociohistórica, Cuadernos del CISH**, n° 25, 2009, pp. 41-73.

Participaron, además del ELN, los Tupamaros de Uruguay, el MIR de Chile y el PRT de Argentina. Cada entidad realizó una autocrítica y se adoptaron planes futuros. Es probable que entonces el mayor Rubén Sánchez hubiera conocido al mítico Mario Roberto Santucho, jefe del PRT. Le cayó bien. Lo vio decido, rememoró Sánchez.⁴³ Oficial de Ejército, Sánchez había sido capturado en abril de 1967 por las fuerzas del Che; durante el golpe militar de 1971, fue uno de los pocos oficiales que, armas en mano, defendió al Gobierno de Torres y finalmente, ese mismo año se sumó a la guerrilla.

En consonancia con los nuevos acuerdos, el ELN empezó a desplazar cuadros hacia Argentina para participar en las actividades de la JCR; desde Cuba, por ejemplo, se trasladó Chato. Una de las primeras acciones en las que participaron tales cuadros fue el secuestro del ejecutivo de la petrolera ESSO, Víctor Samuelson, el 3 de diciembre de 1973, en la ciudad de Campana. Al ELN le correspondió armar y salvaguardar la denominada "Cárcel del Pueblo"; Miseria excavó el refugio y le dio un acceso eléctrico, una novedad en la época. Un año atrás había construido un escondite similar en el convento de las monjas Lauritas, en La Paz, que fue destapado por la Policía en mayo de 1972. Una pareja, integrada por una argentina y un uruguayo, hizo la cobertura y la seguridad. Otra veinteañera joven boliviana, que acababa de llegar del entrenamiento cubano, hizo de contacto entre los encarcelados —despectivamente llamados "chanchos"— y el exterior; además transportaba comida y mensajes desde y hasta las catacumbas.

Samuelson fue liberado el 29 de abril de 1974 tras el pago de un rescate de 14,2 millones de dólares, considerado hasta entonces el mayor monto jamás pagado en la historia de los secuestros. Su participación le dejó al ELN una suma no establecida con precisión, pero que superó el millón de dólares. Es probable que el acopio se expandiera con la contribución recibida de otras dos operaciones similares.⁴⁴ En total, alcanzaron la friolera de 22 millones de dólares. El ELN quedó con una buena reserva monetaria para movilizar cuadros, armar su prensa, procurarse casas de seguridad y sobrevivir. Para reemplazar al imposible Chile bajo la férrea dictadura de Potosí montó dos activos centros operativos, uno en Lima y otro en Buenos Aires; ambos con conexiones y redes hacia las zonas fronterizas con Bolivia; además contaba, como se dijo, con el grupo varado en Cuba de aproximadamente medio centenar de militantes de ambos sexos donde comenzaban a germinar algunas voces críticas.

En enero de 1974, quedó constituida en Mendoza la JCR. Integrantes del ELN empezaron a participar activamente en la nueva entidad. Rubén Sánchez, tuvo un rol importante en el entrenamiento de cuadros, incluso lograron diseñar y construir una metralleta a la que le dieron el nombre de Elenita.⁴⁵ El desplazamiento entre Argentina y Perú fue constante, con el aditamento que el sector del ELN emplazado en Argentina participó de las actividades públicas y reservadas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Igualmente, concurrió a células, frentes de masas, y proporcionó entrenamiento a sus grupos operativos o los tomó de sus cuadros militares. La historia de tal presencia es desconocida. Existen rumores de que incluso algunos bolivianos, pocos, se hubieran integrado a la Compañía de Monte, que condujo el ERP en Tucumán entre 1974 y 1976.

Los vínculos con una organización con concepciones políticas y militares distintas, y de mayor autoridad, dejaron huellas en los bolivianos, que ya arrastraban una crisis postergada desde 1970. Un grupo en Cuba, quizá también por otras razones, decidió no seguir en el intento, que hasta entonces solamente se había traducido en frustraciones. Los retuvieron sin dejarlos salir; algunos y algunas pasaron hasta un par de años en la isla. Otro segmento organizó en La Habana el ya aludido Comité de Bases del ELN que luego condujo a la formación en Suecia del Movimiento Popular de Liberación Nacional (MPLN) que tuvo como cabeza a Ramiro Velasco Romero, alias Marcelo. El resto, la buena parte del contingente, se enfrascó en un debate interno que arreció en Cuba, Perú y Argentina. Un documento interno denominado Estrategia de Lucha del ELN,⁴⁶ fechado el 9 de septiembre de 1974, presenta la transición entre las posiciones sostenidas entre 1970 y 1973 y las nuevas, adaptadas a la propuesta de la JCR. Filtrando, por una parte, su propia experiencia y, por otra, bajo el influjo de aquellos aportes provenientes del contacto con el influyente PRT, la organización boliviana asumió una mirada distinta. Según el

43 Testimonio de Rubén Sánchez, ofrecido al autor en Cochabamba el 5 de noviembre de 2010.

44 Una de ellas fue el secuestro del gerente de Swissair, Kurt Schmid, el 22 de octubre de 1973, de la que se obtuvo un rescate de cinco millones de dólares. De ese monto, medio millón fue para el ELN.

45 Al parecer hubo dos intentos uno en Santiago de Chile, cortado por el golpe militar de 1973, y otro mas existoso en Buenos Aires. Testimonios recogidos por el autor a integrantes del ELN en Chile y Bolivia.

46 **Estrategia de Lucha del ELN**, pp. 1-3. Copia mecanografiada en el archivo del autor.

citado documento, la lucha en perspectiva se caracterizaría como “armada, prolongada y continental”. Comenzaría con la guerra de guerrillas, un detonante “para despertar en el pueblo todas sus potencialidades, y mostrarle el camino que debe transitar para la liberación nacional y el socialismo”.⁴⁷ Le seguiría la insurrección,

“etapa superior a la guerra de guerrillas. Por tanto exige un mayor grado de organización político y militar. Pues se trata de un asalto al poder en localidades e incluso en importantes y vastas zonas del país [...] donde el poder será popular y revolucionario, cuyas medidas deberán corresponder a las necesidades de guerra revolucionaria”.⁴⁸

Una vez conquistado el poder en las “zonas liberadas”, se produciría una intervención a gran escala de las fuerzas militares de los países vecinos y Estados Unidos. Los sectores progresistas y revolucionarios se unirían para derrotar y expulsar al invasor e instaurar luego el gobierno revolucionario. El documento advierte que las tres etapas no deben ser consideradas como necesariamente secuenciales ni químicamente puras, pero sí deben estar supeditadas “al método principal, que es el que caracteriza cada etapa de la guerra prolongada”.

El ELN siguió apostando a la lucha armada de impronta cubana: “la única opción del triunfo”. Otro punto de convergencia guevarista que se mantuvo intacto fue la creencia de las dimensiones continentales del próximo combate, que se creía inminente. La organización dejó en la JCR el encargo de coordinar, en los siguientes términos, las posiciones de asalto:

Estamos conscientes de que la JCR hoy constituida no es todavía la meta de la integración de los movimientos revolucionarios del continente. Es apenas el principio. Pero es un paso sólido, firme e irreversible. Significa la adopción de una estrategia común, de la ideología más revolucionaria del mundo: el marxismo-leninismo. En la aplicación de una metodología revolucionaria por parte de las organizaciones que la integran, teniendo en cuenta las particularidades de la lucha de cada uno de nuestros pueblos que forman parte de la Patria Grande.⁴⁹

En el pasado, la oposición dicotómica amigo-enemigo había condenado, por “desviación burguesa”, la ocupación y disputa de espacios legales y abiertos. Esta vez, en cambio, no excluía acudir a formas antes menospreciadas, como el sindicalismo, la propaganda y “la lucha legal por la democracia en forma amplia”. Lo singular, fruto de la influencia de la JCR y el PRT, fue el reconocimiento de dos nuevas formas de guerrilla, además de la tradicional opción rural: la minera, parte ineludible de la alianza minero-campesina, a ser desarrollada en los centros de población de los trabajadores del socavón; y la urbana, para los pueblos y ciudades, que podía “llegar a inmovilizar grandes contingentes del ejército reaccionario, cumplir un rol propagandístico enorme, desarrollar tareas tácticas y logísticas de toda guerra.”⁵⁰

10. Tupajin y las nacionalidades indígenas

Al calor de este necesario debate, Zenón Barrientos Mamani, alias Tupajin, militante del ELN, produjo en 1974 varios documentos internos referidos a la problemática de las nacionalidades en Bolivia que abrieron nuevas perspectivas de lectura y acción no solamente para el ELN sino para el conjunto de la izquierda.

Nacido aproximadamente en 1924, en Salinas de Garci Mendoza, Barrientos Mamani, fue uno de los protagonistas del triunfo en Papelpampa popular en Oruro contra el Ejército durante las jornadas del 9 y 10 de abril de 1952. Integraba y conducía el Comando Revolucionario de Oruro (CRO), una suerte de milicia armada paralela a la conducción oficial partidaria.

47 *Ídem.*

48 *Ídem.*

49 *Ídem*, p. 3.

50 *Ídem*, pp. 8-9.

Diputado, uno de los primeros indígenas en llegar al parlamento, entre 1956 y 1960, rompió luego con el MNR y afirmó una posición en la izquierda. En 1968, durante el entrenamiento militar en Baracoa (Cuba), su hijo Reynaldo de 18 años e integrante del ELN murió en un desgraciado accidente. Tras la caída del gobierno nacionalista del general Juan José Torrez en agosto de 1971, Barrientos Mamani tuvo que ocultarse en Bolivia. En algún momento de esa coyuntura se integró al ELN y se trasladó a Cuba. Su documento más importante fechado el 23 de febrero de 1974 lo tituló “Bases para el Programa Agrario del ELN. El análisis de clases”, es levemente posterior al alzamiento campesino en el Valle Alto de Cochabamba de enero de ese mismo año que culminó con las masacres campesinas de Tolata y Epizana realizada por tropas militares. En difícil establecer hasta qué punto la emergencia del movimiento campesino, luego de años de virtual silencio y de captura burocrática de sus dirigentes por los gobiernos des turno desde 1952, influyó en la reflexión Barrientos Mamani. Este, en todo caso, se preguntaba: “Este nuevo fenómeno de tipo indígena, parcialmente trunco, en lo nacional debe alcanzar su desenlace. ¿Aparecerá por fin en su cresta la vanguardia revolucionaria tan esperada o de nuevo la reacción lo ahogará en sangre?”⁵¹

El documento, escrito a máquina en papel tamaño oficio, tiene 11 páginas, además existe una parte específica adicional para tratar el tema militar de otras cinco.⁵² Barrientos Mamani inició su reflexión con una mirada clásicamente marxista con un análisis de las clases en el agro boliviano, hallando instaladas contradicciones entre la burguesía rural, la pequeña burguesía, o campesinos medios, los campesinos pobres, los colonizadores y la capa de obreros o proletarios agrícolas. Luego de descartar la política indigenista, que le parece engañosa y propia de los sectores dominantes, se introduce el contenido de las Nacionalidades. Se incorpora un análisis diferente al de las clases sociales, aunque no lo descarta, pues su texto comienza con la descripción de las mismas. Empero argumenta que:

“el análisis dialéctico acertado, propio y completo de la realidad rural boliviana, es aquel que deviene de la concepción ideológica de la contradicción de las nacionalidades”. Para Tupajin sólo existen en Bolivia dos masas étnicas fundamentales: “aymara y qheshwa”, las que

rebasan los estrechos marcos de la contradicción de clases y abarcan el terreno amplio de las contradicciones de clases y abarcan el terreno amplio de las nacionalidades. Ambos pueblos reúnen las condiciones básicas que caracterizan a una nacionalidad: dominio geográfico, organización económica, unidad ideomática, formas sociales coherentes, poder político propio aun subsistente, cultura propia expresada en su moral elevada y su unidad religiosa. Estas características nos permiten identificar las masas étnicas *aymara* y *qheshwa* no sólo a conjuntos de capas sociales, sino y ante todo, nos permite identificar a nacionalidades oprimidas y explotadas y, por lo mismo interesadas en la liberación nacional al igual que la clase obrera.⁵³

Para el autor, esta lucha se remonta al proceso anticolonialista iniciado por Tupac Amaru y Tupac Katari en el bienio 1781 y 1782. Una diferencia singular con las versiones históricas y de construcción de memoria predominantes en el ELN que buscaban engranarse con las guerrillas conducidas por criollos y mestizos entre 1816 y 1825. Del repaso histórico, que va del siglo XVII al XX, Tupajin concluye:

Nuestra problemática radica, por una parte, en la contradicción Nacionalidades Autoctonas-Imperialismo Yanqui; por otra parte, en la contradicción Nacionalidades Autoctonas-Burguesía Boliviana [...]. Las plataformas de la lucha del movimiento boliviano de masas, orientadas exclusivamente en la política puramente clasista, hasta ahora no ha alcanzado a encarar objetivos de nacionalidad de las mayorías étnicas, estamos obligados a recalcar. Hay que elaborar la línea ideológica y la metodología política revolucionaria de las nacionalidades. Esta línea debe partir partir de la concepción de que las nacionalidades aymara y qheshwa constituyen la base social de la nación boliviana y que en si son fuerzas políticas esencialmente revolucionarias y no simplemente conjuntos de capas sociales de carácter pequeño burgués.⁵⁴

51 Zenón Barrientos Mamani, “Bases para el Programa Agrario del ELN. El análisis de clases”, 1974, p. 6 [Copia mecanografiada en archivo del autor].

52 “Bases para el Programa Agrario del ELN. Aspecto militar. Etapa preparatoria”.

53 Zenón Barrientos Mamani, *op. cit.*, p. 5 y 6.

54 *Ibid.*, p. 7

Esta última advertencia es de suma importancia. La izquierda, basándose en las lecturas occidentales del marxismo leninista europeo, negaba el posicionamiento autónomo de los actores sociales rurales y los reducía a una inconstante clase de apoyo que la vanguardia proletaria debiera ganarse para configurar una alianza. Para Tupajin las reivindicaciones de clase, son relevantes pero no primordiales. El fija, para diseñar el Programa Agrario del ELN al que pertenece, una mirada que hoy diríamos étnica y descolonizadora.

La revalorización y estructuración científica del poder dual en el campo [...]. La reivindicación del AYNI o sea el colectivismo agrario... un valor intrínseco de la cultura de nuestros pueblos [el que] ha servido por siglos de palanca ideológica para su supervivencia y de motor para su desarrollo histórico [...]. Aspiramos convertir el colectivismo nativo en el embrión ideológico del nuevo poder de nuestras nacionalidades y de la clase obrera [...]. La Alianza Clase-Obrera-Nacionalidades. Hay que superar la etapa de la alianza meramente clasista [...].⁵⁵

Entre los principales objetivos mediatos, postula que “la liberación de las nacionalidades aymara y qheshwa, y de los demás grupos étnicos en naciones soberanas federadas en un Estado Socialista multinacional: Bolivia Socialista”. Y en cuanto a las metas radicales y de largo plazo:

Consiste en que todas las tierras, recursos naturales y riquezas de Bolivia pasen a ser propiedad colectiva de las nacionalidades [...]. Consiste en la conquista colectivizada de los medios de producción fundamentales: maquinarias, tecnología, créditos, transportes y otros suplementarios. Consiste en la gran movilización migratoria colectivizada de las nacionalidades de la cordillera andina a las llanuras tropicales.⁵⁶

Este enfoque de renovación, que no contaba con precedentes en la historia doctrinal de la izquierda boliviana,⁵⁷ debiera conducir a una renovación de la estrategia y objetivos del ELN. Tupajin rechaza de plano los nudos tradicionales de agrupación de los sectores rurales como los sindicatos y las cooperativas. Hace lo propio con la forma partido y la estrategia foquista convencional, aunque la guerrilla a partir de las Unidades Tácticas de Combate (UTC) o bases de apoyo rurales, sean para Tupajin componentes pivotaes de una estrategia de poder.

Postulamos la constitución de Ejércitos Revolucionarios de Nacionalidades [...]. La composición inicial de estos ejércitos puede tener la forma de bases de apoyo rurales. Posteriormente, asumir forma de guerrillas nocturnas, milicias rurales, brigadas auxiliares, brigadas auxiliares femeninas, hasta constituir los ejércitos regulares de nacionalidad.⁵⁸

Para Tupajin los ejércitos revolucionarios de nacionalidad, debían utilizar medios y tácticas aprendidos de la experiencia y la ancestral lucha histórica por el territorio y la identidad: “la vía más directa y acertada para preparar condiciones subjetivas en el seno de las mayorías rurales y construir, debidamente, la infraestructura armada en el campo, es reivindicando los valores culturales nativos y dotando a las masas étnicas”.⁵⁹ En consonancia el propio ELN y sus militantes, en buena parte, de clase media urbana, debían:

[P]repararse en la nueva política de las nacionalidades. Para que el guerrillero eleno no sea visto por los labriegos simplemente como un cuerpo del paz, el compañero guerrillero debe compenetrarse plenamente de la realidad rural, debe aymarizarse, qheshwizarse y propender al dominio de los idiomas nativos. Inclusive de nuestro lenguaje debe desaparecer la palabra “indio” que, en el campo, permite identificar al “caballero” de la ciudad. Igualmente, es conveniente evitar la palabra “campesino” para diferenciarse.⁶⁰

55 *Ibid.*, p. 8

56 *Ibid.*, p. 9

57 Salvo el trabajo sobre **Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia** publicado por Alejandro Ovando Saenz en 1960, muy influido por Josef Stalin.

58 *Ibid.*, p. 9

59 *Ibid.*, p. 10

60 *Ibid.*, p. 11.

Es decir, descolonizarse, como se diría ahora. La lucha armada en el campo, por otra parte, requeriría de “cuadros de nacionalidad”, es decir combatientes aymaras y qheshwas, formados política y militarmente en escuelas de cuadros. Que la radical propuesta de Tupajin, tuvo adherentes y puso en jaque concepciones arraigadas en el ELN, lo revela que su dirección, a la cabeza de Chato Peredo, se vio obligada a responderle, aunque sin nombrarlo directamente. En mayo del mismo 1974, produjo el documento “La lucha de clases en el campo y la lucha de clase del campesinado”. El nudo argumental asume que la cuestión de las nacionalidades debe ser reconocida como un factor importante en el análisis de la lucha de clases en el campo, para agregar:

Pero sobrevalorar las contradicciones de las nacionalidades, hasta colocarlas en un primer plano es tan absurdo como negarlas. Por el primer camino llegaríamos a las posiciones de tradicionalismo conservador, al sentimentalismo beato de la añoranza de nuestra antigua justicia incaica y, en consecuencia, a la lucha por la “justicia del indio” o el racismo indigenista. Por el segundo, no podríamos ver con claridad nuestra realidad nacional y por tanto conduciríamos la lucha, con el subjetivismo de los dogmáticos, hacia un total fracaso.⁶¹

El mando del ELN, para convencer a su militancia de los errores de Tupajin argumentó que la demanda marcada por el interés material y económico y no por identidad y derechos colectivos⁶² era, a lo largo de la historia boliviana, la fuerza principal de la movilización de campesinos y proletarios del agro boliviano. Por ejemplo, se decía que Túpac Amaru nunca antepuso la lucha por el respeto a la cultura qheshwa a la lucha contra la mita. Años más tarde, el Tata Vilka se habría levantado únicamente contra el despojo de las tierras comunales. La revuelta de inicios de 1974 no se debía al avasallamiento del aymara por el blancoide, sino al avasallamiento de los estómagos por la política del gobierno del general Hugo Banzer. Estas lecciones de la historia le permitían concluir que:

La lucha del campesino, que coincide con las nacionalidades no es pues por metas abstractas de igualdad o superioridad nacional. Es en primer lugar por causas de orden económico y social y, en segundo lugar, por la defensa de problemas concretos que hace a la nacionalidad marginada, en el pleno de la cultura, la salud, el respeto y la consolidación de sus instituciones. Ambos elementos son dos facetas de la misma lucha y no pueden ser separadas artificialmente.⁶³

Pese a estas adopciones doctrinales, diferentes a las que pesaban en años previos en el ELN, para su dirección la contradicción fundamental en Bolivia era entre capital y el trabajo, de ahí que el proletariado fuese postulado como la *vanguardia de la Liberación Nacional y el Socialismo*. Tupajin, en tanto, no consideraba al proletariado una avanzada en primera fila de la política a la que debían necesariamente someterse los actores subalternos rurales “pequeño burgueses” y mucho menos que constituía un conductor moral y civilizatorio que impregnara al ELN para proletarizar a sus integrantes. En contraste señalaba que hay que concientizar a la clase obrera en la nueva política de las nacionalidades.⁶⁴

11. Hacia el Partido de vanguardia

Los datos disponibles no permiten continuar el rumbo que tomó el debate entre Tupajin, la dirección y la militancia del ELN. Lo que es claro es que la organización armada no se desplazó hacia las posiciones de Tupajin e incluso las apelaciones a la presencia de nacionalidades en Bolivia no cuajaron con fuerza en su proyecto militar ni en la oferta programática de la organización guerrillera. Otros cambios habrían de suceder, principalmente entre la militancia que fluctuaba entre Bolivia, Perú y la Argentina. Estos, se originaban desde dos frentes, por una parte, en la reflexión interna que escalaba lentamente desde 1971. Por otra, por la influencia de las organizaciones político militares que conformaban la JCR, particularmente e insistentemente desde el PRT de Argentina.

61 ELN, “La lucha de clases en el campo y la lucha de clase del campesinado”, mecanografiado, mayo de 1974, p. 4.

62 El documento no utiliza este concepto, más bien contemporáneo, lo colocamos nosotros para ilustrar el sentido actual del debate.

63 *Ibid.*, p. 5.

64 Zenón Barrientos Mamani, *op.cit.*, p. 11.

Testimonios cercanos a Mario Roberto Santucho, su máximo dirigente, dejan claro que el máximo dirigente del PRT argentino tomó a su cargo “hacer avanzar” al ELN “hacia la concepción de partido”.⁶⁵ El PRT con su brazo armado el Ejército Revolucionario del Pueblo, se reclamaba del guevarismo y su moral del “hombre nuevo”, pero no era foquista.⁶⁶ La opción se materializó en marzo de 1975, en el “Ampliado de Ñancahuazú”. La deliberación se realizó en Lima, en la calle Cuzco del Distrito San Miguel, cerca del aeropuerto. Desde 1974 la capital del Perú se había convertido en una seda de capacitación militar y doctrinal del ELN, donde se realizaban cursos de capacitación. El Ampliado se celebró para resaltar un nuevo aniversario de la fundación del ELN. Asistieron delegaciones procedentes de Argentina, Cuba, Europa, Perú y Bolivia. De Bolivia militantes de ambos sexos a fines de 1974 arribaron con bastante anticipación. Sorteando controles militares, se trasladaron en bus y en camiones. Eran como una decena, buena parte procedente de las zonas mineras. En total los y las asistentes sumaban entre 30 y 40 militantes de ambos sexos.

El Ampliado se dividió en dos partes y no existió un documento de base que orientara la discusión inicial de balance en retrospectiva. Años más tarde, concurrentes al debate hicieron el siguiente balance: “La primera parte del ampliado muestra cuánta crítica se había acumulado a lo largo de todos estos años y cómo el sectarismo había carcomido definitivamente la base de confianza del Estado Mayor”,⁶⁷ en la segunda parte, en tanto, se realizaron las propuestas programáticas y se dedicaron a la organización. Las conclusiones fueron transmitidas a Santucho:

Hemos decidido después de un análisis que nos parece bien profundo, que nuestro pueblo, que tiene una experiencia revolucionaria excepcional, requiere inmediatamente, para la concreción de sus ideales revolucionarios, de una vanguardia, y que esta vanguardia sólo puede ser el Partido del Proletariado. Sólo nos restaba tener la audacia suficiente de concretarlo. Esta nos la ha transmitido la valiente actitud de todos nuestros compañeros que en estos ocho años de lucha no han vacilado en dar sus vidas por la revolución ¿Qué más nos queda por hacer? Sólo superar nuestras dudas y emprender la única forma posible de garantizar el éxito de la Revolución Nacional y Continental. Para tomar esta decisión mucho nos ha ayudado el haber participado de la JCR —repito, JCR—, organización que sintetiza y coordina las experiencias revolucionarias de las organizaciones que hoy son la avanzada del proceso en esta parte del continente. Es justo, también, reconocer en gran medida, la inmensa ayuda que ha significado conocer la experiencia revolucionaria de ustedes que también ha transmitido el compañero N.⁶⁸

“N” era por Nicolás, Domingo Menna, conocido como Gringo, tercero en la jerarquía del PRT y responsable de las relaciones con otras organizaciones de la JCR. Su influencia fue notable en esa reunión, en la que argumentó y debatió hasta el cansancio. Llegó los últimos días del ampliado, cuando el debate se hacía ríspido y no se hallaba un punto de salida; en medio de mutuas acusaciones y recriminaciones, la amenaza de una autodisolución estaba pendiente. Acerca de él, un participante rememoró lo siguiente: “su aporte fue importante porque en el desarrollo de las discusiones se planteó de todo, pero nos faltaba la forma de estructurarlo, y el Gringo nos transmitió su experiencia del PRT, de ahí que incluso sale el nombre”.⁶⁹

En efecto, para destacar su identidad, y la influencia de su homólogo argentino, fue llamado Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (PRT-B).⁷⁰ El gran derrotado fue Chato Peredo. Cuestionado y sintiéndose acorralado, cargando con el peso de las acusaciones de sus adversarios por los errores que le atribuían, se defendió esgrimiendo una postura antipartido, que resultó minoritaria. Fue defenestrado y enviado a las bases en Bolivia, una suerte de castigo. En el ampliado se eligió un Comité Ejecutivo Nacional (CEN), máxima autoridad del PRT-B, y un alterno como precaución. En los Estatutos se estableció la vigencia del “centralismo democrático”, para vacunarse del verticalismo que se acusó al interior del ELN. El PRT-B se auto definió como el “brazo armado” del ELN, definió, en una línea clásica, al proletariado “como la *única* clase

65 Luis Mattini, **Hombres y Mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada**, La Plata, De la Campana, 2003, p. 378.

66 Cfr. Vera Carnovale, **Los Combatientes. Historia del PRT-ERP**, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2011.

67 Carta del PRT-B a Santucho, Lima, 1 de abril de 1975. Disponible en: www.cedema.org/ver.php?id=132

68 *Ibid.*

69 Testimonio vía electrónica de Edmir Espinoza, ofrecido al autor el 14 de noviembre de 2010. Con el nombre de Filipo, fue integrante del ELN y del PRT-B. Cayó preso dos veces, en 1972 y en 1976; en ambas, fue objeto de severas torturas.

70 Sobre el impacto del PTR argentino y el MIR chileno en el ELN y los Tupamaros ver: Marco Antonio Sandoval Mercado, “La Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR): el internacionalismo proletario del cono sur, 1972-1977”, Tesis de Maestría en Historia Internacional, CIDE, México, 2016.

revolucionaria” y al campesinado como una “pequeña burguesía”, que por sí sólo “no podrá hacer consciencia de su pale revolucionario”.⁷¹ Entre los integrantes del nuevo CEN estaban Stamponi, Gerardo de seudónimo, Sánchez, que tomó el nombre de Jesús, y Enrique Joaquín Lucas López, Guille, joven uruguayo ex militante de los Tupamaros. Salvo el primero, ninguno procedía de la camada original del ELN.⁷²

Lo cierto es que el argentino Nicolás trabajó en un terreno abonado. La militancia atravesaba un conflicto y estaba disponible para escuchar propuestas distintas al clásico fascismo. Además, existía un interlocutor interno que, con autoridad, desde hace tiempo hacía propaganda acerca de la transformación: el argentino Stamponi, más conocido como Miseria. Nacido el 14 de febrero de 1935, en Punta Alta, ciudad cercana a Bahía Blanca y aledaña a la Base Naval de Puerto Belgrano (Argentina), Luis Faustino Stamponi, oriundo de una familia de inmigrantes italianos de escasos recursos, se incorporó hacia 1950-1960 a Palabra Obrera (PO), una pequeña organización trotskista. En 1963, formó parte de una delegación que viajó a Cuba al mando de Ángel “Vasco” Bengochea. A su retorno, influidos por el Che, rompieron con PO y se lanzaron a organizar un frente guerrillero en Tucumán, al parecer en consonancia con las operaciones que Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) desarrollaban en Salta. Stamponi fue detenido el 13 de abril de 1963 en la Quiaca, frontera argentino-boliviana, cuando intentaba ingresar de contrabando armas a Argentina. Meses más tarde, se fugó de la cárcel de Jujuy y tres años después, en 1966, fue a Cuba. En alguna fecha de ese año, retornó a Argentina, donde inició un reclutamiento para apoyar la guerrilla del Che, en ciernes. En marzo de 1967, con un núcleo de acompañantes, enrumbó hacia La Habana.⁷³ En el entrenamiento en Pinar de Río, y luego en el de Escambray, donde llevaba la voz de mando, recibió los mote de Capitán Piluso y Pibe Mochila, este último en alusión a su espalda levemente encorvada por la escoliosis; no le gustaba, pero aguantaba.

Tras la muerte de Guevara, su grupo quedó varado en Cuba. Gran parte retornó en barco a Argentina, en marzo de 1968; con ellos —hombres y mujeres— se construyó la base de apoyo a la nueva experiencia de Inti. Stamponi permaneció en La Habana trabajando en una fábrica de vidrio, leyendo y conociendo el entorno. Vivía frente a la sede del Tropicana y sus bellas mulatas bailarinas. A mediados de 1969, tras participar de un nuevo entrenamiento militar —el tercero de su vida—, ingresó a Bolivia. El 31 de diciembre fue herido y capturado. Para entonces, llevaba el apodo de Miseria Espantosa, en insinuación a un personaje cómico de la televisión argentina, aunque él prefería llamarse Gerardo. Lo liberaron el 19 de julio del año siguiente, canjeándolo por rehenes alemanes que el ELN había tomado al inicio de las acciones guerrilleras. Se fue Cuba, pero regresó en junio de 1971. Se sumó a las críticas a Chato, pero reculó; no era el momento. A mediados de mayo de 1972, logró evadir un cerco militar y se fugó para Santiago de Chile. Al año siguiente, se aposentó en Arequipa (Perú), para armar una avanzada del ELN. Su trayectoria posterior es desconocida. Sin embargo, a fines de 1973 o inicios de 1974, se hallaba en Argentina, apoyando los secuestros realizados por la JCR. Gran parte de ese año se la pasó entre ese país y el Perú. Para Stamponi, de origen trotskista, el medio político del PRT argentino no le era extraño ni desconocido, como tampoco la organización de un partido o la combinación entre actividad pública y vida clandestina. Además, como un antiguo líder de la organización, aceptado y reconocido por su largo entrenamiento militar y su dedicación a la causa, su voz era muy escuchada. Tras constituirse en pieza fundamental del “Ampliado de Ñancahuazú”, a fines de 1975, ingresó clandestino a Bolivia para estructurar el PRT-B, del que era la cabeza visible. Fiel a la nueva concepción obrerista del PRT-B, se instaló en la zona minera de LLallagua, para articularse con la vanguardia proletaria y social boliviana. Vivía pobremente, fiel a la idea de proletarizarse que propugnaba su homólogo argentino.

11. Retorno y desastre

Concluido el Ampliado, la nueva entidad comenzó a desplazar sus cuadros hacia Bolivia y mantuvo en reserva su existencia hasta que, en julio de 1975, un “Activo” —una suerte de asamblea de la dirección— resolvió hacerla pública. Así, el primer

71 Boris Brito Ríos, *op. cit.*, pp. 280-282.

72 Un histórico que no se adscribió al PRT-B fue el Negro Omar, Jorge Ruiz, segundo en el mando en Teoponte. Tampoco los hizo la emblemática María, militante de la misma época.

73 Entrevista vía electrónica a Alicia Borgato, primera compañera de Stamponi, ofrecida al autor el 27 de febrero de 2008. Algunos datos proceden de sus compañeros argentinos de entrenamiento en 1968.

día de septiembre salió a luz el número inicial de **El Proletario**, órgano del PRT-B. Su nombre (en)marcaba el rumbo que se pretendía dar a la entidad. La famosa foto del Che, producida por Alberto Díaz, mejor conocido como Alberto Korda, adornaba la portada. El editorial, “La estrategia del comandante Che Guevara y el accionar del ELN”, trató de evocar al guerrillero argentino como autoridad para validar la nueva línea; asimismo, al pasar revista de su pasado organizacional, separó aguas con las acciones posteriores a la muerte del Che, acusando a la dirección de no realizar un balance crítico de las guerrillas de Ñancahuazú y de Teoponte ni de las causas de su derrota.

Esto origina que, en el afán de dar continuidad a la guerra, se opte desesperadamente por el desarrollo de una nueva columna guerrillera, en una interpretación unilateral de la concepción del Che [...]. Es esa unilateralidad la que permite que la pequeña burguesía, fuertemente impactada por la guerrilla, acuda al llamamiento y sea la base sobre la que se construye el ELN, debilitándolo ideológicamente y alejándolo de las necesidades y problemas de la clase obrera y el pueblo.⁷⁴

Su cuestionamiento a Inti dejaba en claro la distancia organizativa con el pasado, incluyendo, aunque no se lo decía ni admitía expresamente, lo que tocaba al propio Che⁷⁵.

[L]a gran responsabilidad de seguir adelante con la obra iniciada por el CHE y la falta de ligazón con la clase obrera, imposibilitada por la sañuda represión, lo llevan a [Inti] no hacer un análisis marxista-leninista de la realidad en ese momento, y a plantearse una sola actividad de todas las que compone la guerra revolucionaria: el frente militar. No ve Inti la necesidad de partido de combate, el partido de nuevo tipo, el auténtico partido del proletariado, que desarrollando todas las actividades legales e ilegales, pacíficas y violentas, políticas y armadas, incorpora a las más amplias masas a la guerra revolucionaria. Su error costó caro; y costó muy caro porque fue el motivo principal de su asesinato. El enemigo estaba claro que Inti tenía la capacidad suficiente para corregir este error y darle al pueblo los instrumentos indispensables para su triunfo: EL PARTIDO Y EL EJÉRCITO.⁷⁶

El ELN y su política calificada de militarista y guerrillerista fueron reprobados, y se los dejó de lado.⁷⁷ A esta última visión se la etiquetó de “pequeño burguesa”, levantando el estandarte proletario marxista-leninista, del partido obrero y el trabajo diario en el seno de las masas. A fin de no quedar aislados, mal que se atribuía al foquismo, el propósito del PRT-B fue insertarse en los diversos sectores sociales que empezaban a tomar mayor fuerza en su rechazo a la dictadura militar, tarea que la mayoría de sus cuadros, sino la totalidad, nunca había acometido.⁷⁸ En el ELN, la práctica fue inversa en la coyuntura de 1969 y 1970: se retiró a los militantes dirigentes sociales para llevarlos al monte, distribuidos entre La Paz, Cochabamba, Potosí y Oruro, principalmente.⁷⁹

Entre las herencias que mantuvo el PRT-B, estuvo el internacionalismo de impronta guevarista, de modo que entre sus cuadros figuraban argentinos, uruguayos y chilenos principalmente, además de su presencia en la JCR ¿Qué proponía la línea oficial del PRT-B en relación a la cuestión agraria y campesina? La organización no retomó el debate de 1974 entre Tupajin y la dirección del ELN. En rigor en este crucial punto no se apartó mucho de las tradiciones de los partidos de izquierda marxista que operaban en Bolivia, fuesen los comunistas pro soviéticos y las diferentes alas del troskismo, aunque difería de los maoístas y su Guerra Popular Prolongada. No es que el PRT-B no se preocupara por tener militancia en el agro, sino que solamente reconocía en este territorio primordialmente la presencia antagónica de clases sociales.⁸⁰ Moraban una mayoría de “naturaleza pequeño-burguesa” y otra de menor cuantía que conformaba una suerte de semi proletariado y

74 **El Proletario**, n° 1, 1974, p. 2.

75 Así lo entendieron militantes disidentes que, agrupados tras la dirección de Osvaldo Peredo, Juan de seudónimo, señalaron que en el Ampliado de Lima se “infiltraron posiciones que claramente iniciaron un divorcio con la concepción del Comandante Che Guevara”. “Tesis Programáticas del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (P.R.T.B)”, en **Blanco y Negro. Selección de documentos del Ejército de Liberación Nacional**. La Paz, Editorial Inti, s.f., p. 278.

76 *Ídem.*, p. 10.

77 Antiguos y quizá nostálgicos militantes del ELN no admiten que la organización desapareciera. Señalan que se acordó una división y, a la vez, una complementación a la manera del PRT y el ERP. En clave boliviana: PRT-B y ELN. Sin embargo, no existen rastros de que esa distinción operara realmente.

78 Ver: “El PRT debe insertarse en las masas” en **El Proletario**, n° 2, 1976, p. 2.

79 Por ejemplo, en la guerrilla de Teoponte participaron los máximos dirigentes de los universitarios bolivianos; en la del Che, sindicalistas mineros.

80 Años más tarde dio pie a la constitución del influyente Movimiento Campesino de Bases (MCB).

proletariado rural en las grandes explotaciones latifundistas del oriente del país. El partido no hacía una mención específica a entidades étnicas agrupadas en comunidades indígenas ancestrales.⁸¹ Acorde a su tradición ponderaba la vanguardia obrera y reducía al campesinado a una condición de aliado subordinado. Entre sus principales resoluciones, el “Ampliado Ñancahuazú”, señaló:

El campesinado por sí solo y en forma aislada no podrá hacer conciencia de su papel revolucionario. Esto solo será posible en la medida en que en su lucha sea orientada y dirigida por el proletariado (única clase que puede organizar su proceso de liberación). En esta perspectiva, será posible la materialización de la alianza obrero-campesina, a su vez, garantizada por una vanguardia revolucionaria Marxista-Lenista.⁸² [...] Que la única forma de derrotar al imperialismo y destruir la burguesía es desarrollando una guerra revolucionaria armada prolongada y continental, cuyo contenido de clase es obrero y popular, donde el proletariado es su vanguardia y su aliado natural el campesinado.⁸³

Ninguna de estas visiones se modificaría en los años bajo análisis (1975-1977) y conduciría la práctica política del PRT-B, en todo caso una aguerrida pero pequeña organización.⁸⁴ Si bien en ese lapso la dictadura militar de Hugo Banzer empezó a mostrar fracturas y agotamiento, su capacidad de información y represión se había incrementado. Bajo la conocida “Operación Cóndor”, la información fluía desde Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay y, quizá, también Perú. Establecida formalmente en Santiago de Chile, el 26 de noviembre de 1975, es posible que operara desde antes, con el propósito de coordinar acciones y enfrentar en el mismo terreno a la JCR: el internacional.

Fuese como resultado del vuelo del Cóndor o por su propia sagacidad, los servicios de inteligencia bolivianos propinaron duros golpes al PRT-B, apenas instalado en Bolivia. Las caídas entre la militancia comenzaron al concluir 1975 y continuaron imparable durante el siguiente año. La argentina Graciela Rutila, Ela, uno de sus cuadros femeninos más importantes, fue apresada en Oruro el 2 de abril. La transportaron a Argentina el 29 de agosto, recluyéndola en el centro clandestino de Automotores Orletti, en Buenos Aires, donde desapareció. Nila Heredia, Ivana, compañera boliviana de Stamponi, fue capturada el mismo día. Diez jornadas más tarde, Rubén Romero, Dardo, fue herido y tomado preso (integraba la dirección del PRT-B). La entidad intentó resistir y mostrar presencia, su prensa proclamaba una guerra revolucionaria que estaba lejos de poder ser materializada y se instruyó atacar a las empresas transnacionales.⁸⁵ En junio, realizaron varios atentados dinamiteros. Sin embargo, aunque contaban con pequeñas y escasas células armadas —llamadas pomposamente Unidades Militares—, no podían enfrentar una guerra de larga escala, ni ese era el ánimo de los trabajadores, los estudiantes o los campesinos, que buscaban con movilizaciones y huelgas abrirse espacios democráticos.

Las detenciones no amenguaron. Al contrario, la represión se enfervorizó; unió declaraciones de algunos presos, información de sus colegas del Cóndor y su propia indagación. El 17 de septiembre, cayó el enlace con otras organizaciones de izquierda, el boliviano Pedro Silvetti; murió en Cochabamba junto al uruguayo Lucas López, miembro del CEN. Por otra parte, Stamponi cayó preso el 29 de septiembre en la localidad minera de Llallagua, víctima de una delación.⁸⁶ El 13 de octubre, tras ser interrogado y torturado, fue entregado a las autoridades argentinas en la localidad fronteriza de La Quiaca; desapareció de Orletti, centro de detención y de tortura del Cóndor.

81 Puede verse, al respecto, el artículo “La lucha del campesinado” en **El Proletario**, n° 1, 1975, pp. 11-12.

82 “Documentos aprobados en el Ampliado Ñancahuazú”, en **Blanco y Negro. Selección de documentos del Ejército de Liberación Nacional**, op. cit. p. 183.

83 *Ibid.*, p. 188.

84 La “Plataforma Programática del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia (P.R.T.B)”, emergente del Segundo Ampliado “Luis Stamponi” trae la novedad de una narrativa histórica donde aparecen las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Katari, a la par que las guerrillas conducidas por caudillos criollos y mestizos, como Padilla, Lanza o Médez, ello no se traduce en el reconocimiento de la cuestión indígena a nivel programático. Aunque el Ampliado, en medio de un profundo debate, y con el nombre de “X Aniversario” se realizó en abril de 1977, la Plataforma aludida debió ser escrita a fines de 1979 o inicios de 1980, pues alude a la Masacre de Todos Santos, que como es sabido ocurrió el 1 de noviembre de 1979. El “Tercer Ampliado “Tricontinental” celebrado en 1978, aunque mencionó la “discriminación racial” de origen colonial sobre quechuas y aymaras, este acerto no se tradujo a la hora de establecer las contradicciones fundamentales de corte colonial que asolaban Bolivia ni en el carácter específico de la revolución socialista postulada. En cambio, el papel del proletariado minero se destacó como avanzada y columna vertebral revolucionaria colocando al campesinado como un potencial aliado al igual que las clases medias. Las Nacionalidades no se mencionaron en ninguno de los puntos.

85 Ver: “Guerra revolucionaria: única estrategia proletaria para vencer” en **El Proletario**, n° 12, 1976.

86 Entrevista a María Victoria Fernández, ofrecida al autor en La Paz el 3 de noviembre de 2010. Fernández fue detenida con Stamponi. Otras fuentes señalan el 26 de septiembre como fecha de la detención, pero ella afirma que fue el 29, día en que se celebró el Censo Nacional de Población.

Al concluir 1976, cerca de 60 militantes estaban en las cárceles y una docena fue extrañada del país, entregada a sus Gobiernos militares en Chile y Argentina. Salvo el escurridizo Sánchez, el grueso de la dirección partidaria que impulsó y fundó el PRT-B en Lima estaba muerta o detenida. El régimen militar de Banzer, como había ocurrido en 1972, los tomó como sus principales adversarios y no escatimó esfuerzos ni torturas por desbaratarlos. En pie quedaba, quizá, no más de media centena de integrantes, la mayoría jóvenes e inexpertos; salvo el pequeño núcleo más fogueado y refugiado en las zonas mineras de Potosí. Además, a lo largo de ese año, la seguridad estatal incautó material de trabajo, armas, vehículos, una moderna imprenta y documentos internos. La organización quedó sin medios logísticos y sin recursos económicos para sobrevivir. El activismo y un "aparato desproporcionado" fueron acusados por varios militantes de ser culpables de la situación, pues dejaba inocuas las medidas conspirativas y de seguridad.⁸⁷

Montar un aparato clandestino, realizar activismo y, paralelamente, crear teoría revolucionaria ameritaba un entrenamiento y una disposición que combinara lo militar con lo intelectual, algo más que un matiz para el que la nueva organización carecía tanto de antecedentes como de cuadros. La mayor parte procedía del pasado militarista y no de los ámbitos del marxismo. La reconversión no resultó ni pronta ni fácil. No se logró compatibilizar ritmos entre la vida legal e ilegal, entre la conspiración y la vida pública o entre la dirección y las bases. En 1976, en medio de los golpes recibidos, la inserción social y laboral del PRT-B era pequeña y con una influencia limitada; su presencia en el mundo obrero y estudiantil no podía compararse con organizaciones comunistas o trotskistas de mayor raigambre y antigüedad. Además, fiel a su tropa obrerista, había descuidado montar mayor presencia en ese sector campesino e indígena, mayoritario en Bolivia.

El retroceso o la incapacidad de estructurar al PRT-B, acorde a sus documentos de fundación, permitió que Chato, quien nunca aceptó el vuelco hacia el partido de cuadros, motorizara una ofensiva interna tanto contra Sánchez, que estaba en Lima, como en oposición a la dirección encarcelada, que desde las celdas se esforzaba por dar una línea. Bajo el seudónimo de Juan, se escondió y trabajó en las minas desde 1975, cuando fue retirado de la dirección. En una carta redactada hacia mediados de diciembre de 1976, realizó un balance que mostraba un cuadro dramático de una organización rabiosamente golpeada por la represión y sin una línea política clara:

- De los, más o menos, setenta [compañeros] que ingresamos, considerados cuadros, sólo quedamos más o menos una decena en situación precaria.
- De los muchos frentes de masas que se decía que contábamos, apenas quedan cuatro relativamente consolidados o con algunas perspectivas de continuidad y con poco desarrollo [dos en las minas, uno fabril y otro en el campo].
- La cantidad de cuadros para dirigir la tarea es crítica [...].
- La construcción de ejército va paralela al accionar militar. Esta tarea está postergada por un tiempo que no podemos prever, dadas las posibilidades de trabajo militar, nuestra debilidad y situación real.⁸⁸

En marzo de 1977, Chato, que no pertenecía al CEN, convocó a un segundo ampliado del PRT-B, sin comunicar a Sánchez, que se encontraba en el exterior desde hacía bastante tiempo. La reunión designó un nuevo CEN, en el que todavía se incluía al ausente Sánchez y al propio Chato. Se decidió revisar los estatutos del PRT y su tesis política, conformando una comisión. Un anticipo de la nueva línea se produjo al aprobar, *ad referendum*, una enmienda, modificando la caracterización del proletariado como "la única clase revolucionaria" por "la clase más revolucionaria".⁸⁹ De esa manera, se supuso que se superaría el presunto trotskismo que, según se argumentaba, imperaba en el PRT-B, abriéndose a incorporar a otros sectores, campesinos o estudiantiles, con una orientación multiclasista. Un documento posterior, pero inspirado en la línea del II Ampliado, añadió a las acusaciones de "obrerismo" otras presuntas "desviaciones" emergentes del Ampliado de 1975, del que emergió el PRT-B: "deformación de la línea militar revolucionaria, espontaneísmo, activismo sin dirección, aparatismo y existencia de una burocracia rentada".⁹⁰

87 Ver: "Notas para la evaluación de la construcción del PRT-B" (Anónimo, 1977). Dactiloscopiado en archivo del autor. Las notas fueron escritas en La Paz desde la cárcel del Departamento de Orden Político (DOP) por militantes presos y presas.

88 Fragmento textual de la carta de Juan al CEN del PRT-B, fechada en diciembre de 1976. Copia en archivo del autor.

89 PRT-B/ELN, "Actas del II Ampliado 'Décimo aniversario' del PRT-B/ELN", versión dactiloscopiada, abril de 1976. Hay copia del documento en el archivo del autor. Los destacados corresponden al original. Chato, que usaba el seudónimo de Juan, señaló: "Debemos fijar la atención en la práctica que se debe desarrollar, no con un carácter obrerista, sin hacer trabajo en otros frentes" (*ibid.* p. 8).

90 PRT-B, "Informe de la dirección del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Bolivia", en **Boletín Interno** n° 14, 3 de julio de 1978, La Paz.

Sánchez y otros militantes no aceptaron ni reconocieron las determinaciones del II Ampliado, al cual le restaron representatividad. Se acusó a Chato de fabricar delegados, entronizar una desviación “pequeño burguesa” —precisamente aquella que había servido de muletilla para lanzarlo en Lima en 1975— y sustituir un partido de cuadros por un simple “partido de masas”.⁹¹ En el debate, primaron tópicos sobre la organización, mientras que los aspectos militares, fuente y polémica en la transformación del ELN en PRT-B, quedaron relegados.

La ruptura del PRT-B tensionado entre dos opciones, la foquista y la de partido, se precipitó en 1978. La apertura democrática lograda con la masiva huelga de hambre y las movilizaciones sociales iniciadas el 28 de diciembre de 1977 obligaron a la dictadura militar, que había convocado a elecciones, a celebrarlas con amnistía general e irrestricta, según un acuerdo firmado el 18 de enero de 1978. Con la militancia liberada, los clandestinos visibilizados y los exilados en retorno, el carácter del debate y los actores se modificaron. Con el consejo y la mediación cubana, se intentó una última transacción. Sánchez y Chato se reunieron en La Paz y acordaron establecer una Dirección Transitoria de seis miembros, electa el 22 de mayo de ese año.⁹² Ni Chato ni Sánchez figuraron en la lista. El acuerdo duró muy poco y, a partir del 25 del mismo mes, el CEN se reunió para fijar posición política y reorganizar el partido. En la madrugada del domingo 28 de mayo, Raúl y Valentín —recientemente electos— abandonaron la reunión. El cuarteto restante los expulsó, junto a Chato, dos días más tarde, sin poder recomponer las fracturas ocasionadas por las estrategias de poder opuestas, cuya raíz se remontaba al “Ampliado de Ñancahuazú”, tal vez antes. Extrañamente, éstas se precipitaron por el debate de cómo participar en las próximas elecciones y no por el carácter de la futura guerra o insurrección. Los expulsados apostaban por continuar en el Frente Revolucionario de Izquierda (FRI), una pequeña coalición de izquierda radical, mientras que los otros cuatro prefirieron la moderada Unidad Democrática y Popular (UDP), colación entre nacionalistas revolucionarios, comunistas y socialdemócratas, que ganó las elecciones de 1978, 1979 y 1980, siendo en cada una de las oportunidades las elecciones anuladas tras sendos golpes militares. En uno de los últimos números de **El Proletario**,⁹³ se señalaba que la consigna esencial fue que la UDP obtuviera un millón de votos en las elecciones de ese mes. Ya no había ninguna traza de guerra de guerrillas o guerra revolucionaria; solo formalismo republicano.

La democracia no logró constituirse de inmediato. El 17 de julio de 1980, la derecha castrense, a la cabeza del futuro dictador Gral. Luis García Meza, derrocó a Lidia Gueiler, presidente constitucional, para impedir que la udp asumiera el Gobierno. Esta vez no hubo escuadra que saliera a defenderla, como ocurrió en 1971 con Torres; la capacidad y la voluntad del PRT-B/ELN para salir a las calles eran prácticamente nulas, pues estaba desarmado política y militarmente.

A modo de conclusión

Tras el asesinato del Che, la guerrilla en Bolivia no bajó las banderas, sino que buscó reorganizarse y emprender nuevamente la lucha. Lo logró en julio de 1970, cuando estalló la acción armada en Teoponte y sus alrededores. Ella fue, en rigor de verdad, una de las pocas acciones armadas que siguió a pie juntillas en América Latina el libro establecido por Ernesto Guevara.

En los años sucesivos, principalmente luego de la derrota de 1971, y de que fuera imposible restablecer acciones en 1973, se intensificó el debate al interior del ELN. Recrudescieron tópicos sobre la lucha armada rural y la urbana, el partido y la guerrilla, así como el sujeto de la revolución en un país de claro raigrambre indígena, llevando a divisiones y rectificaciones. En Bolivia el debate contemporáneo en el seno de la izquierda sobre la cuestión indígena y de las nacionalidades arranca con fuerza hace poco más de cuatro décadas y alcanza vuelo con el **Manifiesto de Tiwanaku** de 1973. Empero la temática sólo tomará cuerpo una década más tarde para continuar creciendo en el panorama político y cultura alertando sobre la cuestión colonial presente en Bolivia. Dos condiciones al menos fueron necesarias para este despliegue, además de la fuerza y creatividad indígena cobijada en el katarismo y el indianismo: la crisis de estado monocultural instaurado en 1952 y

Boletín Interno firmado por Antonio Peredo y “Valentín”. Raúl, hermano de Chato, era miembro de la Dirección Provisional del PRT-B Copia en archivo del autor.

91 CEN, Boletín Interno, 1 de junio de 1978. Mecanografiado. Copia en archivo el autor.

92 Carta de Sánchez a Nieves, La Paz, 1 de julio de 1978. Copia en archivo del autor.

93 **El Proletario**, año 5, n° 25, junio de 1979.

el desmantelamiento físico y político de la vanguardia proletaria minera, a la cual la izquierda boliviana había apostado la conducción de la revolución socialista, vacío que permitió la emergencia de nuevos actores políticos y sociales de referente indígena, y no solamente campesino, como brotó del proyecto estatal criollo de 1952.

El despliegue de la lucha armada entre 1967 y 1977 no tuvo la ventaja de ese tiempo histórico. El ELN, fundado por el Che en marzo de 1967, focalizó inicialmente su accionar en la zona rural y produjo un discurso que hizo de los campesinos jornaleros o pequeños propietarios su base fundamental de reclutamiento para el nuevo ejército. Muy pocas veces se escaparon de ese corsé. En un documento poco difundido y que no llegó entonces a sus destinatarios, Ernesto Guevara en abril de 1967 se apartó del apelativo campesinista predominante en la izquierda boliviana y mencionó a grupos étnicos como factor de poder y apuntó al uso, al menos temporalmente, de su idioma en las escuelas castellanizadas usadas por las élites criollas para promover la *lingua franca* del estado-nación emergente del proceso homogeneizador de 1952. No hay pruebas de que estas anticipatorias ideas siguieran desarrollándose en adelante. Por el contrario, en los meses sucesivos frente a guaraníes y quechuas, la guerrilla, sin mirada étnica, los interpeló como campesinos y campesinas productores requeridos de asistencia estatal o jornaleros explotados, a quienes se les dijo que obtendrían beneficios y derechos en un nuevo gobierno socialista que el ELN instauraría. Es suficientemente sabido que la recepción de este discurso, en una guerrilla que perdía fuerza al correr de los días, no produjo ninguna adhesión de hombres y mujeres del campo al cuerpo guerrillero.

El ELN, ensayó una nueva guerrilla guevarista en Bolivia que estalló en julio de 1970 y que luego de cien trágicos días fue desbaratada a costa del asesinato por el ejército de la gran mayoría sus integrantes. Solamente sobrevivieron nueve de los 67 iniciales. Del total, una gran parte procedía del sector estudiantil y la clase media. En un intento de superar la falta de incorporaciones campesinas al proyecto en armas —como ocurrió en 1967— la organización militar tuvo el cuidado de reclutar un contingente de origen rural a sus filas. Empero la organización siguió manejando un discurso campesinista y no propiamente indígena. Éste solamente surgiría, aunque no se constituiría en la línea oficial del ELN, de los escritos realizados en Cuba en 1974 por el experimentado dirigente Zenón Barrientos Mamani, indígena oriundo de Oruro. La refundación o, si se quiere, la prolongación del ELN en el PRT-B, sepultó la discusión sobre la cuestión de las nacionalidades y la cuestión indígena. Marxista-leninista y obrerista, el partido abandonó el foquismo, pero no la lucha armada, y proclamó su proyecto socialista a ser instaurado por la vanguardia proletaria, acompañado, pero no protagonizado, por el sector campesino. Sin embargo, mientras la guerrilla se organizaba y batallaba en Teoponte, y luego cuajaba el PRT-B, en otros ambientes, cargando otra historia, otras reflexiones descolonizadoras y demandas novedosas germinaban lentamente un proyecto indígena que inicialmente se expresará en los albores de los años 1970 en el katarismo.⁹⁴ En su desarrollo, éste luego transformará la política de Bolivia y los proyectos de su izquierda. En realidad, la convocatoria no era nueva; sus bases se adentraban en la fuerza de la memoria centurias atrás.

En el ELN, en cambio, sólo años más tarde, durante la octava década del siglo pasado, mediante el Movimiento Campesino de Bases (MCB), creado bajo el ala de algunos y algunas de sus militantes e importantes dirigentes indígenas, trocó su discurso clasista por otro que reconocía el autogobierno de las nacionalidades indígenas y convocó a organizar una asamblea de las mismas. Colocado fuera del espacio temporal de este trabajo, el análisis del contenido e impactos del MCB forma parte de otra historia.

94 Cfr. Javier Hurtado, **El Katarismo**, La Paz, CIS, 2016.

El pensamiento guevarista y el diseño estratégico-táctico del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Chile, 1967-1988)

Igor Goicovic Donoso*

Presentación

Durante su III Congreso (1967), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile adoptó un diseño estratégico-táctico denominado “Guerra insurreccional de masas”.¹ Esta propuesta fue diseñada por la fracción castro-guevarista, liderada por quien asumió la secretaría general de la organización en 1967, el médico Miguel Enríquez Espinoza, y por sus más cercanos colaboradores en la comisión política del partido: Bautista van Schowen, Luciano Cruz, Andrés Pascal y Edgardo Enríquez, entre otros. En el ciclo 1967-1975, este diseño estratégico-táctico facilitó el crecimiento del MIR entre un amplio sector del movimiento de masas, en especial entre sus componentes más radicalizados: estudiantes, pobladores y campesinos mapuche. En un ciclo posterior (1976-1988), marcado por la muerte en combate de Miguel Enríquez (1974), el MIR precisó los contenidos estratégico-tácticos de su propuesta bajo la denominación de “Guerra Popular Prolongada”. No obstante, en ambos diseños, el recurso al pensamiento de Ernesto Che Guevara, y en particular la centralidad de la lucha armada en la conquista del poder, aparece sistemáticamente recurrido. En este artículo nos proponemos analizar las claves discursivas del pensamiento guevarista contenidos en el diseño estratégico-táctico del MIR chileno, para el período 1967-1988.

La Revolución Cubana y el surgimiento de la nueva izquierda en América Latina

Desde mediados de la década de 1940 América Latina experimentó una serie de cambios y readecuaciones. En el plano internacional, el debilitado vínculo con los países europeos terminó por desintegrarse, a la par que se fortaleció la relación de dependencia con EE.UU. En lo político, dicha dependencia se expresó en la adopción de una furibunda política antico-

* Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.

1 Este artículo forma parte del proyecto investigación FONDECYT 1171042.

munista. Así, los acuerdos de la Conferencia de México (1945) establecieron la necesidad de crear un organismo regional que asumiera la resistencia frente a cualquier tipo de agresión internacional, lo cual derivó, en 1947 (Río de Janeiro), en la suscripción por parte de los estados latinoamericanos del Tratado Internacional de Asistencia Recíproca (TIAR) y en 1948 (Bogotá) en la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA).² Por otra parte, a mediados de la década de 1950 ya se observaba con claridad el agotamiento del modelo de acumulación capitalista basado en la sustitución de importaciones, en cuanto no había logrado resolver las expectativas ni las demandas de la población, siendo también visible el agotamiento del populismo como modelo político.³

Junto a estos fenómenos es posible reconocer un movimiento demográfico de extraordinarias implicancias y proyecciones: los desplazamientos campo-ciudad. Desde la década de 1930 en adelante millones de latinoamericanos comenzaron a emigrar desde las áreas rurales hacia los centros urbanos, atraídos por las expectativas laborales que ofertaba la industrialización, por la mayor disposición de servicios (educacionales y sanitarios) que entregaban las ciudades y por las aparentes comodidades que sugería el novedoso equipamiento urbano. No obstante, a su arribo, los miles de emigrantes rurales sólo encontraban subempleo, vivienda precaria, exclusión y marginación.⁴

En este escenario irrumpió con fuerza la experiencia revolucionaria cubana. Efectivamente, la Revolución Cubana modificó de manera profunda la forma de hacer política de una parte importante de los sectores populares de América Latina.⁵ Por una parte, fijó con exactitud a los enemigos de los sectores populares: la oligarquía criolla y el imperialismo norteamericano. Por otro lado, sugirió una estrategia política de conquista del poder: la lucha armada guerrillera. También reflexionó y revisó el problema de la vanguardia. En este punto sostuvo que el eje conductor del movimiento revolucionario era el Ejército Rebelde, compuesto mayoritariamente de campesinos (motor de la revolución), instancia, además, en la cual se probaban y legitimaban los revolucionarios. Pero también insistió en que la clase dirigente en los cambios revolucionarios continuaba siendo el proletariado. Estas orientaciones se vieron complementadas por una serie de aportes en el plano ético-político. Una de las más importantes contribuciones fue la noción de hombre nuevo, derivada de los cambios que el proceso revolucionario genera al interior de la sociedad y en los sujetos en particular. En el modelo guevarista la escala más alta en la formación del hombre nuevo se encuentra en el guerrillero y, en especial, en el guerrillero internacionalista, que es capaz de ofrecer su vida en la tarea de alcanzar la emancipación de los pueblos.⁶

En base a estos planteamientos y teniendo como principal referencia su ejemplo, la Revolución Cubana estimuló la creación de la denominada nueva izquierda o izquierda revolucionaria, que asumió aspectos importantes del modelo castro-guevarista, particularmente la estrategia de lucha armada. Esta nueva izquierda tuvo orígenes políticos disímiles. En algunos casos, provino de las filas del populismo (Acción Popular Revolucionaria Americana, Partido Socialista, Justicialismo), mientras que en otros fue el resultado de escisiones o fracturas al interior de los Partidos Comunistas tradicionales. Los nuevos referentes políticos que surgieron: Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, Ejército Revolucionario del Pueblo, Ejército de Liberación Nacional, MIR chileno y peruano, etc., se apoyaron, fundamentalmente, en movimientos sociales radicalizados, hasta ese momento excluidos o escasamente privilegiados por la izquierda tradicional, en especial, jóvenes, campesinos, pobladores y minorías étnicas.⁷

Las nuevas organizaciones, surgidas al calor del modelo y del ejemplo cubano, instaladas en el centro de la crisis del populismo y del desarrollismo y herederas de sus propias tradiciones de lucha, se orientaron, en una primera etapa, a la

2 Tulio Halperin Donghi, **Historia contemporánea de América Latina**, Madrid, Alianza, 1981, pp. 371-377.

3 *Ibidem*, pp. 437-538.

4 Juan Carlos Elizaga, **Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina**, Santiago de Chile, CELADE, 1970.

5 Cecilio García, **Revolución Cubana: Historia, conflictos y desafíos**, Concepción, Editorial Escaparate, 2012; Luis Pérez, "Cuba, c. 1930-1959", en Leslie Bethell (ed.), **Historia de América Latina. México y El Caribe desde 1930**, Vol. 13, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 151-182; y Jorge Domínguez, "Cuba, 1959-c. 1990", en Leslie Bethell (ed.), *op. cit.*, pp. 183-227.

6 Ernesto Che Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", en Roberto Fernández (comp.), **Ernesto Che Guevara: Obra revolucionaria**, México, Editorial Era, 1969, pp. 627-639.

7 Pablo Pozzi y Claudio Pérez (eds.), **Por el camino del Che: Las guerrillas latinoamericanas, 1959-1990**, Buenos Aires, RELAHO – IMAGO-MUNDI, 2012 y Peter Waldmann, "La revolución nicaragüense: La antigua y la nueva guerrilla de América Latina", **Anuario de Estudios Centro-americanos**, Vol.12, n°1, 1986, pp. 5-24.

construcción y desarrollo del foco guerrillero.⁸ Estas experiencias adquirieron mayor notoriedad durante el ciclo 1960-1967, en Venezuela, Perú y Bolivia; no obstante las guerrillas asentadas en estos países fueron derrotadas política y militarmente, de forma rápida y cruenta.

En el Cono Sur de América Latina, los movimientos insurgentes centraron su proceso de acumulación de fuerza en las áreas urbanas. La estrategia política adoptada (guerra popular), apuntaba a generar las condiciones objetivas y subjetivas que debían producir la insurrección de masas a nivel urbano y la toma del poder político. En este diseño, las guerrillas rurales operaban como base estratégica para el repliegue y la reorganización de los revolucionarios. No obstante, el núcleo fundamental del proceso de acumulación de fuerzas se encontraba en las grandes ciudades, en las cuales se concentraba la clase obrera. La clase obrera revolucionaria, organizada y conducida por el partido revolucionario, debía ponerse a la cabeza de las luchas populares. Para ello debía contar con el apoyo de células político-militares especializadas que golpearían los dispositivos políticos y militares fundamentales del enemigo. Este tipo de organizaciones, entre las cuales podemos reconocer al Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros de Uruguay (MLN-T, 1964), al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP, 1965 y 1970) y a Montoneros (1970) de Argentina y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, 1965), de Chile, crecieron y se desarrollaron entre los emergentes movimientos sociales, juveniles, barriales, de mujeres e indígenas.⁹

Si bien todas estas organizaciones enfrentaron cruentos golpes militares que drenaron de manera importante sus filas de militantes, sus derroteros históricos fueron disímiles. Las organizaciones revolucionarias argentinas (PRT-ERP y Montoneros), fueron aniquiladas y no lograron recomponerse como fuerzas políticas. El MLN-T de Uruguay sufrió, también, duros golpes represivos que llevaron al grueso de su dirección a prisión. No obstante, con el inicio de la transición a la democracia (1985), Tupamaros se reinsertó en la vida política uruguaya transformándose en la principal fuerza política de la izquierda. El MIR chileno, por su parte, logró sortear, a un alto precio, la fase más dura de la represión, y se transformó en el motor del proceso de organización y desarrollo de la resistencia contra la dictadura. Por coyuntura histórica y por legado ideológico, el MIR chileno fue tributario de la Revolución Cubana. No obstante, su génesis también se encuentra vinculada a la configuración de la izquierda revolucionaria chilena, y ésta era heredera de múltiples acervos ideológicos. La eclosión del conjunto de estas tendencias nutrió tempranamente al MIR y dio origen a los conflictos internos que lo acompañaron en su etapa temprana.¹⁰

La Revolución Cubana y la formación del MIR chileno

Como se señaló en el apartado anterior, la intensificación de los enfrentamientos sociales durante la década de 1960 permitió visibilizar a nuevos actores político-sociales en el escenario latinoamericano. Se produjo una revalorización de los movimientos campesino, indígena, de pobladores y estudiantil; movimientos que, hasta ese momento, habían constituido categorías secundarias en la construcción del movimiento social revolucionario. Por otro lado, la visión escolástica del marxismo, predominante en las ciencias sociales y en las organizaciones políticas de la época, que reivindicaba exclusivamente al proletariado como clase revolucionaria, comenzaba a experimentar reeducaciones en los países de capitalismo periférico. Es más, en América Latina los protagonistas de las revoluciones del siglo XX, en México (1917), Bolivia (1952) y Cuba (1959),

8 Regis Debray, "¿Revolución en la revolución?", **Documentos de Punto Final**, n°25 (marzo) y n°26 (abril), 1967.

9 Ver: Pablo Pozzi y Claudio Pérez, *op. cit.*; Inés Nercesián, **La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay, 1950-1970**, Buenos Aires, CLACSO, 2013; Eduardo Rey, **La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973**, Madrid, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2005; Clara Aldrighi, **La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros**, Montevideo, Ediciones Trilce, 2001; Pablo Pozzi, **Por las sendas argentinas: El PRT-ERP, la guerrilla marxista**, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2001; Vera Carnovale, **Los combatientes: Historia del PRT-ERP**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011; y Julieta Bartoletti, **Montoneros. De la movilización a la organización**, Rosario, Laborde, 2011.

10 La influencia del pensamiento latinoamericano en el MIR, su discusión y revisión interna, ha sido tratada recientemente por Ivette Lozoya, "Pensar la revolución: pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR Chileno, 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la historia intelectual y la historia de la violencia", **Revista de Humanidades**, n° 27, pp. 173-197.

habían sido el campesinado y los indígenas.¹¹ Estos aspectos, propios de la composición social del mundo latinoamericano, se convirtieron en elementos centrales del análisis sobre las estrategias de poder y la fuerza social revolucionaria.

En este mismo período se produjeron profundos cambios en la sociedad chilena. Por una parte, se intensificó el proceso de migración campo-ciudad, lo cual favoreció la concentración de los grupos populares en los cordones periféricos de las grandes ciudades (poblaciones callampas), multiplicando a los denominados pobres urbanos. Chile, hasta esa época, había sido una sociedad eminentemente rural, pero desde mediados de la década de 1940 en adelante, comenzó a transformarse en una sociedad preferentemente urbana, en la cual los bolsones de pobreza constituidos en los intersticios de las grandes ciudades (Valparaíso- Viña del Mar, Concepción-Talcahuano y, sobre todo en las zonas sur y sur poniente de Santiago), precipitaron al escenario urbano a un nuevo actor social y político: el poblador.¹² Junto con ello se puede observar, durante este mismo período, un amplio y sostenido desarrollo del proceso de industrialización el cual permitió que se comenzara a articular en torno a los centros fabriles de las grandes ciudades un numeroso y cada vez más politizado movimiento obrero. Por último, podemos reconocer que, desde comienzos de la década de 1950, se produjo un doble proceso de reagrupamiento y radicalización de la izquierda social y política. Las estrategias frente populistas que fueron las que identificaron el discurso y la práctica de la izquierda durante las décadas de 1930 y 1940, fueron abandonadas hacia 1948, cuando la administración de Gabriel González Videla desató una violenta ofensiva represiva contra el campo popular. La experiencia histórica de esa derrota dio origen a una reformulación, al interior de la izquierda, tanto de su plataforma programática como de su estrategia de poder. Efectivamente, ese rediseño fue el que permitió la constitución de la Central Única de Trabajadores (CUT, 1953) y, posteriormente, la constitución del Frente de Acción Popular (FRAP, 1956). Ambas organizaciones instalaron en el centro de sus propuestas el desarrollo de una estrategia clasista de conquista del poder.¹³ Pero este punto de inflexión no significó necesariamente una readecuación de los lineamientos tácticos al interior de la izquierda. Por el contrario, el escenario político electoral continuó siendo el escenario priorizado por este conglomerado. No obstante, las discusiones en torno al problema de la conquista del poder provocaron, desde fines de la década de 1950, una serie de escisiones y expulsiones de militantes tanto en el Partido Comunista, como en el Partido Socialista.

Al calor de estas transformaciones, muchos de estos militantes revolucionarios encontraron en la Revolución Cubana las orientaciones que se encontraban buscando. Cabe señalar que en el caso del MIR chileno esta adscripción al ideario de la Revolución Cubana tuvo importantes matices. Es evidente que la filiación política y emocional con la Revolución y con sus principales exponentes, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, fue siempre incondicional. De la misma manera el MIR, desde su fundación en 1965, proclamó su adhesión a la lucha armada como instrumento fundamental en la lucha por el poder. Pero la adscripción ideológica y, por ende, el diseño estratégico-táctico adoptado por el MIR tuvo importantes particularidades.

Un primer aspecto a tener en consideración es que el MIR fue el resultado de un largo y complejo proceso de unificación de muy diversas organizaciones y militantes revolucionarios. Uno de los primeros esfuerzos en ese sentido fue el liderado por el dirigente sindical Clotario Blest Riffo, que en 1961 fundó el Comité de Solidaridad con la Revolución Cubana, el cual favoreció la concurrencia de trotskistas, maoístas, cristianos revolucionarios y castristas. Al calor de esta experiencia unitaria y de los debates políticos que se precipitaron en su interior, estas organizaciones iniciaron el proceso de unidad política. A él concurren el Movimiento 3 de Noviembre, fundado por Clotario Blest en 1961; el Partido Obrero Revolucionario (1937), de orientación trotskista; los anarcosindicalistas dirigidos por Ernesto Miranda, afiliados en el Movimiento Libertario 7 de Julio (1957); y los viejos militantes comunistas dirigidos por Luis Reinoso, expulsados del Partido Comunista en 1949, y que a comienzos de la década de 1960 formaban parte del Movimiento de Resistencia Antiimperialista. El eje vertebrador de este proceso unitario fue la Vanguardia Revolucionaria Marxista (1963), compuesta mayoritariamente por ex militantes del Partido y de la Juventud Socialista, que para 1964 se había convertido en el principal referente revolucionario en Chile.¹⁴

11 Guillermo de la Peña, "Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920", en Leslie Bethell (ed.), **Historia de América Latina. Política y sociedad desde 1930**, Vol. 12, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 193-280 y Ernest Feder, **Violencia y despojo del campesino: Latifundismo y explotación**, Siglo XXI Editores, México, 1978, pp. 173-262.

12 Mario Garcés, **Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970**, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2002.

13 Mario Garcés y Pedro Milos, **FOCH, CTCH, CUT. Las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno**, Santiago de Chile, ECO, 1988, pp. 100-103 y Jorge Barría, **Historia de la CUT**, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana, 1971, pp. 37-84.

14 Eugenia Palieraki, **¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta**, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2014, pp. 10-95; Marco Álvarez, **La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno**, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2015, pp. 55-68; e Igor

Hacia 1964, previo a la formación del MIR, esta organización apelaba a la formación de una nueva organización revolucionaria en Chile:

Decimos a los trabajadores de todo Chile y a nuestros compañeros de base del Partido Socialista, que seguimos fieles a la bandera marxista-leninista desplegada por nosotros en el interior del Partido y en las luchas callejeras y huelguistas. Al romper públicamente con el Partido Socialista, nos sumamos a una vasta marea que lucha por restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del REVISIONISMO, adueñado de las directivas del Partido Socialista y del Partido Comunista.

Creemos que urge agrupar a todos los militantes socialistas y comunistas que buscan en Chile, bajo el común denominador del marxismo-leninismo y de una abierta lucha contra el revisionismo oportunista, la organización de una Vanguardia Revolucionaria Proletaria dispuesta a dirigir la Revolución chilena.¹⁵

Pero una vez fundado el nuevo referente, en agosto de 1965, los diferentes grupos que convergieron en su interior se enfrascaron en arduas disputas por las definiciones programáticas fundamentales y por la conducción de la organización. Efectivamente, en la fase de fundación de la organización, entre 1965 y 1967, predominaron al interior del MIR y en especial en su dirección, los militantes trotskistas provenientes del Partido Obrero Revolucionario (POR), que filiaban a la organización con las tradicionales tesis de Lenin sobre la insurrección obrera. Concordante con lo anterior, la nueva organización no reivindicó de forma explícita a la guerrilla como el instrumento de conducción del proceso revolucionario, marcando con ello un distanciamiento respecto del modelo cubano; sino que colocó en el centro de dicho proceso al partido revolucionario. Un documento del período fundacional señalaba al respecto:

El MIR se organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social. El MIR se considera el auténtico heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas y el continuador de la trayectoria socialista de Luis Emilio Recabarren, el líder del proletariado chileno. La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.¹⁶

Los permanentes y agudos debates internos del ciclo 1965-1967 obstaculizaron el desarrollo del partido y su capacidad de vinculación con los diferentes actores sociales. Más allá de una débil inserción entre los trabajadores del carbón, entre pobladores de las áreas periféricas de Santiago y Concepción y en algunos centros de educación superior, el MIR carecía de vínculos estrechos con las masas y no contaba con una estructura de carácter nacional con capacidad de conducción sobre el movimiento popular. No obstante, la tendencia castro-guevarista liderada por Miguel Enríquez y compuesta, mayoritariamente, por estudiantes y egresados de la Universidad de Concepción, lograron tomar el control del partido en su Tercer Congreso Nacional (1967).¹⁷ Esta nueva mayoría estableció nexos ideológicos más cercanos con la Revolución Cubana, pero no logró resolver la crisis política de arrastre que se venía manifestando desde 1965. Es por ello que, entre 1967 y 1969 el MIR, si bien experimentó un crecimiento relativo, en especial entre campesinos mapuche, continuó siendo una fuerza política pequeña, con escasa incidencia en la dinámica ascendente de la lucha política nacional. Esta situación se mantuvo de esa forma hasta 1969, cuando los cuadros ligados al trotskismo fueron expulsados del partido, lográndose, de esta manera, la homogeneidad política e ideológica en torno a la tendencia castro-guevarista.¹⁸ Tras este proceso, los lineamientos generales de la teoría leninista sobre el Estado, el poder y la vanguardia política, se mantuvieron inalterables. No es extraño, por lo tanto, encontrar permanentes alusiones a los clásicos, Marx, Giap, Lenin y Trotsky, en los documentos del MIR.¹⁹ En un documento de 1968 Baustista van Schowen, miembro de la comisión política del MIR, señalaba:

Goicovic, **Trabajadores al poder. El MIR y el proyecto revolucionario en Chile, 1965-1994**, Concepción, Ediciones Escaparate, 2016, pp. 107-114.

15 Vanguardia Revolucionaria Marxista, **Insurrección socialista**, Santiago de Chile, 1964, p. 3.

16 MIR, **Declaración de principios**, Santiago de Chile, 1965, p. 2.

17 La tendencia castro-guevarista conquistó 10 de los 15 cargos del Comité Central, los 5 cargos del Secretariado Nacional y Miguel Enríquez fue elegido Secretario General del partido. Ver: Luis Vitale, **Contribución a la historia del MIR (1965-1970)**, Santiago de Chile, Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999, pp. 17-25.

18 "Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), marzo de 1970", en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega (comps.), **Miguel Enríquez: Con vista a la esperanza**, Santiago de Chile, Ediciones Escaparate, 1998, p. 67.

19 Igor Goicovic, *op. cit.*, pp. 89-106.

La dominación de la burguesía se basa en la violencia burguesa (el Estado)... la violencia para el explotado es un hecho diario, constatable fácilmente, presente diariamente en su vida es aquella violencia ejercida a través de la explotación, a través del trabajo que desarrolla el explotado en la infraestructura, en la base económica del régimen burgués... Una sociedad estructurada de esta forma, basada en una pugna de intereses, en una lucha de clases tendría, lógicamente un destino: el aplastamiento de la minoría y por ende, el triunfo de los intereses de la mayoría, la creación de una nueva sociedad que respondiera al sentir de los más.²⁰

A partir de estos elementos los dirigentes castro-guevaristas del MIR fueron desarrollando sus planteamientos sobre la guerra popular. Un complejo teórico y político que se asumía como más viable para el escenario social y político del país. Se partía del principio leninista de la centralidad de la violencia política en la conquista y preservación del poder. Efectivamente, Lenin sostuvo que la liberación de las clases oprimidas sólo era posible mediante una revolución violenta que involucrara la destrucción del aparato del poder estatal, que había sido creado por la clase dominante, y su reemplazo por la dictadura del proletariado.²¹ Estas orientaciones ya se encontraban contenidas en las tesis político-militares presentadas por Miguel Enríquez al congreso fundacional de 1965. En ese documento Enríquez sostuvo que sus planteamientos tenían como referentes a Clausewitz, Marx, Engels, Lenin y Trotsky, así como las experiencias de la Revolución Cubana y China y los procesos insurreccionales contemporáneos de Venezuela y Perú; mientras que el énfasis se encontraba puesto en el despliegue de la guerra popular, a partir de la formación de destacamentos guerrilleros rurales, que favorecían el cerco de la ciudad desde el campo.²² Por otro lado, la divulgación de los contenidos y de la experiencia de la Revolución Cubana durante la década de 1960 le otorgó sentido y contenido al andamiaje teórico y político de los movimientos insurgentes.²³ Al respecto, un documento de julio de 1971 señalaba:

La Revolución Cubana es revolución, y la saludamos hoy aquí, porque golpeó implacablemente a los dueños del poder y la riqueza y porque puso ese poder y riqueza al servicio de los intereses de los trabajadores del campo y la ciudad. La Revolución Cubana, es revolución porque golpeó, denunció, destruyó y aplastó el poder norteamericano en Cuba. Es revolución porque comprendió que no se pueden hacer revoluciones hoy en el mundo sin entrar a enfrentar y combatir al imperialismo norteamericano.²⁴

En su Declaración de Principios, elaborada en el mes de septiembre de 1965, el MIR enunciaba los fundamentos teóricos y políticos que guiaban su accionar. El MIR se visualizaba como la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y de las capas oprimidas de Chile, a la vez que se concebía como el heredero histórico de las tradiciones revolucionarias chilenas. En esta perspectiva la finalidad del MIR era derrocar el sistema capitalista y reemplazarlo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigido por los órganos del poder proletario, fijándose como tarea la construcción del socialismo y la extinción gradual del Estado, hasta llegar a la sociedad sin clases. El MIR reconocía la existencia histórica de la lucha de clases y, de acuerdo con ello, asumía "el combate intransigente contra los explotadores", rechazando todo intento de amortiguar esa lucha. Se planteaba, además, que el siglo XX era la etapa de agonía definitiva del sistema capitalista.²⁵

En el mismo documento se sostenía que la burguesía chilena había demostrado su incapacidad para resolver las tareas democrático-burguesas: liberación nacional, reforma agraria, liquidación de los vestigios semif feudales, etc. Lo anterior ponía al

20 Bautista Van Schowen, "Estrategia insurreccional, 1968", en Martín Hernández, **El pensamiento revolucionario de Bautista van Schowen, 1943-1973**, Concepción, Ediciones Escaparate, 2004, pp. 99-100.

21 Lenin, **El Estado y la revolución**, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, [1918], 1975.

22 MIR, "Tesis político-militar, 1965", en Marco Alvarez, **La constituyente revolucionaria. Historia de la fundación del MIR chileno**, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2015, pp. 145-156.

23 Los debates políticos e intelectuales sobre la revolución encontraron en la revista cubana **Pensamiento Crítico** (1967-1971), una de las tribunas privilegiadas para su desarrollo y divulgación. En Chile, la revista **Punto Final** (1965-1973) y posteriormente la revista **Chile Hoy** (1972-1973), reprodujeron parte importante de esas discusiones o los escritos de sus protagonistas. Por otro lado, el texto de Lenin, **El Estado y la revolución** (1918) y los trabajos de Ernesto "Che" Guevara, **Guerra de guerrillas** (1960) y el **Diario del Che en Bolivia** (1967), formaron parte de acervo básico de los militantes revolucionarios latinoamericanos.

24 Miguel Enríquez, "Hay que crear una nueva legalidad", **Punto Final**, n° 136, Santiago de Chile, 1971, p. 30.

25 MIR, **Declaración de principios**, Santiago de Chile, 1955, p. 2.

descubierto la inexistencia de una ilusoria "burguesía progresista" y, por consiguiente, se rechazaba la teoría de la revolución por etapas y la política de colaboración de clases asumida por la izquierda tradicional chilena desde fines de la década de 1930. Más adelante, el MIR denunciaba las tácticas políticas utilizadas por la izquierda tradicional, en particular la lucha por reformar el sistema capitalista, el electoralismo, el abandono de la acción directa, la vía pacífica y parlamentaria al socialismo, etc. Para el MIR estos lineamientos confundían, defraudaban y desarmaban al proletariado. Frente a esta política, el MIR planteaba, como único camino para derrocar el régimen capitalista, la lucha armada. Un concepto político que era tributario de la Revolución Cubana. Precisamente, uno de las contribuciones teóricas y estratégicas más importantes del MIR al pensamiento revolucionario en Chile, fue la introducción de las formas armadas de lucha como estrategia de enfrentamiento con el Estado y las clases dominantes.²⁶

El MIR y el ascenso de las luchas populares en Chile (1967-1973)

Tras el desarrollo del Tercer Congreso Ordinario del MIR (Santiago de Chile, diciembre de 1967), la conducción de la organización fue asumida por el sector castro-guevarista, liderado por Miguel Enríquez, Bautista Van Schowen, Luciano Cruz y Andrés Pascal. A partir de este momento se diseñó un nuevo modelo organizacional, articulado en torno a los denominados grupos político-militares, que eran estructuras orgánicas intermedias que articulaban bases de masas, operativas y de técnicas e infraestructura (redes de apoyo). En concordancia con lo anterior, la política de reclutamiento se hizo más rigurosa, aplicándose criterios de selectividad en la perspectiva de construir un partido de cuadros y, al mismo tiempo, se comenzó a desarrollar una política de acciones armadas (principalmente asaltos a instituciones financieras), que apuntaban a foguear a las unidades especiales y a desarrollar la estructura de aseguramientos. En el plano de masas se aprovechó la agudización experimentada por la lucha de clases en el período y la coyuntura electoral de 1970, que llevó al gobierno a Salvador Allende y a la coalición de centro-izquierda Unidad Popular (UP), para penetrar en los sectores más radicalizados del movimiento popular. El MIR entendía que el triunfo electoral de septiembre de 1970 se debía transformar en una oportunidad política para avanzar hacia la conquista efectiva del poder.

Sostenemos que la mayoría electoral de la izquierda o un gobierno de la UP son un excelente punto de partida para la lucha directa por la conquista del poder por los trabajadores, que incorporando nuevos contingentes de masas y bajo nuevas formas de lucha, con seguridad terminará en un enfrentamiento entre los explotadores nacionales y extranjeros por un lado y los trabajadores por el otro... Consecuentemente el MIR se propone apoyar esas medidas [Programa de la UP], empujar la realización de ese programa, buscar su radicalización en los frentes de masas, y hoy, como tarea fundamental y urgente, colocar sus esfuerzos en la defensa del triunfo electoral, frente a la maquinación de la derecha y el imperialismo.²⁷

Lo anterior, a juicio de la dirección del MIR, no cuestionaba la centralidad estratégica de la lucha armada en la conquista del poder, pero sí obligaba a realizar ajustes tácticos a la estrategia del mirismo. Se partía del supuesto general de la capacidad y disposición a la resistencia manifestada por la burguesía chilena frente a las medidas anticapitalistas adoptadas por el gobierno de la UP. Ello ponía de relieve, a juicio del MIR, los alcances y radicalidad de la lucha de clases en el país. De acuerdo con esto, la guerra revolucionaria irregular y prolongada propuesta por el MIR entraba en una fase de acumulación de fuerzas que debía desembocar, inexorablemente, en el enfrentamiento armado entre los diferentes bloques en pugna. En ese sentido el escenario abierto por el triunfo electoral de la UP relevaba otros espacios de acumulación, como la acción directa (ocupaciones de fábricas, predios agrícolas y terrenos urbanos), la movilización de las masas en el espacio público (mitines y concentraciones) y la lucha callejera.²⁸

26 Luis Cerda e Ignacio Torres, "La visión estratégica del Che y Miguel sobre la revolución latinoamericana", en Pedro Naranjo (coord.), **Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha**, Estocolmo, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), 1999, pp. 36-43 y Hernán Vidal, **Presencia del MIR. 14 claves existenciales**, Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.

27 MIR, "Declaración pública: El MIR a los obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y soldados, septiembre de 1970", en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega *op. cit.*, p. 44.

28 MIR, "El MIR y el resultado electoral, octubre de 1970", **Punto Final**, n° 115, 1970. Este planteamiento llevó al MIR a criticar las acciones armadas de la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP); grupo de ultrazquierda que en junio de 1971 asesinó al ex ministro del interior de Eduardo

En concordancia con estos planteamientos se articuló una línea de frentes intermedios (Frente de Trabajadores Revolucionarios, FTR; Movimiento Universitario de Izquierda, MUI; Frente de Estudiantes Revolucionarios, FER; Movimiento Campesino Revolucionario, MCR; y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios, MPR), destinados a sistematizar las demandas populares y a conducir sus luchas.²⁹ En este plano se experimentó un crecimiento cualitativo entre los trabajadores textiles y del carbón, y en los sectores estudiantil, poblacional y de campesinos mapuche.³⁰ Al finalizar esta etapa el MIR había logrado decantar su estructura orgánica, conseguido implementar las tareas básicas contempladas en sus definiciones estratégicas (partido de cuadros y accionar armado) y consolidarse como organización en el plano nacional, con una influencia creciente entre los sectores más activos del movimiento de masas.

Durante todo el período de la UP, el MIR insistió en la inevitabilidad del enfrentamiento armado y, en consonancia con ello, se planteó la construcción de una fuerza social revolucionaria que fuera capaz de crear una nueva situación política y crear una nueva legalidad, como único camino para resolver el problema del poder. De esta manera, la consigna del “poder popular” adquirió una dimensión estratégica, en cuanto cristalizó como una manifestación paralela al Estado burgués, asentado en las organizaciones y fuerzas sociales autónomas del proletariado y el pueblo.³¹

Las elecciones parlamentarias desarrolladas en Chile en marzo de 1973 demostraron que la UP contaba con un respaldo del 44% del electorado. Con ello, la opción de la oposición (Democracia Cristiana y Partido Nacional), de precipitar la renuncia de Salvador Allende a la jefatura del Estado se vio obturada, ya que dicho procedimiento sólo era posible estando en posesión de 2/3 de la representación parlamentaria. Lo anterior acentuó la crisis política que se venía desarrollando desde agosto de 1972 y abrió el camino tanto a la asonada golpista, como a la ruptura revolucionaria. A ese efecto el MIR planteaba en mayo de 1973:

La tarea política fundamental planteada hoy, a la clase obrera y al pueblo, es pasar a una posición esencialmente ofensiva frente a la arremetida patronal en desarrollo. Es acumular la fuerza de masas necesarias para impedir o ganar la guerra civil, si los patrones o sectores reaccionarios deciden desatarla; para impedir la capitulación reformista frente al peligro de la guerra civil, y para conquistar posiciones decisivas en la lucha por la conquista del poder para la clase obrera y sus aliados, imponiendo un verdadero Gobierno de Trabajadores. Este proceso de acumulación de fuerzas persigue la constitución de un bloque social revolucionario, donde la clase obrera dirija socialmente a los pobres de la ciudad, del campo y a la pequeña burguesía, y reconozca como su conducción a una alianza política en la cual los revolucionarios y los sectores radicalizados de la izquierda sean predominantes.³²

En este plano, las crisis de poder se debía resolver, necesariamente, a través del enfrentamiento armado, el cual se concebía, a comienzos de la década de 1970, como una “guerra revolucionaria irregular y prolongada”. En esta perspectiva la línea de construcción de la fuerza social revolucionaria apuntaba a ganar la conducción del movimiento de masas, para lo cual resultaba imprescindible insertarse en los frentes sociales e incentivar las formas rupturistas de lucha; construir una institucionalidad paralela, en la que el gobierno de la UP y sus políticas debían contribuir a radicalizar el proceso; desarrollar la fuerza militar propia, sobre la base de núcleos orgánicos especializados, masa armada y penetración en el aparato militar del Estado; y radicalizar las posiciones revolucionarias al interior de los partidos de la UP.³³

Frei Montalva, el demócrata cristiano, Edmundo Pérez Zujovic. Ver: “Declaración pública: El MIR a los obreros, estudiantes y soldados, 16 de junio de 1971”, en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega, *op. cit.*, p. 73.

29 MIR, “Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), marzo de 1970”, en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega *op. cit.*, p. 70 y Pedro Naranjo, NARANJO, Pedro, “Semblanza biográfica y política de Miguel Enríquez”, en Pedro Naranjo, *op. cit.*, p. 14.

30 MIR, “Informe al comité central sobre las conversaciones del MIR y la UP, mayo de 1972”, en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega, *op. cit.*, p. 140.

31 Marco Antonio Gramigna, y Gloria Rojas, “La izquierda revolucionaria en la lucha política e ideológica actual”, **Marxismo y Revolución**, n° 1, 1973, p. 144 y Hugo Cancino, **Chile: la problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo, 1970-1973**, Aarhus, Aarhus University Press, 1988, pp. 321-430.

32 MIR, “Resoluciones sobre la situación política nacional, mayo de 1973”, en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega, *op. cit.*, pp. 256-257.

33 *Ibidem*, pp. 253-257.

Hacia 1973 el MIR, producto de su análisis de la situación política nacional y de la evaluación de sus rangos de inserción y conducción en y sobre el movimiento de masas, concluía que sólo existían dos caminos para el desarrollo de la lucha de clases en Chile: la capitulación reformista frente a las presiones de la burguesía (devolución de empresas tomadas y convocatoria a un plebiscito para dirimir el conflicto político) o la contraofensiva revolucionaria. Si esta última desencadenaba el golpe de Estado se creía que se contaba con la fuerza necesaria para aplastarlo.

Pese a la apreciación anterior la respuesta del movimiento de masas y del MIR al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 no fue la esperada. El movimiento de masas desconcertado, golpeado y fragmentado permaneció en su mayor parte pasivo, atemorizado y no desarrolló resistencia; mientras que los sectores de vanguardia en los barrios industriales, en poblaciones y en algunas zonas rurales, que ocuparon sus frentes de lucha a la espera de conducción y armamento, fueron posteriormente desalojados y violentamente reprimidos.³⁴ En todo caso, el balance inmediato realizado por el MIR diagnosticaba que la estrategia que había fracasado en Chile era la del reformismo, no así la estrategia revolucionaria, la que si bien quedaba expuesta al reflujó y retroceso experimentado por la lucha popular, aparecía legitimada política y moralmente por cuanto se planteaba como única alternativa para retomar la conducción del proceso revolucionario en Chile.³⁵

Sorteando el aniquilamiento (1973-1978)

En diciembre de 1973 el MIR estableció que el golpe militar había cerrado el período prerrevolucionario y abierto paso a un período contrarrevolucionario. Este se caracterizaba por el intento de la clase dominante de restaurar el sistema de dominación en crisis, resolviendo su crisis interna y aplastando al movimiento de masas. Para el MIR la columna vertebral del Estado (las Fuerzas Armadas), colocándose por encima de las fracciones de la clase dominante, habían resuelto por las armas la crisis política del Estado y se aprestaban a resolver la crisis de arrastre del sistema de dominación capitalista en Chile. En este nuevo período los aspectos más generales del programa original del MIR no sufrieron grandes alteraciones. Se insistía en la necesidad de la revolución proletaria para Chile, la que debía combinar simultáneamente las tareas democráticas y socialistas. El objetivo de la misma seguía siendo la destrucción del Estado burgués, del imperialismo y del conjunto de la gran burguesía nacional, agraria, financiera y comercial. Estas tareas debían ser llevadas a cabo por la clase obrera en alianza con los pobres del campo y la ciudad y con las capas bajas de la pequeña burguesía.

Por su parte, la línea estratégica, adecuándose al nuevo período, ponía más énfasis en el componente político-militar, específicamente en la guerra revolucionaria. La cual debía adquirir un carácter continental, al constituirse la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), que agrupaba al MIR chileno, al MLN-Tupamaros de Uruguay, al PRT-ERP de Argentina y al ELN boliviano.³⁶ Para poder desarrollar esta línea de intervención estratégica era imprescindible abordar una serie de objetivos preliminares: Fortalecer y acerar el partido, reconstruir la fuerza social revolucionaria y dar origen al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) para, a partir de ello, derrocar a la dictadura y conquistar el poder. La experiencia más visible de esta nueva orientación estratégica del MIR fue el surgimiento y desarrollo de las Milicias de la Resistencia Popular (MRP), las que jugaron un rol importante durante todo el período de lucha contra la Dictadura. La resistencia era concebida como una plataforma de masas amplia, que superaba los márgenes estrechos de los partidos, y que escalaba gradualmente en el enfrentamiento contra la dictadura. En relación con ello un documento del MIR, de febrero de 1974, plantaba lo siguiente:

Es hoy una realidad la existencia de un ancho sector del pueblo, que sin identificarse con los partidos que gobernaron Chile en el pasado reciente, ni con sectores del PDC, ni con el MIR, crece cada vez más en magnitud y en oposición a la dictadura y progresivamente desarrollará su disposición a incorporarse a la lucha contra la dictadura gorila. No abrirles un cauce, o encarcelarlos en una sola posibilidad de incorporarse a los partidos políticos, será en la práctica marginarlos

34 Ignacio Vidaurrázaga, **Martes once: La primera resistencia**, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2013.

35 MIR, "La táctica del MIR en el actual período, diciembre de 1973", en Cecilia Radrigán y Miriam Ortega, *op. cit.*, pp. 293-328.

36 Aldo Marchesi, "Geografías de la protesta armada: Nueva izquierda y latinoamericanismo en el cono sur. El ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria", **Sociohistórica**, n°25, 2009, pp. 41-72.

de la lucha. Para ello proponemos la constitución del movimiento de resistencia popular, al que puedan incorporarse todos los sectores del pueblo que sustenten su plataforma [...] sean o no militantes de los partidos del frente, que en la base, en cada fábrica, fundo, población, liceo, universidad, oficina pública, etc., tome la forma de comité de resistencia popular [...].³⁷

La proyección de esta línea estratégica se vio interrumpida por el violento accionar represivo dirigido contra el MIR por los aparatos de seguridad del Estado, especialmente el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA) y la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Entre los años 1974 y 1975 miles de militantes y ayudistas del MIR fueron detenidos, torturados y muchos de ellos asesinados y sus cuerpos hechos desaparecer. Prácticamente toda la Comisión Política y parte importante del Comité Central del MIR fueron aniquilados, entre ellos el Secretario General del partido, Miguel Enríquez, muerto en combate el 5 de octubre de 1974. Un informe de la estación de la CIA en Chile, de octubre de 1974, destacaba al respecto:

Las fuerzas de seguridad del gobierno infligieron una severa derrota al extremista MIR la semana pasada. ME, líder del movimiento y número uno en la lista de los más buscados por el gobierno, murió en Santiago el 5 de octubre durante una combate armado entre las fuerzas de seguridad y el grupo [...]. Casi la mitad del botín fue recuperado de la casa en la que murió Enríquez, junto con un arsenal de armas que incluían rifles y lanzacohetes de origen soviético [...]. En cualquier caso, la muerte de Enríquez ha privado al grupo de su líder más capaz.³⁸

Pero para el MIR, la muerte de su Secretario General era el resultado de la "lucha ineludible" que la organización había ofrecido a la dictadura desde el mismo 11 de septiembre de 1973 y, en consecuencia, se convertía en punto de referencia para las futuras luchas del pueblo chileno.

La muerte de nuestro camarada Secretario General, Miguel Enríquez, ha sido un duro golpe y una pérdida irreparable para nuestro partido, para la izquierda, la resistencia, la revolución chilena y para todos los revolucionarios [...]. Nuestras banderas se levantan aún más alto para proclamar al mundo que la sangre de Miguel Enríquez corre hoy por las venas de todo un pueblo, acusando a asesinos y torturadores, emplazando a los vacilantes, galvanizando a los débiles, acicateando a los temerosos, acerando a los que luchan y combaten, inculcando a todos a seguir su ejemplo de consecuencia, inteligencia, valor y sacrificio revolucionario.³⁹

La dirección de la Revolución Cubana no permaneció en silencio. Armando Hart, miembro del buró político del Partido Comunista de Cuba, en un discurso en homenaje a Miguel Enríquez, pronunciado en La Habana el 21 de octubre de 1974, señaló:

Cualquiera que sea nuestra opinión acerca de las formas en que se relacionaban con las otras fuerzas de izquierda, cualquiera que sea el criterio que tengamos con respecto a sus modos, lugares y momentos de emplear la violencia revolucionaria, estamos en el deber de subrayar ante nuestro pueblo, que el MIR estuvo en su nacimiento y desarrollo muy fuertemente influido y motivado por la Revolución Cubana. La primera actividad política de significación de Miguel Enríquez, está precisamente referida a las concentraciones populares que en defensa de Cuba organizara en la ciudad chilena de Concepción, cuando el ataque imperialista de Playa Girón. Y entonces sólo contaba diecisiete años de edad.⁴⁰

Los golpes represivos recibidos por el MIR redundaron en la desarticulación de la organización, lo que obligó a los cuadros sobrevivientes a readecuar la estructura orgánica y a redefinir sus lineamientos tácticos.⁴¹ El núcleo fundamental de los cuadros sobrevivientes, que permanecieron en el interior del país, se aglutinaron en la "Base Madre Miguel Enríquez",

37 MIR, **Pauta opinión MIR para unir fuerzas políticas dispuestas a impulsar lucha contra la dictadura fascista**, Santiago de Chile, 17 de febrero de 1974, p. 2

38 CIA, "Chile: Extremists lose leader", Santiago de Chile, 11 October 1974.

39 MIR, "Editorial", **El Rebelde**, n° 102, diciembre de 1974, p. 2.

40 Armando Hart, "Discurso de Armando Hart Dávalos en homenaje a Miguel Enríquez", La Habana, 21 de octubre de 1974. Disponible en: (<http://www.cedema.org/ver.php?id=2859>).

41 La recopilación de documentos históricos del MIR, realizada por Cecilia Radrigán y Miriam Ortega (*op. cit.*, pp. 415-427), estableció que 448 militantes de dicha organización fueron asesinados, hechos desaparecer o murieron en enfrentamientos armados, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. La revisión pormenorizada del Informe Rettig (1991), nos entrega la cifra de 465 miristas asesinados. Ver, Raúl Rettig (coord.), **Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación**, Santiago de Chile, Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, [1991], 1996.

instancia orgánica compuesta por no más de 50 militantes que se dio a la tarea de reconstruir el instrumento partidario en las difíciles condiciones impuestas por el cerco represivo. Este reducido núcleo mirista intentó resolver el problema de la sobrevivencia fortaleciendo un aparato militar férreamente compartimentado; un destacamento de combate que centró su opción estratégica en el impulso y desarrollo de la política de resistencia popular. En ese sentido, se afianzaron las estructuras militares internas del partido (Estructura de Fuerza Central) y se impulsó las milicias de la resistencia popular, en torno a los sectores más radicalizados y activos del movimiento de masas: bolsas de cesantes, organizaciones vinculadas a la defensa de los derechos humanos, pobladores, campesinos mapuches y estudiantes.⁴² La culminación de este proceso de reorganización orgánica y de rearticulación de vínculos con el movimiento de masas estuvo dada por el Plan 78 (Operación Retorno), iniciativa táctica que apuntaba a fortalecer la estructura militar del partido con la reinsertión en el país de cuadros político-militares provenientes del exilio, especialmente desde Cuba. A partir de este contingente, se pretendía iniciar una fase ofensiva de accionar armado, realizando acciones de propaganda armada y golpeando objetivos militares estratégicos de la dictadura.⁴³

Accionar ofensivo, crisis interna y dispersión orgánica (1979-1988)

El proceso inaugurado con la Operación Retorno en 1978, conllevó altos niveles de exigencia para la estructura partidaria al interior del frente interno (aseguramientos, encubrimientos, redes de apoyo, etc.) y un alto grado de compromiso para aquellos militantes que se encontraban en el exilio. En este último caso la exigencia era "retornar" al frente dejando atrás estudios, trabajos o familia. Muchos de quienes aceptaron la propuesta de retornar a Chile se encontraban exiliados en Europa o en América Latina. No obstante, para todos ellos, el retorno conllevaba una estadía en Cuba, de entre tres y cuatro meses, en las cuales recibían una instrucción básica en métodos de clandestinidad, manejo de armas y explosivos y formación política. El compromiso de la Revolución Cubana con el derrocamiento de la dictadura chilena y, por ende, con el apoyo a las organizaciones que la combatían, fue siempre explícito y decidido. A ese efecto, Armando Acosta, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, señaló, en el acto de homenaje al 15° aniversario del MIR (1980), lo siguiente:

No podemos, en una ocasión como ésta, dejar de reafirmar nuestro compromiso de siempre de estar al lado, en la misma trinchera de nuestros hermanos que se enfrentan a una de las tiranías más sangrientas y despóticas que se recuerdan en la historia de la América Latina. Y nadie mejor que el Comandante en Jefe, Fidel Castro ha expresado ese espíritu internacionalista del pueblo cubano hacia Chile, cuando dijo: "Si un día fuimos capaces de arrancarnos el azúcar de nuestra cuota para dársela al pueblo chileno, estaremos dispuestos hasta arrancarnos el corazón por ayudar a la revolución chilena".⁴⁴

La estadía en Cuba, tanto para aquellos que pasaron por sus escuelas de instrucción, como para los que se habían asentado en la isla antes y después del golpe de Estado en Chile, conllevó evaluar los avances y límites de la Revolución Cubana, como la vigencia e incidencia del proceso político cubano en la futura revolución chilena. Cientos de militantes del MIR pasaron por las escuelas de formación de Pinar del Río y, muchos más se asentaron por estancias prolongadas en el barrio obrero de Alamar, en las proximidades de La Habana. Para todos ellos se trató de experiencias muy intensas, que no sólo relevaron los contenidos teóricos y políticos de la Revolución, sino que, además, pusieron en evidencia las formas de la vida cotidiana en la sociedad cubana.

Desde el momento de poner un pie arriba del avión hasta llegar a Cuba fue algo distinto, nuevo [...] estaba la razón de conocer lo que tú querías hacer en tu propio país, la verdad de esa promesa que tú estás haciendo a los demás [...]. Al

42 MIR, **Documento Central. Conferencia Nacional Extraordinaria**, Santiago de Chile, noviembre de 1990.

43 Andrés Pascal, "Neltume es un paso. El objetivo: La guerrilla permanente en los campos", entrevista al Secretario General del MIR, Andrés Pascal Allende, **Punto Final** (en la clandestinidad), s/n, Santiago de Chile, 1981.

44 MIR, "Discurso del compañero Armando Acosta, miembro del comité central del Partido Comunista de Cuba, en el acto de conmemoración del XV aniversario del Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR- Chile", **Chile Documentación**, La Habana, octubre de 1980, p. 30.

llegar a Cuba fue como sentir que un sueño se hizo realidad [...], nos abrieron la puerta de par en par y nos dijeron: “ésta es tu casa”. Allí nos recibió un encargado del Departamento América, del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Nos recibió como los familiares lejanos que vinieron a verlo.⁴⁵

Una vez concluido el proceso de instrucción en Cuba el MIR organizaba el retorno al frente interno, proveyendo a sus militantes de documentación falsa, definiendo una ruta que encubriera la estadía en Cuba, entregando una leyenda que justificara la ausencia y retorno al país y los contactos necesarios para reinsertarse en la actividad del partido. Quienes hicieron este proceso suscribieron explícitamente un compromiso de retorno. Este documento establecía, entre sus principales acápites, lo siguiente:

Por medio del presente compromiso revolucionario, hago constar mi firme decisión de asumir los siguientes deberes: Respetar escrupulosa y constantemente las normas de seguridad, compartimentación y disciplina que se expresan en los reglamentos elaborados por el partido para el funcionamiento de las Escuelas de Instrucción Político-Militar. Trasládarme a Chile u a otro país que se me indique, en el momento que el Partido lo determine, siguiendo fielmente las instrucciones y órdenes que reciba para llevar a cabo esta operación. Luchar tenaz e incansablemente, a costa de mi vida si fuese necesario, para cumplir la línea política del Partido, las tareas que de ella se desprendan, y en particular, la misión que en el frente de lucha se me asigne.⁴⁶

Los militantes, adscribiendo al ideal guevarista del hombre nuevo, se despojaban de sus bienes materiales, de sus familias, compromisos personales e incluso de sus identidades de origen, a fin de entregar al partido —y a través de él, al proceso revolucionario— su quehacer cotidiano e incluso, sus vidas. No obstante los esfuerzos desplegados por los militantes del MIR en el frente interno, la Operación Retorno y la instalación de una columna guerrillera en la zona sur de Chile concluyó con un nuevo revés orgánico, al ser desarticulado el contingente guerrillero en la zona de Neltume (1981) y prácticamente aniquilada la Estructura de Fuerza Central (1982-1984). De esta manera, cuando se desencadenó la insurrección generalizada de los sectores populares en Chile, a partir de las protestas del año 1983, el destacamento militar del MIR —y con ello su principal contingente orgánico— ya se encontraba prácticamente desarticulado.

En este escenario, la postrer política de levantamientos populares, recogida de la experiencia centroamericana e implementada en los barrios populares de la periferia de la capital a partir de 1984, se convirtió en el último intento mirista por revertir, a partir de la incorporación a la lucha miliciana de cientos de jóvenes pobladores, el colapso definitivo de la estructura partidaria.⁴⁷ A pesar del importante nivel de inserción orgánica alcanzado por el MIR entre los sectores más radicalizados del movimiento urbano popular, éste no fue suficiente para recuperar la base de cuadros drenados por el accionar represivo de los organismos de seguridad. La gran paradoja fue que la representación social del MIR se incrementó de manera importante, en especial tras la apertura de algunos espacios para la representación pública del partido (en torno a las figuras de Rafael Maroto y Jeckar Neghme), pero dicha representación social no se tradujo mecánicamente en el fortalecimiento de la línea militar propia. Por el contrario, la misma, comenzó a ser duramente impugnada desde la comisión nacional de masas del partido, y constituyó el punto de partida para el quiebre definitivo de la organización.

Efectivamente, la crisis interna iniciada en 1984, como consecuencia del fracaso de la Operación Retorno y de la muerte o encarcelamiento de cientos de militantes, se cerró en julio de 1986 con la división del MIR en dos grupos que expresaban lineamientos estratégicos diferentes. La continuidad histórica de la estrategia de lucha armada, que se encuentra en la base

45 Testimonio de Aníbal citado en Igor Goicovic, “Militancia revolucionaria y construcción de identidad. El caso de Aníbal y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR (Chile)”, en Gerardo Necochea y Antonio Torres (comps.), **Caminos de historia y memoria en América Latina**, San Martín, RELAHO – Imago Mundi, 2011, p. 72

46 MIR, **Compromiso**, La Habana, 1979.

47 Ver: Robinson Silva, **Resistentes y clandestinos. La violencia política del MIR en la Dictadura profunda, 1978-1982**, Concepción, Ediciones Escaparate, 2011 y José Antonio Palma, **EL MIR y su opción por la guerra popular. Estrategia político-militar y experiencia militante, 1982-1990**, Concepción, Ediciones Escaparate, 2012.

del pensamiento mirista, quedó representada por la fracción dirigida por Andrés Pascal Allende, pero éste proyecto (al igual que aquel representado por el MIR renovado), colapsaron definitivamente a comienzos de la década de 1990, en el marco del agotamiento programático de la izquierda chilena, de la consolidación de la estrategia de transición negociada y de la liquidación del socialismo real representado por la URSS y los países de Europa del Este.⁴⁸

48 Patricio Rivas, "Miguel Enríquez y la crisis de la conciencia efímera", en Pedro Naranjo, *op. cit.*, p. 52.

Resumen

Desde su fundación en 1965, hasta la actualidad, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de Chile, ha sido identificado como un grupo político-militar de orientación guevarista. Ello porque su fundación coincide con el apogeo de los movimientos de dicho tipo y, por otro lado, porque sus orientaciones estratégicas relevaban la lucha armada como un componente fundamental en la conquista del poder. No obstante, en el largo ciclo que media entre 1965, su fundación, y 1990, el inicio de su desintegración, las orientaciones políticas del MIR fueron heterogéneas, imbricándose en ellas los planteamientos leninistas, trotskistas, maoístas y guevaristas. No obstante lo anterior, la Revolución Cubana y la figura del Che Guevara ejercieron una mayor influencia ética y moral entre la militancia mirista, tanto a nivel de direcciones como de bases. En este artículo nos proponemos analizar la incidencia de ambos fenómenos en la configuración del diseño estratégico y táctico del MIR chileno.

Palabras Clave

MIR; Chile; Historia; Guevarismo; Política

Abstract

Since its founding in 1965, until today, the *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR), of Chile, has been identified as a politic-military group with a Guevarist orientation. This is because its foundation coincides with the apogee of the movements of this type and, on the other hand, because its strategic orientations relied on the armed struggle as a fundamental component in the conquest of power. However, in the long cycle that took place between 1965, its founding, and 1990, the beginning of its disintegration, the political orientations of the MIR were heterogeneous, incorporating the Leninist, Trotskyist, Maoist and Guevarist approaches. Notwithstanding the above, the Cuban Revolution and the figure of Che Guevara exerted a greater ethical and moral influence among the *mirista* militancy, both at the level of the leaderships and the rank and file. In this article we propose to analyse the incidence of both phenomena in the configuration of the strategic and tactical design of the Chilean MIR.

Keywords

MIR; Chile; History; Guevarism; Politics

“El llanto en tu nombre es una gran traición”.

Lecturas políticas y emocionales de la muerte de Ernesto Guevara en el Cono Sur (1967-1968)

Aldo Marchesi*

El joven abogado liberal Mariano Grondona, asesor de la dictadura militar de Onganía, luego de la muerte del Che, publicaba en **Primera Plana**, una de las más populares revistas argentinas, una columna titulada "Los herederos de Marx". En ella se describía a Guevara y a Debray como la "espada" y la "pluma" de Castro que han conocido el fin de su carrera en "las selvas de Bolivia". Luego de repasar las diferentes vertientes del marxismo desde Marx hasta Mao, reconocía en Debray y Guevara una continuidad con el pensamiento de Marx "en la pretensión de darle a la frustración de los postergados un canal racional y un programa de acción". Y culminaba su análisis advirtiendo:

El mundo de hoy no enfrenta ya la disconformidad de los obreros industriales en el seno de cada sociedad europea, sino la desesperanza de casi todas las naciones que cubren las zonas tórridas y austral de la tierra. Los líderes revolucionarios de estos pueblos, aquellos que han perdido la confianza en la posibilidad de una reforma pacífica, no cuentan aún con un Marx propio, y por eso acuden al viejo arsenal de ideas de quien, hace más de cien años, formuló la doctrina de otro resentimiento. Esta adaptación no se logra sin crecientes deformaciones, pero si la desigualdad entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado continúa en vertiginoso aumento, nuevos combatientes y nuevos pensadores, que aún no conocemos agitarán a la humanidad con un largo período de conflictos y violencia. La muerte de Guevara y la prisión de Debray no indican, en este sentido, el fin de una situación revolucionaria: son más bien, sus primeras señales.¹

Mientras gran parte de la prensa liberal conservadora del Cono Sur señalaba a la muerte de Guevara como el fin de un ciclo que llevaría a la reducción de expectativas en torno a la revolución continental que se había generado a partir de la Revolución Cubana, Grondona proponía una interpretación alternativa que, aunque paradójica, estaba más cercana a lo que efectivamente ocurrió.

La difusión del **Diario del Che en Bolivia** ilustra gráficamente la manera en que su muerte se transformó en un nuevo comienzo. En marzo de 1968 en momentos que los militares bolivianos estaban considerando vender el **Diario** a editoriales norteamericanas o británicas el Ministro del gobierno boliviano, Antonio Arguedas decidió hacer llegar en secreto el **Diario** al gobierno cubano. En marzo de 1968, Arguedas envió a un amigo con **El Diario** a Chile. Allí el texto fue entregado en la sede de la revista **Punto Final**. Desde allí el texto llegó al gobierno de Cuba. El gesto de Arguedas generó un escándalo político que lo llevó a pedir asilo político en Chile.² En julio de 1968 el libro fue publicado casi simultáneamente a lo largo del mundo. El gobierno cubano le concedió los permisos de edición a **Punto Final** para el conjunto del Cono Sur.³

* UdelaR

1 Mariano Grondona. "Los herederos de Marx." **Primera Plana**, Año V, n° 252, 24 de octubre de 1967, p. 11.

2 "**Punto Final** y el **Diario del Che**", **Punto Final** n° 648, Santiago de Chile, 28/09/2007.

3 "El diario del Che en Bolivia", **Punto Final**, n° 59, primera quincena julio de 1968.

Lo que **El Diario del Che en Bolivia** contaba era una compleja peripecia marcada por el gradual aislamiento político y social de la guerrilla a lo largo del año que se había intentado la campaña. A fines de setiembre de 1967 Guevara expresaba su preocupación por la dura situación que enfrentaba el grupo. En agosto y junio **El Diario** también expresaba preocupación. El avance del ejército sobre la zona los llevó a aislar los contactos con la ciudad, así como la posibilidad de desarrollar trabajo político con los campesinos de la zona. A fines de setiembre se agregaba otro factor. "El ejército está mostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores".⁴ Aunque el texto podía ser leído como la constatación de la derrota, fue resignificado en clave épica. Como el mismo Guevara había expresado en su "Mensaje a la Tricontinental" su muerte era sólo un evento en una trayectoria más larga compartida por el conjunto de los revolucionarios que deberían continuar su lucha. Un libro que evidenciaba un gran fracaso político paradójicamente se transformó en un emblema para futuras luchas. Algo similar se puede decir de la muerte del Che.

En el Cono Sur su muerte coincidió con la expansión de una serie de nuevos grupos de izquierda armada como los Tupamaros, el MIR chileno y el ERP argentino que, aunque surgieron a partir de 1968, tuvieron un desarrollo importante. Estos grupos estaban vinculados a una generación política que surgió en un contexto marcado por una creciente movilización social, la emergencia de regímenes autoritarios (Brasil, 1964; Bolivia, 1966; Argentina, 1966; Bolivia, 1971; Uruguay, 1972-1973; Chile, 1973; Argentina, 1976) y el desarrollo de expectativas generadas por las alternativas sociales prometidas por la Revolución Cubana. Esta nueva generación política, constituida principalmente por jóvenes con menos de 30 años a fines de los sesenta, desafió las maneras tradicionales de hacer política y promovió nuevas formas de movilización social, política y cultural. Los militantes de esta "nueva izquierda" criticaron el legalismo y el reformismo de los partidos de la izquierda tradicional. Asimismo, propusieron nuevos métodos más radicales y, desde su punto de vista, más eficientes para asegurar los cambios sociales que los sectores populares demandaban. La coyuntura alrededor de la llegada del Che a Bolivia y su posterior muerte tuvo una influencia importante en la conformación de grupos armados en la región.

En este trabajo me propongo repasar tres aspectos vinculados a la manera que la llegada del Che en Bolivia ayudó a conformar una identidad común en estos grupos que estaban emergiendo en la región. Estos tres aspectos son: la idea de continentalidad de la revolución que se afirma en 1967 y está muy cercana al liderazgo de Guevara; las redes regionales vinculadas a la llegada de Guevara a Bolivia; y, por último, las lecturas políticas y emocionales acerca de su muerte.

La estrategia continental dentro de una guerra global al imperialismo

La idea de la estrategia continental fue propuesta desde los primeros años de la Revolución Cubana, pero adquirió otra dimensión a finales de la década, en el marco de un mayor aislamiento de Cuba del sistema interamericano que llevó a una mayor radicalización de su política exterior. A partir de allí, la idea de exportar la revolución se expresó en diferentes propuestas concretas que impactaron en América del Sur.

En abril de 1967 Guevara, de quien no se conocía su paradero desde 1965, publicaba en el primer número de la revista **Tricontinental** un potente manifiesto en el que se defendía la idea de una estrategia de "guerra global contra el imperialismo" desarrollada por los "pueblos explotados y atrasados del mundo" cuya: "finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá; a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista". El texto confirmaba dos asuntos que resultaban importantes para los sectores de la nueva izquierda en el Cono Sur. Por un lado, cancelaba los rumores acerca de posibles discrepancias entre Castro y Guevara: Guevara volvía a aparecer en una publicación de la revolución con un mensaje que iba en la dirección contraria de los planteos soviéticos acerca de la Coexistencia Pacífica. Por otro lado, el texto trascendía la mera declaración de la continentalidad para proponer ciertas nociones acerca de cómo sería una estrategia de lucha global contra el imperialismo. La estrategia militar consistía en: sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar

4 *Ibidem*, p. 91.

en lugares donde sus hábitos de vida “choquen con la realidad imperante” llevando a desarrollar que “dos, tres, muchos Viet-Nam florecieran en la superficie del globo”.⁵ Los militantes estarían inspirados en el internacionalismo proletario ya que:

cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.⁶

En junio de 1967 dicha declaración ya estaba circulando en el cono sur.⁷ Entre otras cosas el artículo del Che posibilitaba una lectura del continente que cancelaba la idea de excepcionalismo que algunas elites como sureñas habían reclamado para sus países. Imágenes de excepcionalidad como describir a los chilenos como los “ingleses” o a Uruguay como la “Suiza de América” o a Argentina como los “europeos” del continente habían sido recurrentes para enfatizar las diferencias de estos países en relación al contexto latinoamericano. Sin embargo “la guerra global contra el imperialismo”, propuesta por Guevara, las diferencias nacionales perdían importancia y quedaban subsumidas en una conflagración que sería mundial y que afectaría al conjunto del continente. El MIR lo explicaba claramente:

Chile no será una excepción: Frente a los argumentos de los oportunistas tendientes a demostrar que la “tradicción democrática de Chile” convierte al país en una excepción dentro de las luchas liberadoras del hemisferio y lo hace apto para caricaturizarlas con la “guerrilla electoral” donde pueden nadar hasta los tiburones de la burguesía radical, el CHE GUEVARA insinúa que: “Claro que el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún”.⁸

Un texto del PRT argentino de comienzos de 1968 interpretaba el texto de Guevara en una dirección similar. El documento se pregunta:

¿Por qué el Che dice dos, tres, muchos Vietnam, y no dos tres muchas Cubas? Porque reconoce la excepcionalidad de la revolución cubana que no volverá a repetirse. Porqué del análisis estratégico, de conjunto de la revolución mundial prevé la inevitable intervención del imperialismo antes de la toma del poder por la revolución.⁹

En esta interpretación el conflicto global borraba las particularidades nacionales, ya que tarde o temprano, el conflicto se reduciría a un conflicto entre las fuerzas “populares” y el imperio que intervendría en los diferentes territorios nacionales.

El “Documento n° 1” del MLNT uruguayo, publicado en julio de 1967, también tenía un capítulo dedicado a la continentalidad de la revolución donde decía que “suscribía en todos sus términos el último documento de Guevara”. Fundamentaba que si “la represión y la contrarrevolución se continentalizan, la revolución no debe detenerse en las fronteras nacionales”. Defendía “una estrategia continental que racionalice la aplicación de fuerzas y recursos en donde mejores rendimientos puedan proporcionar” pero advertía que dicha estrategia no debía “ir en desmedro, dentro de lo posible, de las luchas y el trabajo, que hay que realizar en cada país”. Además, proponía una estrategia de desgaste que implicaba atacar en diferentes frentes a las fuerzas imperialistas en diferentes lugares de América latina.¹⁰

Unos meses después se concretaba la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad. Por primera vez, miembros de diferentes organizaciones de la izquierda latinoamericana se reunían para discutir colectivamente estrategias políticas en La Habana, en julio de 1967. La conferencia incluía la participación de 164 líderes de 27 países latinoamericanos

5 Ernesto Guevara, “Crear dos, tres, muchos Vietnam. Mensaje a los Pueblos del Mundo a través de la Tricontinental”, publicado la primera vez el 16 abril de 1967, en forma de folleto como suplemento especial para la revista **Tricontinental**, órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL).

6 *Ídem*.

7 Ernesto Guevara, “A crear muchos Vietnam”, en **Punto Final**, n° 27, 2° quincena de abril de 1967, pp. 20-26.

8 “Apoyo del MIR de Chile a la carta del Che Guevara”, **Estrategia**, n° 9, julio de 1967, pp. 1-7.

9 Domecq, Sergio, Carlos Ramírez, Juan Candela (seudónimos), **El único camino hacia el poder y el socialismo**, s/l, Ediciones Combate, 1968, p. 22.

10 “Documento 1” en **Movimiento Liberación Nacional -Tupamaros**, Montevideo, INDAL, 1973.

y uno de los líderes del Black Power Movement Stokeley Carmichael como invitado por los Estados Unidos. El trabajo de la conferencia se dividió en cuatro comisiones: a) la lucha revolucionaria anticolonialista en América Latina, b) posición y acción común frente a la intervención político-militar y la penetración económica e ideológica del imperialismo en América Latina, c) la solidaridad de los pueblos latinoamericanos con las luchas de liberación nacional, d) estatuto de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

La pregunta central del debate en Olas fue: ¿cómo desarrollar una real solidaridad con los países que han derrotado al imperialismo como Cuba o aquellos que han iniciado “un combate definitivo” como Venezuela, Colombia, Brasil, Bolivia, Guatemala y Perú? Existieron dos posiciones. Por un lado, la posición cubana que decía que el único camino real para promover solidaridad era el desarrollo de una estrategia continental de lucha armada. Por otro, los partidos comunistas pro soviéticos defendían una visión más moderada que incluía la lucha armada como un posible camino entre otros medios de activismo político tales como la lucha electoral o el sindicalismo. La posición cubana fue la preponderante al final de la conferencia. La serie de intervenciones norteamericanas desde la caída de Arbenz en Guatemala en 1954, pasando por la intervención en Bahía de Cochinos en Cuba, hasta la intervención militar en la República Dominicana, y luego una sucesión de diez golpes de estado en el continente, entre 1961 y 1966, todos apoyados entusiastamente por los Estados Unidos, formaban la mayor evidencia, desde el punto de vista de los cubanos, de que EEUU contendría cualquier posibilidad de cambios sociales por medios legales y pacíficos.¹¹ En la visión de Olas la respuesta a este proceso de “continentalización” desde arriba por medios imperialistas sería la “continentalización” desde abajo por medios revolucionarios. Como las conclusiones de la conferencia expresaban:

1. Que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución; [...] 5. Que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental que es la lucha armada; 6. Que para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario; 7. Que aquellos países en que esta tarea no está planteada de modo inmediato de todas formas han de considerarla como una perspectiva inevitable en el desarrollo de la lucha revolucionaria en su país.¹²

Dicha continentalización desde abajo estuvo basada no solamente en razones políticas del presente sino en fundamentos históricos vinculados a la tradición política del continente. Múltiples discursos establecían una analogía entre las luchas políticas independentistas de comienzos del siglo XIX contra el imperio español y las luchas políticas actuales. Aquellas luchas independentistas eran conceptualizadas como lucha armada a la cual habían adherido los pueblos y habían traicionado algunas elites. Asimismo, aquellas luchas como las actuales eran continentales.¹³

Paradójicamente, aquellos grupos que en el Cono Sur estaban más cercanos a la posición cubana no participaron oficialmente en la OLAS. Las organizaciones armadas que en los próximos años se transformarían en los principales representantes de la estrategia de lucha armada no fueron parte de los comités locales en Chile y Uruguay. La delegación chilena fue monopolizada por socialistas y comunistas, y el comité uruguayo fue también integrado mayoritariamente por ambas fuerzas. En ambos casos los socialistas intentaron proponer una composición más plural de los comités nacionales de la OLAS y los comunistas se opusieron a la integración de una diversidad de nuevos grupos que estaban emergiendo a mediados de los 60 con perfiles más radicales.

La discusión sobre la integración de los comités nacionales no sólo tenía que ver con su integración sino también con el sentido de los mismos. Mientras que los socialistas y otros grupos proponían que, sin renegar de su independencia política, los comités nacionales de la OLAS debían transformarse en comandos de una lucha unificada contra el imperialismo, lucha que, se reconocía, debía ser vanguardizada por Cuba, los comunistas tendían a defender una versión más cercana a las tareas de solidaridad clásicas con Cuba o grupos revolucionarios que estuvieran luchando en la región.¹⁴

11 Cfr. OLAS, **Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de América Latina**, Montevideo, Nativa libros, 1967.

12 *Ibid.*, p. 103.

13 *Ibid.*, p. 96.

14 Ver: “Conversaciones entre PC y PS”, en **Punto Final**, n° 15, 1ª quincena noviembre, 1966, p. 25.

La delegación argentina fue fundamentalmente compuesta por miembros de la izquierda peronista y un sector del socialismo. Los comunistas argentinos, que habían sido los que más firme oposición habían planteado a la creación de la OLAS en la Tricontinental decidieron no participar de la misma. El Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) liderado por John William Cooke, quien habló en representación de la delegación argentina, fue quien al retorno de la OLAS avanzó en la preparación del primer grupo de la segunda oleada de guerrillas argentinas que surgieron en los tardíos sesentas, las Fuerzas Armadas Peronistas que surgirán en 1968. Dicha decisión parecía legitimada por el líder del movimiento peronista, Juan Domingo Perón, quien, a tono con el clima de la OLAS, decía en **Marcha** en setiembre de 1967: “un revolucionario pacifista resulta, en estos momentos, algo así como un león vegetariano”.¹⁵ Con la excepción del peronismo, aquellos grupos que en los próximos años adquirirían un protagonismo importante en ese desarrollo de la lucha armada en el Cono Sur no tuvieron posibilidad de integrar los comités OLAS aunque se sintieran consustanciadas con la causa de la conferencia. El PRT argentino, organización a partir de la que luego se creó el ERP, solicitó integrarse al comité de OLAS y nunca recibió respuesta.¹⁶ El MIR chileno, así como los Tupamaros uruguayos, aun una incipiente organización, no fueron invitados a los comités nacionales.

De todos modos, aquellos que no pudieron asistir a la conferencia buscaron la forma de participar. El militante del MIR Miguel Enríquez estuvo en La Habana durante el período de la conferencia.¹⁷ En Uruguay, un grupo de nuevas organizaciones entre ellos el MLN Tupamaros enviaron una declaración especial a través del periodista Carlos María Gutiérrez para ser leída en la conferencia.¹⁸

Declarativamente todos los partidos como sureños que participaron en la conferencia OLAS dijeron apoyar sus resoluciones, pero paradójicamente los que capitalizaron los resultados de la misma en los próximos meses fueron estos grupos que no habían participado oficialmente. Aunque los comunistas intentaron minimizar las diferencias con Cuba y enfatizaron su activa solidaridad con la revolución, las divergencias suscitadas en la conferencia y amplificadas por la prensa de la nueva izquierda como sureña resultaron difíciles de ocultar.¹⁹ Estas divergencias tuvieron un fuerte impacto en aquellos sectores que se sentían atraídos por la propuesta de la Revolución Cubana e intensificaron las escisiones que se venían dando fundamentalmente dentro de las juventudes comunistas.

Los socialistas de la región apoyaron fervorosamente las resoluciones de la OLAS. Sin embargo, su práctica política interpelaba las definiciones de la conferencia ya que no pensaban en transformarse en organizaciones clandestinas, y seguían apostando a tener posiciones en el parlamento. Aunque apoyaron las resoluciones de la OLAS y sufrieron la persecución en Argentina, Chile y Uruguay como consecuencia de dicho apoyo, su modelo organizacional relacionado con la práctica electoral tradicional no parecía la mejor herramienta para los tiempos de “lucha armada” que la OLAS anunciaba.

Los que mejor supieron capitalizar las definiciones de la OLAS fueron estos grupos que aun en 1967 estaban en un incipiente desarrollo y que proponían e incitaban a formas concretas de lucha armada en cada uno de los países ya que parecían los que mejor se podían adecuar al nuevo escenario planteado por la conferencia. Estos grupos, que como vimos estaban intentando construir una estrategia que adecuara los planteos de la lucha armada a las condiciones como sureñas, también tenían serias dudas acerca de la oportunidad de iniciar dichas acciones. Las definiciones de la OLAS, así como las reacciones generadas en los escenarios nacionales, funcionaron como incentivos para que estos grupos avanzaran en una serie de ideas que venían planteando.

En Argentina y Chile dos grupos que gradualmente se estaban apartando del trotskismo terminaron de definir su opción por la lucha armada luego de la OLAS. El PRT argentino y el MIR chileno, expresaron una transformación de ciertos sectores trotskistas hacia alternativas más latinoamericanistas que admitían la creación de nuevas organizaciones donde se

15 Eduardo Galeano, “Con Perón en puerta de hierro. El caudillo, los gorriones y la providencia”, en **Marcha**, 8/09/1967, p. 21.

16 Aunque el PRT estaba vinculado a ciertos sectores del trotskismo que hasta ese momento tenían una visión extremadamente positiva de la estrategia cubana, la revolución desconfiaba del trotskismo. Ver: Ernesto González (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Tomo 3, Vol. 2, Buenos Aires, Antídoto, 1999, cap. 21.

17 Avendaño y Palma, **El rebelde de la burguesía: la historia de Miguel Enríquez**, Santiago de Chile, CESOC, 2001, p. 67.

18 Juan Carlos Mechoso, **Acción directa anarquista. Una historia de la FAU**, Montevideo, Recortes, 2002, p. 61.

19 Ver: Carlos María Gutiérrez, “El discurso de Fidel, Mensaje a los neo socialdemócratas”, **Marcha**, 26/08/1967, p. 19.

fusionaran con miembros de otras organizaciones políticas de izquierda. En el caso del MIR chileno, aunque la gran mayoría de sus primeros dirigentes venían del trotskismo, el movimiento no tenía una definición explícita y tampoco adhería a la IV Internacional. En el caso del PRT, formado como resultado de una alianza entre el grupo trotskista Palabra Obrera (PO) de Nahuel Moreno y un pequeño grupo del norte argentino llamado Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) con un perfil inicialmente nacionalista indoamericanista liderado por los hermanos Santucho, se mantuvo la adhesión a la IV Internacional. El cambio que había posibilitado este nuevo marco de alianzas y esta reconceptualización de la política internacional dentro del trotskismo había sido la Revolución Cubana. Todos estos grupos se habían declarado firmes adherentes de la revolución. Pero la relación con la misma fue problemática fundamentalmente por dos aspectos: las constantes sospechas de burocratización y soviétización de la revolución que la prensa trotskista levantó en diferentes momentos del proceso político cubano, y una visión crítica por parte de los cubanos a ciertas tradiciones insurreccionalistas que descartaban el papel del foco rural. Las discrepancias en torno a las estrategias impulsadas por el MIR de Hugo Blanco en Perú y el MR 13 de Yon Sosa en Guatemala evidenciaron esas diferencias. Es en el marco de esa tensión que dentro del PRT y el MIR surgieron sectores que se inclinaron más decididamente hacia una posición procubana chocando con la vieja dirigencia de ambas organizaciones.

En el caso argentino, el nuevo golpe de Estado en junio de 1966 alteró radicalmente las condiciones políticas previas. Esta vez los militares proponían un nuevo tipo de dictadura: la "Revolución Argentina", que en consonancia con el golpe de Brasil de 1964, proponía una revolución transformadora de la economía, la sociedad y la política. La apuesta central se basó en una modernización de tipo conservador que asegurara el crecimiento a costas del abandono de ciertas políticas proteccionistas, la proscripción de los partidos políticos y un control a nivel cultural que implicó la intervención de las universidades para "erradicar el marxismo". En un contexto de prohibición de los partidos políticos de izquierda, desarrollo de leyes anticomunistas y quema de libros en la Universidad, la reacción hacia la OLAS por parte de la dictadura resultó bastante previsible. Luego de la conferencia el gobierno lanzó una requisitoria policial solicitando la captura de los participantes argentinos en la conferencia.

Es en ese contexto que en enero de 1968 el PRT votó en su IV Congreso el documento **El único camino hacia la toma del poder y el socialismo** escrito mayoritariamente por R. Santucho, con la participación de Helios Prieto, y Sergio Prada a partir del cual inició el camino para conformar una organización armada. El documento repasaba las diferentes tradiciones del marxismo y proponía una curiosa síntesis entre maoísmo y trotskismo ya que el primero había provisto los mejores aportes para entender el mundo contemporáneo pero había sido incapaz de proveer estrategias adecuadas para la revolución, mientras que la reflexión político militar del maoísmo había provisto las claves para impulsar procesos revolucionarios. El documento planteaba que esa síntesis se había logrado en la Revolución Cubana a través de una nueva corriente: el castrismo. El documento exigía abandonar la actitud ambigua que el partido había tenido hacia dicha corriente, y proponer un compromiso explícito por parte del PRT hacia la estrategia continental e internacional propuesta por el castrismo. Lo que había que hacer era renunciar a los debates propuestos por Nahuel Moreno (tradicional líder trotskista de dicha organización) y expresar una voluntad de comenzar la lucha armada integrada a la estrategia continental propuesta por el castrismo inmediatamente. El documento planteaba que el debate acerca del foco rural ya no era tan importante y que los cubanos se estaban mostrando más abiertos hacia otras estrategias que plantearan la necesidad de crear un ejército revolucionario, y no dejaran dicha tarea al espontaneísmo de las masas.²⁰

En Chile, una nueva generación dentro del MIR también surgió en oposición a la vieja camada de militantes trotskistas que respondía con métodos insurreccionales a los planteos guevaristas. El viraje de dicha organización también se dio luego de la OLAS, a finales de 1967. El III congreso del MIR en 1967 votó las tesis políticas militares que marcaron el inicio de un nuevo ciclo dentro de la organización y el pasaje hacia la clandestinidad. Este viraje dentro del MIR se dio en un particular momento de la "revolución en libertad" del gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva. En 1967 el renacimiento de la inflación con sus efectos sobre los salarios y el gasto estatal, el entecimiento de la reforma agraria y de la política de nacionalizaciones generó reacciones de disconformidad. La izquierda de la democracia cristiana y el FRAP exigieron una radicalización del programa de reformas. Organizaciones sociales creadas en el campo y en las periferias urbanas cercanas

20 El término espontaneísta estaba referido a la estrategia insurreccionalista defendida por Moreno. Para la variación del posicionamiento cubano ver: Torres, Simón, y Julio Aronde, "Debray and the Cuban experience", en **Monthly Review**, Vol. 20, n° 3, July-August 1968. En dicho artículo

a la DC también fueron radicalizándose en sus demandas.²¹ El gobierno respondió a esa conflictividad social con un discurso confrontacional con la izquierda y con el aumento de la represión estatal a través del desarrollo de grupos especiales de choque dentro del cuerpo policial. El incremento de la actividad represiva contra la movilización social generó una cantidad inédita de asesinatos en enfrentamientos callejeros.²²

La figura central del congreso de diciembre de 1967 fue Miguel Enríquez, un joven estudiante de la Universidad de Concepción de 23 años, hijo de un senador del Partido Radical, quien fue recibido con aplausos al llegar directamente de Cuba, un día después de iniciado el congreso, con una reformulación de las tesis políticas militares redactadas en 1965.²³ Las nuevas definiciones reflejaban al ala izquierda del movimiento representada por un grupo de jóvenes vinculados a la Universidad de Concepción y la de Santiago que había tenido un crecimiento muy importante dentro de la organización, a partir del trabajo en sectores estudiantiles y poblacionales.²⁴ A partir de este cambio el MIR adquirió una nueva orientación que proponía acelerar el trabajo de masas y adecuar al partido para generar las condiciones para la lucha armada. Las definiciones que el MIR tomó en su tercer congreso realizado cinco meses después de la OLAS también lo orientaban en la estrategia de lucha armada planteada por la conferencia.

El uruguayo MLN Tupamaros había sido creado en enero de 1966. Sin embargo, el año 1967 estuvo marcado por una fuerte incertidumbre acerca del destino del movimiento como consecuencia de la persecución policial y el pasaje a la clandestinidad de sus casi 30 miembros. Recién a fines de 1967 el MLNT reapareció públicamente en un contexto particular de polarización política marcado por el desarrollo de medidas autoritarias a cargo del presidente Oscar Gestido, que se vieron intensificadas luego de su muerte en diciembre de 1967 por el vicepresidente Jorge Pacheco Areco quien asumirá el Poder Ejecutivo. El 9 de octubre, un día después de la muerte de Guevara, el gobierno decretó medidas prontas de seguridad. Hubieron más de 400 detenidos, mayoritariamente vinculados al movimiento sindical y también existió clausuras a periódicos de izquierda. El objetivo de dichas medidas fue marcar una clara señal hacia el movimiento sindical, así como a la oposición interna dentro del partido gobernante hacia aquellos que se oponían a los intentos de reanudar negociaciones con los organismos internacionales de crédito (FMI, BM, BID). Las medidas autoritarias se continuarán en los próximos meses. El 12 de diciembre, a una semana después de la muerte de Gestido, Pacheco buscando marcar claramente el rumbo que tomaría su gobierno y a tono con las discusiones regionales sobre la OLAS decidió proscribir a una serie de grupos políticos de izquierda que habían adherido a las definiciones de OLAS, y a los órganos de prensa **Época** y **El Sol** que representaban a dichos grupos.²⁵ Para algunos miembros, ese nuevo contexto fue el que ayudó a definir un rumbo en la organización y a crecer en una manera explosiva durante el año 68.²⁶

“La guerra revolucionaria ha dejado de ser un asunto lejano”

Simultáneamente a estos debates otro aspecto imprimió nuevos elementos a la dinámica regional. Previo a su llegada a Bolivia, una ola de rumores circuló acerca de la presencia del Che o delegados que en su nombre recorrían Sudamérica en busca de apoyo para su proyecto. Los Tupamaros, aún una pequeña organización, discutieron la posibilidad de abandonar

dos oficiales cubanos con supuestos seudónimos realizan una crítica al planteo de Debray.

- 21 Faúndez señala que los partidos de izquierda aprovecharon el período crítico de Frei para crecer entre sectores que estaban controlados por la DC: campesinos, entre ellos mapuches, mujeres trabajadoras y los recientemente organizados pobres de la ciudad. Julio Faúndez, **Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973**, Santiago, BAT, 1992, p. 159.
- 22 Repasando las tres masacres (minas de El Salvador, 1966; huelgas en Santiago de Chile, 1967; Puerto Montt, 1969) y otros casos aislados **Punto Final** arribaba a la conclusión de que frente a ese panorama represivo, y desigual en relación a las fuerzas (ningún policía muerto) la legalidad ya no ofrecía ningún tipo de garantías a la movilización popular. Ver: “El costo de la vía pacífica”, **Punto Final**, n° 109, julio de 1970, p. 3.
- 23 La mayoría de los miembros del Comité Central (10 en 15), la totalidad del secretariado nacional (5) y el secretariado general fueron asumidos por los sectores “no tradicionales” que hasta el momento habían sido minoría.
- 24 Ver: Avendaño y Palma, *op. cit.*; y Francisco García Naranjo, **Historias derrotadas: opción y obstinación de la guerrilla chilena (1965-1988)**, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996. [También disponible en www.archivochile.com].
- 25 La proscripción de dichos partidos implicó un hecho insólito en la historia política del Uruguay de la segunda mitad del siglo XX. A diferencia de lo ocurrido en la mayoría de los países de América Latina, ningún partido marxista había sido proscripto. De hecho, en este caso el Partido Comunista uruguayo, no fue proscripto. La prohibición fue destinada únicamente a los que adhirieron al pronunciamiento mayoritario de la OLAS.
- 26 Ver: Entrevista a Efraín Martínez Platero realizada por el autor y “La militancia tupamara” en Eduardo Rey Tristán, **A la vuelta de la esquina**,

la lucha armada en Uruguay e irse a Bolivia. Otro grupo de militantes uruguayos del Movimiento Revolucionario Oriental, un pequeño grupo aliado del Partido Comunista, también se entrenaron militarmente en Cuba para ir a pelear a Bolivia.²⁷ Al mismo momento que Guevara comienza su guerrilla, en Chile, un sector del Partido Socialista crea un grupo llamado Ejército de Liberación Nacional, y en Argentina también se creó un grupo, mayoritariamente integrado por ex comunistas que, en 1967, viajaron a Cuba para entrenarse y respaldar a la guerrilla del Che.²⁸ El objetivo de ambos grupos fue preparar la retaguardia para el ELN Boliviano. En conjunto con la red de apoyo desarrollada por gente de confianza del Che en Chile y Argentina, también funcionaron otras relaciones políticas de la Revolución Cubana vinculadas a la izquierda tradicional.

En el caso de Uruguay los encargados de hacer los contactos fueron miembros o aliados del Partido Comunista Uruguayo, en el caso de Chile la mayoría de los contactos se desarrollaron a través del Partido Socialista. Si bien los Tupamaros fueron invitados a participar en esta campaña, los miembros del MIR y del PRT no fueron invitados debido, seguramente, a las ya mencionadas reticencias planteadas por el gobierno cubano hacía el trotskismo. Además, simultáneamente con la incursión de Guevara en Bolivia se preparó un foco militar en Brasil.

En mayo de 1967, unos meses antes de la OLAS, la guerrilla boliviana concitaba la atención de los medios cercanos a la nueva izquierda cono sureña. Uno de los motivos que concitaban el interés en dicha guerrilla era que Regis Debray había sido capturado el 20 de abril junto a otros tres miembros del ELN en Bolivia. A partir de dicho acontecimiento un artículo de **Marcha** escrito por Carlos María Gutiérrez establecía una clara conexión entre **¿Revolución en la revolución?** y el desarrollo de la guerrilla en Bolivia. El periodista, que expresaba un profundo respeto intelectual por Debray, presentaba a la guerrilla como la aplicación práctica de su planteo teórico. En su visión, esta guerrilla implicaba un salto cualitativo en relación a las experiencias que los revolucionarios latinoamericanos habían ensayado desde enero de 1959. Dicho salto cualitativo era el resultado de un trabajo de reflexión y sistematización realizado por Debray y los cubanos que tendría consecuencias positivas. Esta guerrilla prometía tener larga vida debido a que:

por sus características de organización, por su alienación de los partidos políticos existentes, por la solidez de su mantenimiento y su efectividad en los encuentros librados hasta ahora, ha sido evidentemente estructurado dentro de la nueva teoría insurreccional.²⁹

Por último, el periodista expresaba que la “elección del país y luego de la zona, es la que corresponde al esquema general de la tesis insurreccional latinoamericana” por lo que era bastante plausible que los rumores que circulaban acerca de la presencia de Guevara se confirmaran.

En Chile, dado su condición fronteriza, la cercanía de la guerrilla boliviana impactó aún más. Con motivo de su presencia, la revista **Punto Final** decía que:

La guerra revolucionaria ha dejado de ser un asunto lejano para los chilenos. Está en nuestras propias fronteras, en Bolivia. Las guerrillas bolivianas comprometen en su acción a países vecinos como Argentina, Brasil, Paraguay y Perú. Así lo han comprendido los “gorilas” de esas naciones que están no sólo fortaleciendo sus efectivos militares en la zona, sino que, además, en el caso brasileño y argentino, proporcionando armas y pertrechos al régimen militar de La Paz.³⁰

Las adhesiones que generó el emprendimiento en la región eran un elemento importante, ya que como lo expresaba Gutiérrez dicha campaña militar tenía una pretensión regional cuyos antecedentes se remontaban a proyectos anteriores de

La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973, Montevideo, Fin de Siglo, 2006.

27 Ver: Federico Leicht, **Cero a la izquierda. Una biografía de Jorge Zabalza**, Montevideo, Letraeña, 2007, pp. 43-55.

28 En Chile el ELN fue creado como organización secreta dentro del Partido Socialista, ver: Cristián Pérez, “El Ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha”, **Estudios Públicos** n° 89, Verano, 2003; Patricio Quiroga Zamora, **Compañeros: el GAP: la escolta de Allende**, Santiago de Chile, Aguilar, 2001. En Argentina se creó un efímero ELN que luego derivó en la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, ver: “Reportaje a la guerrilla argentina: FAR los de Garín,” en **Cristianismo y Revolución**, n° 28, 1971. Acerca de la trayectoria de ex comunistas que participan en estas actividades ver: Mora González C., “Modelo para armar: itinerarios y ámbitos disidentes del Partido Comunista Argentino en la gestación de uno de los grupos fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1960-1967)”, **Izquierdas**, n° 12, www.izquierdas.cl, 12, abril 2012, pp.111-142.

29 Carlos María Gutiérrez, “Bolivia, otra forma de la guerrilla”, **Marcha** 12/05/1967.

30 “Ayudemos a las guerrillas bolivianas”, **Punto Final**, n° 28, primera quincena de mayo de 1967, p. 1.

Guevara. El foco guerrillero pretendía expandirse desde Bolivia hacia otros países. Como claramente lo expresó Manuel “Barbarroja” Piñeiro en los años noventa:

El Che quería iniciar personalmente la lucha armada revolucionaria en el Cono Sur latinoamericano. Sobre todo, porque estaba muy afectado psicológica y afectivamente por el fracaso de la guerrilla de Jorge Ricardo Masetta en Salta, Argentina. Entonces el Che quería en esta ocasión, iniciarlo todo personalmente y desde el primer momento.³¹

Sin embargo, la situación de la guerrilla boliviana era mucho más incierta de lo que la prensa cercana a la nueva izquierda describía. Guevara había llegado en noviembre de 1967. A fines de diciembre el grupo guerrillero de Guevara estaba compuesto por 24 personas, de los cuales sólo nueve eran bolivianos. En ese contexto, es que Guevara se enfrentó al Secretario General del Partido Comunista Boliviano por el liderazgo del grupo. Guevara exigió mantener el liderazgo militar del grupo, y frente a esa postura el Partido decidió retirar su apoyo a la guerrilla. En los próximos meses la guerrilla comenzó a recibir algunos apoyos locales. Pero en marzo ya comenzaron a caer algunos de los guerrilleros que confesaron la participación de cubanos en la guerrilla. También fue detectada la granja que funcionaba como centro de los guerrilleros.

Dichas noticias concitaron la atención del ejército boliviano, de los norteamericanos y de las dictaduras brasilera y argentina que ofrecieron su apoyo en la búsqueda de los guerrilleros. Ciro Bustos y Debray, los principales contactos de la guerrilla cayeron en abril. Debray confesó que Guevara se encontraba en Bolivia.³² A partir de ese momento la búsqueda se intensificó y los miembros del ELN fueron perdiendo la iniciativa conformándose con escapar a ser detectados por el ejército.

El resultado final de la campaña del Che fue un completo fracaso marcado por la imposibilidad de establecer contactos con los sectores populares en el área y por los conflictos con el Partido Comunista boliviano. Después de casi un año la guerrilla fue derrotada. La mayoría de los 47 miembros que participaron a lo largo del período fueron asesinados. Cinco sobrevivientes lograron escapar a través de la frontera chilena donde fueron capturados. Gracias a una campaña de respaldo organizada por militantes chilenos el gobierno terminó entregándolos a Cuba.

“El Che no quiere lágrimas, urge balas concretas”

Entre el 10 y el 11 de octubre circuló la noticia en la prensa mundial de que Guevara había sido encontrado y asesinado por los Rangers bolivianos. Las fotos del cadáver de Guevara recorrieron los diarios del mundo. Las fotos habían sido realizadas por Freddy Alborta un reconocido fotógrafo boliviano a quien se le había solicitado acudir a Vallegrande para testimoniar visualmente su muerte. Alborta le dio una intención clara a las imágenes:

Le dejaron los ojos abiertos con la intención de identificarlo, pero a mí me ha servido para fotografiar no a un cadáver corriente sino a una persona que parecía viva y creo que no es la impresión mía sino la de mucha gente que lo ha comparado con el cadáver de un Cristo.³³

Las fotografías con el cuerpo desnudo, tendido, con una herida en el pecho que era señalada por uno de los militares y con los ojos abiertos que lo hacían parecer vivo, habilitaban lecturas simbólicas de su muerte que fueron rápidamente interpretadas por aquellos que tenía alguna simpatía con Guevara a lo largo del mundo.³⁴ Por un lado, los ojos abiertos desafiaban a la intención principal de las fotos que eran demostrar su muerte. Por otro, las comparaciones entre la muerte de Guevara

31 Manuel “Barbarroja” Piñeiro, **Che Guevara y la Revolución Latinoamericana**, Colombia, Ocean Sur, 2006, p. 98.

32 John Lee Anderson, **Che Guevara: a revolutionary life**, New York, Grove Press, 1997, p. 71.

33 Transcripción del VHS de Leandro Katz, **El día que me quieras**, New York, First Run/Icarus Films, 1997.

34 Para un repaso de las maneras en que fueron leídas las fotos de la muerte en las artes plásticas, ver: David Kunzle, **Che Guevara. Icon, Myth, and Message**, Hong Kong, Regents of the University of California, 1997; John Berger, “Che Guevara: The Moral Factor” en **The Urban Review**, Vol. 8, n° 3, September, 1975; pp. 202–208.

y Jesús fueron constantes. La herida en el pecho señalada por el militar recordaba al episodio evangélico donde un apóstol ponía sus dedos sobre el pecho de Jesús. La disposición del cuerpo de Guevara y el aspecto de su rostro guardaba coincidencias con pinturas clásicas de la muerte de Jesús como el cuadro de Andrea Mantegna, **Lamentación sobre Cristo muerto**.

La interpretación alrededor de las fotos anticipó la lectura fuertemente emocional que la muerte de Guevara generó entre los grupos como sureños. La muerte no fue leída como un fracaso de su estrategia continental sino como una posibilidad en las opciones que Guevara había asumido. Como el mismo había anticipado en su mensaje a la **Tricontinental**, que ahora se transformaba en una suerte de testamento político:

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.³⁵

Vencer la muerte de Guevara requería continuar su lucha. Guevara no estaba muerto si otros continuaban. De todos modos, la muerte de Guevara no pasaba inadvertida para sus seguidores. El final era plausible dado los riesgos que él había optado asumir pero su muerte enfrentaba a sus seguidores con la realidad de los riesgos que implicaba el compromiso revolucionario. Aunque en otras regiones de América Latina esto resultaba evidente para los militantes como sureños esto no era una obviedad. Hasta el momento en ningún país del Cono Sur la represión política contra estos incipientes grupos había sido tan salvaje.

La lectura política desarrollada por estos grupos acerca de la muerte se concentró en el aislamiento político en que lo habían dejado los comunistas. Aunque dentro de los grupos como sureños se podían admitir errores llevados a cabo por la estrategia guevarista y su muerte reforzaba la necesidad de buscar caminos diferentes al foco rural, en el debate público la muerte del Che se explicaba por el aislamiento que otros partidos bolivianos de izquierda —particularmente el Partido Comunista Boliviano— habían sometido a la guerrilla del ELN y por la participación de la CIA y los Rangers en las actividades del ejército boliviano.

Conjuntamente con la lectura política de la muerte de Guevara también existió lo que llamaremos una lectura sentimental de su muerte. Múltiples testimonios dan cuenta del impacto emocional que su muerte tuvo en las trayectorias políticas de militantes de los sesentas.³⁶ Esta lectura sentimental no estaba despegada y tampoco implicó una contradicción con lo político. Una serie de revistas vinculadas al pensamiento de estos nuevos grupos integraron poemas sobre la muerte del Che en los números de octubre y noviembre. Los mismos dan cuenta de una explosión de sentimiento que su muerte despertó. Mientras los debates sobre la estrategia política estuvieron marcados por un lenguaje neutro y en muchos casos “técnico” que defendía el recurso de la violencia como un problema racional, no relacionado a una sentimentalidad o subjetividad romántica sino a una realidad objetiva que sólo podría ser transformada a través de prácticas ilegales que implicaban poner en riesgo la vida, la poesía habilitó expresar otro tipo de acercamientos al problema de la revolución, el sacrificio, la muerte y la violencia. Potenció una subjetividad que enfatizaba el valor ético del sacrificio en oposición al confort ofrecido por la sociedad de consumo y ponía a la violencia en un lugar emancipador.³⁷

Los historiadores no estamos muy acostumbrados a trabajar con poesía como fuente histórica. La literalidad con la que tendemos a usar las fuentes va en la dirección contraria a la polisemia del lenguaje poético. En este sentido, lo que haré a continuación será simplemente transcribir dos poemas y considerar ciertas ideas que emergen de los mismos, pero partiendo

35 Ernesto Guevara; “Mensaje a los pueblos...”, *op. cit.*

36 A modo de ejemplo ver: Pablo Pozzi, “**Por las sendas argentinas...**” **EL PRT-ERP. La guerrilla marxista**, Buenos Aires, Eudeba, 2001, pp. 167-183; Clara Aldrighi, **Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN Tupamaros. 1965-1975**, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

37 La obra de teatro **Marat-Sade**, escrita por Peter Weiss en 1963 y que proponía un diálogo imaginario entre el jacobino Jean Paul Marat y el Marqués de Sade acerca de la violencia revolucionaria, expresa de una manera ilustrativa las tensiones entre un discurso que reclama la violencia desde una perspectiva racional como una herramienta necesaria para la emancipación de los sectores populares defendida por Marat, y otra perspectiva que indaga en las fuerzas instintivas, subjetivas que impulsan las prácticas violentas defendida por Sade. No por casualidad, la obra tuvo diversas versiones en Argentina, Chile y Uruguay durante el periodo. Ver también: Peter Weiss, “Testimonio: Che Guevara” en **Punto Final** n° 45, 2 de enero de 1968, pp. 22-23.

de la idea que dichos poemas admiten otras posibles lecturas. He seleccionado dos poemas publicados en diferentes revistas que dan cuenta de algunas de las emociones y percepciones que rodearon a aquellos que se sintieron afectados por la muerte del Che en los primeros momentos.

En “Che” del argentino Julio Huasi, publicado primeramente en **Punto Final** y luego en **Cristianismo y Revolución**, emerge una impresionante variedad de imágenes que expresan la vitalidad de una figura que no parece haberse perturbado por su destino trágico.³⁸ Un universo de imágenes que van desde lo cósmico, pasando por lo biológico hasta lo más cotidiano, se intercalan en un lenguaje tensionado que intenta atribuir un tipo de religiosidad cercana al catolicismo, con alusiones constantes a Jesús y a la oración del padre nuestro, a un personaje iconoclasta como lo fue el Che. “No la paz sino la dulce guerra popular sea contigo”. Los ojos del Che como “lámparas en cada choza hambrienta”, su corazón que latirá en cada niño que nazca y en cada parturienta. En los últimos versos resulta notoria esta tensión entre la ruptura que expresa la figura del Che y la búsqueda por establecer un lenguaje sagrado de nuevo tipo.

Padre nuestro que estás en la guerra,
Gloria a América por haberte parido.
Desde la materia seguirás disparando,
amor o muerte, Ernesto, vela por nosotros,
amor o muerte, che, vengaremos tu amor,
amor o muerte, enamorado perpetuo,
no has caído, sólo apareciste para siempre
para comandarnos desde siempre a la victoria
por los siglos y los siglos de nuestra América, así sea
contigo venceremos.

A lo largo del poema varias imágenes que remiten a la materialidad de la violencia: huesos, sangre, “Cuervos y palomas ya disputan tu carne”, las balas. Pero a la vez, esa crudeza con la que se describe la violencia está siempre asociada con figuras oximorónicas tales como “la dulce guerra popular” o “caricias de pólvora”. Este dispositivo responde a una intersección muy notoria entre dos lenguajes juveniles que estaban circulando en el período en el Cono Sur. El lenguaje del amor, asociado a sectores de la contracultura norteamericana y el lenguaje de la violencia revolucionaria latinoamericana. En Huasi, el Che condensa ambos:

Ya no dabas más de amor, tu amor quemó la historia,
con testículos de oro amaste furiosamente la liberación,
le diste a América tu amor de fuego, caricias de pólvora,
tu ardiente beso armado la despertó en la noche.

Sin embargo, el amor del Che también tenía sus limitaciones que estaban pautadas por las demandas de la lucha revolucionaria.

Lloré con mis huesos hundidos en América
no quise que me vieras porque me fusilarías,
el Che no quiere lágrimas, urge balas concretas,
el llanto en tu nombre es una gran traición.

Por último, la muerte del Che implicaba no una derrota sino el inicio del triunfo.

Nadie llore ni rece, tu testamento esmeralda
deja tu gran fusil para que luchen con él,
no inclinen las banderas, álcenlas más que nunca,

38 Julio Huasi, “Che”, en **Punto Final**, n° 40, 24 de octubre de 1967; y en **Cristianismo y Revolución** n° 5, noviembre de 1967.

que nadie pronuncie tu nombre en vano
 sólo los asesinos que se pongan de luto,
 por su propia muerte indudable y bien muerta,
 Ernesto, irás con nosotros a sus funerales,
 Iremos con radiantes cirios con gatillos absolutos.
 Jesús baja de la cruz, se terminó el calvario,
 Toma el fusil Camilo, deja los clavos y dispara,
 Se acabo la era de la segunda mejilla.

El uruguayo Mario Benedetti en su poema "Consternados, Rabiosos", publicado primeramente en **Punto Final** y luego en Uruguay indaga en las sensaciones ante la muerte del Che, "aunque esta sea uno de los absurdos previsibles"³⁹. Lo que rodea gran parte del poema es la sensación de vergüenza y culpabilidad.

vergüenza tener frío
 y arrimarse a la estufa
 como siempre tener hambre y comer
 esa cosa tan simple
 abrir el tocadiscos y escuchar en silencio
 sobre todo si es un cuarteto de Mozart
 da vergüenza el confort
 y el asma da vergüenza
 cuando tú comandante está cayendo
 ametrallado
 fabuloso
 nítido
 eres nuestra conciencia acribillada

Ambos sentimientos están asociados al confort que la sociedad de consumo ofrece a los sectores medios. La estufa, el tocadisco, un cuarteto de Mozart, representan los objetos que lo atan al confort en el mismo momento que Guevara estaba ofreciendo su vida. En los últimos versos nuevamente se plantea esa tensión entre lo religioso y la búsqueda de otros absolutos ante la muerte.

donde estés
 si es que estás
 si estás llegando
 será una pena que no exista Dios
 pero habrá otros
 claro que habrá otros dignos de recibirte
 comandante.

Ambos poemas condensan algunos de los principales sentimientos que circularon entre aquellos que habían estado atentos a la experiencia de Guevara en Bolivia. La culpa, la fascinación con la violencia como práctica emancipadora, la sensación de vivir una nueva época histórica, la lealtad al Che y la búsqueda de una subjetividad trascendental alternativa a la religiosa. En cierta medida la lectura de estos poemas guarda ciertas coincidencias con la noción planteada por Raymond Williams de estructura de sentimientos ya que refiere a una identidad generacional en la forma de expresar creencias, valores y emociones, que anteceden a la política a través del arte, y que aún no logra desarrollar una formalización en el campo de la política.⁴⁰ Estos sentimientos, asociados a los informes donde se explicaba la muerte del Che por la traición del Partido Comunista Boliviano y los sectores reformistas, llevaba a que los jóvenes que se sintieran convocados por el discurso de la izquierda se acercaran mayoritariamente a las propuestas de la nueva izquierda. Aunque ésta aún no podía construir una

39 Mario Benedetti, "Consternados, Rabiosos", **Punto Final**, 21 de noviembre de 1967, n° 42, pp. 33.

40 Ver: Raymond Williams, **Marxism and Literature**, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 128-136.

elaboración completamente articulada de su propuesta a través de la resignificación de la muerte de Guevara en clave de futuro, se establecía una alternativa a los métodos tradicionales de la izquierda.



Ilustración de Bosco (Alberto Monteagudo) para **Nueva Sociedad** n° 66, Caracas, mayo/junio 1983. Colección CeDInCI

El legado guevarista en la izquierda armada argentina: foquismo y ética sacrificial

Vera Carnovale*

1. El impacto de la Revolución Cubana en las izquierdas marxistas latinoamericanas

Desde mediados de la década de los treinta y hasta la Revolución Cubana, el marxismo latinoamericano estuvo caracterizado por la preeminencia de partidos comunistas alineados con la dirección soviética. Una de las características de esta corriente fue su adhesión a la teoría de la revolución por etapas. Ésta se alimentaba de un esquema evolucionista de los sucesivos modos de producción, tal como fuera codificado por Stalin en 1936, según el cual el comunismo primitivo, las sociedades esclavista, feudal, capitalista y socialista constituyen etapas sucesivas e ineludibles en la historia de los pueblos. En consecuencia, la teoría de la revolución por etapas sostenía que los países en los cuales el capitalismo convivía con relaciones feudales o semif feudales de producción —tal era el caso, según se postulaba, de América Latina— necesitaban, antes de alcanzar la meta final del socialismo, atravesar una etapa previa, correspondiente a una transformación de tipo nacional-democrática (antiimperialista y antifeudal). A tal fin, desde el punto de vista programático, esta corriente impulsaba un esquema de alianzas políticas que expresara el “bloque de las cuatro clases” motoras de ese primer cambio: proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional. De este modo, la construcción del socialismo para el continente quedaba relegada a una etapa futura mediata. En este marco, la Revolución Cubana no podía menos que poner en jaque esta teoría ya que, como señala Michael Löwy, mostraba la posibilidad objetiva de una revolución que combinara tareas democráticas y socialistas en un proceso revolucionario ininterrumpido.¹

Así, uno de los rasgos principales de las nuevas izquierdas latinoamericanas configuradas bajo el impulso del ejemplo cubano fue una caracterización de la revolución distinta de la sostenida por el comunismo desde mediados de la década de los treinta: ahora, la revolución en América Latina debía ser antiimperialista y socialista a la vez. Y, en consecuencia, esta caracterización determinaba un esquema de alianzas en el que era secundario —cuando no nulo— el rol reservado a las burguesías nacionales. Éstas estaban, se entendía, atadas irremediamente al poder del imperialismo. En palabras del Che Guevara: “Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su fujón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”.²

* CONICET - CeDInCI/UNSAM

1 Michael Löwy, **El marxismo en América Latina. (De 1909 a nuestros días)**, México, Era, 1982, p. 48. El destacado corresponde al original.

2 Ernesto Che Guevara, “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, abril de 1967. No era ésta, por cierto, una caracterización nueva de la revolución para América Latina. Antes bien, reconocía antecedentes en algunos intelectuales revolucionarios de los años veinte, principalmente en la obra del pensador peruano José Carlos Mariátegui. Si bien Mariátegui es tributario del “diagnóstico feudal” —allí donde sostenía que la colonización española del Perú había configurado una economía “semifeudal” en la que las modernas formas capitalistas conviven con las formas feudales sobrevivientes (el latifundio y la servidumbre)—, la corriente representada por Mariátegui rechazaba el modelo

Simultáneamente, la gesta cubana actualizaba con carácter de urgencia un viejo debate ineludiblemente ligado al de la toma del poder desde los primeros impulsos revolucionarios inspirados en el ideario marxista: el de la lucha armada. El triunfo del Ejército Rebelde y, más aún, la retórica de los líderes de la revolución, parecían indicar que, con independencia de las condiciones objetivas y subjetivas (tan ampliamente discutidas en el universo marxista), la acción decidida de un grupo de hombres armados podía garantizar el triunfo revolucionario. Los puntos nodales de la naciente “teoría del foco” serían: a) un ejército popular puede triunfar sobre un ejército profesional; b) no hay que esperar a que estén dadas todas las condiciones puesto que las subjetivas pueden ser creadas; c) la guerrilla debe ser rural.

Dicha teoría, elaborada primero por el propio Guevara y popularizada luego por el periodista francés Régis Debray, en su célebre texto **¿Revolución en la revolución?** (1966), fue objeto de interminables debates en el continente. Los postulados del foquismo quedaron plasmados en varios textos de Guevara, en especial en **La guerra de guerrillas** (1960) y **Guerra de guerrillas: un método** (1963).

Haciéndose eco de las polémicas del momento en torno a la pertinencia y posibilidad de replicar la gesta cubana en otras partes del continente, Guevara se preguntaba si el método de la guerra de guerrillas era una fórmula única para la toma del poder en todo el continente, si era sólo una fórmula predominante, o bien una más entre tantas otras. Se trataba, en verdad, de preguntas retóricas: de inmediato se advertía que la guerra de guerrillas era la vía correcta para el continente y que existían argumentos centrales que determinaban “la acción guerrillera en América como eje central de la lucha”.³ Uno de los argumentos más destacados se orientaba a desplazar la dirección del proceso revolucionario del partido hacia el foco guerrillero: este debía ser la dirección única, política y militar a la vez, de aquel proceso. El ejército opresor apelaría a toda su capacidad operativa para aplastar a las fuerzas populares; sería un combate cruento y prolongado, en el cual los militantes y dirigentes revolucionarios de las ciudades estarían siempre expuestos al ataque de fuerzas superiores, carecerían de capacidad de defensa y maniobrabilidad. En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas.

Guevara no dejaba de advertir que pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población era “el preludio de un desastre inevitable”. La guerrilla, en tanto vanguardia combativa del pueblo, debía contar con la adhesión de las masas campesinas y obreras de la zona en la que actuara. Sin esas premisas —insistía— no podía admitirse la guerra de guerrillas. No obstante la advertencia, cabe señalar que, en los escritos de Guevara, ese apoyo podía conquistarse a través del ejemplo de la conducta guerrillera en la zona, lo cual volvía a situar en la acción del guerrillero el impulso motor del proceso revolucionario. “Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y así hay que entenderla.”⁴ Por lo demás, el guevarismo planteaba la necesidad de una revolución en constante profundización y esa profundización no podía concebirse en el limitado espacio de las fronteras interiores de cada país: la guerra revolucionaria por el socialismo era, desde el comienzo, una guerra antiimperialista y, en consecuencia, se desarrollaba a escala continental —cuando no mundial.

que otorgaba a las burguesías nacionales un lugar y un rol en el proceso histórico que pondría fin al capitalismo. Para el pensador peruano las burguesías latinoamericanas habían llegado demasiado tarde al escenario de la historia. En el marco de las características que había asumido la expansión capitalista en el continente, estaban inevitablemente condenadas a la dependencia, a la sumisión al poder económico, político y militar del imperialismo. En síntesis, para Mariátegui, en un continente sometido a la dominación de los imperios ya no había lugar para un capitalismo independiente. La revolución latinoamericana sólo podría ser una revolución socialista, que incluyera objetivos agrarios y antiimperialistas. Tras la Revolución Cubana, estas nociones —el carácter simultáneamente antiimperialista y socialista de la revolución, y la autonomía programática y organizativa del proletariado— fueron recuperadas por los marxistas revolucionarios latinoamericanos. Por otra parte, estas nociones se articulaban bien con la corriente inspirada por las ideas de Trotsky en América Latina. En su célebre obra **La revolución permanente**, León Trotsky cuestionaba las premisas que sostenía el programa estalinista de “socialismo en un solo país”, cuya contracara era, para los países atrasados en su desarrollo capitalista, la ya mencionada teoría de la revolución por etapas. Desde su exilio en México, el viejo líder afirmaba no sólo que, en un país económicamente atrasado, el proletariado puede llegar al poder antes que en un país capitalista avanzado (bastaba recordar la experiencia rusa); más importante aún, el proceso revolucionario, por definición, no podía reconocer etapas detenidas en el tiempo, sino que implicaba, por sus propios objetivos, agentes motores y condiciones de posibilidad, un proceso ininterrumpido que debía trocar a toda revolución burguesa en socialista.

3 Ernesto Che Guevara, “Guerra de guerrillas: un método”, en **Obras completas**, tomo III, Buenos Aires, Ediciones CEPE, 1973, p. 26.

4 Ernesto Che Guevara, “Guerra de guerrillas: un método”, *op. cit.*, p. 29.

La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión [...]. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países donde la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.⁵

La fuerza creadora que Guevara le atribuía al foco se extendía a escala continental: la iniciación de la guerra revolucionaria en un país contribuía a crear nuevas condiciones en los países vecinos. Así, el impulso armado revolucionario se desperdigaría por el continente entero, hasta la derrota inexorable y final del imperialismo. Los primeros años de la década de los sesenta parecían corresponderse con los postulados guevarianos, cuando América Latina fue escenario de un salpicado florecer de guerrillas, en su mayoría, rurales.⁶

2. El guevarismo en Argentina en su dimensión política (el caso del PRT-ERP)

Los contactos entre la izquierda argentina y la Revolución Cubana se remontan a los primeros meses de la Revolución cuando periodistas, escritores, intelectuales en general y políticos comienzan a visitar la isla para observar de cerca el flamante proceso revolucionario, cuyo prestigio no haría más que acrecentarse hasta irradiar con la fuerza de un faro. En apenas dos años Cuba comenzaría a recibir los primeros contingentes de argentinos de distintas tradiciones políticas que, organizados por John William Cook, fundador y referente del peronismo revolucionario, arribaban a la isla para recibir allí entrenamiento militar —y cuyos posteriores recorridos personales culminarían en distintas organizaciones de la izquierda armada.

Paralelamente, bajo el aliento personal del Che y la participación de Ciro Bustos, Jorge Masetti (“Comandante Segundo”) impulsaba la conformación del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y comenzaba los preparativos para instalar un foco en la provincia norteña de Salta, limítrofe con Bolivia, que oficiaría de base de apoyo local al que instalaría el Che (“Comandante Primero”) en el país vecino. El foco se instaló finalmente en la zona de Orán, hacia septiembre de 1963, y en menos de un año fue desarticulado por completo sin un solo enfrentamiento: varios guerrilleros fueron sorprendidos y detenidos por Gendarmería en dos episodios separados por menos de dos meses, otros murieron de hambre o de heridas accidentales en expediciones en busca de alimentos, dos fueron fusilados por sus propios compañeros, y Masetti, líder del grupo, se internó en la selva y desapareció allí para siempre.

Aunque el EGP había contado con una amplia red de apoyo que se extendía por los puntos neurálgicos del país, lo cierto es que habrá que esperar al Cordobazo para asistir, ahora sí, a un verdadero florecer de guerrillas de inspiración guevarista, esta vez, urbanas.

Así se dieron a conocer: un efímero Ejército de Liberación Nacional (ELN); las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR); los Comandos Populares de Liberación (CPL); las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), conformadas por 4 columnas independientes bautizadas “Che”, “22 de agosto”, “América en Armas”, “Inti Peredo”; y el Ejército Revolucionario del Pueblo fundado por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT-ERP).⁷ De todas estas organizaciones inspiradas en el aliento guevarista, habría de ser el PRT-ERP la más importante y la de mayor actividad militar en los años setenta.

5 *Ibid.*, p. 27.

6 En Venezuela, surgían las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), dirigidas por Douglas Bravo, y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), comandado por Américo Marín. En Guatemala, Turcios Lima conducía las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Marco Antonio Yon Sosa, el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. En Colombia, Fabio Vázquez Castaño lideraba el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y Manuel Marulanda Vélez (“Tirofijo”), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Luis de la Puente Uceda, al mando del Movimiento de Izquierda Revolucionaria del Perú, iniciaba las acciones guerrilleras en la Sierra Central. También se organizaba en Perú el Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar, y en Nicaragua lo hacía el Frente Sandinista de Liberación Nacional, al mando de Carlos Fonseca. Y en el noroeste argentino se instalaba el Ejército Guerrillero del Pueblo, liderado por Jorge Masetti. Antes de finalizar la década de los sesenta, la mayoría de estos movimientos guerrilleros habrían de fracasar total o parcialmente.

7 Las FAR se fusionaría con Montoneros (de identidad peronista que se erigiría como una de las dos organizaciones guerrilleras más importantes del país) en octubre de 1973; los CPL se disolverían hacia 1974-1975 integrándose algunos de sus militantes a Montoneros y otros al PRT-ERP; y las FAL se disolverían en 1975, conformando buena parte de su militancia, la Organización Comunista poder Obrero (OCPO).

Sus orígenes se remontan a 1965, año fundacional del PRT. La fundación del nuevo partido expresaba la confluencia entre el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), movimiento conformado en Santiago del Estero y liderado por Mario Roberto Santucho (1936-1976), y Palabra Obrera, agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno (seudónimo de Hugo Bressano, 1924-1987). Ambas organizaciones se habían planteado la construcción de un partido de vanguardia que liderara la revolución socialista en la Argentina. Sin embargo, pronto comenzarían las disputas internas y éstas estarían directamente vinculadas con la oportunidad del lanzamiento de la lucha armada en el país.

En ese contexto de incipiente crisis interna, entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967 tuvo lugar en La Habana la primera reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). El PRT había pedido su incorporación formal al Comité Nacional Organizador en junio de ese mismo año y, aunque su pedido no tuvo éxito, apoyó enfáticamente al nuevo organismo. El evento se realizaba luego de las fuertes críticas de Fidel Castro al Partido Comunista Venezolano por haber retirado su apoyo a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. El hecho fue interpretado por el PRT como una lucha de la dirección cubana contra el burocratismo que, sumada al llamamiento de Guevara para conformar una Internacional Latinoamericana,

favorecen un cambio de perspectivas hacia la estructuración de una dirección revolucionaria a escala americana [...]. De ahí que, partiendo de que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, no podemos menos que solidarizarnos total y absolutamente con la Primera Conferencia de la OLAS.⁸

Realizada la conferencia, la OLAS daba a conocer una proclama en la cual sostenía que

la lucha armada constituye la línea fundamental de la Revolución en América Latina; que las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada; que para la mayoría de los países del continente, el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario [...]; que la guerrilla —como embrión de los ejércitos de liberación— constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria.⁹

¿Qué significaba el apoyo del PRT a la OLAS? Para la corriente encolumnada tras Santucho, la proclama del nuevo organismo latinoamericano no hacía más que ratificar la pertinencia del lanzamiento de la guerrilla en la Argentina. Para el morenismo, en cambio, significaba que el PRT debía formar “un aparato técnico rígidamente disciplinado a la OLAS para las tareas técnicas que la OLAS le ordene”.¹⁰ Esas tareas, se entendía (o esperaba), girarían en torno a la participación activa en la “guerra civil continental” que el castrismo comenzaba a liderar, más precisamente en la incipiente guerrilla dirigida por el Che Guevara en Bolivia.¹¹

La muerte del Che no conmovió las certezas de santuchistas ni de morenistas. Para los primeros, había llegado el momento de “seguir su ejemplo y recoger su fusil”, y emprender la guerrilla en la Argentina. Para los segundos, el postulado retroceso del movimiento obrero en el país tornaba impertinente el lanzamiento de una guerrilla ofensiva; la urgencia de la hora era, en el contexto de la “guerra civil continental”, solidarizarse política y organizativamente con los movimientos armados latinoamericanos y, en especial, con Bolivia. Apenas unos meses más tarde, a comienzos de 1968 sobrevino la escisión: en vísperas de la realización de su IV Congreso, un grupo aproximado de cien militantes identificados con Nahuel Moreno abandonó el partido y constituyó el PRT-La Verdad.¹² Por su parte, los militantes identificados con las posturas de Mario R. Santucho asumieron el nombre de PRT-El Combatiente (en adelante PRT), denominación del nuevo periódico del grupo y alusiva a la decisión de iniciar en lo inmediato la lucha armada en la Argentina.

8 “Proyecto de resolución de 1967 sobre Latinoamérica, preparado para el Tercer Congreso del PRT”, en Ernesto González (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina**, Tomo III, Vol. 2, Buenos Aires, Antídoto, 1999, pp. 190-191.

9 “Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad”, 1967, en Michael Löwy, *op. cit.*, p. 295. El destacado es mío.

10 Nahuel Moreno, “La Revolución Latinoamericana, Argentina y nuestras tareas. Documento interno”, noviembre de 1967, en Ernesto González, *op. cit.*, p. 192.

11 Resulta pertinente señalar que, hacia 1967, se produjo un fuerte acercamiento entre el castrismo y la IV Internacional, que quedaría cristalizado hacia 1969 en el IX Congreso de este organismo. Allí se proclamó la orientación hacia la lucha armada y la integración de las organizaciones trotskistas en la OLAS. Sin embargo, a lo largo de la década de los setenta, el Secretariado Unificado de la IV Internacional tomará cierta distancia del castrismo para realizar, finalmente, una autocrítica por haber reivindicado la lucha armada.

12 Cuatro años más tarde, y en un contexto de autocrítica por haber apoyado entusiastamente la lucha armada continental, fundarían en 1972, con el aporte de una fracción del Partido Socialista Argentino encabezada por Juan Carlos Coral, el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

Desde las páginas de **El Combatiente** se explicaba, que a lo largo de 1967 el PRT había vivido internamente un “proceso de asimilación” de los aportes del castrismo, “dirección auténticamente revolucionaria”. Esa asimilación fue denominada por Santucho “revolución ideológica”, y se había manifestado en el planteo interno de una serie de preguntas que el IV Congreso estaba destinado a responder: ¿Cuáles eran los aportes del castrismo a la teoría de la revolución? ¿Qué estrategia de poder reclamaban las nuevas condiciones históricas para los partidos y direcciones que se decían revolucionarios? ¿Qué significados tenían los planteos castristas y guevaristas sobre la necesidad de preparar a la clase y su vanguardia para la lucha armada? Las respuestas a estas preguntas quedaron enfáticamente plasmadas en el famoso “Libro Rojo”, escrito con vistas a la celebración del IV Congreso partidario. El “Libro Rojo” se titulaba, en realidad, **El único camino hacia el poder obrero y el socialismo**, y constituye un texto fundamental de la organización —si no el más importante— puesto que allí quedaron expresos los principales lineamientos teóricos que definirían el accionar partidario hasta su derrota definitiva en 1977. El más relevante de aquellos lineamientos fue el abandono explícito de la estrategia insurreccionalista y la adopción, en su lugar, del modelo de guerra popular prolongada.

En efecto, el capítulo 2 (“¿Tenía nuestro Partido una estrategia de poder?”) estaba dedicado, casi en su totalidad, a cuestionar el modelo de la huelga general insurreccional sostenido hasta ese entonces y considerado, ahora, como “el canto más alto que se ha entonado al espontaneísmo”.¹³ Una estrategia de poder correcta —se explicaba— no podía tener como referencia histórica la experiencia de la Revolución Rusa, porque aquella experiencia había tenido una característica específica que había posibilitado el triunfo de la insurrección: el ejército zarista estaba combatiendo en el frente en una “guerra injusta” y se encontraba, por tanto, “en plena descomposición”. En contraste, decenas de otras insurrecciones urbanas habían sido aplastadas debido a la debilidad relativa de la población insurreccionada “frente a un sólido ejército burgués o frente a la intervención imperialista”.¹⁴ En consecuencia urgía, como tarea imprescindible e impostergable, la construcción de una fuerza militar que, en su gradual crecimiento, fuera capaz de enfrentarse al ejército burgués y, eventualmente, a una invasión imperialista. A partir de allí se evocará, en principio los “aportes teóricos y programáticos” de las revoluciones triunfantes china y cubana, a saber: a) que no hay otro camino para la toma del poder que la lucha armada, b) que la lucha armada no se inicia como corolario de una insurrección popular triunfante, sino que puede comenzar como reacción defensiva de las masas y de su vanguardia, en circunstancias del más pronunciado retroceso, c) que la construcción del ejército revolucionario, sin el cual es hoy día imposible la toma del poder, es una tarea a realizar en el campo, en zonas sociales y geográficas favorables, yendo de lo pequeño a lo grande, de lo débil a lo fuerte.

Las formulaciones tomadas del maoísmo formarían perfecta familia con aquellas emanadas del guevarismo: ambas corrientes postulaban que la revolución asumiría la forma de guerra prolongada (y “cruel”, en palabras de Guevara); en consecuencia, las huestes revolucionarias debían prepararse militarmente para esa guerra, y esa preparación exigía la construcción de un ejército revolucionario que se iría templando en el propio transcurso de la guerra, en “mil batallas tácticas”. Por añadidura, el “castrismo-guevarismo, dirección auténticamente revolucionaria”, al identificar al imperialismo como sistema mundial, ofrecía la alternativa de inscribir la lucha revolucionaria local en una estrategia regional y continental, al tiempo que destacaba a los países del Tercer Mundo como escenario privilegiado de los cambios venideros.

Restaba resolver la forma orgánica que asumirá la actividad política y militar. Si, por un lado, una de las máximas del maoísmo insistía en que “la política manda al fusil” y, en consecuencia, la dirección del Ejército debía quedar en manos del Partido; las enseñanzas del castrismo eran inapelables: “el principal pilar” de la guerra revolucionaria “está constituido por los ejércitos guerrilleros”.¹⁵ Pero a ojos del PRT, la discusión en torno a la relación entre partido y ejército se tornaba secundaria, cuando no estéril, “tan inútil como la vieja discusión del huevo y la gallina”¹⁶ ante la realidad latinoamericana, donde se advertía la inexistencia de partidos revolucionarios fuertes. En definitiva, la construcción de un partido centralizado de cuadros y la de un ejército revolucionario popular no podían pensarse como tareas diferenciadas y consecutivas. Eran ambas tan urgentes como simultáneas:

13 Domecq, Sergio, Carlos Ramírez, Juan Candela (seudónimos), **El único camino hacia el poder y el socialismo**, s/l, Ediciones Combate, 1968, p. 36.

14 *Ibid.*, p. 33.

15 *Ibid.*, p. 24.

16 *Ibid.*, pp. 25-26.

La tarea de construcción del partido y construcción de la fuerza militar, para los verdaderos revolucionarios, van indisolublemente ligadas. Donde no existen partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo. Donde existen y son débiles, habrá que desarrollarlos pero transformándolos en fuerzas militares de inmediato, para que puedan responder a las exigencias que plantea una estrategia político-militar de poder en esta época. Para responder a esta necesidad es que el castrismo plantea la unidad político-militar de la dirección revolucionaria ya que, *en nuestra época, la política y el fusil no pueden ir por separado*.¹⁷

Un año más tarde, en mayo de 1969, estallaba el Cordobazo. La sublevación cordobesa fue, para el PRT, —al igual que para otras organizaciones revolucionarias armadas— la señal inequívoca de que “la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país”. Por entonces, tras las históricas jornadas, desde la prensa partidaria la organización se lamentaba de que los revolucionarios habían estado muy lejos de cumplir el rol que les correspondía. Si la lucha no se había podido llevar “más adelante”, había sido por:

falta de una dirección centralizada y destacamentos armados y adiestrados [...]. Con el apoyo de la población y la incorporación de cientos de activistas armados se hubiera podido dirigir la lucha con eficacia contra las fuerzas de la represión [...] soldados de la revolución sobran, faltaban los jefes y la organización militar.¹⁸

A la tarea de construcción de esa organización militar se abocó el V Congreso partidario, realizado a finales de julio de 1970; allí, el PRT dio carta de fundación a su ejército, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), dotándolo de una bandera en cuyo centro se recortaba una estrella roja (símbolo de la lucha por el socialismo en los cinco continentes), y un himno que alentaba “¡Adelante, compañeros, a vencer a morir, por una Argentina en armas, de cada puño, un fusil!”

En las resoluciones del evento, estipulaba:

La guerra revolucionaria se asienta sobre dos concepciones básicas: el desarrollo de lo pequeño a lo grande y la incorporación de las masas a la guerra en un proceso dialéctico [...]. El objetivo militar de la lucha es secundario frente a los objetivos políticos, *se busca en cada acción armada movilizar y educar a las masas*.¹⁹

Y a partir de aquí, entonces, me gustaría referirme a otro aspecto del legado guevariano que, con independencia de formas orgánicas y coyunturas políticas, funcionó como certeza incommovible y promesa inapelable, y habitó el ideario perretista hasta la derrota final de la organización, a saber: *que la acción armada de los revolucionarios crea las condiciones subjetivas para la revolución, despierta la conciencia de las masas, impulsa la movilización popular*. Es por esa capacidad de desarrollar las fuerzas subjetivas que la lucha armada no debía circunscribirse únicamente a los períodos de auge revolucionario, sino que podía —y debía— iniciarse aun en períodos de reflujo.

Dos meses después de su creación, el nuevo ejército realizó su primera acción: la toma de la Comisaría 24^a de la ciudad de Rosario. En la proclama correspondiente, se explicaba: “Esta acción y nuestras operaciones posteriores tienen un objetivo principal, *el despertar la conciencia popular*, mostrar a todos los patriotas el camino revolucionario”.²⁰

El ciclo de rebeliones populares que inauguró el Cordobazo, fue leído por el PRT-ERP como la confirmación de sus propias certezas; más aún si se advierte que la protesta social sumada al accionar de varios grupos guerrilleros hacían tambalear la dictadura militar instaurada en 1966 (el estallido cordobés había forzado la renuncia del ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, en tanto el secuestro y fusilamiento del general Pedro E. Aramburu por parte de Montoneros en mayo de 1970 había generado una crisis interna en las FFAA que culminó con la caída del general Juan Carlos Onganía y su reemplazo por el general Agustín Lanusse). Paralelamente, en barrios, universidades y fábricas, las audacias guerrilleras, muchas de ellas de signo justiciero, convocaban crecientes simpatías; y las organizaciones revolucionarias armadas comenzaban a nutrir lentamente sus filas.

17 *Ibid.*, p. 26. Los destacados corresponden al original.

18 **El Combatiente**, n° 33, 6 de agosto de 1969.

19 **Resoluciones del V Congreso y de los Comités Central y Comité Ejecutivo Posteriores**, Buenos Aires, PRT, 1973, pp. 73-74. El destacado es mío.

20 “Al Pueblo Argentino”, **La Tribuna de Rosario**, 20 de septiembre de 1970, en Daniel De Santis, **A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos**, Tomo I, Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 182. El destacado es mío.

En enero de 1971, el editorial de **El Combatiente** sintetizaba: “1970: las masas argentinas y su vanguardia armada han comenzado a escribir la historia de la guerra revolucionaria”. Allí advertía que la oleada popular iniciada en 1969 reconocería avances y retrocesos, como todo proceso revolucionario. Lo importante era, en todo caso, que esos retrocesos —considerados “parciales”— estaban inscriptos en una “línea general de avance”. En ese camino, la “lucha de las masas desarmadas y la actividad de la vanguardia armada” se alimentaban mutuamente, “hasta que llegue el día en que se juntarán en el curso mayor de la guerra popular. Entonces, cada hombre y mujer del pueblo y hasta los niños serán un combatiente en armas”. Advertía, finalmente, que la envergadura y espectacularidad de las acciones militares del ERP era una cuestión secundaria, que lo fundamental era la posibilidad que brindan de “provocar la actividad” de las masas, de dinamizarlas, de ponerlas en pie de lucha”.²¹

El creciente contexto de ingobernabilidad empujó al gobierno del general Lanusse a convocar, en julio de 1971, al Gran Acuerdo Nacional (GAN). El GAN proponía un compromiso entre las principales fuerzas políticas a fin de restablecer, de modo negociado, las reglas del juego electoral. La convocatoria enardeció las alarmas perretistas: representaba para la organización un hábil intento de la burguesía “y su partido político, la casta militar” por erigir vallas de contención al auge revolucionario. Canalizado hacia “la farsa electoral”, ese auge corría el riesgo de perderse en falsas opciones que desviarían a las masas del camino de la guerra revolucionaria. Este recelo hacia la convocatoria electoral encontraba su razón de ser no sólo en fundamentos ideológicos o en la propia experiencia histórica de la democracia argentina; cabe suponer también —y quizás, fundamentalmente— que existiera la sospecha o el temor de que el regreso de Perón a la Argentina —después de dieciocho años de exilio, en los que la identidad peronista de los trabajadores se había manifestado inquebrantable— echara por tierra los cálculos de los revolucionarios. Y entonces, si los planes de la burguesía eran desviar al pueblo de la guerra revolucionaria, su vanguardia, acompañándolo, debía desenmascarar el engaño y recordarle que esa guerra era la verdadera opción para sus esperanzas. Lo haría intensificando la lucha armada: ante la farsa electoral, el sentido atribuido a las acciones militares era precisamente aquel que enlazaba acción armada con conciencia revolucionaria. Las armas esclarecían, demostraban, recordaban:

el condicionamiento del GAN y la ausencia total de una opción genuinamente popular exige la *continuidad del accionar armado*. Este accionar debe ser intensificado en el próximo período [...] poniendo especial acento en las acciones de masas y realizando también acciones de envergadura [...]. Las operaciones de envergadura servirán *para demostrar al pueblo* la fuerza y la decisión de la guerrilla de *colocar en forma destacada ante los ojos de las masas*, en momentos previos a la farsa electoral, la verdadera salida, la salida de la guerra revolucionaria, *para recordar a las masas* que su lucha transcurre por completo el episodio electoral.²²

El 11 de marzo de 1973, la fórmula del peronismo, encabezada por Héctor J. Cámpora, ganó las elecciones con más del 49% de los votos. Después de casi dieciocho años de proscripción, el peronismo retornaba al poder. Para el PRT-ERP, ese hecho —y la consecuente lucha interna que desencadenaría en el movimiento peronista— desembocaría indefectiblemente en lo que la organización denominó la “fascistización” del peronismo. Era indiscutible que el nuevo gobierno —dentro del cual la así llamada Tendencia Revolucionaria del Peronismo ocupaba ocho bancas parlamentarias, cinco gobernaciones y dos ministerios— surgía de la voluntad popular. Pero para el PRT-ERP resultaba más indiscutible que el abandono de las armas facilitaría el avance de las fuerzas reaccionarias. En abril de 1973, la organización hacía pública su decisión de no abandonar la lucha armada:

El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras este no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias [...]. La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras. Que detener o disminuir la lucha es permitirles reorganizarse y pasar a la ofensiva.²³

21 **El Combatiente**, n° 51, enero de 1971. El destacado es mío.

22 “Resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972”, pp. 226-227. El destacado es mío.

23 “Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora”, proclama, 13 de abril de 1973.

La llamada “primavera camporista” se prolongó tan sólo durante cuarenta y nueve días. En la Masacre de Ezeiza, primero, y en la renuncia de Héctor Cámpora, después —con el consecuente avance de la derecha del peronismo en el gobierno—, el PRT-ERP no dejaba de encontrar signos confirmatorios de su pronóstico: la “fascistización del peronismo”. En la misma dirección podía leerse el fracaso de la experiencia chilena: luego de un largo período de boicot, en septiembre de 1973, las Fuerzas Armadas, encabezadas por el general Augusto Pinochet, derrocaron el gobierno de Salvador Allende, derrumbando así la viabilidad por tantos sostenida de la vía pacífica al socialismo. Quedaba un solo camino: la profundización de la guerra revolucionaria.

En los meses siguientes, el PRT-ERP asaltó tres cuarteles militares, abrió un “frente militar” en la provincia de Tucumán (la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez), declaró una represalia indiscriminada de “ajusticiamientos” contra oficiales del Ejército, secuestró ejecutivos de empresas nacionales y extranjeras, y formalizó —a través del establecimiento de uniformes, grados y reglamentos— la regularización de sus fuerzas militares. En octubre de 1974, Isabel Perón, a cargo de la Presidencia tras la muerte del viejo líder el 1 de julio de ese año, decretaba el estado de sitio y pocos meses más tarde, el 5 de febrero de 1975, firmaba el Decreto 261 que daba comienzo al Operativo Independencia en la provincia de Tucumán. Aprobado por el Gabinete y refrendado por el Congreso, este decreto ordenaba al Ejército Nacional ejecutar las acciones militares necesarias a fin de “aniquilar el accionar de elementos subversivos” en la provincia. Cuatro días más tarde, comenzaron las operaciones. En respuesta, el PRT-ERP declaraba:

Nuestra organización y demás organizaciones progresistas y revolucionarias sabrán responder local y nacionalmente con la acción militar y la propaganda de masas, al ilusorio proyecto de la oficialidad asesina [...]. Es el momento en que el proceso de guerra revolucionaria, de combinación de lucha, armada y no armada, pacífica y violenta, legal o ilegal, política y reivindicativa, etcétera, etcétera, se extenderá nacionalmente, prenderá en las más amplias masas y adquirirá un vigor hasta hoy desconocido.²⁴

En junio de ese año (1975), el editorial de **El Combatiente** diagnosticaba:

El movimiento de masas ha tomado un giro claramente político-revolucionario; *el desarrollo impetuoso de la lucha armada ha llevado al rojo vivo las contradicciones*, a tal punto que ningún sector, y mucho menos la camarilla gobernante, tiene hoy un plan coherente para el país.²⁵

Efectivamente, la movilización de masas iniciada tras el Cordobazo haría su última irrupción en escena en julio y agosto de 1975 cuando, tras el shock económico provocado por el paquete de medidas liberales aplicadas por el ministro de economía de Isabel, Celestino Rodrigo, el país se vio convulsionado por una oleada de protesta y alzamientos populares en todo el país, encabezado por los trabajadores industriales. Pero estas jornadas fueron seguidas por un “profundo reflujo” de la movilización, contracara, a su vez, de un cada vez mayor “aislamiento” de las organizaciones armadas.

Desde la prensa partidaria, hacia fines de ese sangriento 1975, el PRT se autocriticaba por no haber advertido a tiempo aquel reflujo. Sin embargo, la autocrítica no conmovió en absoluto los planes perretistas: en el preciso momento en que ese reflujo era advertido, el legado guevarista y el fantasma del espontaneísmo vinieron a recordarle a la organización su rol de vanguardia armada. Y entonces, en el momento más álgido de la confrontación, el PRT-ERP emprendió la preparación de la acción militar de mayor envergadura hasta el momento: el ataque al Batallón de Arsenales 601 Domingo Viejo Bueno, en la localidad de Monte Chingolo. Demostraría así la vulnerabilidad del enemigo, obligándolo a retroceder y potenciando, en contrapartida, la movilización popular. El resultado de la acción, es por todos conocido: más de ochenta guerrilleros muertos o desaparecidos.

Finalmente, el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas encabezaron el último golpe de estado de la historia argentina. Santucho, desde el editorial de **El Combatiente**, alentaba: “¡Argentinos, a las armas!”. Anunciaba allí el inicio de una etapa

24 **El Combatiente**, n° 155, 17 de febrero de 1975. El destacado es mío.

25 **El Combatiente**, n° 171, 11 de junio de 1975. El destacado es mío.

de “guerra civil generalizada” cuyo desenlace —la derrota de la dictadura— situaría al pueblo argentino en “las puertas del socialismo”. Una semana más tarde, la última reunión del Comité Central era sorprendida por las fuerzas policiales y una docena de cuadros perdía allí la vida. Y persistieron. Si la movilización de masas se hallaba en pleno retroceso desde hacía varios meses, la ferocidad inaudita de la represión, desatada principalmente sobre el movimiento obrero organizado, no sólo profundizaba aquel repliegue, sino que volvía imposibles las voluntades partidarias. El PRT-ERP no tardaría mucho en advertirlo, pero no por eso daría un paso atrás: si, de todas las formas de lucha, las legales quedaban definitivamente obturadas, allí estaban las armas para mantener vivo el fuego de la resistencia popular.

No pasaría mucho tiempo para que el PRT-ERP se viera obligado a reconocer, como dato indiscutible, la profundización del reflujo de masas. Tal reconocimiento no podía menos que implicar una revisión de la línea partidaria. A comienzos de junio, la organización admitía:

Cuando poco antes y después del 24 de marzo analizamos las perspectivas del golpe militar cometimos un error de cálculo al no señalar que el peso de la represión afectaría en un primer momento a la lucha popular, dificultando la movilización de masas y el accionar guerrillero [...] nos faltó taxativamente un período determinado de reflujo, error que desde ahora corregimos.²⁶

No lo hicieron, persistieron. En el mismo documento se dejaba bien en claro la continuidad de la lucha armada. No habría período de reflujo para las armas revolucionarias. Fragmentos más abajo el PRT-ERP pronosticaba:

El accionar guerrillero mantendrá viva la llama de la resistencia popular. [...] Mientras más prenda el ejemplo guerrillero, más poderosa y decidida será la posterior movilización obrero-popular. *Por ello es que en el presente período, la lucha armada ocupa el centro de la lucha política, es y será el eje de la política nacional.*²⁷

Veinte días más tarde, el 19 de julio de 1976, caían los más destacados miembros de la dirección partidaria, Mario Roberto Santucho, Domingo Menna y Benito Urteaga. Y las huestes perretistas persistieron. Quizás, porque la subjetividad militante no había dejado de descansar sobre la certeza incommovible —heredada del guevarismo— de que la acción armada alimenta la conciencia revolucionaria, que la heroicidad del guerrillero se convierte en ejemplo y el ejemplo en semilla que germina aquí y allá abonando el camino hacia la revolución. Quizás, también, porque la identidad perretista se cimentó sobre mandatos irrenunciables.

3. El guevarismo en Argentina en su dimensión moral: hombre nuevo y ética sacrificial

Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece a los tiempos futuros, de corazón digo que ese modelo, sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación... ese modelo es el Che [...]. Che llevó a su más alta expresión el estoicismo revolucionario, el espíritu de sacrificio revolucionario, la combatividad del revolucionario [...] sangre suya fue vertida en esta tierra cuando lo hirieron en diversos combates; sangre suya por la redención de los explotados y los oprimidos, de los humildes y los pobres.

Fidel Castro Ruz, La Habana, 18 de octubre de 1967.

26 **El Combatiente**, n° 220, 9 de junio de 1976.

27 **El Combatiente**, n° 220, 9 de junio de 1976. El destacado es mío.

Dentro del universo de referencias que intervino en la construcción identitaria del PRT-ERP sobresalió una figura que se erigió como modelo ideal y, en consecuencia, como fuente de valores, modelo de conducta y mandatos irrenunciables: el hombre nuevo. Fue esta una figura de fronteras: entre el tiempo presente y el porvenir, entre la vida y la muerte, entre el cuerpo individual y el colectivo, entre el guerrero y el asceta. Fue, también, figura de horizonte: guía, promesa y, finalmente, imposibilidad.

En tanto en el imaginario revolucionario el hombre nuevo estuvo claramente identificada en el con el Che Guevara, se abordará aquí, en primer lugar, una síntesis de los significados y atributos que tenía esta figura para el líder de la Revolución Cubana. En segundo lugar, se explorarán los sentidos particulares que la militancia del PRT-ERP atribuyó al hombre nuevo, en particular allí donde este parecía anudar virtudes proletarias, sacrificio, heroicidad y martirio. Finalmente, se atiende a los mandatos partidarios emanados de aquel modelo ideal, así como a las tensiones que conllevaron para los militantes de la organización.

a. El Che Guevara y el hombre nuevo

Antes de encarnar para los revolucionarios de los sesenta al hombre nuevo, el Che Guevara había escrito sobre él en un texto célebre publicado en el semanario **Marcha**, de Montevideo, en marzo de 1965. El texto llevaba el título de “El socialismo y el hombre nuevo en Cuba”. Varios autores han señalado que la pluma de Guevara estuvo directamente influida por el humanismo marxista, que le habría llegado a través de los escritos de Aníbal Ponce, publicados después de su muerte como **Humanismo burgués y humanismo proletario**.²⁸ Se trataba, en rigor, de un libro que reunía siete conferencias dictadas por Ponce en 1935 luego de un largo viaje por Europa, que incluyó una visita a la Unión Soviética.

El hilo que recorre la obra de Ponce es el proletariado soviético realizando el programa incumplido del humanismo burgués. En manos colectivas, la técnica y la cultura se convertían, en la “Nueva Rusia”, en poderosos instrumentos de emancipación humana. Liberado ya de la enajenación capitalista, el proletariado soviético, amo y señor de sus fuerzas, abría las puertas de un tiempo en el que el Hombre, en el despliegue de su potencialidad infinita, comenzaba a realizarse.

Casi treinta años después de las conferencias de Ponce, Guevara escribía sobre “El socialismo y el hombre nuevo en Cuba”. El artículo, redactado “en viaje por África”, tenía la declarada intención de responder a las acusaciones “de los voceros capitalistas”, que impugnaban al socialismo aseverando que ese sistema “se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado”. En tanto —afirmaba Guevara—, “la última y más importante ambición revolucionaria es ver al hombre liberado de su enajenación”, el escrito en su conjunto se internaba en una red de relatos y reflexiones orientados a dar cuenta de las formas en que, en Cuba, las condiciones enajenantes que las relaciones capitalistas imponen al hombre cedían paso a nuevas formas de emancipación humana. Pero esas formas, en rigor, eran tan sólo el comienzo; marcaban, en todo caso, un camino, abrían las puertas de un futuro en el cual, educado bajo el comunismo, “el hombre del siglo XXI” alcanzaría por fin su libertad, su plenitud, su realización. De modo que el hombre nuevo era, en el escrito de Guevara, el hombre emancipado del futuro comunista.

A diferencia de la Nueva Rusia de Ponce, en la que el trabajo socializado había “retrocedido los límites de lo imposible” y la mano laboriosa del hombre consciente modificaba “a su antojo la flora y la fauna”, el socialismo en Cuba estaba “en

28 Según lo señalado por Horacio Tarcus en el estudio preliminar a la reciente reedición (Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009), esta obra fue editada por primera vez en 1938 en México, con el título **Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland**, por Editorial América. La primera edición en la Argentina llevó el título **De Erasmo a Romain Rolland**, Buenos Aires, El Ateneo, 1939. Tarcus agrega que el primero en conjeturar que Guevara habría leído a Ponce fue Michael Löwy, en **El pensamiento de Che Guevara**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. Muchos años después, Carlos Infante testimonió que su hermana Tita y el Che, en efecto, habían leído varios libros de Ponce, entre ellos, **Humanismo burgués y humanismo proletario** (Adys Cupull Reyes y Froilán González, **Cálida presencia. La amistad del Che y Tita Infante a través de sus cartas**, Rosario, Ameghino, 1997).

pañales". En consecuencia, no se había producido todavía allí una educación completa para el trabajo social "y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación".²⁹ De ahí que Guevara destacara del individuo "su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas".³⁰ Mientras que en la Unión Soviética que gustaba ver Ponce los hombres "sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente", la construcción del comunismo en Cuba debía realizarse, a la vez, en la base material y en la creación del sujeto. Para ello debía recurrirse a estímulos morales que apuntalaran una nueva conciencia.

Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al hombre nuevo. De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Este instrumento debe ser de índole moral.³¹

La educación global del individuo, implementada desde los resortes del Estado, era un instrumento imprescindible. Le cabía a la vanguardia, es decir, el partido, el rol dirigente, protagónico de ese proceso. Así, si la escritura de Ponce ponía al proletariado en su conjunto en el centro de la escena, la de Guevara encontró en la vanguardia el motor acelerador de la ingeniería emancipatoria:

En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que esta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con *nuestro ejemplo*. [...] El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite *ir al sacrificio en su función de avanzada*.³²

En este punto, conviene dejar de lado el problema de la construcción de un nuevo hombre a través de su educación e integración en el trabajo colectivo, para centrar el análisis en el encadenamiento de sentidos que deja traslucir el texto de Guevara: aquel que anuda conciencia-moral con vanguardia, y a esta con *ejemplo de sacrificio*. Dicho encadenamiento permitirá, en el imaginario revolucionario, encontrar en el guerrillero heroico la encarnación anticipada del hombre nuevo. Evocando los tiempos de la guerrilla en Sierra Maestra y los primeros momentos de la revolución, Guevara advertía:

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. *En la actitud de nuestros combatientes se vislumbra al hombre del futuro*.³³

Partiendo, entonces, de ese "tema aleccionador", Guevara insistirá, a lo largo de su artículo, en el anudamiento vanguardia-ejemplo-sacrificio-futuro:

El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio [...]. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización [...]. El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte [...]. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte [...]. Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres. [...] Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio [...]. Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.³⁴

29 Ernesto Che Guevara, "El socialismo y el hombre nuevo en Cuba", **Cuadernos de Marcha**, n° 7, noviembre de 1967, p. 119.

30 *Ibid.*

31 *Ibid.*

32 *Ibid.*, p. 120. El destacado es mío.

33 *Ibid.*, p. 117. El destacado es mío.

34 *Ibid.*, pp. 123-125,

Dos años después de publicado el artículo, Guevara se dirigió por última vez “a los pueblos del mundo”, a través de un largo mensaje publicado por la Tricontinental. Allí exclamaba: “¡Qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo cuando está en juego el destino de la humanidad!”. Seis meses más tarde, moría fusilado en Bolivia. Las fotografías tomadas a su cuerpo sin vida recorrieron el mundo, dando nacimiento no sólo a una extensa cadena de representaciones que lo enlazaban con el martirio de Cristo, sino, además, a un ícono mítico, el guerrillero heroico, que impulsará a miles de jóvenes a exclamar: “¡Seremos como el Che!”.

Desde entonces, sus palabras fueron leídas a partir del ejemplo que su propio recorrido personal ofrecía: de funcionario del nuevo poder en construcción (director del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria, ministro de Industria y presidente del Banco Nacional) a la experiencia guerrillera en África primero y en Bolivia después (ambas fracasadas, por cierto). En ese recorrido, sustentado siempre en la certeza de la capacidad concientizadora de las armas, el empeño constructor había cedido terreno al arrojo sacrificial.

Resulta evidente que los discursos y relatos sobre el héroe caído contribuyeron, a reforzar un mito en el que el guerrillero heroico se emparentaba con el hombre nuevo allí donde encarnaba un “modelo de hombre que pertenece a los tiempos futuros”, como aseveraba Fidel Castro en el discurso citado. Por lo demás, ese modelo de hombre “sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación”, generoso en sangre “por la redención de los explotados y los oprimidos, de los humildes y los pobres”, había quedado también prefigurado en las propias palabras de Guevara:

Ya habíamos identificado al guerrillero como un hombre que hace suya el ansia de liberación del pueblo [...]. Al comenzar la lucha lo hace ya con la intención de destruir un orden injusto y, por lo tanto, más o menos veladamente con la intención de colocar algo nuevo en lugar de lo viejo [...]. Pero el guerrillero, como elemento consciente de la vanguardia popular, debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero sacerdote de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo. El guerrillero debe ser un asceta.³⁵

b. El hombre nuevo perretista: moral, heroicidad y martirio

Yo digo: bueno, yo voy a luchar por un mundo mejor y el futuro está en mis hijos. Ahí estoy diciendo de alguna manera que a mí me pueden matar. Es jugarse al todo o nada, al Cristo. Te imaginás que yo vengo ideológicamente con una educación cristiana. ¿Y cuál es la imagen cristiana del combatiente? Cristo, que muere crucificado. Después tengo la otra imagen, la del Che Guevara. Cristo, ojo, Cristo no era a nivel consciente, viste. Hoy yo lo veo que es a nivel inconsciente, cultural [...]. Es una cara que se superpone a la otra, la de Cristo y la del Che Guevara.

Miguel, 12 de enero de 2000, testimonio brindado a la autora.

La rectificación guevarista del pensamiento marxista confluyó en la matriz de un pensamiento que exaltaba los alcances casi ilimitados de la voluntad revolucionaria. Si de la acción de los hombres dependía el ritmo de la consagración histórica, la tarea primordial de la empresa revolucionaria era dotarlos de los valores, las cualidades y los atributos imprescindibles para llevar adelante la trascendental tarea.

35 Ernesto Che Guevara, “La guerra de guerrillas”, en **Obras completas**, tomo II, *op. cit.*, p. 47.

Fieles al legado guevariano, los militantes del PRT-ERP realizaron un enorme sacrificio para construir día a día, a partir de su propia praxis, a ese hombre nuevo que, si bien habitaría el futuro, parecía resultar claro para todos que podía identificarse básicamente por sus valores morales. Al rastrear en los distintos escritos partidarios aquello que el colectivo perretista consideraba “virtudes” y al reunir los diversos testimonios recopilados, se vuelve evidente que existía una serie de características que definían al hombre nuevo y, por tanto, al militante ejemplar: “ser humilde”, “ser callado”, “ser solidario”, “ser disciplinado”, “estar siempre dispuesto”, “ser sacrificado”, “dar la vida”.

Interesa destacar en especial las formas gramaticales en que aquellas virtudes son expresadas y recordadas en los diversos testimonios: “ser humilde”, “ser sacrificado”, “ser callado”, “ser...”. La connotación imperativa de la fórmula resultó fundamental en la dinámica de construcción de la identidad del militante en tanto participaba en la definición de mandatos partidarios: no enunciaba simplemente un conjunto de virtudes a emular, definía cómo había que ser para ser un verdadero revolucionario. En el imaginario perretista, el valor por excelencia que definía a ese revolucionario verdadero y ejemplar fue el espíritu de sacrificio, expresión crucial de la identidad perretista en construcción. Así, desde las imágenes y representaciones contenidas en los distintos niveles y espacios de la discursividad partidaria, se fue imponiendo con relativo éxito y rapidez un modelo de militante cuyos atributos todos podían reconocer.

Del conjunto de aquellos mandatos, interesa destacar aquí, en tanto resultado último del “espíritu de sacrificio”, el de “dar la vida”, puesto que, pudiendo ser un mandato relativamente polisémico (“dedicar la vida a...”, “ocuparla vida en...”), resultaba ser, por las implicancias subjetivas que disparaba, definitivamente unívoco: morir.³⁶ “Dar la vida” significaba ofrendarla. La muerte se convertía en fuente de legitimación; como había sentenciado el Che Guevara en su carta de despedida a Fidel Castro (y que la memoria militante no cesaba de evocar): “En toda revolución se triunfa o se muere cuando es verdadera”. Así, la muerte venía a otorgar el sentido de verdad a una revolución en marcha que, para triunfar, exige el sacrificio de sus “mejores hijos”. Como esa muerte legitimante abonaba necesariamente el camino hacia una revolución que inauguraría una nueva era:

Militantes y cuadros, entre ellos miembros del Comité Central, han dado su vida con honor, cayendo algunos en combate, otros asesinados en la cámara de tortura, otros ejecutados fría y premeditadamente por el enemigo. Pero su sacrificio no ha sido vano, su ejemplo y su sangre se han convertido en formidable aliciente que galvaniza y une cada vez más a los mejores elementos revolucionarios de nuestro pueblo en torno al PRT...³⁷

De este modo, la creencia en la fuerza convocante de la caída de cada combatiente alentaba el empeño revolucionario. No había dudas de que quienes morían eran los mejores, porque esta forma de muerte era consagratoria. La prensa partidaria lo expresaba con claridad:

Así, paulatinamente, el compañero Marcelo se convirtió en un revolucionario total que, según nuestro Che Guevara, es “el escalón más alto de la especie humana”, significando con esto que la actitud de un hombre que entrega su vida en pos de los intereses de la mayoría del pueblo, poniendo este interés por encima de sus necesidades individuales, de sus deseos personales íntimos, es la más grande actitud que puede tomar un hombre ante la vida.³⁸

En la misma dirección, en una suerte de semblanza de Mario Emilio Delfino, militante del PRT-ERP asesinado en la Masacre de Trelew, se lee:

36 El imperativo sacrificial de dar la vida por la organización no fue privativo del PRT-ERP; antes bien, se reconoce en las diversas tradiciones de las izquierdas, pudiendo remontarse, en alguna medida, a la anarquista, aunque sin duda alcanzó una forma más acaba en la tradición comunista. En esta tradición, ser del partido implicaba necesariamente una subordinación del individuo al colectivo. Y el partido, desde luego, podía encomendar al militante una misión de riesgo. Sin embargo, aunque el riesgo de muerte haya estado siempre presente en el horizonte de ese modelo de militancia a menudo clandestina, no se trataba necesariamente de “ir a morir”, de “lanzarse al combate”. En la tradición comunista, la expresión “dar la vida por la revolución” no implicaba necesariamente la muerte, sino la infatigable consagración de la vida a la actividad revolucionaria; no consistía en ir en busca de una muerte sacrificial, sino en realizar pequeños sacrificios día a día en pos de las necesidades del partido. Esta diferencia explica que los comunistas hayan sido más “protectores” de la vida y la seguridad de sus militantes.

37 **Resoluciones del V Congreso y posteriores**, PRT, 1971, p. 10.

38 **Estrella Roja**, s/n, abril de 1971. Colección Documento Histórico, n° 26, Infobae.

y cuando las balas asesinas troncharon su vida, había llegado también a su plena madurez moral y política, había alcanzado la estatura de los grandes cuadros revolucionarios que nuestra revolución necesita. Por eso ocupaba uno de los primeros puestos en la lista. *Por eso murió primero, porque era uno de los mejores.*³⁹

Algunos testimonios permiten pensar en ciertos efectos de esta consagración, tanto en la vida interna de la organización (“hay una instancia en la que no se puede discutir porque *el compañero dio su vida*”),⁴⁰ como en el fuero íntimo de quien se dirige al combate:

La sensación que yo tenía era que me debía a mis compañeros, me debía a los grupos en los que estaba [...]. Muchos caían presos, a algunos otros los mataban... entonces... una cosa de cierto... pacto, digamos. Si a mí me pasaba lo que les pasaba a otros, claramente yo quería que... bueno, que mis compañeros siguieran mi lucha, que algún comando llevara mi nombre.⁴¹

En esa consagración se erigió la figura del héroe en el universo de referencias de la agrupación guerrillera: es la muerte en combate, y más precisamente la “caída en combate”, aquello que habilitaba lo heroico. Así, el componente bélico resulta fundamental en la construcción de esta figura. Debe estar presente aunque más no sea en sus representaciones colectivas objetivadas (imágenes, relatos, consignas, formas discursivas que establezcan una gloria) o contenidas en la subjetividad individual de cada militante.

Una vez más, si el hombre nuevo perretista estaba signado por su espíritu de sacrificio, por su disposición a dar la vida —y eso implicaba el combate—, hombre nuevo y héroe se fundían en la figura del guerrillero: “El más alto militante era el guerrillero. Ese que dejaba todo por enfrentarse a los militares [...]. Se sabía que el compañero más fuerte, más decidido era el que iba al combate”.⁴²

De modo que, en el imaginario perretista, la ética sacrificial se articulaba con el mandato combatiente. La guerra revolucionaria no podía menos que implicar una red de dispositivos que moldearan la identidad, la sensibilidad y las prácticas partidarias. En consecuencia, el culto al heroísmo y la exaltación de la muerte en combate ocupaban un lugar rector en aquella red.

La documentación partidaria se mostró abundante en semblanzas heroificantes de militantes caídos en combate, en consignas que enarbolaban la ejemplaridad de cada muerte invitando a continuar la epopeya del caído y en una retórica sustentada en la certeza inmovible de que la sangre de cada combatiente abonaba el cuerpo colectivo de la revolución. Dicha certeza quedaba cristalizada en una expresión que acompañaría cada muerte, cada sepelio, cada homenaje: “Ha muerto un revolucionario. ¡Viva la revolución!”. Tan sólo a modo de ejemplo, se citan aquí algunas fórmulas tempranas en que los componentes descriptos se plasmaron en el discurso partidario.

Marcelo Lezcano, José Alberto Polti y Juan del Valle Taborda fueron de los primeros militantes del PRT-ERP caídos en un combate callejero con la policía, en abril de 1971 en Córdoba. En su primer número posterior a los hechos, **Estrella Roja**, órgano de difusión del ERP, citaba, al final de un pequeño relato de las circunstancias en que estos tres militantes habían perdido la vida, unos versos del poeta cubano Nicolás Guillén: “Hay quien muere sobre su lecho doce meses agonizando otros hay que mueren cantando con doce balazos sobre el pecho”.⁴³ Un mes más tarde, la revista volvía a recordar a los caídos:

El 17 de abril las calles cordobesas se tiñeron con la sangre de tres de nuestros más queridos compañeros [...]. Fue necesario que los mercenarios enemigos los enfrentaran de a diez por cada uno de ellos. Fue necesario que los tomaran sin municiones y encontrándolos indefensos, heridos en el suelo, los acribillaran alevosamente para poder apagar estas vidas al servicio de la revolución. Ellos sabían que en esta guerra del pueblo la muerte podía sorprenderlos [...]. No le

39 **Estrella Roja**, n° 23, 15 de agosto de 1973. El destacado es mío.

40 Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

41 Memoria Abierta, testimonio de Eduardo Anguita, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2001.

42 Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

43 **Estrella Roja**, s/n, abril de 1971. Colección Documento Histórico, n° 26, Infobae.

temían [...] porque confiaban seguros en que su lugar de combate iba a ser llenado inmediatamente y su fusil caído multiplicado por mil.⁴⁴

Si bien la apelación al sacrificio, el relato heroificante y la exaltación de la muerte en combate están presentes en cualquier grupo de hombres que se dirija a la guerra, es indudable que la figura del Che Guevara, su ejemplo (sustentado tanto en su propio recorrido personal, como en una postulada superioridad moral) y su retórica reforzaban, de manera singular, el demandado altruismo perretista. En la tapa de ese mismo ejemplar de **Estrella Roja** en que se homenajeaba a Lezcano, Polti y Taborda, se reproducía un fragmento —que sería más tarde citado una y otra vez— del célebre mensaje del Che Guevara a través de la Tricontinental (1967):

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.⁴⁵

Y a dos años de la muerte de Guevara, la tapa de **El Combatiente** reproducía una foto del Che riendo, con un epígrafe que señalaba: “Volverá y será millones”.⁴⁶

A lo largo de toda la vida activa de la organización, su prensa fue abundante en este tipo de apelaciones, donde la figura del militante caído se erigía como héroe glorificado que impulsaba a otros, con su muerte, a sumarse a la guerra revolucionaria, cuyo triunfo inminente parecía no dejar lugar a dudas. Interesa destacar en estas reivindicaciones la insistencia en que la muerte del combatiente traería consigo una multiplicación de brazos dispuestos a empuñar las armas.

El día lunes 15, fuerzas policiales masacraron a sangre fría a cuatro combatientes de nuestro Ejército [...]. La sangre de los caídos nos marca el camino para nuestra verdadera liberación [...]. Los nombres de los caídos [...] permanecerán vivos en la memoria de nuestro pueblo; y el fusil que dejaron los compañeros será levantado por cientos de obreros, de estudiantes, de campesinos y trabajadores que día a día se incorporarán a las filas de la revolución para construir una patria nueva, una PATRIA SOCIALISTA.⁴⁷

En estas apelaciones se erige la función movilizante y pedagógica del mito revolucionario. El héroe muestra un camino a seguir, dinamiza voluntades, enseña con su ejemplo. Y esta figura, la del ejemplo, la de lo ejemplar, fue otro dispositivo clave en el proceso de construcción de la identidad perretista. No se trataba únicamente de emular virtudes morales. Esas virtudes podían estar —y en rigor estaban— encarnadas en revolucionarios reales que habían dado la vida. Imitándolos no sólo se estrechaban los lazos simbólicos entre los militantes, no sólo se moldeaba la identidad del grupo, también se ponía de manifiesto allí una intención disciplinaria tan personal como colectiva. En palabras de una entrevistada:

Se entendía que se construía la moral del conjunto del partido si se tenía héroes, figuras paradigmáticas y modelos de moral, modelos de heroicidad y modelos de entrega y modelos de militancia [...] con el ejemplo del Che, con el ejemplo de... [...] con la idea siempre de la cosa ejemplar.⁴⁸

Esa potencialidad del ejemplo moral del revolucionario combatiente se proyectaba, también, hacia el afuera de la organización, hacia las masas que, “heridas en su imaginación” por la fuerza del comportamiento heroico del guerrillero, se encolumnarían tras su causa:

Ante las dificultades, comportarse heroicamente. Ir dispuesto a matar o morir. La moral revolucionaria, base de nuestro heroísmo, es nuestra superioridad fundamental en el combate. *El comportamiento heroico hiere la imaginación de las masas despertando admiración, solidaridad y sentimiento de emulación.*⁴⁹

44 **Estrella Roja**, n° 2, mayo de 1971.

45 *Ídem*.

46 **El Combatiente**, n° 37, 8 de octubre de 1969.

47 “Han muerto revolucionarios. ¡Viva la revolución”, volante, s/l, julio de 1974. Las mayúsculas corresponden al original.

48 Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.

49 **Resoluciones del V Congreso**, *op. cit.*, p. 139. El destacado es mío.

En este sentido es interesante el significado que la expresión “moral de combate” asumía en la voz del colectivo partidario. “Moral de combate” no remitía a un cuerpo codificado de conductas específicas, ni aun a la templanza que, en situaciones difíciles, debía evidenciar un combatiente. La expresión se traducía, sencillamente, en el imperativo del combate.

Conviene destacar aquí otro rasgo del héroe perretista: el martirio. Cuando de un guerrillero muerto se trata, las figuras del héroe y del mártir se entrelazan, se funden y confunden en el imaginario colectivo de la organización. La mayoría de las personas entrevistadas utiliza indistintamente los términos “héroe” y “mártir” para referirse, por ejemplo, a los militantes fugados del penal de Rawson el 19 de agosto de 1972 y fusilados en Trelew el 22. En la documentación partidaria, los dieciséis militantes fusilados se convirtieron en héroes de Trelew, y fue el día 22 de agosto (y no el 19) el que se decretó Día del Combatiente Heroico. La heroicidad provenía menos de la acción de la fuga en sí misma que de una muerte perpetrada desde la alevosía. Al mismo tiempo, algunos otros volantes y carteles se referían a “héroes y mártires de Trelew”. Entonces, para el PRT-ERP, héroe era el guerrillero que caía en combate, quien moría asesinado a sangre fría, o bien aquel que moría luego de conocer las formas más extremas del sufrimiento físico, la tortura. Sin alguno de estos componentes, no había héroes.

P:—Dentro de los cánones del partido, ¿quiénes eran héroes?

R:—Héroe era el que lo mataban, ese era el héroe... los héroes de Trelew. O el Che Guevara. Esos eran los héroes. Más héroes que los que triunfaban [...]. Bueno, una tortura donde el tipo muere sin cantar a nadie, porque lo revientan, también es otro héroe [...]. Pero una persona que no canta a nadie y se salva... no es un héroe [...]. Eso es lo esperable de un compañero.⁵⁰

La fuerza simbólica del encadenamiento hombre nuevo-guerrillero-héroe-mártir, entrelazada al imperativo omnipresente del discurso partidario (“ser...”), no podía menos que alentar la decisión última y el trágico gesto de “jugarse al Cristo”.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos partidarios para moldear un militante a partir del modelo de un revolucionario ideal, los mandatos de sacrificio, heroicidad y coraje fueron apropiados e internalizados por los militantes del PRT-ERP con distintos niveles de solemnidad, exigencia y dramatismo. Del mismo modo, existieron distintos tipos y grados de conflictividad cuando los modelos de conducta y emoción impuestos desde la normativa colectiva se enfrentaban al mundo de la experiencia material del militante. Ante la extendida imagen del guerrillero heroico y temerario, la duda y el temor se alzaron algunas veces, aunque se escondieron muchas más. Ante el pretendido militante disciplinado se elevó, también, la voz del disidente. El miedo y el valor, la pesadumbre y la alegría, la irreverencia y la solemnidad, las contradicciones y los conflictos fueron componentes inseparables de la experiencia perretista en su conjunto.

No obstante, todos estos componentes no son destacados en igual medida por cierta memoria más o menos extendida, tanto en los relatos testimoniales más públicos como en la bibliografía dedicada al PRT-ERP. Más bien es frecuente la alusión a la eficacia del PRT-ERP en la construcción de militantes “duros”, al tiempo que la imagen que se ha popularizado en gran medida es la de militantes de una enorme solidez moral. No se pretende impugnar aquí dicha solidez; sí, en cambio, echar algo de luz sobre una zona poco explorada: la de las fisuras abiertas por la dimensión de la experiencia individual. En efecto, fue el mundo de la experiencia el marco a partir del cual se apropiaron y significaron los mandatos partidarios. Uno de estos mandatos, de importancia definitoria para la subjetividad individual y colectiva (y va de suyo que para la vida material de la organización), se vinculaba con el miedo, o mejor dicho, con la temeridad. Una de las formas en que se intentó consolidar la ausencia del miedo fue, sencillamente, su impugnación moral: el miedo era, desde esta perspectiva, uno de los tantos síntomas de debilidad ideológica, de individualismo pequeño-burgués.

En las páginas de **Moral y proletarización**, uno de los textos canónicos por excelencia de la organización, bajo el título de “El individualismo en las organizaciones revolucionarias”, había un apartado titulado “El temor por sí mismo”, donde se afirmaba:

50 Miguel, 2 de marzo de 2000. Testimonio brindado a la autora.

La prolongación frecuente [...] del individualismo es el temor por la propia persona [...]. El temor de perder la vida [...] lo corroe consciente o inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles [...] cuando de su propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, [...] el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre.⁵¹

En una Argentina en la que la tortura a prisioneros políticos estaba prácticamente institucionalizada, cualquier organización insurgente de estructura celular y clandestina no podía menos que incluir en su nómina de mandatos la conducta a seguir en situaciones de tortura. La tradición revolucionaria ofrecía una cantera inagotable de íconos heroicos, de hombres, mujeres e incluso niños que soportaron estoicamente los más terribles e inimaginables sufrimientos, sellando sus gritos de dolor con el silencio hermético sobre el partido. El PRT-ERP se inscribió en esa tradición, y lo hizo sin fisuras ni concesiones:

Es muy necesario dejar perfectamente claro que un militante o combatiente de nuestro Partido y de nuestra fuerza militar **nunca canta, nunca da datos a la policía** [...]. Siempre es posible que un detenido se entregue al enemigo. Pero el que lo hiciera será considerado un traidor y juzgado como tal.⁵²

Es cierto que, tanto en la revolución como en la guerra, la delación en manos enemigas pone en riesgo la causa entera y, en consecuencia, es castigada severamente, la mayoría de las veces con la pena muerte. Lo que en este caso parece necesario advertir es que, a diferencia de otras organizaciones guerrilleras, el PRT-ERP no elaboró una estrategia codificada para acotar el sufrimiento de la tortura y, al mismo tiempo, salvaguardar la seguridad de la organización. El Frente de Liberación Nacional de Argelia, por ejemplo, estipulaba un lapso de veinticuatro horas durante el cual el prisionero debía guardar silencio, de ese modo daba tiempo a la organización de poner a resguardo a las personas y la infraestructura que el prisionero pudiera conocer. Pasado ese tiempo, si la tortura persistía, el militante tenía expreso permiso de dar información a sus captores. Siguiendo el ejemplo argelino, hasta diciembre de 1975 Montoneros definió en su Código de Justicia Revolucionaria el mismo procedimiento, y a partir de 1976 adoptó la célebre pastilla de cianuro, que permitía al militante que la portaba optar por el suicidio ante su inminente secuestro a fin de no enfrentar la tortura. En cambio, en el caso del PRT-ERP, su casi único reflejo frente a la extensión de la tortura fue el imperativo de resistir sin delatar. Más aún, consideraba un error la estrategia asumida por el Frente de Liberación Nacional de Argelia:

Nuestro Partido no ha definido aún con precisión cuál debe ser la actitud de un militante y de un combatiente en el supuesto de caer en manos del enemigo. Peor aún, la única vez que se discutió esta cuestión, en el Comité Ejecutivo anterior, en enero de 1969, primó la concepción de que ante las torturas nadie aguanta. Es asimismo muy conocido en el Partido —nunca ha sido rebatido críticamente— el erróneo sistema argelino de permitir la confesión 24 horas después de la detención.⁵³

Debe señalarse, a su vez, que el mandato de resistir la tortura sin delatar se complementaba con la confianza en que la solidez ideológica, política y moral del cuadro revolucionario garantizaba su silencio en la tortura. Esa confianza, devenida muchas veces en certeza, parece haber sido compartida por todo el colectivo partidario. Muchos entrevistados —aun aquellos que sufrieron la tortura en carne propia— han manifestado su propio shock o su perplejidad al enterarse de que, tras la caída de algún militante, éste había cantado. La expresión que se reitera en los testimonios es “no lo podía creer”, y debe ser considerada con seriedad.

En resumidas cuentas, con la sangre en el combate o el silencio en la tortura, el cuerpo del militante fue, en definitiva, un cuerpo destinado a la revolución. Un cuerpo cuya unidad ontológica ya no era el propio sujeto sino la Historia.

51 PRT, **Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución**, PRT, 1972, p. 26.

52 **Resoluciones del Comité Central del V Congreso**, *op. cit.*, apartado “Resoluciones sobre la Moral ante el Enemigo”, p. 143. El destacado corresponde al original.

53 **Resoluciones del V Congreso**, *op. cit.*, pp. 143-144.

Resulta claro que, a pesar de los esfuerzos partidarios, la ética del sacrificio tenía sus fisuras. La heroicidad propuesta imponía un modelo “imposible de alcanzar”,⁵⁴ y las conflictividades y disidencias, dudas y temores avanzaban en las subjetividades militantes a la par de la confrontación entre imperativos partidarios y experiencia individual. Y sin embargo, no había negociación posible: el héroe tenía su opuesto indispensable, el traidor, el quebrado. Desde las tramas discursivas partidarias, y desde las prácticas que éstas imponían sólo había espacio para la oposición héroe-traidor/héroe-cobarde/héroe-quebrado.

P:—En tu entrevista pasada oponías el héroe al cobarde. Entre uno y otro, ¿qué hay?

R:—No, no había espacio. Había que ser el militante. Había que ser el revolucionario, el que da todo. [...] Al que había que imitar era al Che Guevara.

Ante la constatación de tensiones y conflictividades, en un contexto de sensible recrudescimiento de la represión, resulta casi imposible no volver sobre la pregunta del por qué persistieron. Sin embargo, dicho interrogante no admite una respuesta única, sino que existe, más bien, un encadenamiento de motivos que deben ser concebidos en estrecha imbricación. En principio, se destaca el sentido de la ética que no permite regresar tras los propios pasos sin ser considerado un traidor. Los testimonios verifican que, aun denunciando lo absurdo de la opción binaria planteada, ésta no dejaba de calar profundo en los sentimientos que impulsaban la tenaz persistencia del militante.

Verónica, por ejemplo, recuerda que, tras el tiroteo en la quinta de Moreno donde se reunía el Comité Central en marzo de 1976, luego de que ella le dijera a su pareja que ya no podía “vivir así”:

Me sentí una traidora... pero de las peores [...] y no es que me fui. No, no; me quedé. Pero me sentí muy mal, ya te digo, traidora por haber pronunciado esas terribles palabras de querer irme [...]. Yo había estado ahí, con él, con mi hijo, con los compañeros, en medio del quilombo, del tiroteo. [...] Y yo no te puedo explicar la sensación... [...], el miedo, el vértigo [...] y... nosotros... porque en medio de todo eso, te das la mano, te das aliento, te exponés por tus compañeros y ellos se exponen por vos... te mirás a los ojos... no sé... Bueno, todo eso que pasa en una guerra...⁵⁵

Entre “todo eso que pasa en una guerra” se configura, qué duda cabe, la hermandad entre los combatientes, única garantía de supervivencia y sostén emotivo. Supervivencia, sostén, hermandad: compromiso de sangre que asumía el peso de una deuda. No sólo de una deuda simbólica, ni una deuda general con la causa o con la revolución: se trataba de una deuda de todos y cada uno con el compañero caído, individualizado en su historia personal, con nombre y apellido, en las semblanzas partidarias. Los compañeros se deben los unos a los otros; deuda que es deber y, a la vez, promesa:

El 29 de julio pasado [...] un grupo de compañeros de nuestra Regional Córdoba se encontraba realizando pintadas [...]. El combatiente Eduardo Giménez, que estaba en tanto separado del resto, fue sorprendido por un patrullero policial y obligado a subir en él. Poco después, el compañero apareció en Colón al 500 [...] con una bala en la frente [...]. Su muerte, como expresaron los oradores que intervinieron en su velorio, no será en vano. Todos nosotros tomaremos tu fusil, Eduardo.⁵⁶

Ante el miedo a la muerte, ante el miedo a la tortura, ante la certeza íntima de no poder o no querer llevar aquella promesa hasta las últimas consecuencias, ¿por qué persistieron?

Las respuestas ofrecidas por los propios entrevistados a esta pregunta permiten afirmar que, desde el punto de vista subjetivo, abandonar la identidad colectiva conllevaba, necesariamente, una soledad nueva, asimilable a la pérdida de sentido que esa identidad ofreció. El partido parece ser, además, en varios testimonios, el único espacio concebible para estos jóvenes que necesitaban ser parte de ese colectivo, so pena de quedar afuera de una historia anunciada que, a sus ojos, avanzaba veloz hacia la victoria revolucionaria: “Y si yo me iba... ¿a dónde iba?”.⁵⁷

54 Miguel, 20 de enero de 2000. Testimonio brindado a la autora.

55 Verónica, 19 de junio de 2006. Testimonio brindado a la autora.

56 **El Combatiente**, 10 de agosto de 1973.

57 Silvia, 9 de abril de 2000. Testimonio brindado a la autora.



Pero las nociones bélicas que poblaron la forma de pensar y concebir la política, la fuerza religiosa de los mandatos e imperativos resultantes de una iconografía signada por la heroicidad, el sacrificio y el martirio no pueden, sin lugar a dudas, estar ausentes de la respuesta. ¿Por qué persistieron?

Persistieron porque fueron en camino del hombre nuevo. Y, como señala Alain Badiou, el proyecto es tan radical que no importa la singularidad de las vidas humanas, ellas son un mero material. “¿Qué importa el sacrificio de un hombre o de un pueblo cuando está en juego el destino de la humanidad!”, exclamaba Guevara antes de morir.

Persistieron porque el hombre nuevo quedó teñido, en el imaginario perretista, por el sacrificio de hoy en pos de la emancipación del mañana. Signando esa conjunción, hombre nuevo-sacrificio, se erigió el deber moral. Y como insistía la pluma guevarista, si “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, en toda revolución “se triunfa o se muere cuando es verdadera”.

Persistieron porque habían jurado persistir, tomar el fusil de los muchos otros que habían caído. Persistieron porque, como advertía el Che Gevara en su último Mensaje a los Pueblos del Mundo, en esa confrontación cruenta y final de los desposeídos contra “el gran enemigo del género humano”, “no se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o a la vistoria”.

Resumen

El presente texto se centra en la doble dimensión —política y moral— que asumió el legado guevarista en la guerrilla marxista argentina de los años setenta. A tal fin, comienza atendiendo al impacto experimentado por el marxismo latinoamericano tras el triunfo de la Revolución Cubana —principalmente en lo referido a la caracterización de la revolución, por un lado, y al papel y modalidad de la lucha armada, por otro— puesto que es en ese escenario donde se inscribe la experiencia de la izquierda armada argentina. A partir de allí, analiza la historia y las características del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del pueblo (PRT-ERP), a la luz de aquella doble dimensión del legado guevarista. De ahí que atienda tanto a la modalidad y los sentidos específicos que asumió el foquismo en materia de línea política de la organización, como a aquellos valores ético-morales que moldearon la identidad partidaria y de los cuales emanaron mandatos colectivos irrenunciables que determinaron el accionar de la organización.

Palabras clave

Guevarismo; Foquismo; Ética sacrificial; Guerra revolucionaria.

Abstract

The present text focuses on the double dimension —political and moral— that the Guevarist legacy assumed in the Argentine Marxist guerrilla movement of the 1970s. To this end, it begins with the impact experienced by Latin American Marxism after the triumph of the Cuban Revolution —principally with regard to the characterization of the revolution, on the one hand, and the role and modality of the armed struggle, on the other— that is in that scenario where the experience of the Argentine armed left is inscribed. From there, it analyzes the history and characteristics of the Workers' Revolutionary Party-Revolutionary People's Army [PRT-ERP], in light of a double dimension of the Guevarist legacy. Hence, it addresses both the modality and the specific senses assumed by the foquism in terms of the political line of the organization, as well as those ethico-moral values that shaped the party's identity and from which emanated unrenounceable collective mandates that determined the actions of the organization.

Key words

Guevarism; Foquism; Sacrificial ethic; Revolutionary war.

Revolucionarios y desesperados

Usos y apropiaciones del Che Guevara en los espacios de militancia comunista del 68 uruguayo

Vania Markarian*

En mayo de 1968, en momentos de intensas movilizaciones contra las políticas económicas y el autoritarismo del gobierno de Jorge Pacheco Areco, el prestigioso semanario uruguayo **Marcha** publicó un editorial donde su veterano director, Carlos Quijano, evocaba la “imagen de los desesperados” para dar cuenta de la impetuosa irrupción juvenil en las calles de Montevideo. Citaba al entonces influyente Herbert Marcuse para decir que la ola de movimientos estudiantiles que barría el mundo era propulsada por legiones de jóvenes “desesperados” ante las escasas oportunidades económicas, sociales y culturales que se les ofrecían en sus respectivos países. También sostenía que estos movimientos no miraban a Moscú, como había hecho gran parte de la izquierda hasta el momento, sino a China y a Cuba: “Marx, pero ante todo Mao. Y también Fidel y el Che, cuya muerte heroica le otorga un resplandor sin par.” El Che, seguía el editorialista, “es el héroe y es la aventura y la vida y la muerte gloriosas, pero sobre todo la prefigura del ‘hombre nuevo’. La imagen de los desesperados cuando ‘sólo los desesperados pueden devolvernos la esperanza’.”¹

Unos pocos números después, mientras seguían creciendo las movilizaciones estudiantiles, un lector, autodenominado “Joven Comunista”, envió una carta al semanario en la que, además de rechazar la incidencia del líder chino y reivindicar el ejemplo soviético, se inspiraba en el Che para contradecir a Quijano (y a Marcuse): “Somos revolucionarios, no desesperados.”² Aunque Quijano de modo alguno reducía esos movimientos a una simple manifestación etaria, sino que sumaba esa explicación como una dimensión más del análisis, el “Joven Comunista” hacía honor a la línea partidaria al rechazar tajantemente la “concepción generacional”:

En esta época..., la del proletariado, no es posible la subsistencia del “mensaje generacional”. Se dirá: qué afirmación poco “joven”. Al contrario: generacionarnos es castrarnos nuestra calidad para con fuerza juvenil llegar a la esencia del drama. ...el problema de la juventud no es si se siente representada y con capacidad creativa en su generación, sino... en el conjunto del movimiento. Esto..., más allá de generaciones, es lo que define a un movimiento joven, y uno de los factores que define a un movimiento revolucionario. Valga si es necesario la afirmación de [el Secretario General del Partido Comunista del Uruguay, PCU, Rodney] Arismendi... “somos revolucionarios y no pensamos...quedar para semilla”. Más allá de la magnitud personal o de un grupo de dirigentes, es la definición de todo un partido. Eso no es de desesperados ¡y ésta también era la guía que aprendimos del Che! ¡Viviente o asesinado!³

* Universidad de la República (UdelaR).

1 Carlos Quijano, “La imagen de los desesperados”, **Marcha**, 10 de mayo de 1968, p. 5.

2 Joven Comunista, “La imagen de los revolucionarios”, **Marcha**, 7 de junio de 1968, pp. 2-3.

3 *Ibid.*

Esta incipiente polémica pública en uno de los medios de prensa más leídos por toda la izquierda uruguaya de la época permite empezar a ubicar la importancia de los diferentes usos y apropiaciones de la figura de Ernesto Che Guevara en el marco de las movilizaciones de 1968.

Al momento del intercambio, las protestas estudiantiles llevaban ya varias semanas. Habían comenzado a poco de iniciarse las clases dentro de los carriles usuales de las recurrentes reivindicaciones por el precio del boleto para los alumnos de secundaria. Hacia mediados de año se sumaron los universitarios con las también tradicionales demandas presupuestales. Para entonces, ya estaban aceitados los mecanismos de coordinación con los trabajadores organizados en defensa de sus salarios y contra la profundización del rumbo de liberalización económica del gobierno de Pacheco. La represión no se hizo esperar. A partir de ese momento, como nunca antes en la historia nacional, el Poder Ejecutivo dispuso de modo sistemático Medidas Prontas de Seguridad, una forma limitada del estado de sitio prevista en la Constitución que posibilitó la suspensión de los derechos de huelga, reunión y expresión, la reglamentación de la actividad sindical, la militarización de los funcionarios públicos y la paralización de la actividad en la enseñanza. La escalada autoritaria no logró detener el clima de movilización. Los estudiantes mantuvieron un papel central en esas jornadas de protesta. Su poder de convocatoria, la originalidad de sus métodos, la predilección por prácticas violentas como las pedradas, los incendios de vehículos y barricadas, y la creciente voluntad de confrontar con las fuerzas represivas, cada vez más y mejor equipadas, marcaron el tono de las movilizaciones y los pusieron en el centro de los debates públicos, especialmente en las tiendas de la izquierda.⁴

Al analizar esos sucesos, los comunistas, como vimos en la carta recién citada, diluían la novedad de la “insurgencia juvenil” en su vieja preocupación por el papel de las “capas medias avanzadas de la intelectualidad”, especialmente los universitarios y los estudiantes, insistiendo en que las inquietudes políticas de esos sectores sólo podrían adquirir sentido al encuadrarse en organizaciones que “acumularan fuerzas” para integrarse a la lucha encabezada por la clase obrera.⁵ Lo dijo claramente Walter Sanseviero, Secretario General de la Unión de Juventudes Comunistas (UJC), ramal juvenil del PCU: no se podía sustituir “la necesaria acción de masas por la acción grupuscular”, ni abandonar “la preocupación por el encuadramiento de decenas de miles de estudiantes enfrentando la política gubernamental por la esperanza puesta en la actividad de un grupo selecto”. En otras palabras, el movimiento estudiantil debía entenderse como “una fuerza social de la revolución, directamente aliada de la clase obrera” y no como “un grupo operativo en el marco del movimiento popular”.⁶ Este deslinde aludía a las posturas de los sectores más confrontativos que tendían a asignar un peso superlativo a las protestas estudiantiles y cuestionaban radicalmente las formas de organización y lucha que los comunistas imponían en sindicatos y gremios por ser “incapaces” de lograr una movilización de verdadera trascendencia.⁷ Desde estos grupos, el elogio al efecto “polarizador”, “propagandístico” y “didáctico” de las acciones estudiantiles podía sugerir tanto el papel radicalizador de pequeños grupos militantes en la línea foquista que empezaban a defender públicamente algunos grupos armados como “la clara acción de rebasamiento estructural” de los estudiantes franceses que celebraba, por ejemplo, la Asociación de Estudiantes de Bellas Artes, de mayoría anarquista.⁸

Estos debates evidenciaban que, al igual que en tantos otros lugares, el inesperado protagonismo estudiantil tenía un efecto detonante de nuevas polémicas sobre viejos temas como el papel de los diferentes sectores sociales en los cambios revolucionarios, el recurso a la violencia y la relación entre movimientos sociales y partidos políticos en la conducción de esos procesos.

4 Por un análisis global del movimiento estudiantil uruguayo de 1968, ver: Vania Markarian, **El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre cócteles molotov y música beat**, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012. También publicado en inglés como **Uruguay, 1968: Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails**, Oakland, University of California Press, 2016.

5 Rodney Arismendi, “Sobre la insurgencia juvenil”, **Estudios** n° 47, octubre de 1968.

6 Walter Sanseviero, **Juventud, lucha constante**, Montevideo, UJC, 1969, p. 22, citado en Jorge Landinelli, **1968: La revuelta estudiantil**, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias-Ediciones de la Banda Oriental, 1989, p. 98.

7 “Proyecto de manifiesto a la militancia federal” en expediente caratulado “Disidentes de FEUU” (Carpeta 3224), en Archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (en adelante ADNII).

8 *Ibid.*, y declaración de los Estudiantes de Bellas Artes sobre las luchas de los estudiantes franceses en **Marcha**, 31 de mayo de 1968.

En el marco de esos debates, resulta interesante anotar la prevalencia de la invocación al Che en las diferentes tiendas de la izquierda en diversas combinaciones con otras figuras y fuentes doctrinarias. Como muestra la polémica antes citada, lo reivindicaban los comunistas, por entonces la fuerza más importante en términos electorales y de participación sindical, y también el conglomerado diverso y más o menos inorgánico de militantes e intelectuales que desafiaban, desde postulados más radicales, sus posiciones e influencia entre los estudiantes y trabajadores sindicalizados.

Es difícil encasillar al propio Quijano pero no parece arriesgado decir que **Marcha** daba por entonces voz a gran parte de esa constelación de posiciones que fue adquiriendo forma en los debates que florecieron en la coyuntura de 1968. El hecho de que el gobierno de Pacheco se hubiera inaugurado en diciembre de 1967, luego de la inesperada muerte del presidente Óscar Gestido, con la proscripción de varios grupos y partidos que habían adherido a la lucha armada, agregaba urgencia a estas búsquedas ideológicas con el objetivo de reconstruir espacios de encuadramiento militante.

En ese contexto de reorganización, debate y enfrentamiento interno, el análisis de los usos y apropiaciones de la figura del Che permite mostrar los énfasis diferenciales de cada sector en consonancia con sus posturas políticas, opciones doctrinarias y, de modo central, sus apreciaciones del curso revolucionario cubano. Por detrás de esas diferencias, sin embargo, aparece una construcción heroica que, de modo más o menos velado, apelaba a un trasfondo común de imágenes de entrega y sacrificio. ¿De qué manera incidieron esas imágenes en la definición de los requerimientos de la lucha y el compromiso militante en las varias opciones que se planteaban ante los jóvenes movilizados de la época? ¿En qué medida colaboraron a mantener su atractivo y capacidad de reclutamiento?

Deteniéndose en los espacios de militancia de los jóvenes comunistas, las páginas que siguen buscan abordar esas preguntas para caracterizar las experiencias compartidas por quienes se iniciaron a la vida política en el contexto del movimiento estudiantil de 1968.

1. Las izquierdas uruguayas y Cuba

Como en otros muchos países, el asesinato del Che, ocurrido en Bolivia en octubre de 1967, tuvo un gran impacto en los diferentes grupos y partidos de la izquierda uruguaya. Estas reacciones continuaban las polémicas que cada derivación, ramificación y secuela de la experiencia cubana había desatado en esos sectores desde el triunfo mismo de la revolución.

El historiador Eduardo Rey Tristán ha estudiado en detalle las primeras acciones de solidaridad con Cuba en espacios de sociabilidad de obreros y estudiantes marcados por el pluralismo ideológico y la capacidad de atraer a sectores menos politizados. Su análisis hace énfasis en la pronta manifestación de dos tendencias contrapuestas en esas instancias de movilización. Además de las diferencias de base sobre lo que estaba ocurriendo en Cuba, estas tendencias discrepaban sobre la posibilidad y conveniencia de trasladar sus conclusiones al proceso uruguayo. De esta manera, sin negar las experiencias comunes de esa etapa pero centrándose en la magnitud de sus discrepancias, Rey Tristán anticipa en los tempranos sesenta las líneas de divergencia en los lustros siguientes entre lo que llama “izquierda tradicional (representada sobre todo por el Partido Comunista del Uruguay)”, que mantenía su celebración de la experiencia cubana separada de su evaluación de las condiciones locales, y la “izquierda radical o revolucionaria”, surgida “a partir de la influencia cubana especialmente” y proclive a promover acciones similares a nivel nacional.⁹

Haciendo acuerdo con esta división básica, me gustaría agregar otros efectos de Cuba en las izquierdas uruguayas. En el movimiento estudiantil, por ejemplo, los sucesos cubanos fueron determinantes en la consolidación de una nueva hegemonía fundada en la alianza entre socialistas y comunistas que vino a sustituir en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) al anterior liderazgo de base anarquista, partidario del ya tradicional “tercerismo” de muchos intelec-

9 Ver: Eduardo Rey Tristán, **A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973**, Montevideo, Fin de Siglo, 2006, pp. 72-82.

tuales uruguayos frente al conflicto de las dos grandes potencias de la Guerra Fría. Esto tuvo que ver con la división de los anarquistas, con sectores importantes que se mantuvieron firmes en su oposición a ciertos rasgos del nuevo régimen de la isla que colisionaban con su orientación anti autoritaria, anti estatista y crítica del campo socialista. A su vez, los grupos de orientación marxista se vieron pronto hermanados en su adhesión a la primera experiencia socialista del continente a pocas millas de Estados Unidos, convergiendo con quienes, desde diferentes raíces nacionalistas, latinoamericanistas y anti-imperialistas, como muchos colaboradores de **Marcha**, festejaban también la consolidación del proceso revolucionario cubano.¹⁰

En aras de mostrar más matices, detengámonos un momento en el muy temprano y decidido apoyo del PCU, que el historiador Gerardo Leibner ha analizado en sus divergencias con respecto a las posiciones de similares partidos del continente. En el marco de la reciente renovación de sus prácticas políticas, esta precoz señal amplió el arco de influencia de este grupo y contribuyó al crecimiento de su sector juvenil, especialmente entre los estudiantes de Montevideo.¹¹ El acrónimo de la primera coalición fundada por los comunistas en 1962 como parte de sus esfuerzos por ampliar sus alianzas políticas revela la importancia y el simbolismo de Cuba: Frente Izquierda de Liberación Nacional, FIDEL. El aprecio era recíproco y las posiciones del PCU, que se mantenía afín a las definiciones soviéticas acerca de la viabilidad de un “tránsito pacífico al socialismo” sin desconocer las particularidades de la “revolución continental”, tuvieron en 1961 el espaldarazo del Che Guevara en su visita a Montevideo cuando aconsejó preservar la democracia y evitar cualquier recurso “innecesario” a la lucha armada.¹²

Con el pasar de los años, las redefiniciones del rumbo del régimen revolucionario y la proliferación de nuevas opciones de izquierda en América Latina, el papel de la dirigencia de la isla en la interna de esos grupos se fue volviendo cada vez más complejo, transformándose muchas veces en árbitro y juez de sus querellas. Como ha señalado el historiador Aldo Marchesi, las apropiaciones de la experiencia cubana y del pensamiento de sus líderes fueron predominantemente críticas en el Cono Sur y condujeron a una reconsideración del “repertorio de protesta” insurreccional inaugurado por la revolución. La propia dirigencia cubana se había ocupado de señalar tempranamente que, dadas las particularidades geográficas y políticas de la región, la guerra de guerrillas era impracticable en países como Uruguay (y, con matices, también en Chile). Sin embargo, ese “repertorio”, especialmente la idea del “foco revolucionario” preconizado por el Che y divulgado por el joven intelectual francés Régis Debray, así como el planteamiento de la “revolución continental” y, de modo principal, la necesidad de adoptar métodos violentos, fueron centrales en esas reconsideraciones que contribuyeron en el caso uruguayo en el correr de los años sesenta a la creación del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) y otros grupos partidarios de diversas versiones de la lucha armada y la acción directa.¹³

No está de más aclarar, para terminar este brevísimo panorama, que las evaluaciones de los avatares cubanos estuvieron siempre en diálogo con el cada vez más firme convencimiento de que la tan mentada democracia uruguaya era una farsa que, además de enmascarar la desigualdad, sufría un rápido deterioro que cerraba todo espacio para la promoción del cambio social a través de los métodos legales defendidos por la mayor parte de la izquierda hasta ese momento.

En ese estado estaba la interna de la izquierda uruguaya hacia 1967 cuando se celebró en La Habana la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Allí, a instancias de la dirigencia cubana, las delegaciones de los diferentes países abordaron las singularidades de la revolución en el continente junto con los dilemas de sus camaradas del mundo como la confrontación entre la Unión Soviética y China y otras controversias en los países socialistas. El Che, cuyo paradero en Bolivia era aún desconocido por muchos de los asistentes, había anticipado el tono de la reunión con un mensaje que exaltaba la violencia revolucionaria, criticaba a la Unión Soviética y proponía una estrategia continental (el conocido “crear dos, tres, muchos Vietnam”), actitudes que caracterizaron a gran parte de la izquierda de la región en los años siguientes.¹⁴

10 Ver, por ejemplo, Mark Van Aken, **Los militantes: una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde sus orígenes hasta 1966**, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1990, pp. 165-169 y 174-174.

11 Ver: Gerardo Leibner, **Camaradas y compañeros: Una historia política y social de los comunistas del Uruguay**, Montevideo, Trilce, 2011, pp. 393-401.

12 Ver: discurso de Ernesto Guevara publicado como “No hay revolución sin sacrificio”, en **Cuadernos de Marcha**, 7 de noviembre de 1967, pp. 49-57.

13 Ver: Aldo Marchesi, **Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global Sixties**, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

14 Ver: Ernesto Che Guevara, “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, **Tricontinental**, abril de 1967; y Jorge Castañeda, **La vida en rojo: Una biografía del Che Guevara**, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 445-61.

La delegación uruguaya estaba liderada por el PCU y sus aliados del FIDEL e integraba también al Partido Socialista (PS) como observador. No había representantes del MLN-T. El grupo no había ganado gran notoriedad pública hasta ese momento y, aunque su primer documento doctrinario apoyaba la reciente propuesta del Che, su acercamiento a Cuba debía todavía superar las tensiones derivadas de las anteriores posturas de la isla sobre el rendimiento de la guerrilla urbana y las posibilidades revolucionarias en países donde las libertades democráticas aún se respetaban.¹⁵

En todo caso, las conclusiones de la OLAS señalaron inequívocamente la nueva definición de la dirigencia cubana acerca de la necesidad y perentoriedad de la lucha armada en la experiencia revolucionaria de toda América Latina. Ese dictamen fue clave en el re posicionamiento de la izquierda uruguaya. Varios grupos (incluyendo sectores del tradicionalmente legalista y liberal PS) se reorganizaron en torno a su abierta adhesión a ese credo y fueron por eso, como dijimos, proscriptos por el gobierno de Pacheco, alentando su radicalización, atomización y reagrupamiento en el lustro siguiente. El PCU, en cambio, expresó claramente su oposición a definiciones taxativas por las armas como las tomadas en La Habana al tiempo que evitaba alinearse con los representantes de otros partidos comunistas abiertamente atacados por Fidel Castro por su negativa a apoyar a los movimientos guerrilleros que se iniciaban en sus respectivos países. Arismendi, que estaba presente en el estrado al cierre del encuentro de la OLAS, no aplaudió cuando la inmensa mayoría de los delegados ovacionó las resoluciones a favor de la lucha armada y de tono crítico hacia a la Unión Soviética.¹⁶

Entre esos avatares y a medida que los Tupamaros y otros grupos ganaban visibilidad y comenzaban a estrechar sus lazos con la isla, la relación del PCU con los cubanos tuvo sus inflexiones y tensiones, pero no abandonó nunca el canal de simpatía mutua abierto desde el triunfo mismo de la revolución. El apoyo a la misión del Che en Bolivia desde 1966 (que utilizó un pasaporte falso uruguayo y se escondió en casa de militantes comunistas en su paso por Uruguay), así como el aprestamiento de un grupo importante de cuadros partidarios para acompañarlo en esa y otras intervenciones armadas en el continente, dan la pauta de esta perdurable relación de amistad por encima de las diferencias sobre la oportunidad y pertinencia de esas acciones.¹⁷

2. Reacciones frente a la muerte del Che en Bolivia

Los antecedentes recién presentados explican que los comunistas uruguayos reaccionaran frente a la muerte de Guevara con expresiones de inequívoca admiración por su figura. Al enterarse del asesinato, el PCU y la UJC promovieron inmediatamente una serie de homenajes que recordaban, en palabras del historiador Gerardo Leibner, “formas de culto solemne, típicas de la cultura política soviética”. La decisión de bautizar a la cohorte de afiliados a la UJC en 1968 como “Promoción Comandante Ernesto Che Guevara”, por ejemplo, apuntaba a incorporar al “nuevo ícono revolucionario juvenil” a las viejas tradiciones partidarias de investidura y homenaje.¹⁸ Estas tradiciones correspondían a lo que la investigadora Marisa Silva ha llamado una épica “de la entrega diaria y sacrificada de la militancia legal” basada en el cumplimiento de las metas asignadas para cada instancia.¹⁹ Si tenemos en cuenta las circunstancias de su muerte, las características de sus últimos emprendimientos y los cuestionamientos de la dirigencia cubana a los modos de organización y acción política de los partidos comunistas de orientación pro soviética, es claro que no siempre era fácil usar el nombre y la imagen del Che para revestir de grandeza las rutinarias tareas de organización, educación y finanzas. Así, los dirigentes del PCU terminaron muchas veces recurriendo a otros nombres para priorizar las tareas de construcción partidaria.

15 Ver: A. Marchesi, *op. cit.*

16 Ver: R. Arismendi, **Lenin, la revolución y América Latina**, Montevideo, EPU, 1970, especialmente pp. 263-270, 309 y 338. Por un breve relato de las diferencias de la delegación uruguaya, ver E. Rey Tristán, *op. cit.*, pp. 116-22, y “La Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) y la polémica sobre las formas de la revolución latinoamericana: El caso uruguayo”, en Antonio Gutiérrez Escudero y María Luisa Laviana Cuetos, **Estudios sobre América siglo XVI- XX**, Sevilla, Asociación Española de Americanistas, 2005.

17 Ver: G. Leibner, *op. cit.*, pp. 505-508.

18 *Ibid.*, pp. 517-518.

19 Ver: Marisa Silva, **Aquellos comunistas**, 1955-1973, Montevideo, Taurus, 2009, pp. 63-64.

No obstante, al ser interrogados por sus personajes más admirados, la mayoría de los jóvenes comunistas mencionaba en primer lugar al Che para luego citar a otros como el checo Julius Fucik, el franco-argelino Henri Alleg, los vietnamitas Ho Chi Minh y Nguyen Van Troy, Lenin, Fidel o el héroe nacional José Gervasio Artigas.²⁰ De igual modo, los discursos y publicaciones partidarias siguieron apelando reiteradamente al revolucionario argentino. Estas referencias solían tener un tono defensivo que reconocía la necesidad de disputarlo frente a otros sectores de izquierda. Si bien evitaron, al menos en público, entrar en los debates sobre el papel de los comunistas bolivianos en su derrota, los dirigentes uruguayos recogieron varias veces el guante de la confrontación y defendieron su interpretación de la gesta cubana y el pensamiento guevarista.²¹ Sanseviero, por ejemplo, explicó al Congreso Nacional de la UJC en 1969 que “se puede deducir inmediatamente la similitud entre las concepciones expuestas por el Che y los planteos estratégicos de nuestro Partido, expuestos en documentos que van desde 1955 hasta la fecha...”. Mediante una cuidadosa selección de citas de un artículo de Guevara de 1961 (publicado originalmente en la revista cubana **Verde Olivo**) sostuvo que los puntos esenciales de encuentro tenían que ver con la dimensión continental de la revolución y con la necesidad de “aprovechar las contradicciones de la burguesía” para elegir los métodos más atinados en cada momento y “ganar el apoyo de las grandes masas”.²² Era clara allí la intención de defender la línea de acción del PCU y su adhesión a los métodos legales de lucha, incluyendo el camino electoral y las luchas reivindicativas de los sindicatos de trabajadores y estudiantes, sin entrar a criticar las opciones estratégicas que se pudieran tomar en otros lugares y momentos. La elección de un texto temprano permitía ese juego de citas legitimadoras que no era posible emprender con los escritos más recientes de Guevara, sobre los que solía guardarse un cuidado silencio.

En otros casos, se buscaba corregir ciertas interpretaciones de la figura (ya no del pensamiento) del Che, como muestra el siguiente comentario de Arismendi: “Ernesto Guevara anda entre nosotros... con su sonrisa que algunos pretendían era irónica pero que en verdad era una congelada mezcla de certidumbre, juicio crítico y dominada timidez.”²³ Como sugiere esa cita, se apuntaba a romper las cadenas de sentidos que convertían al argentino en un paradigma del desapego y el espíritu de aventura como valores básicos de la militancia revolucionaria. Para eso, tal como vimos en la misiva de respuesta a Quijano, se comenzaba por negar la dimensión generacional asignada a esos valores para luego proponer una suerte de heroísmo cotidiano que se defendía como “verdaderamente revolucionario” por contraposición a quienes exaltaban “la aureola de la opción de la lucha armada como camino de entrega total”, otra vez en palabras de Silva.²⁴ Era frecuente que estas invocaciones evitaran confrontar en el terreno doctrinario y lo ofrecieran básicamente como fervorosa inspiración para la entrega militante. El Secretario General del PCU, Rodney Arismendi, explicó claramente que:

nos parece más importante que empezar a pasar por el cernidor cada frase de Guevara, comprender el valor de su holocausto...y el que tengamos en nuestras filas miles y miles de combatientes tan dispuestos a dar su sangre por la revolución como ha hecho este héroe de América Latina.²⁵

Vemos entonces que las apelaciones al Che de los comunistas uruguayos combinaban la ocasional reivindicación de parte de su legado frente a otros usos y apropiaciones con una inequívoca admiración por su entrega, su heroísmo y su “holocausto”. En los sectores más confrontacionales puede observarse una similar combinación de invocaciones emocionales y referencias doctrinarias con énfasis en la importancia de la lucha armada preconizada por Guevara. Así, el Che aparecía como un modelo de sacrificio militante y también como una fuente de lecciones sobre el papel de las guerrillas en la revolución latinoamericana.

Puede afirmarse que estas lecturas, realizadas con posterioridad a la derrota de su incursión boliviana, formaban parte del mismo impulso de revisión crítica del “repertorio de protesta” legado por Cuba que, según el análisis de Marchesi, había

20 Ver, entre otras muchas, las entrevistas a militantes publicadas el 15 de noviembre de 1969, el 24 y 31 de enero, el 18 de abril, el 9 de mayo y el 6 de junio de 1970 en el suplemento **UJOTACE** del diario oficial del PCU **El Popular**.

21 Antes de eso habían realizado comentarios laudatorios al apoyo del Partido Comunista de Bolivia. Ver G. Leibner, *op. cit.*, pp. 507 y 517.

22 Walter Sanseviero, **El comunismo tiene la respuesta**, Montevideo, Unión de Juventudes Comunistas, 1969, p. 33. Sanseviero citaba de un número reciente de la revista cubana **Pensamiento Crítico** que reproducía un artículo escrito por Guevara en 1961. Importa notar las fechas porque las posiciones de toda la dirigencia cubana cambiaron mucho en esos años.

23 Citado en **UJOTACE**, 10 de octubre de 1970, pp. 6-7.

24 M. Silva, **Aquellos comunistas**, pp. 63-64.

25 R. Arismendi, “Conversación con los jóvenes”, en R. Arismendi, **Insurgencia Juvenil: ¿Revolución o revolución?**, Montevideo, EPU, 1972, p. 213.

llevado a varios movimientos del sur del continente a defender la implantación de focos revolucionarios en los núcleos urbanos de la región. En 1968, a un año de la muerte de Guevara, Carlos María Gutiérrez, otro destacado colaborador de **Marcha**, temprano admirador de la experiencia cubana y claro exponente de quienes rechazaban las posiciones comunistas sobre las vías de la revolución en América Latina, concluyó que la propuesta guevarista estaba quedando “parcialmente anacrónica” tanto en lo relativo a la “guerra de guerrillas” como su esfuerzo de síntesis del marxismo con la experiencia cubana. Hacía poco más de un año que había defendido sin vacilar la instalación de un foco en Bolivia, desplegando un conocimiento pormenorizado de las teorizaciones de Guevara y Debray y erigiendo esa experiencia en ejemplo para el continente. Al cumplirse el primer aniversario de su fracaso, se permitía extraer otra lección, aunque fuera negativa: “¿Qué mejor homenaje al Che que descubrir el sentido de sus tareas póstumas y sacar las conclusiones que nos sirven?”²⁶

Por encima de esas cambiantes evaluaciones, interesa resaltar aquí que vastos sectores resignificaron la derrota y trágica muerte de Guevara “en clave de combate”, según muestra el análisis de Marchesi de las lecturas “sentimentales” que acompañaron la interpretación de este suceso en los grupos armados de toda la región.²⁷ A diferencia de las recién citadas reflexiones de Gutiérrez, muchas de estas reacciones solían no ir acompañadas de ninguna elaboración política o doctrinaria. En palabras del escritor Jorge Musto, que, como Gutiérrez, rondaba los cuarenta años en 1968: “Hay que putear o agradecerse, nadie le pidió que hiciera lo que hizo y desde el 8 de octubre del 67 nos hemos convertido en sus damnificados. A menos que sepamos encontrar razones similares, una rabia igual, un cierto coraje para defenderlas.”²⁸ A la eficacia de este tipo de elegías hacía referencia seguramente el veterano director de **Marcha** cuando citaba a Marcuse y mentaba a Guevara para hablar de los jóvenes como “desesperados” que podían “devolver la esperanza” mediante su entrega.

En los años posteriores, a medida que aumentaba la represión, estas apelaciones “sentimentales” —que hacían del Che, sobre todo, un símbolo de resistencia contra los valores individualistas de la sociedad capitalista— fueron perdiendo fuerza frente a los requerimientos concretos de las estrategias militares de las diferentes organizaciones. Pero en 1968 muchas de esas expresiones de bronca unían una reivindicación fundamentalmente estética del poder emancipador de la violencia revolucionaria con claras referencias a la cultura juvenil del momento. Evoquemos, por ejemplo, la pose, la indumentaria y la guitarra empuñada casi como un arma por el entonces todavía joven cantautor Daniel Viglietti en la foto de tapa de su disco **Canciones del hombre nuevo**, desde donde, en plenas jornadas de lucha estudiantil, invocaba el ejemplo de Guevara:

Por brazo, un fusil;
por luz, la mirada.
Y junto a la idea
una bala asomada. [...]

Su grito será
de guerra y victoria,
como un tableteo
que anuncia la gloria.”²⁹

En algunos casos, la invocación al Che combatiente revelaba también el paradójico “anti intelectualismo” de muchos intelectuales y artistas de los sesenta que tan bien ha descrito Claudia Gilman.³⁰ Lo expresó claramente la joven escritora Cristina Peri Rossi: “la generación ‘presente’...no se limita a firmar manifiestos, casi siempre elegantes y bien vistos, o a escribir su poemita al Che, cómodamente instalados en su escritorio”.³¹

26 Carlos María Gutiérrez, “Bolivia, otra forma de la guerrilla,” **Marcha**, 12 de mayo de 1967, y “Las tareas del Che,” **Marcha**, 11 de octubre de 1968, 24.

27 A. Marchesi, *op. cit.*

28 Jorge Muso, “El principio de una opción,” **Marcha**, 11 de octubre de 1968, 31.

29 Daniel Viglietti, “Canción del hombre nuevo” en el LP **Canciones para el hombre nuevo**, Montevideo, Orfeo, 1968.

30 Ver: Claudia Gilman, **Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

31 “El tiempo de los jóvenes,” **Marcha**, 27 de diciembre de 1968, 29.

3. Paradojas del crecimiento de las izquierdas en 1968

Ubiquemos esas lecturas del legado y la imagen de Guevara en el marco de las diferentes concepciones de la izquierda acerca de los requerimientos de la lucha revolucionaria y los desafíos que se abrían para los sectores movilizados en el Uruguay de 1968. En el caso de los comunistas, lo más importante a los efectos de comprender el redoblado prestigio del Che es entender sus crecientes dificultades para mantener el apoyo a Cuba cuidadosamente apartado de cualquier consideración sobre el proceso uruguayo. Ese deslinde, que había caracterizado su saludo a los primeros pasos de la revolución, resultaba difícil en un ambiente marcado por el autoritarismo del gobierno de Pacheco, su permanente recurso a medidas de excepción y a la supresión de libertades públicas, el desconcierto de la mayor parte del sistema político y la radicalización de las movilizaciones de trabajadores y estudiantes. A esto se sumaba la estrepitosa irrupción pública de los Tupamaros y otros grupos partidarios de la lucha armada y la acción directa bajo la premisa de que la situación actual no daba garantías para seguir apostando a los métodos legales de lucha.

Como dijimos, el PCU nunca había descartado la lucha armada como el método “más probable” en etapas más avanzadas de la revolución socialista en América Latina (en discursos y documentos que adquirieron, como señaló el dirigente José Luis Massera, un franco “olor a pólvora” y también mediante la creación de un aparato armado clandestino incluso ante la mayor parte de sus afiliados).³² Estas posiciones se habían reforzado con el golpe de Estado brasileño de 1964 y la posibilidad de que algo similar sucediera en Uruguay. Sin embargo, su evaluación de la situación local, había apostado al “camino menos doloroso al socialismo” y al respeto por las “tradiciones democráticas del pueblo uruguayo”, reivindicando la progresiva “acumulación de fuerzas” para iniciar la primera etapa, “agraria y antimperalista”, del proceso revolucionario. Desde esas posturas, los dirigentes comunistas no dudaron en 1968 en tildar de “aventureros” a los grupos que buscaban abiertamente la confrontación, recurriendo a Lenin para advertir contra la tesis de que la “sensación política” podía sustituir la “educación política revolucionaria de las masas”, en palabras de Arismendi muy similares a las de Sansevierio citadas al comienzo de este texto.³³ Durante las masivas acciones de oposición a Pacheco, de las que participaron activamente, redoblaron sus advertencias sobre el peligro efectivo de que los sectores movilizados “a la violencia respondan con la violencia”, otra vez según Massera, y asumieron una actitud de contención dirigida a evitar una escalada donde las fuerzas represivas, según argumentaban, tenían todas las de ganar.³⁴

Para ese entonces, las escaramuzas y choques entre la policía y los manifestantes eran moneda corriente en las movilizaciones estudiantiles, mientras la participación juvenil desbordaba las estructuras gremiales tradicionales tanto en secundaria como en la Universidad y los grupos más radicales ganaban peso en las instancias de conducción donde antes habían predominado los comunistas y sus aliados. Esta deriva se agudizó hacia mediados de año con la creciente intensidad de la represión y la disposición de los estudiantes movilizados a enfrentarla, produciendo un aumento exponencial de la cantidad de presos y heridos. Entre agosto y setiembre, por primera vez en la historia de las manifestaciones estudiantiles en el país, tres jóvenes fueron asesinados por la policía en las calles de Montevideo. Los tres estaban afiliados a la UJC.

Detengámonos ahora para tratar de explicar esta aparente paradoja ¿Cómo interpretar el hecho de que los tres muertos del movimiento estudiantil de 1968 provinieran de una organización que advertía con insistencia sobre la necesidad de evitar la confrontación? Como posible respuesta a esas preguntas, se ha sostenido, por ejemplo, que la disciplina militante los ponía en la primera fila de un enfrentamiento que su partido rechazaba o que participaban de esas manifestaciones como forma de mantener su influencia y asegurar la unidad del estudiantado, a pesar de haber votado en su contra en las asambleas gremiales. Con posterioridad, se ha llegado a sugerir que la propia construcción del aparato armado clandestino tenía entre sus objetivos el evitar que los jóvenes radicalizados en las luchas callejeras se unieran a los grupos guerrilleros.³⁵ Esta

32 José Luis Massera, “Acotaciones a algunos temas de actualidad”, en *Estudios* n° 44, diciembre de 1967.

33 R. Arismendi, “Sobre la insurgencia juvenil”, en *Estudios* n° 47, octubre de 1968.

34 Intervención de Massera en la Asamblea General, 14 de agosto de 1968, citado en Clara Aldrighi, *La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*, Montevideo, Trilce, 2001, p. 94.

35 Ver, por ejemplo: Jaime Pérez, *El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo*, Montevideo, Fin de Siglo, 1996, pp. 227-8 y 32-35. Por el testimonio de un ex integrante de base de ese “aparato armado”, ver la entrevista realizada por Gabriel Bucheli y Jaime Yaffé a Ricardo Calzada en *Cuadernos de la Historia Reciente, 1968-1985*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, Vol. 2, 2007, pp. 65-78.

manera de pensar las incursiones de los comunistas uruguayos en diversas modalidades de la violencia política como gestos o maniobras al interior de la izquierda nacional, latinoamericana y aun mundial se ha extendido a otros episodios como el apoyo a la misión del Che en Bolivia a pesar de las fuertes discrepancias que se tenía con el proyecto.³⁶

Sin negar este tipo de explicación, me gustaría en estas páginas volver a ubicar la presencia combativa de los jóvenes comunistas en los enfrentamientos de 1968 en el marco del proceso general de radicalización de muchos de sus coetáneos. ¿Qué pasó con la UJC en ese contexto? Como apuntamos anteriormente, tanto a nivel de secundaria como de la Universidad, hacia mediados de ese año, sus posiciones perdieron peso en las organizaciones gremiales frente a los actores que apoyaban las tácticas más confrontacionales. Pero la UJC siguió creciendo en los sectores juveniles, especialmente en medio de las jornadas más violentas de 1968 (según cifras oficiales, entre 1965 y 1969 la membresía se multiplicó por cuatro, con 6.000 nuevos afiliados en 1969).³⁷ Volviendo a los jóvenes asesinados de 1968, resulta interesante notar que dos de ellos, Susana Pintos y Hugo de los Santos, fallecidos el 20 de setiembre, se habían afiliado días o semanas antes en respuesta a la muerte del primero, Líber Arce, el 14 de agosto de ese año. Este dato vuelve a indicar la debilidad de la hipótesis de que su presencia en la primera línea militante obedeciera a una decisión o mandato de los dirigentes comunistas. Parece más atinado afirmar que esos jóvenes continuaron haciendo lo que hacían en las calles de Montevideo antes de integrarse a un grupo político determinado, en este caso la UJC, que acusó el impacto de la incorporación de esos contingentes comprometidos en su propia actuación política.

Sin espacio para entrar en detalles, quiero marcar las semejanzas de esos procesos de encuadramiento militante con el crecimiento exponencial del MLN-T y otras opciones por la lucha armada y la acción directa hacia fines de 1968: todos fueron la consecuencia y no la causa primordial del proceso de radicalización juvenil en las movilizaciones iniciadas en mayo de ese año. Tal como han señalado los sociólogos históricos para otros casos, parece claro que hubo una relación directa entre la extensión de las prácticas violentas y la proliferación de instancias de enfrentamiento con la policía, lo cual fue redundando en importantes modificaciones en las estructuras, mecanismos de participación y balances internos de los grupos que impulsaron los aspectos más radicales de las movilizaciones, que ya tenían experiencias y lenguajes políticos disponibles para articular las protestas.³⁸ Me interesa enfatizar acá que, a pesar de las rigideces y tensiones de la línea del PCU, estos procesos determinaron también cambios profundos en las formas de definir el significado y las demandas de la militancia entre los comunistas, ayudando a explicar su gran crecimiento en esta etapa, especialmente entre los jóvenes, que vieron también en la UJC un lugar propicio para continuar su compromiso en tiempos difíciles.

4. El Che, los jóvenes comunistas y una cierta atracción por la violencia

Volvamos entonces a pensar en las formas en que se planteaban los requerimientos de la lucha frente a esos jóvenes movilizadas. En el caso de la UJC, es claro que el mencionado “heroísmo cotidiano” le permitió ofrecer, en palabras del coetáneo Gonzalo Varela, “un aparato y un pensamiento muy estructurados” que la transformaron en un espacio apropiado para muchos jóvenes con intereses políticos que “no compartían el ideario radical”.³⁹ Pero también es evidente que esta organización mantuvo su atractivo porque pudo integrar apelaciones a la violencia revolucionaria, no rechazar a quienes expresaran una atracción por esa posibilidad y aceptar la incursión en episodios violentos en determinadas circunstancias. La reiterada referencia en discursos y publicaciones a la escupida del militante Rolán Rojas en la cara de Dean Rusk, Secretario de Estado de Estados Unidos, durante su visita a Montevideo en 1965, indicaba esa aceptación de parte de la

36 Ver, por ejemplo, Gonzalo Varela Petito, **El movimiento estudiantil de 1968: El IAVA, una recapitulación personal**, Montevideo, Trilce, 2002, pp. 136-137.

37 Ver: “6000 nuevos afiliados durante 1969!!”, **UJOTACE**, 13 de diciembre de 1969, p. 3; “607.000 jóvenes uruguayos de 15 a 29 años”, **UJOTACE**, 15 de agosto de 1970, p. 8.

38 Donatella Della Porta, por ejemplo, describe relaciones similares entre movimientos sociales y grupos armados en **Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany**, New York, Cambridge University Press, 1995.

39 G. Varela Petito, *op. cit.*, p. 136.

dirigencia.⁴⁰ Si bien los miembros de la UJC trataron muchas veces, en consonancia con la línea partidaria, de cumplir un papel moderador en las protestas y los enfrentamientos con las fuerzas represivas, no es menos cierto que practicaron algunas formas de violencia en las calles de Montevideo y abrazaron la posibilidad, ahora cierta, de atravesar experiencias extremas, incluyendo la muerte.

Las apropiaciones de la figura de Guevara, que muchas veces dejaban en suspenso la interpretación de sus posiciones concretas (sobre todo las más recientes) para exaltar su entrega con imágenes de violencia y muerte, fueron centrales en la consolidación de la épica militante que acompañó esas acciones. La figura y el nombre del Che, tan presentes en los volantes, publicaciones y pancartas de los jóvenes comunistas como en los de los grupos más confrontacionales, evocaban un trasfondo compartido que empezaba invocando el componente moral del hombre nuevo y terminaba afirmando su heroísmo y capacidad de entrega. En ese sentido, las palabras de Arismendi sobre su “holocausto” muestran fundamentalmente la voluntad de preparar a los militantes para las arriesgadas tareas que había esperar de las etapas de mayor enfrentamiento que se preveían cercanas. Efectivamente, las violentas jornadas de 1968 reforzaron este último aspecto de la militancia comunista (que se vio incrementado en años posteriores con la generalización de las experiencias de la cárcel y la tortura).⁴¹ De hecho, fueron frecuentes a partir de 1968 las expresiones culturales de fuerte impronta generacional asociadas a los espacios de militancia comunista donde se representaba la lucha armada de modo similar al de quienes efectivamente adhirieron de modo orgánico a proyectos de ese orden.⁴²

Junto con la convicción de estar contribuyendo de modo decisivo a alumbrar un nuevo orden y de vivir “la época más trascendente de la humanidad”, en palabras del Secretario General de la UJC Walter Sanseviero en 1969, esta versión épica de la lucha marcaba un sentimiento de distinción con respecto al resto de la sociedad, que no estaba dispuesta a tales sacrificios, y los aproximaba a la prédica de los grupos del ala más radical.⁴³ Las muertes de Líber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos, los tres jóvenes integrantes de la UJC, durante las jornadas más violentas de 1968 fueron claves en ese sentido. Además de ser homenajeadas como pruebas de la voluntad represiva del gobierno, fueron inmediatamente erigidas en ejemplo de la disposición de los jóvenes a darlo todo por la causa militante, una causa que trascendía ampliamente los reclamos estudiantiles hacia la promoción de cambios sociales radicales. Con la obvia salvedad del énfasis partidario, esta exégesis revolucionaria acercó a los comunistas con los grupos armados y de acción directa que también tomaron los nombres de los tres “mártires estudiantiles” para sus brigadas y operativos, como cuando el Comando Susana Pintos del MLN-T asaltó una emisora radial en enero de 1969.⁴⁴ Un documental realizado ese mismo año por los jóvenes cineastas Mario Handler, Mario Jacob y Marcos Banchemo mostraba cómo estos sectores proponían una relectura del asesinato de Líber Arce para hacerlo una metáfora de la muerte de una sociedad y un llamado a las armas en las palabras de Guevara que daban cierre a la película.⁴⁵

Quizás este fondo compartido de experiencias políticas y referencias épicas contribuya a explicar cierta fluidez entre los diferentes grupos, es decir, la relativa movilidad de las adhesiones y los pasajes de uno a otro, con ejemplos de militantes que empezaron en la UJC y terminaron en agrupaciones cercanas a los Tupamaros y otros que, habiendo iniciado su vida política bajo la influencia insurreccional cubana, prefirieron encuadrarse como jóvenes comunistas, entre los varios tránsitos que

40 Ver, por ejemplo, el comentario y la foto de ese episodio reproducida en 1969 en W. Sanseviero, *op. cit.*, p. 54.

41 Datos recogidos a mediados de 1971 evidenciaron que la prisión ya era una experiencia bastante usual entre los jóvenes miembros de la UJC: de los 922 participantes en la Convención Nacional, 372, es decir el 40%, habían estado presos. Ver: “Los convencionales”, **UJOTACE**, 29 de mayo de 1971, p. 3.

42 Por más sobre este tema ver: Vania Markarian, “‘Ese héroe es el joven comunista’: Violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta”, en **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, Vol. 21, n° 2, diciembre de 2010.

43 W. Sanseviero, *op. cit.*, n° 71.

44 También los nombres de Líber Arce y Hugo de los Santos fueron usados por los Tupamaros. Ver E. Rey Tristán, *op. cit.*, pp. 179 y 183, y C. Al-drighi, *op. cit.*, pp. 133-134. Algo similar plantea Diego Sempol cuando refiere a la “construcción social de [Líber] Arce como revolucionario”. Ver D. Sempol, “Los ‘mártires’ de ayer, los ‘muertos’ de hoy: El movimiento estudiantil y el 14 de agosto, 1968-2001”, en A. Marchesi, V. Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé, eds. **El presente de la dictadura: Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay**, Montevideo, Trilce, 2004, p. 170.

45 Se trata del documental de Marcos Banchemo, Mario Handler y Mario Jacob, **Líber Arce, Liberarse**, 1969. Información tomada de Lucía Jacob, “Marcha: de un cine club a la C3M”, en Mabel Moraña y Horacio Machin, editores, **Marcha y América Latina**, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2003, p. 418.

se dieron entonces.⁴⁶ Según tratamos de proponer en las páginas anteriores, parte de la explicación alude a que el PCU, a diferencia de sus pares del continente, mantuvo una incuestionable cercanía con la dirigencia cubana a lo largo de todo el período y una admiración constante y concreta por la figura de Ernesto Che Guevara. Estos rasgos los mantuvieron como una opción viable para miles de militantes jóvenes poco politizados y rápidamente radicalizados durante las inéditas luchas de 1968, las mismas que hicieron crecer exponencialmente a los grupos más radicales.

Esta constatación empieza a cuestionar la utilidad de asumir una división demasiado tajante entre “nuevas” y “viejas” izquierdas, al menos en los espacios de militancia estudiantil. Estos rótulos, primero usados por los contemporáneos y luego adoptados por los analistas para explicar los principales conflictos doctrinarios de la época, entrañan el peligro de oscurecer las importantes zonas de confluencia y encuentro que caracterizaron la experiencia de los jóvenes iniciados a la militancia en 1968 y empezaron a definirlos como una generación con una identidad propia en la historia política uruguaya. Por encima de las imágenes de polémica interna con las que abrimos este texto, las jornadas más álgidas de ese año encontraron a todos estos sectores movilizándose de forma conjunta en contra de cada giro autoritario del gobierno. Para entender esa convergencia, mi trabajo busca describir algunos rasgos compartidos en el nivel de la cultura política de esta generación.

En otra parte me he referido a la influencia de pautas juveniles de circulación global que fueron adoptadas por muchos de estos nuevos militantes, con sus declinaciones de clase y género.⁴⁷ Postulo aquí que, en el momento que estamos analizando, la figura del Che fue central en ese sentido porque, retomando las palabras de Marcuse, Quijano y el “Joven Comunista” en las páginas de **Marcha**, permitía que tanto los “revolucionarios” como los “desesperados” (y los que no veían contradicción alguna) pudieran identificar las razones y sentimientos que primero los impulsaron a sumarse a las movilizaciones y luego fundamentaron su encuadramiento militante en las diversas opciones que se abrían ante ellos.

La efigie desmelenada del argentino fue seguramente un imán para acercar a otros estudiantes hacia esos círculos más movilizados porque permitía una cierta identificación que partía de la superación de sus orígenes sociales para ofrecer lo que Diana Sorensen ha definido como una “mezcla de asombroso individualismo y estilo personal no convencional con el deseo de integración colectiva”.⁴⁸ En el lustro siguiente, a medida que aumentaba la represión y muchos grupos establecían compromisos más rígidos, las opciones se hicieron más difíciles. Pero la semilla de 1968 estaba plantada. Por eso, quiero terminar afirmando que sin tomar en cuenta esas experiencias compartidas de militancia cotidiana, junto con otros hitos como la reciente unidad del movimiento sindical y la creación de diversos espacios de intercambio intelectual, se hace muy difícil entender el proceso de unificación de la izquierda uruguaya que llevó a la creación del Frente Amplio en vísperas de las elecciones nacionales de 1971.

46 Resulta difícil documentar estas trayectorias personales que en algunos casos involucraron serias disputas entre los grupos afectados. Además de los jóvenes comunistas que primero pasaron al Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) y luego fundaron el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), Varela refiere el caso de Luis Latrónica, quien comenzó como militante de una agrupación de la UJC en secundaria, ingresó luego al movimiento Tupamaro y fue asesinado en Argentina en 1974. (Cfr. G. Varela Petito, *op. cit.*, p. 60 y p. 136). También algunos documentos de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia refieren a esos tránsitos entre el FER y la UJC en secundaria en el expediente caratulado “Barricada, órgano del FER” (Carpeta 3404), en ADNII. Por algunas anécdotas al respecto, ver <http://generacion68.mundoforo.com>.

47 Ver: Vania Markarian, **El 68 uruguayo**, *op. cit.*, especialmente el Capítulo 3.

48 Diana Sorensen, **A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties**, Stanford, Stanford University Press, 2007, p. 24.